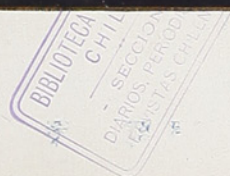


N.º 65



Para todos

PASTEL POR MARTA PINILLA GUTIERREZ.

\$ 1.20

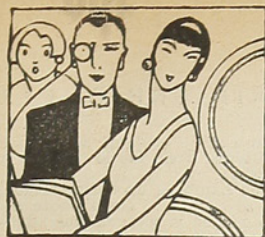




Si quiere Vd. estar
orgullosa de su dentadura, use

Pasta Smaltina

Limpia los dientes sin rayar el esmalte.
Purifica el aliento.



PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL
AÑO III NUM. 65

Santiago de Chile, 1.º de abril de 1930.
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Ideas Sobre las Mujeres Casaderas

Por BEVERLEY NICHOLS

Aquí yace un solterón empedernido y convencido. ¿Por qué sacrificar la comodidad por las molestias? ¿Por qué la quietud de mi hogar por las disputas. ¿Por qué, en nombre de la razón? ¿Por qué, por qué?

Si no estoy muy equivocado, será este el epitafio que se podrá leer sobre mi tumba.

Esta idea se afianzó aún más en mi cerebro, cuando, en la semana pasada, encontrándome enfermo, vino a verme una de mis amigas, la que, según todas las opiniones y también un poco de la mía sería muy capaz de ser una encantadora ama de casa.

Desde mis almohadas yo la observaba; una criatura ideal, pálida y rubia, ocupadísima en poner en orden mi cuarto de soltero, o, al menos, «creyendo» que lo hacía. Comprendo perfectamente que no debería haberme sentido irritado contra ella, y a que a la perfección asumía su papel de ángel guardián moderno.

Me hablaba en voz baja, llenó mi pañuelo de agua de Colonia, pero os aseguro que cuando comenzó a criticar el arreglo de mi habitación, fué cuando me sentí fastidiado de veras.

LA PRESUNCION FEMENINA

Ella parecía creer ¡pobrecilla inocente! que una mujer puede arreglar mejor las habitaciones que un hombre.

—Estas cortinas deberían caer hasta el piso—decía arreglándolas a su gusto—esto añadirá algunos pies a la altura de la pieza...

...Y arruinaría el buen efecto de lo demás—dije yo, entre dientes.

—Y—prosiguió ella, siempre atareada en arreglar a su gusto la pieza.—¡Qué idea rara, poner aquí este jarrón! (A aquel jarrón yo lo había especialmente colocado allí, por el magnífico efecto de la luz del sol en su cristal irisado de oro y verde).

—Lo pondremos aquí, sobre la chimenea—y lo hizo así, con una radiante sonrisa en su boca roja, ofreciendo un aspecto verdaderamente angelical.—¡Ya está! ¿No queda mucho mejor así? Pero... no diga nada... no debe hablar...

Por ella me alegré de que así fuera, pues no sé las cosas que le habría dicho! Ella siguió aún por algún rato «arreglándolas»: un espejo veneciano, por el que yo sentía un afecto especial, desapareció en uno de los cajones de la cómoda; ¡lo encontré demasiado viejo! Mi «robe de chambre» de seda de colores vistosos, siguió el mismo camino... ¡Ni quiero acordarme del resto!

Esta visita me enseñó muchísimo: arrojó una luz vivísima sobre aquel lado del matrimonio que, para la mayoría de los solteros permanece en la sombra del sentimentalismo antes de casarse. ¡Cosa extraña! algunos días más tarde, cuando ya había casi olvidado el ángel «guardián», surgió de nuevo ante mis ojos una luz como un aviso, como una advertencia de no caer en el lazo.

LA SEGUNDA VEZ FUE UNA MORENA

La hermosa chica que por segunda vez me atemorizó inconscientemente, fué una morena de divinos ojos negros. Era un día magnífico de verano, uno de aquellos días en que todo parece idealizarse.

Ella y yo salimos en mi auto, de la ciudad, hasta una antigua posada que yo conocía y que se encontraba situada en medio de un jardín de ensueño. Cuando tomamos asiento allí, respiré a pulmones llenos de pura felicidad. ¡Allí había sol! ¡Allí había flores en profusión! Y allí estaba—¡llamémosla Julia—una compañera ideal, la más hermosa entre todas...

La contemplé enamorado y feliz, y ella también me sonrió, diciendo en seguida, con voz musical:

—Y ahora vamos a comer esa deliciosa pierna de cordero que nos ha preparado la posadera.

Sentí que la sonrisa moría en mi rostro. De ninguna manera había pensado ni tenía deseos de comer. Si ella

me hubiese ofrecido una de las hermosas manzanas del árbol que teníamos a nuestras cabezas, o una copa de fragante y claro vino, todavía habría pasado... ¡pero pierna de cordero!... Moví negativamente la cabeza, y dije con displicencia:

—No tengo hambre...

—Pero, querido, esto no es natural: «debes» tener deseos de comer algo, pues has manejado el coche durante casi tres horas.

—Sin embargo, no deseo nada.

—¡Oh, Beverley, debes estar enfermo! De otro modo no se explica...

Yo la contemplé con más atención: aquella mirada de dulce solicitud habría emocionado a cualquier hombre; el interés de aquel ángel habría fundido cualquier corazón; pero yo me veo precisado a confesar que a mí no me emocionó ni derretió mi corazón... No, señores; yo pensaba en algo muy diferente...

(Continúa en la pág. 79)

Laura y su Orgullo

Por
MARIA ENRIQUETA

Llamábase Laura, y sólo porque era tan hermosa podía llevar airoosamente ese nombre, idealizado por el Petrarca.

—¡Lástima que tenga tanto orgullo! — decía más de una voz cuando la hermosa mujer cruzaba la calle. — Si fuera humilde, podría casarse, a pesar de no ser una jovenzuela; pero todos la temen por altiva...

Estas voces no llegaban hasta Laura, y si le hubiesen llegado, ella quizás habría seguido serena por su camino, sin mostrar que las oía.

Era una mujer misteriosa, desconcertante, que lo mismo

—Nada de eso me ha dicho a mí — exclamó con énfasis la que por íntima de Laura se tenía. Todo me lo confiesa, y de esto no me ha hablado palabra.

—Aún así, no te fies, porque Laura es un cofre cerrado; pudo muy bien ocurrir lo que se cuenta... como puede suceder también que el día mejor nos dé la sorpresa que anuncias, casándose con quien menos lo esperemos.

—Y bien guapo será sin duda el elegido — añadió una cuarta voz — por que no ha de ser "la hermosa Laura", como la llaman en las crónicas de las fiestas, la que escoja por marido a un hombre mediano.

—Es que, a veces — dijo la amiga envidiosa que nunca falta — las mujeres que han llegado sin casarse a la edad de Laura echan mano de lo primero que encuentran...

—Pues, mira que Laura no es de esas — dijo con brio su amiga más devota. — Y, sin ir más lejos, sé yo muy bien de cierto caballero guapo y a la moda que acaba de sufrir un rechazo de la hermosa Laura...

—¡Vaya unos sueños que tienes, querida Luz! — replicó la envidiosa, riendo para ocultar su enfado.

—Bien sabes tú que no son sueños míos — dijo Luz con marcada intención e irguiéndose, mientras fijaba sus ojos largamente en los de su contrincante.

—Pues no sé yo de ningún caballero a la moda que se haya prendado de Laura...

—¡Si lo sabes! — dijo Luz con sorda voz, poniéndose en pie y acercándose a la bella porfiada. — ¡Si lo sabes!

—¡Pero, vamos...! Por lo visto te ha picado la mosca de la ira... ¿Por qué he de asegurar que conozco a un caballero a quien no conozco?

—¿Porque bien sabes quién es él — dijo Luz en el colmo de la indignación, arrojando por el suelo toda máscara y olvidando las conveniencias.

—Porque sabes muy bien que ese caballero no es otro que Leoncio, tu novio...

La sorpresa dejó sin habla al corro de amigas, y Luz, sin escuchar las razones que a gritos salían de la boca de la agraviada, añadió:

—Estos mis ojos lo vieron; soy testigo asistente a la escena del rechazo. Y el que no lo crea que se lo pregunte al mismo Leoncio cuando yo me halle presente. Conque, así, no dudéis de lo que digo, y bien sabéis vosotras que si habla Laura de sorpresas no ha de ser para casarse con uno de sus criados. Por su belleza le corresponde un príncipe, mas si a ella le viniese en gana poner sus ojos en alguno de vuestros prometidos...

Hubo miradas recelosas entre el grupo femenino, pero Luz desbarató las nubes lanzando una alegre carcajada.

Y cuando la risa general quedó extinguida se hicieron cargo las damiselas de que la novia de Leoncio había salido de la casa.

—Mejor así — dijo Luz despectivamente. — Es una envidiosa que no sabe como denigrar a Laura. En buena hora nos libra ella misma de su presencia... Ya me venía cansando.

La charla tomó otros giros, y poco después la reunión se disolvió, quedando aplazada para el fin del verano, cuando las jóvenes hubiesen vuelto de la sierra y del mar. No faltaron sus nombres, ni el de Laura, en la lista social que publicaron los diarios dando cuenta de la partida de "tan ele-



acudia a las fiestas del mundo como asistía a las ceremonias que la Iglesia celebraba.

Sola se había quedado en la vida, sin más compañía que sus cuantiosos haberes; pero no se le oía jamás queja alguna contra la soledad en que vivía.

—¿Piensas casarte? — le preguntaban las indiscretas.

—No me llama el matrimonio — respondía. — Pero el día mejor pudiera darme una sorpresa...

—Como es tan orgullosa — decían más tarde algunas de sus amigas, comentándola en casa de una de ellas — como es tan altiva, asegura que no la seduce el matrimonio.

Y para dejarnos ver que no le faltan enamorados decididos nos profetiza una sorpresa — agregaba otra.

—Hay quien dice — añadió una tercera — que el hombre a quien ella quiso hasta morir la engañó. Y por eso es ahora desdeñosa y altiva con todos.

gantes damas" hacia los hoteles y balnearios que la moda imponía. Y, después, un silencio de tres meses cayó sobre todas ellas, como polvo que amortaja.

Pero un día sopló de pronto un vientecillo fresco, casi frío, que hizo exclamar a cuantos se habían quedado en la ciudad:

—Pronto volverán los veraneantes...

Y había razón para decirlo, porque días después, en el salón de Luz, donde acababan de quedar nuevamente colocadas las ricas alfombras y los valiosos tapices, el corro alegre de las amigas y enemigas de Laura se reunía como antes.

—¡Gracias a Dios que hemos vuelto! — dijo Luz acomodándose negligentemente en un diván. — Mucho os extrañaba a todas.

—¿Y Laura? — preguntó la más ansiosa del grupo.

Como una respuesta preparada, la doncella entró al salón en aquel momento, llevando en la bandeja una carta.

—¡Hela aquí! — dijo Luz. — Porque ésta es la letra de Laura. ¡Vaya si la conozco! Veamos lo que nos dice, pues indudablemente se habrá acordado de vosotras.

Y, abriendo la carta, leyó en alta voz lo siguiente:

"Mi querida Luz: No has de haber olvidado que antes de marcharme os prometí una sorpresa, ¿no es verdad? Pues bien, hela aquí: os hago saber que, en vez de casarme con alguno de los caballeros que últimamente me hicieron la corte, he preferido marcharme al convento de la Cruz, donde estoy desde hace un mes, pidiendo mucho a Dios por mis amigas y por mis enemigas — que algunas tuve. — Espero encontrar aquí la paz que en silencio anhelé, y para vosotras deseo, con esa misma paz, todas las venturas que guardan la tierra y el cielo. Tú, mi querida Luz, nunca olvides a la que fué y será siempre tu fiel y devota amiga. — Laura".

La estupefacción más completa quedó pintada en los rostros de las oyentes. ¿Conque ésa era la sorpresa que Laura les preparaba? ¿Era posible tal cosa?... ¿Y desde cuándo meditaba todo eso?...

—Yo afirmé una vez que

Laura era impenetrable — exclamó Angelina, atreviéndose por fin a romper el silencio.

—Y yo — agregó Teresa: — yo también dije mil veces que Laura de eso se leñaba a todos.

—¡Incredible! — gritó Luz en un violento sollozo, escondiendo la cabeza entre las manos. — ¡Incredible!... ¡Y esto sin despedida, sin preparación! ¡Pobrecita amiga mía!...

Su consternación fué tal, que algunas de las presentes, contagiadas por aquellas lágrimas sinceras, juntaron las suyas a las de Luz. Y aquel salón, que momentos antes era una alegre pajarera, pareció nublarse y entrar en meditación. ¡Era tan inesperado! ¡Era tan incomprensible!...

—Hasta puede ser una broma — dijo de pronto Sofia.

Pero Luz protestó:

—¡Imposible! Bien sabéis que Laura no bromea jamás.

—Pues esto, digan lo que digan — exclamó una rubia, — no puede ser más misterioso de lo que es.

—Tiene que obedecer a alguna causa que ignoramos — añadió Sofia.

—Yo no veo más causa que la de la vocación — dijo Luz.

—Quien tiene tanto orgullo como Laura — insistió Sofia — no se halla en visperas de meterse monja. Otra cosa ha de haber dentro de eso... A mí no me lo quitan de la cabeza.

—Pues yo voy de acuerdo contigo — dijo Paz. — Algo ha de haber en esto que no es la vocación. Tal vez se aclare más tarde.

—El tiempo demostrará que no hay enredo alguno en el asunto — dijo Luz con firmeza. — El ratificará que la vocación, y sólo la vocación, ha llevado a Laura hasta el convento... ¡Es una alma selecta!... ¡Pobrecita amiga mía!... Ya que Dios me la arrebató, que El la cuide y que El la guarde para siempre...

Nuevas lágrimas volvieron a rodar de los ojos de Luz; pero ya sus camaradas, por más que lo desearon, no pudieron acompañarla en ellas.

Y como esta noticia restó entusiasmo al salón, las visitas se despidieron más pronto de lo que esperaban, y Luz quedó a solas para lamentar la pérdida de su amiga predilecta.

El tiempo, que no se apresura ni se retarda porque nada

tiene que esperar ni que temer, corrió metódicamente, y tres años después, en el salón de Luz, una tarde en que sus amigas se hallaban allí congregadas para celebrar cierta fiesta, Sofia, la bella Sofia, se presentó de



pronto, llevando en la mano un sobre. —Mira — dijo a Luz — adivina de quién es esta carta que ayer recibí.

—¡Dios mío! — gritó Luz al reconocer la letra. — Es de Laura.

Algunas de las amigas de tan hermosa mujer, la tenían un poco olvidada, pero sus enemigas la recordaban muy bien.

—Una carta de Laura! — gritaron las visitantes. — ¡Pronto, pronto! ¡Léenos lo que dice!

Con visible emoción abrió Luz la misiva de su amiga predilecta, recorriendo para sí los primeros renglones.

—¡No, no! — exclamó inmediatamente un coro de voces. — Hay que leerla bien alto. Ve que todas somos amigas de Laura... ¡Por Dios, no nos desesperes!...

—Es que la emoción no me deja articular palabra — dijo Luz, muy conmovida.

Alma de Artista

POR
MARIA MISSIR

Se aproximaba el final del concierto. La sinfonia esparcía sus acordes admirables, ora ardientes y extáticos, como si quisieran honrar y glorificar el día, la vida, el amor, ora nostálgicos y sombríos, sollozos vehementes de un alma que ha esperado, que ha creído, y ha sido brutalmente abatida por uno de aquellos golpes implacables que trituran los corazones y aniquilan las existencias a las cuales todo parecía sonreír.

Las últimas notas, de una dulzura seráfica dejaban traslucir el renunciamento, el pesar de la felicidad perdida, expresados con una dulzura tan tiernamente dolorosa, que todo el auditorio fué sacudido por un nervioso escalofrío y muchos ojos se humedecieron.

Un último grito patético y vibrante, y todos los instrumentos enmudecieron. La sala parecía derrumbarse ante el estruendo de los aplausos.

De pie, entusiasmado, delirante, el público reclamaba con insistencia al compositor Marc Guiral, cuyo talento maravilloso transportaba a las almas a las regiones del ensueño en alas de la armonía.

Un murmullo de extrañeza casi general, acogió la presencia en escena de una joven pálida, de ojos sombríos, velados por un halo de infinita melancolía, de cabellos de un rubio veneciano, esbelta en su toilette blanca, muy sencilla.

La blanca silueta saludó a la multitud, con una sonrisa que borró momentáneamente el pliegue amargo de su boca; resplandecieron un instante sus grandes ojos misteriosos, se escurrió hacia su camarín, sorda a los clamores de la delirante multitud, y no volvió a reaparecer.

—¿Quién es Marc Guiral?, preguntó René de Luppé a su amigo Luis Baguet, en tanto se colocaban sus sobretodos en el vestíbulo.

—¿Cómo, no la conoces tú, el mundano por excelencia?

—Confieso no haberla encontrado jamás.

—Es verdad, que desde algunos años habita en los Pirineos, en donde posee un castillo señorial, el castillo de la Rambla; por consiguiente no se la ve mucho en París. Marc Guiral, amigo mío, o sea dándole su verdadero nombre, Mlle. Julietta d'Horiot, es una persona del mejor mundo.

—Se deja ver, tiene una distinción innata; pero, ¿qué mujer es?

—Una mujer irreprochable y de un talento a toda prueba, como acabamos de constatar; unidas a esto, una sencillez y amabilidad encantadoras cuando se la conoce más intimamente.

—¿Estás enamorado de ella, por ventura?

—Sería trabajo perdido; como te he dicho, Mlle. d'Horiot es inabordable.

Mientras se desarrollaba el anterior diálogo, Julietta d'Horiot, la frente apoyada sobre el cristal del auto que la conducía hacia su alojamiento, se había sumido en el más absoluto silencio.

Una brusca sacudida ocasionada por el congestionamiento producido a la hora de la salida del Teatro Francés, volvió a Julietta de su ensimismamiento. Con gracioso abandono recogió su capa de Zibeline caída sobre sus hombros, se arrojó en ella y sus cabellos brillaban en la iluminación de los proyectores que se cruzaban. Teresa Laurencin, su amiga, pudo también observar sus ojos arrasados de lágrimas.

—¡Qué éxito, querida amiga!, dijo ella. La sinfonia ha resultado sencillamente maravillosa. Comprendo perfectamente su emoción.

—No, Teresa, no la comprendo, no puedes comprenderla.

Y como Mme. Laurencin replicó sonriendo:

—¡Oh! Reconozco que no poseo ni la sombra de su talento, dejó escapar estas extrañas palabras:

—Jamás se podrá imaginar en qué circunstancias son creadas las obras de los artistas y cuántas lágrimas de sangre han debido significar al autor.

—Me atrevo a objetar que éste no es su caso, Julietta. Me extraña sobremanera su pesimismo de esta noche en que, al contrario, debería mostrarse tan feliz!

Mlle. d'Horiot acogió tales palabras con una risa helada y estridente, que sonó como un sollozo.

—Feliz... ¡yo!

—Amiga mía, en verdad me deja Ud. estupefacta. Hace años que su vida no me es desconocida. Desde la muerte de sus padres es independiente, vive preocupada exclusivamente de su arte; lleva una existencia austera; declara que ha llegado al máximo de la consecución de sus deseos; desdena los homenajes que se le tributan, y pasa altanera lanzando una mirada despectiva en torno del amor que parece sonreírle...

—Tiene Ud. razón y pinta exactamente el plan de vida que me he impuesto. El auto se detuvo.

Esta tarde está Ud. libre, Teresa, repuso Julietta, pues su marido se encuentra de viaje y no regresará hasta mañana. En tal caso, ¿por qué no sube a casa?

—Con el mayor agrado, asintió su amiga, la advierto en tristéceda y no podría en tal circunstancia dejarla, querida amiga.

En efecto, ambas descendieron, y unos instantes después se encontraban instaladas en el elegante estudio de la compositora, en donde reanudaron su interrumpida conversación.

—Hace un momento, hablaba Ud. de mi talento, dijo Ju-



heta. ¿Sabe Ud. como lo he adquirido?

—Ud. ha nacido dotada, amiga mía.

—Puede ser... pero lo ignoraba, y sólo se me ha revelado en el curso de una crisis de sufrimiento atroz... en el instante mismo en que la muerte batía su alas muy cerca de mí, cuando intenté suicidarme movida por un impulso de abandono total.

—¡Usted ha pretendido suicidarse, Ud., Julietta! Ud., hermosa, rica, envidiada...

—Sí, lo he querido y he estado perfectamente decidida. En las existencias más claras en apariencia, las más nítidas, existen a veces los más espantosos dramas ocultos... Espere, voy a contarle toda mi historia.

—En realidad no me atreví a insinuárselo y agradezco su deferencia, amiga mía.

Mlle. d'Horiot se recogió en sí misma y guardó silencio por cortos instantes; luego con una voz cambiada, débil y velada, ella habló:

—Hace de esto algunos años. Yo tenía aún el consuelo de tener a mis padres. A pesar de llevar una vida íntima un poco austera, sin embargo, recibíamos, salíamos mucho, ya sea a París, en donde pasábamos el invierno, ya a la Rambla, en donde residíamos una gran parte del año. Yo era bastante cortejada, mi nombre y mi fortuna me atraían gran número de pretendientes, como Ud. puede suponer.

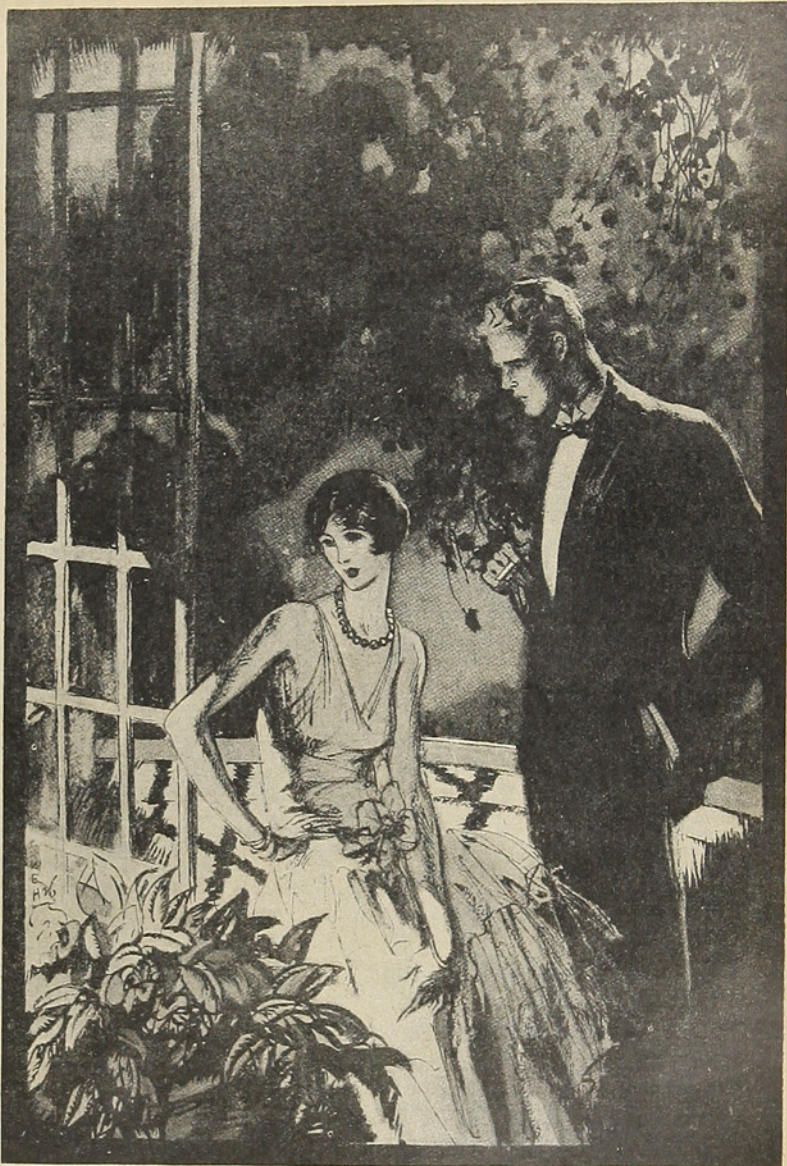
Por mi extremada juventud, temía al amor, ignoro el por qué; acaso por el presentimiento del sufrimiento que había de sobrevenir un día... Se tienen a veces estas advertencias misteriosas del corazón, que desgraciadamente no se oyen, ni se quieren oír y cuyo recuerdo vuelve más tarde como una música interminable y fatídica, que tortura todos los sentidos y envenena todas las horas...

Ha sido éste temor, esta aprensión acaso, lo que me imprimía ante el mundo una apariencia un poco fría, cuando en realidad, mi corazón latía a impulsos de las sensaciones más tiernas, más efectivas. ¿Cómo, entre la numerosa juventud que frecuentábamos, la que me dejaba friamente indiferente, llegó un día a interesarme uno? Yo misma confieso ignorarlo.

Ha sido algo involuntario y extraño. Yo encontraba a menudo a Andrés Robert, — lo llamé así, aunque su nombre verdadero es otro, — nos encontrábamos en nuestras charlas sociales, íbamos a casa de mi tía, venía él a casa nuestra. Siempre muy respetuoso, me demostraba una amistad afectuosa, que en mi inexperiencia de los hombres, en mi ingenuidad — precisa advertir que era demasiado ingenua en tal sentido — yo tomé por un sentimiento verdadero. Creí en la posibilidad, en la realidad de este sueño: ¡un grande, un bello a m o r compartido! Y mi corazón, que había sido un tanto comprimido a causa de mi vida de familia, inconscientemente trataba de expandirse, y fué así como se dió enteramente y para siempre.

Andrés revistió ante mis ojos las más bella, las más raras cualidades de nobleza, de generosidad, de inteligencia. De buena fe lo consideré como un ser aparte y superior, que no admitía rival. Lo veía a través del prisma ilusionante del amor, que nos reserva constantemente ¡ay! tan desastrosos, tan crueles sorpresas. Sin embargo, guardaba mi secreto celosamente para mí sola, no confiándolo tan siquiera a mis padres, que en el fondo me adoraban y no querían ver sino mi felicidad.

Mi actitud exterior hacia Andrés no había cambiado en armonía con mi aprehensión interior. Lo amaba con toda mi alma, pero en silencio, y como era demasiado orgullosa, habría preferido morir antes que aventurarme a dar el primer paso.



Largo tiempo mecía mi quimera, esperaba, esperaba poseída de una alegría creciente, de un fervor religioso, con entusiasmo ardiente.

Pero llegó una tarde en que bruscamente se derrumbó el castillo de mis ilusiones y sobrevino el fin de todo.

Era en la Rambla, un Otoño. Jamás podré olvidar el esplendor de ésta estación, que ha marcado tal etapa en mi existencia... Jamás me han parecido tan bellos los Pirineos... Habíamos hecho paseos, excursiones, exploraciones en auto; había bailado, representando comedia en fiestas familiares, jugado tennis, sintiendo una alegría de vivir, un entusiasmo loco, porque Andrés se encontraba entre nosotros.

El veranearia en casa de los Gouhier, que tenían su castillo a cuatro kilómetros del nuestro, lo que nos permitía vernos casi todos los días. Ah, las horas plenas, vibrantes, únicas e inolvidables que he pasado, creyéndome al borde mismo de la felicidad... Una noche había una gran fiesta en Lyrac. Mi padre, debiendo tomar el tren para París a la mañana siguiente, muy temprano, y como mi madre se encontraba si-

(Continúa en la pág. 72)

El Secreto de mi Popularidad

Por MARY PICKFORD

Cuando un actor ha consolidado su reputación en la pantalla resulta cada vez más difícil cambiar de tipo de papel sobre el cual descansa su fama, pues hoy día estamos en la época de los especialistas de la pantalla, como lo estamos en casi todas las cosas de la vida. El hombre de negocios ya no es sólo un hombre de negocios: es un organizador, un comprador o un vendedor, según el caso, y lo que gana en conocimiento, especializándose en una rama dada de su comercio, aumenta mucho su valer para la empresa como un todo.

Por lo tanto, la mayor prueba para una estrella cinematográfica es, como lo he expuesto, el hacer desaparecer su pro-

pieta individualidad en la del personaje que representa, y cambiar, de tiempo en tiempo, ese personaje según sea necesario, o cuando se represente nuevas películas. Descubrirá gradualmente, qué clase de papel le resulta más cómodo y qué partes son las que le agradan más interpretar. El director que conoce su trabajo le ayudará probablemente a elegir los papeles que mejor convengan a su personalidad, y tendrá entonces que concentrarse en ese tipo hasta que haya dominado todas sus fases y los detalles más íntimos relacionados con él.

Sabemos hoy día que en la pantalla esta concentración en un tipo es el resultado lógico del sistema de estrellas, y que una vez elegido un tipo dado — ya sea trágico o cómico, juvenil, maternal o de simple acompañamiento —

nosotros los actores estamos prácticamente circunscriptos a él para el resto de nuestra carrera cinematográfica.

Naturalmente, no tenemos ningún deseo de restringir nuestro campo de acción, pero en este gran arte de agradar al público estamos obligados a seguir nuestro camino y marchar adelante sólo cuando él está dispuesto a seguirnos.

Por ejemplo: los temas históricos no son siempre una feliz elección cuando se trata de artistas demasiado conocidos, por la sencilla razón de que al público no le gusta vernos en papeles clásicos, tales como el de Juana de Arco o de Peter Pan. Mr. Lasky me invitó a representar Peter Pan, pero me negué a hacerlo, porque sentía que yo era demasiado familiar para el público. Eligieron a Betty Bronson para ese papel, con el éxito que todo el mundo conoce.

Por la misma razón, pensé que era mejor renunciar a un ofrecimiento magnífico para hacer el papel de Juana de Arco en una película dirigida por Max Reinhardt. Supongamos, por ejemplo, que estuviera representando una escena profundamente seria en Juana de Arco y algún movimiento de la cabeza recordara al espectador otro similar en «La pequeña Annie Rooney». La figura histórica se resintiría en la mente del espectador por recuerdos del artista en otros papeles.

En cuanto a mi propia compañía, me parece más prudente suspender por completo mis actividades hasta que me lleguen informes de todas partes del mundo sobre mi última producción. Gracias a esos informes, yo podré saber si agradan al público ciertas innovaciones en mi trabajo, consiguiendo de este modo orientación definitiva para mi próxima película. Hablando en general, creo que la gente se entretiene

más en el teatro cuando la pieza expresa algo que le toca, esto es, cuando aquella se ve reflejada en el personaje principal de la película.

¿Acaso Carlitos Chaplin, por ejemplo, no expresa algo fundamental en todos nosotros, estos es, el negarse a reconocer la derrota? Abofeteado por el mundo, es el símbolo viviente del clavo redondo al que se quisiera introducir en un agujero cuadrado. Adviértase la absurda pretensión de donaire del andrajoso hombrecillo, su afabilidad mientras vaga por un mundo antipático. Sus codos aguijonean sus costillas, y sonríe en vez de protestar. Sorpréndese más bien que se ofen-

da cuando sus buenas intenciones resultan mal comprendidas. Se escapa alegremente a la calle convencido de que algo bueno le espera al dar la vuelta a la esquina. Al seguir adelante acaricia lentamente o rramente su bigotito, que parece haber gastado toda su energía en aparecer, y hace girar su absurdo bastoncito de bambú, precioso emblema de la respetabilidad.

Una vez, estando Douglas y yo en una comarca salvaje de Arabia, dimos con una rueda de chillos que reían de las bufonías de un pilluelo árabe que imitaba la manera de caminar de Carlitos Chaplin, sus gestos y su sonrisa.

¡Verdadamente, las películas hablan un idioma universal!

Douglas Fairbanks mi marido, es el gran favorito de los chicos, a causa de su extraordinario



gusto por la vida. Hombres que han pasado hace tiempo la edad escolar también lo quieren, porque siempre está haciendo lo que a ellos les gustaría hacer: saltando cercos, dando volteretas sobre el lomo de los caballos, saboreando en todo momento las aventuras del día. Cuando trepa por las paredes de una casa, como en «El Gaucho», balanceándose de piso en piso por los toldos, hace lo que a todo hombre o muchacho le gustaría hacer. Por lo tanto, Douglas expresa al público el puro amor a la vida, y todos responden a éste sus pensamientos son sanos y saludables.

Allí está también Harold Lloyd. Para mi manera de ver, él representa el muchacho típico del pueblo, que gana diez y ocho o veinte dólares por semana vendiendo corbatas o pomadas para lustrar botines. Cuando aumenta su salario hasta treinta dólares podrá casarse con la joven de su elección, que trabaja probablemente en una tienda por mucho menos de lo que él gana. Creo que yo represento ante el público esta clase de joven, pues ese es el tipo que me agrada más interpretar en la pantalla. La vida es algo muy serio para ella. Gana su vida, y muy a menudo, gana también la de otros. Cuando ella es la que mantiene la familia, el día de su casamiento se hace con frecuencia dolorosamente remoto, y las jóvenes parejas se divierten, a la par que recuperan ánimo al verse representadas en la pantalla ganando, por fin, su felicidad. Estas no son conjeturas. Tengo la prueba en los miles de cartas que me llegan todas las semanas, lo mismo que a los otros actores. Estoy convencida de que el secreto de la popularidad en la pantalla depende de nuestra habilidad para hacer la felicidad y renovar la fuerza de ánimo de millones de amigos desconocidos en las oscuras salas de los cinematógrafos.

¿Podrá el Traje Convertir en Dama a la "Flapper" Norteamericana?

Por JOSEPHINE CROWDER

Los vestidos amplios y largos, que barren el suelo con sus pliegues; los zapatos cuyas puntas asoman modestamente; las líneas bien definidas de la cintura, no se habían visto aquí desde la época en que nuestras madres eran jóvenes, en las postrimerías del siglo pasado. Los miramos fascinados y al mismo tiempo horrorizadas. Algunas de nosotras los compramos; otras nos detenemos vacilantes, y otras les volvemos desdeñosamente la espalda.


Porque, en resumidas cuentas, las que hemos sido jovencitas independientes y libres de cuidado, ¿deseamos, acaso, ser damas, vale decir, damas tales como eran nuestras madres cuando los carruajes marchaban con moderación a lo largo de la Avenida? Les tenemos cierto recelo a las polleras largas. Hemos

oído el antiguo refrán: "La ropa hace a la dama". Y... francamente, no estamos seguras de querer ser damas... es decir, damas en la antigua acepción de la palabra. Porque las damas del tiempo de nuestras madres no podían jugar al golf; ninguna de ellas habría soñado en pilotear un aeroplano (si los hubiera habido en aquellos tiempos), ni menos aún en dejarse caer de uno de ellos con paracaidas, como lo acaba de hacer una recién casada con su esposo. ¿Cómo habría podido una dama del siglo XIX hacer durante su luna de miel una gira aérea sobre Centro y Sud América como lo hizo hace poco la señora de Charles Lindbergh? ¿Qué hubiera hecho de sus voluminosas polleras al manejar su máquina cinematográfica? Pues la señora de Lindbergh fué fotógrafo oficial durante la gira que ella y su esposo, en compañía de un científico, realizaron sobre las regiones casi desconocidas de Yucatán.

Sin embargo, es indudable que la nueva moda se ha adoptado hasta cierto punto en Nueva York. La "flapper" de polleras cortas y rodillas sedosas constituye todavía un espectáculo común durante el día, pero si se

(Continúa en la pág. 71)





Cómo deben Vestir los hombres

Por la mañana, un joven de tono puede llevar un frac azul muy abotonado hasta arriba y por encima una levita con cuello de terciopelo, y que para ser de todo gusto debe tener dos filas de botones.

Para las sociedades o *suarés* que son las diversiones en el día más de tono, pantalón de paño negro o patencur, frac negro con botones dorados, chaleco de seda con florecillas, capa corta de paño azul turquí con esclavina y cuello vuelto guarnecido de piel de marta, y bastón en la mano que es el fuerte del día entre los de buen tono de París.

Las alas de los sombreros han de estar un poco levantadas por los lados y deben tener el pelo algo largo.

Los nudos en los pañuelos de *maleta*, de *caza*, a la *inglesa*, ya no están en uso; no se ven ya corbatas con puntas largas sino en el cuello de algunos jóvenes que quieren parecer serios y graves; los alfi-

leres y los brillantes huelen a rancio y un lechuguino debe llevar un corbatin sin nudo de la ropa o tela que se le antoje, como no sea de muselina o batistilla; es importante que este corbatin, cortado en punta en su parte inferior no esté muy atiesado. Se han hecho recientemente unos cuellos de camisa, de papel, que sientan y se mantienen mejor que los de percal, si bien son algo costosos ya que no valen menos de cuatro reales la docena.

Se han visto algunos jóvenes románticos con guantes azules bordados en blanco. Pero lo más interesante para mis benévololectores, será, sin duda, el saber que la moda de la barba sigue progresando entre los señores, y los elegantes que han recibido de la naturaleza este adorno varonil con cierta profusión, dejan ya que sus patillas se les junten en

(Continúa en la pág. 79)

La ventana iluminada

Por

FRANCOIS COPPÉE

Es una noche de la canícula, bochornosa y oscura, sin luna ni estrellas. A lo largo del bulevar, ornamentado con arbustos enfermizos, marchan algunos transeúntes con pasos pesados, lentos, y la doble fila de mecheros de gas que oscilan en el aire asfixiante se hunde, hasta perderse de vista, hacia las soledades del arrabal.

Lanzado de su cuarto por el sofocante calor, por la fatiga y por el canto amenazador de los mosquitos de fin de agosto alrededor de la lámpara, Ludovico se levanta de su sillón de trabajo y echa una mirada afligida a la cuartilla de prosa que no ha podido terminar, cuartilla escrita sin gusto ni inspiración, acibillada de enmiendas, llena de defectos; luego, desanimado, apaga la luz, desciende de sus cuatro pisos, cruza la calle desierta y se sienta ante una mesilla exterior de la pequeña cervecería situada frente por frente de su casa...

El vaso de cerveza que acaba de servirle el camarero en mangas de camisa y arrastrando las chancas huele tanto a boj que provoca náuseas. No hace allí ni una pizca más de fresco que en la habitación y cuando se levanta, un soplo de viento es tan cálido como el aliento de un enfermo.

Ahora piensa Ludovico que hubiera hecho mejor quedándose en su casa, metiéndose en la cama tal vez. Tenía razón Pascal, cuando decía que el hombre debe permanecer "en su cuarto". Tampoco se equivoca el proverbio árabe: "Vale más estar acostado que sentado, y mejor muerto que acostado". ¡Muerto! Palabra que sí... ¿No había ya bastante de aquella vida suya tan aspera, de literato sin éxito y sin talento? (Quién sabe!)... ¿No era tan monótona como el itinerario de este tranvía que, de diez en diez minutos, rueda ante él sobre el polvo caliente de la calle? También él, para ganar su cama y su comida, había de hacer un trabajo pesado y rutinario. ¡Vaya un oficio, vender verbos y adjetivos! ¡Y a todo esto él tenía ya sus treinta y ocho años! Aquella misma mañana, mientras se afeitaba, había descubierto cómo se marcaban en sus sienes las

elocuentes "patas de gallo". Una juventud perdida. Nada verdaderamente dulce y tierno en sus recuerdos; ningún "rincón verde" en su vida, como dicen los ingleses; sólo los amores tristes y vergonzantes de los solteros pobres, y, si quedó algún nombre de mujer en su corazón, lo habían escrito ellas allí como sobre el espejo de un restaurant...

Mientras se sumergía en pensamientos lúgubres, Ludovico miraba maquinalmente ante él y, al levantar la cabeza para vaciar su vaso de cerveza, notó de pronto que en el quinto piso de su casa, precisamente sobre su habitación, había una ventana iluminada.

Era la única en toda la casa y hasta en todas las casas vecinas. Como, en la oscuridad de la noche, el remate de los edificios se pierde en el cielo, a aquella altura brillaba la ventana iluminada entre las tinieblas con el resplandor fijo y calmo de un faro. Estaba abierta, pero se había dejado caer la cortina blanca, que oscilaba al impulso de la brisa.

—¿Quién vivirá allí?—se preguntaba Ludovico. En aquellos momentos se sentía tan triste, tan abandonado, tan solitario, y la ventana iluminada alumbraba tan dulcemente, tan apaciblemente, que, por un irónico capricho de su imaginación, se puso a evocar las existencias felices,

más felices que la suya a buen seguro, que debían vivir en aquel alto piso. Todos aquellos a quienes el aburrimiento o la pena ha hecho salir de sus casas y han ido a matar el spleen en paseos nocturnos, todos conocen bien esta impresión. ¿Quién de ellos, viendo iluminada una ventana en la noche, no se ha dicho: "La felicidad debe de habitar ahí"? Y la ha mirado largo rato, desde las sombras, con una especie de envidia enternecida, como el desesperanzado, al que todo sobre la tierra ha hecho traición, encuentra todavía un consuelo melancólico, contemplando una estrella y soñando que un día comenzará para él una vida nueva.

—¿Quién vivirá allí?—se pregunta Ludovico— que vela tan tarde?

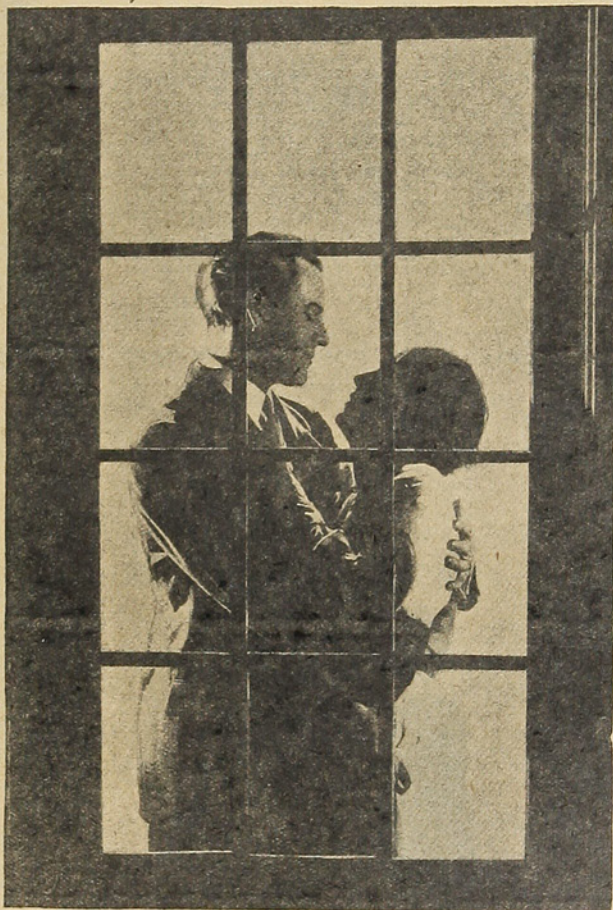
¿Tal vez un trabajador como él, un escritor, un poeta? ¿No ha cambiado algunas veces en la escalera un saludo con un joven pálido, mal vestido, que ordinariamente va con un libro? Pues, él es. Un muchacho que debe de ganar lo estrictamente indispensable, dando una lección por la mañana, vendiendo un poco del latín que sabe; pero el resto de su tiempo lo dedica a la poesía y al arte. Es pobre, muy pobre, pero noble y puro como una flor de lis. Ha conservado intacto el tesoro de su juventud y de sus ilusiones, y cuando, a pesar de su traje raído, una modistilla le mira sonriendo, él baja los ojos como una virgen, sus ojos profundos como pestañas de terciopelo, reservándose para una futura Beatriz.

Seguramente él desea la gloria, pero pretende conquistarla por una obra maestra en la que habrá vertido toda la sinceridad de su alma. Respeta su pluma, como un paladín su espada, y mejor preferiría morir de hambre que convertirse en jornalero literario e ir a echar colillas de cigarro en las escupidoras de las redacciones.

No ha triunfado, sin duda, el noble muchacho, pero actualmente escribe los primeros versos de su divino poema de juventud, aquel que sólo se hace una vez. Cree en un

paraíso encantado, un paraíso imposible, en el que las flores tienen alas, donde todas las mujeres son dulces y puras como estrellas, donde no hay más que sentimentalismo y ensueño... Y luego, cuando él haya echado a volar sus canciones, aquellos que se hayan emborrachado cantándolas y leyéndolas, quedarán tristes como al despertar de una bacanal, con la boca amarga, viendo que la vida no es tan bella... Pero, hasta hoy, su poema sólo pertenece a él, su poema inacabado y, por tanto, el más querido.

¿Qué puede hacer a estas horas el joven poeta? ¿Se acostó para leer hasta la madrugada, tomando de la repisa que hay al lado de su catre un libro predilecto, releído cien veces, en el cual su poderosa y fresca imaginación descubre entre líneas horizontes infinitos? No. Mas bien ha trabajado toda la noche, escribiendo alguna de sus mejores estrofas; después, cansado por el esfuerzo, se ha tendido en su gran sillón, su cabeza de adolescente se ha inclinado sobre la espalda, sus ojos se han cerrado, la pluma ha caído de sus dedos. Pero, durmiendo, sigue viendo la página comenzada, y sueña que la musa satisfecha, la musa que existe para él, como una madre, como un ángel, se ha acostado en el respaldo de su



(Continúa en la página 71).

El Muchacho Afortunado

El año pasado, yo tenía en mi clase a los dos Freminet. Freminet Emilio, a quien decíamos Mimile y Freminet Clemente, a quien llamábamos, no sé por qué, Zan.

Cuando se han iniciado de nuevo las clases, uno solo se ha presentado a la escuela, pero los destinos escolares lo han transferido al curso mediano, y yo no había tenido ocasión de preguntarle como Nuestro Señor en la Biblia:

—Mimile—¿qué has hecho de tu hermano?

Solamente ayer, mientras que yo vigilaba el recreo y trescientos muchachos gritaban entre cuatro altas murallas, vi a Freminet Emilio, en castigo, con las manos en los bolsillos, y la espalda apoyada en un árbol. Me acerqué para interrogarlo.

—¿Zan? No, ya no viene a la escuela. Es un muchacho con suerte.

Y como, curioso, yo preguntara las causas de su fortuna, supe toda la historia del dichoso Mimile, contada sin envidia por la voz agria de su hermano, que se detenía de tiempo en tiempo para toser.

La madre Freminet se murió de pena, hace más o menos un año, dejando un hombre... como son todos los hombres, una madre de setenta y cinco años y mis dos muchachos. El padre se marchó una noche y nunca más se volvió a saber de él.

En el dispensario donde la pobre difunta iba los últimos días de su vida, se interesaron por los niños y prometieron a la abuela enviarlos en colonia a la

montaña. Imaginaos, ¡qué alegría! La abuela acomodó lo mejor que pudo su pobre equipaje, compuso el trousseau exigido, y los dos chicos hacían proyectos: cazarian osos y camellos y quizá tigres, si encontraban, escalarían montañas. Mimile coleccionaba todos los cordeles que había en casa, y Clemente, con ayuda de alfileres de gancho, procuraba ponerse en buen estado, una vieja mochila, con la cual su padre había hecho la guerra.

La víspera de la partida, fué todavía preciso ir una vez donde el médico. Justamente, Zan, estaba aromadizado, pero qué, un romadizo no es más que un romadizo, sobre todo en el mes de agosto, y llevando consigo un pañuelo, bien se puede salir en el mes de agosto con romadizo. Así, por lo menos lo decretó la abuela. Pero cuando el médico vió, en medio de los otros, ese muchacho con la nariz húmeda, los ojos rojos y la piel roja como la epidermis del tomate, el médico del dispensario montó en cólera:

—¡Un escarlatinoso! No nos faltaba más que eso, ¡ligero, ligero, llévase usted este muchacho de aquí!

—Pero, ¿puede... partir mañana?

—¡Partir! pero, ¿está usted loca? ¡Conduzcale al hospital!

—¿Y su hermano? ¿Es preciso que yo le deje para que usted lo examine?

—¡Qué ocurrencia! ¡Su hermano tampoco puede partir! El debe estar en plena incubación.

Naturalmente, la pobre abuela no comprendió tan sabias palabras, pero vió, por el vacío que se hizo inmediatamente alrededor de ellos, mientras que ella vestía de nuevo a sus nietos, que ellos eran a manera de apóstados.

Recibió un bono para el hospital y lo puso sencillamente en su bolsillo. Era de esas gentes que temen el hospital. Entró, pues, derecho a su habitación, que esta-



ba constituida por dos cuartos muy modestos.

Acostó a Clemente, que sollozaba. Acostó también a Mimile, a pesar de sus protestas. Así se sentía más tranquila, respecto de aquello de la incubación que seguramente era algún mal microbio. Les acostó juntos, por cierto, ya que no tenían sino una frazada para los dos.

Pero existen anomalías de esta especie. Junto a Clemente, que mostraba una magnífica escarlatina, Mimile permaneció pálido como de ordinario y se mostró rebelde al contagio.

Así se pasó el mes de agosto. En septiembre, Clemente ya no estaba rojo, sino amarillo y considerablemente débil. La anciana tuvo la idea, ya que era demasiado tarde para mandarlo a la montaña, de enviar al niño a casa de una sobrina suya que vivía en las inmediaciones de Poitiers. Ella escribió una carta sumaria y no esperó la respuesta de miedo a un rechazo. La frazada de ambos muchachos llevada a la Agencia, pagaría el viaje y Mimile dormiría con su abuela.

Un día, pues, la abuela condujo a Zan a la estación, pensando recomendarlo al conductor del tren. Pero también se le ocurrió recomendarlo a una viajera, que tenía aspecto de ser una buena mujer, con los cabellos blancos bajo una capota negra, vestidos de luto y aspecto modesto.

Prefiero decirlos inmediatamente que esta viajera, que se gastaba un aire tan modesto, era la condesa de yo no sé cuánto, muchas veces millonaria y que viajaba en tercera clase, después de los últimos atentados.

—Por favor, señora, ¿no irá Ud. hasta Poitiers?

—Sí, respondió la dama.





—Entonces, ¿sería demasiado pedir... he aquí a mi nieto que se va también. Su tía lo esperará en la estación. No tiene necesidad de nada en el camino, puesto que yo he puesto pan y salchichón en su canasta. Hasta luego, conejito, hasta luego, señora, muchas gracias.

Y he aquí a Zan instalado delante de la condesa de yo no sé cuánto, y en tren de partir. Primero se miraron como si ambos fuesen de loza, pero por Etampes, Zan entabló la conversación. En Blois, se le invitó a meter dos dedos no del todo limpios, en una bombonera de plata. En Tours, él se comió una banana y un sandwich. En Châtellerauld, él se vio gratificado por un pequeño cuchillo que la condesa le ofreció, divirtiéndose por sus modos desvencuados.

La condesa pensaba que si su único hijo no se hubiera muerto en la guerra, ella tendría ahora para poblar su soledad, pequeños de la edad de Zan, que la llamarían abuela.

En Poitiers, ella previno a su pequeño compañero:

—Mira bien, si reconoces a tu tía.
—Pero es que yo no la he visto nunca. Sólo sé que tiene un bonete.

Vagamente confundida la condesa buscó con los ojos entre la gente que esperaba a los viajeros a la campesina con bonete, a quien había de entregar a Zan. No vino sino a su vieja ama de llaves, que vino respetuosamente a informarse si la señora condesa había hecho un buen viaje. Eran las ocho de la noche. El cochero esperaba con el cupé. Era preciso decidirse. Zan fue subido al coche.

—¿Sabes?—le confió a la condesa de yo no sé cuánto— me gusta tanto que no haya estado allí mi tía, porque de esta manera yo me quedo contigo.

Zan comió en el castillo en la mesa de la condesa, un poco intrigado por la presencia del maître d'hôtel, pero no se crea que demasiado intimidado. Se durmió en un hermoso cuarto, bajo un inmenso baldaquín de terciopelo rojo.

—¿Es para que no llueva en la cama, que han puesto esta máquina aquí?, preguntó.

Después se interrumpió, para declarar a la anciana:

—¡Qué elegante es todo en tu casa! ¡Si vieras tú, en cambio, la nuestra!

Al día siguiente, mientras que su forzada huésped escribía a la dirección de

la abuela, Zan jugaba como un loco en el parque, entablando conversación con el jardinero, y finalmente se echaba a rodar por el pasto con los dos grandes lebreles del difunto y joven conde.

Después, viendo a la condesa que apareció sobre la terraza, tentado antes de cada paso el suelo con su bastón, corrió a frotarse contra ella y a prestarle el apoyo de su espalda.

Pensó en el nieto que ya no tendría y sus ojos se humedecieron. Entonces Zan le saltó al cuello.

—¡Lloras! ¿Por qué lloras? Tú tienes muchos pesos, luego puedes estar tranquila y reír siempre.

La condesa se conmovió. Es verdad, ella tenía pesos, pero, ¿estaba tan sola siempre!...

Y, sin embargo, ella no tiene sino una palabra que decir, un gesto que hacer...

Y ese gesto lo hizo. Ahora ya no hay Zan. No hay sino Clemente, María, Raúl, de yo no sé cuánto, un joven señor que va al colegio, que toma lecciones de violoncello, y que monta a caballo sobre un verdadero caballo, sí, señorita...

Y decir que sin la escarlatina... No se puede negar que es un afortunado.

GENOVEVA DUHAMELET.

O F E L I A

(Rapsodias de antaño).

Dolidas doncellas, morenas y rubias: morenas de senos garridos y de bocas ávidas y blondas,

de verdes ojos de esmeralda, de lánguidos labios sin sangre!... en torno del féretro donde viene Ofelia, los llantos sonoros y fúnebres cántigas, acaso no digan del luto que va por las almas...

Doncellas, doncellas morenas y rubias; miradas ardientes y bocas lozanas, ojos extraviados y labios exangües... Ofelia, la rubia de ojos de esmeralda, Ofelia, la estrella más límpida, la oveja más cándida,

que murió, perfumando las ondas pérdidas y glaucas! que regó con sus pétalos!, sonrosados y tibios, las indolentes aguas... que tronchó con sus manos inánimes los juncos y ramas, y bendijo las linfas con albuza del cuerpo, con la albuza del alma, Ofelia la rubia, Ofelia la pálida, murió de silencio, con las alas abiertas, los ojos abiertos, la pupila extática, mirando en las nubes la amarga, la amarga silueta del príncipe loco... Murió de silencio la cándida y rubia doncella de ojos de esmeralda... Los llantos sonoros no dicen las ansias... Silencio es la nota

que tremen las arpas... Silencio en los bronces de adustas campanas... Silencio en el viento que azota su caja... Silencio en las sombras que rozan su cuerpo... Silencio, silencio... ¡Silencio, almas!, felices gusanos que gustáis su sangre tan dulce, tan cándida. Silencio en los pinos, cipreses, acacias... Silencio en los ojos ¡que ya están sin lágrimas! Silencio en las bocas que no gimen lánguidas melodías dolientes, amargas!... Silencio en los labios, silencio!... Silencio en las almas!...

LEON DE GREIFF

La silueta de 1930

Por HENRI

Al presentar modelos llaman la atención algunos de los factores que entraron en su creación. En primer lugar, el traje tiene una estrecha relación psicológica con la época en que se usa. Esto se comprende fácilmente si se piensa en la historia del traje a través de las edades.

Tómese, por ejemplo, la época anterior a la Revolución Francesa, que fue de gran artificiosidad y formalidad, y este espíritu se reflejó en el traje, pues sólo en una civilización semejante podían aparecer las pelucas empolvadas, las faldas voluminosas de sedas y satenes magníficos, los encajes y los mil detalles exquisitos. Véase si no lo que sucedió en nuestro tiempo. A raíz de la guerra, las varias actividades desempeñadas por la mujer le hicieron incómodos los trajes de siempre. La actividad y la energía y un cierto espíritu ascético entraron en mucho, y la moda de ese tiempo se simplificó hasta la falta absoluta de adornos y de complicaciones. Los vestidos dejaron de ser objetos de belleza para ser sólo de utilidad.

Han pasado algunos años y ya la reac-



es muy femenina

PARIS

ción se hace sentir. El mundo se vuelve a los encantos y a la gracia que había dejado con entusiasmo. Este es el móvil sobre el cual he basado mis creaciones. Considero que el cuerpo es un objeto de belleza y trato de realzarla siguiendo sus líneas naturales: sus curvas, el talle normal, sus líneas finas y alargadas.

La silueta de 1930 ha perdido esa falta de forma suelta a que nos habíamos acostumbrado. El vestido moldea el cuerpo, pero sin darle dureza ni incomodidad. Debe ser suave y flexible, pues cualquier ajuste da la sensación de incomodidad y dureza. Es porque este efecto es muy difícil; además, debe tenerse una ropa interior que sea lo más perfecta posible. Hay que darle una atención preferente, pues, si su corte no fuera perfecto, se malograria el efecto. El corsé nuevo no tiene mucho que ver con el antiguo. En seda, en encaje y en elástico, sólo preserva las curvas naturales del cuerpo.



El mundo y su mujer

Por
NOGUERAS OLLER

Ella y él pertenecían a la flor de nuestro mundo elegante. Poco importan sus nombres; únicamente contaré como se conocieron, se casaron y amaron.

Esbelta y graciosa ella, reunía todo cuanto puede desear una mujer a la moda. Sus padres, aristócratas de nacimiento, dueños de una fortuna envidiable, la hicieron educar en uno de los colegios más renombrados del extranjero. Creció como una flor de invernadero bajo la gran campana de vidrio de todas las exigencias sociales, y a los diez y siete años, cuando hizo su debut en los fastuosos salones de la buena sociedad de su patria, experimentó un tenue temblor de frío, un frío espiritual que la atormentó durante unos pocos días. Al acostarse huía el sueño de sus ojos, y por más que apagara la luz, en su cuartito rosa anaranjado se reproducían todas las escenas rígidas y estudiadas de sus primeros pasos sociales.

Fastidióse en un principio; su alma soñadora deseaba algo quimérico que no acertaba a explicarse; pero muy pronto se convenció de que debía aceptar a su mundo tal como era y no como se imaginaba ver. Con todo, no tenía motivo para quejarse; obtenía brillantes éxitos, los salones la reclamaban continuamente y los más apuestos mancebos la eligieron reina de su corte de amor.

El hecho estaba consumado: pertenecía al gran mundo y era preciso desentenderse de idealidades que la habrían molestado.

Así adormecida, vio pasar cuatro años de su juventud para después de perder desagradablemente. Siempre se había figurado que era su corazón y no la voz de su padre lo que la hablaría de amor. Se trataba del hijo de un archimillonario, algo desprovisto, es cierto, de bellezas físico-morales, pero al fin y a la postre hijo único, y francamente, valía la pena de que el padre procurase por la felicidad de su hija.

De nuevo se entregó a la tristeza de sus primeras noches sociales; estremeciéndose más de una vez en su camita, y el rosa anaranjado de su cuarto virginal pasó a un gris sanguinolento que la enloquecía. No podía con su alma, y poco a poco todos los colores y ensueños de su vida tomaban un tinte fatalmente obscuro.

Sus párpados se bañaron de un violeta mortecino, y ni su voz ni sus miradas tuvieron aquella serenidad de la mujer de mundo.

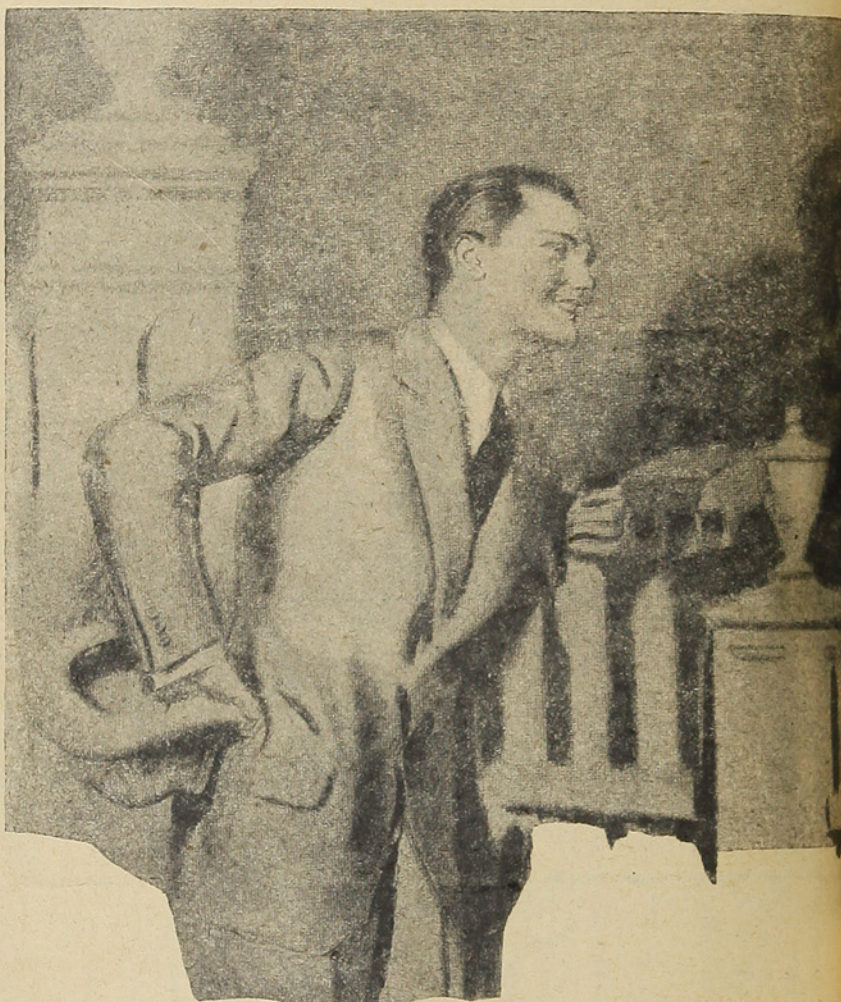
¿Amaba a alguien? No. No estaba enamorada; lo sabía de cierto; pero aquel matrimonio la entristecía.

Habíase engañado inútilmente durante cuatro años, creyendo que el amor daría al traste con su glacial manera de vivir. Se uniría con un hombre idealista, buenmozo, guapo, al que amaría ella en la sombría paz de su casa, lejos del bullicio del mundo, libre de los demás, exclusivamente con él y para él.

Pero la suerte marchaba por distinto camino: ¿qué haría en casa con el hijo del archimillonario? Sentiría miedo, asco, aburrimiento; cualquier cosa antes que amor. Continuaría siendo la mujer del gran mundo, sin voluntad propia, ni derecho a sus ilusiones... Una esposa como la mayoría de las que había tropezado hasta su presente; fieles al marido, ¿hay que dudarlo?, pero fidelísimas a la sociedad... Una madre a la orden del día, con su nodriza indispensable, puesto que la alta sociedad cuida constantemente del mantenimiento de las buenas formas; una madre, en fin, que confiaría sus hijos a

la indiferencia o insensatez de mujeres con sueldo fijo, para no faltar a las exigencias de su mundo.

Y esta indiferencia maternal, que había sufrido siempre, la alarmaba creyendo posible que a su vez se reprodujera en ella. Porque, en realidad, ¿qué clase de pasión podría sentir



por un muñeco encarnado sin amor y que probablemente heredaría la nariz desvergonzada de su padre?

Esto de la nariz la horrorizaba sobre manera. Era enorme y aplastada hacia arriba, dejando al descubierto un labio alto y abultado con media docena de pelos tratados a cosmético firme. Era una nariz que la perseguía incesantemente, a todas horas y por todas partes. Cuando hastiada y aburrida se amparaba tras las paredes de su casa, entonces... las feroces narices, apostadas en la acera de enfrente, miraban más desvergonzadas que nunca, recordándole que se debía a la sociedad, a todo lo cual el padre prestaba el conforme tratando a su hija con una gravedad desacostumbrada.

Proxima a caer, dudaba entre la vida y la muerte; su corazón se desesperaba; sin embargo, su mundo la obligaba a disimular y a obedecer, y ella... ella se reía y charlaba casi con el mismo gracejo que las otras mujeres.

Así la conoció él; no el archimillonario: un chico de alma, buenmozo y de sentimientos nada vulgares. Un joven que se aburría por la razón de que era superior a todas las ni-

miedades de sus compañeros y a todas las frivolidades de las hembras del mundo elegante. Habíase convencido de que aquel mundo no era el suyo ni lo sería nunca; pero a falta de otro que no sabía descubrir, lo aceptaba tal como era, procurando, empero, llevarse la mejor parte.

Ella y él se trataron, muy indiferentes en un principio, con cierta simpatía después, nacida seguramente de una interrogación.

Los dos, acostumbrados a fingir, cumpliendo con las leyes de la más acrisolada cortesía, creíanse dueños absolu-

tos de su exterior; sin embargo, sus ojos, demasiado vehementes, descubrían en parte el dalestar de sus almas, cosa que únicamente podían observar uno de otro, y de eso a la interrogación no medió siquiera un paso.

El soñó con algo que no le habían inspirado las demás mujeres. No era amor, creía estar muy seguro de ello; pero lo cierto es que notaba una fuerza oculta que le arrastraba imperiosamente hacia aquella mujer. Acostumbrado a dejarse conducir siempre por la mano aplastante de su mundo, demasiado aburrido para luchar, entregóse a su suerte y ofreció su nombre y sus riquezas a la simpatía, puesto que la simpatía es una senda por donde cruza a menudo el amor.

Ella aceptó con una extraña alegría, que convino en llamar hija de una satisfacción inesperada: la de dar cortesmente con la puerta de su porvenir contra las descortesías de su exterior.

Amaba a su marido?... ¡Qué sabía ella!... Únicamente comprendía que no se realizaban completamente sus sueños de niña. Hubiese querido vivir absolutamente con él y para él... Sentía un cansancio cada día mayor por las cosas del mundo, soñaba en emanciparse de la acción directa de la sociedad, para entregarse a una vida más íntima, más espiritual. La entristecía la grave suntuosidad de su palacio...

No se hallaba en él un sólo detalle que le hablase de su esposa, de un hombre enamorado de su nido.

Vivían sin disgusto, pero en nada se leía su alegría de vivir... Esta indiferencia la helaba, la ponía triste; sin embargo, ella tampoco procuraba imprimir algo espiritual en el pesado aspecto de su casa.

Y él, que también notaba esta indiferencia, sufría en silencio. Los dos poseían todas las condiciones, todas las virtudes para amarse y ser felices... Deseaban lo mismo, y sin embargo, ellos, que eran completamente iguales en el fondo, parecían moralmente divorciados...

La obra de los hombres pugna por destruir la obra de la Naturaleza!...

El esposo presentía esta fatalidad algo más claro que ella. Así es que cuando la abrazaba se decía con cierto sarcasmo cruel:

—Mis brazos son infinitos; doy cabida en ellos a mi mujer y a su mundo.

Debía de haber dicho no obstante:

—Yo no la abrazo; nuestro mundo nos aprieta a los dos.

El había contribuido poderosamente a lo que les acontecía. Al casarse, sus amigos pudieron más que él; superior a cada uno de ellos, no pudo luchar contra todos. Juntos representaban al mundo de su sociedad y triunfaron.

Una sola frase decidió su victoria. Hay frases más terribles que el fuego de cien cañones.

—¡Cuidado, le dijeron burlesco, no vayas a proceder con tu matrimonio como cualquier celoso de aldeas!

Era la cita imperiosa del mundo. Su mujer les pertenecía moralmente: era la joya de sus salones. Su casa abrióse de par en par al gran mundo y concurrieron a todas las fiestas aristocráticas.

Se fastidiaban los dos, pero hubiese sido atrozmente ridículo que uno de ellos tomando ventaja a la otra parte diera el grito de emancipación. Había que dejarse llevar del medio ambiente como siempre; sin luchas, sin resistencias. Deseaban un amor que su mundo condenaba como trasnochado; sin duda que tenían fuerza para salvar este obstáculo, pero dudaban uno de otro... ¿Se amarian de veras? ¿Y si no llegaba el amor?... Con la invocación constante de la simpatía que les había unido, no bastaba para librarse del enemigo... ¡El aburrimiento!... La casa les aplastaba...

He ahí un drama profundo, silencioso y horrible.

Con lo que llevo dicho, que son las dos partes de lo que he prometido al empezar mi narración, debe convenirse en que habiéndose conocido y casado, marido y mujer se hastiaban visiblemente.

El vivía preocupado; deseaba hablar con ella íntimamente, pero... ¿cómo empezar?... ¿Qué decir?... Le había faltado ella?... Nunca había hablado sinceramente y no sabía exteriorizar aquello que torturaba su espíritu.

Ella más que preocupada, casi enferma. Había llegado al extremo de tener los labios y de alegrar químicamente sus mejillas... La vida de la Naturaleza la abandonaba por momentos. Paso a paso el mundo conquistaba a su mujer de una manera absoluta. Sólo faltaba el alma.

Una noche, en el baile de la baronesa X., sufrieron una transformación notable.

Algo debían descubrir que les hizo temblar. Luisa, una mujercita casada a disgusto, había triunfado por fin de su aburrimiento: bailaba alegremente con el señor barón, mientras su esposo, sin perder el compás de la danza, recitaba todo



El Ramo de Coral

Por EDUARDO MARQUINA

en ella: la había visto acoger con una sonrisa impertinente y fría sus estupendas narraciones.

Y el Checa era, ante todo, un hombre serio, que sabía respetar a los demás y quería que los demás le respetaran.

La muchachuela, disparada su pregunta, se había quedado quieta, con la cabeza ladeada y con los ojos burlones y diminutos clavados en el Checa.

—Mucho se dice, mucho se predica, contesta el viejo lobo; pero todo inútil, todo en balde. Las mujeres seréis siempre así...

Murmulló en el auditorio femenino, como de aguas claras que tropezaban de repente en una roca negra.

—¡Sí, señor!, refuerza el Checa, dando en el suelo con la planta de su pie desnudo.

Al mismo tiempo clavaba en todas las mujeres su ojo turbiamiente verde, y todas se callaron.

Sacó el viejo su pipa de bordes romos por el uso, prendiéndole fuego con sus fósforos de trapo, plegó la una pierna sobre la otra y enredó su pie como un manojo de nervios en la pierna inferior: luego puso un codo sobre la rodilla, apoyó su barba en la mano de dedos larguiruchos, llevó con la otra mano su pipa a la boca, y mientras fumaba, incensando, como un sacerdote egipcio, con las bocanadas de humo, el escarabajo verde de su ojo, fué diciendo:

«Habíamos salido aquella tarde con tres compañeros a la pesca del coral. Llevábamos el Laúd grande y la máquina, fijada con tornillos, sobre la cubierta del laúd. Se sabía todo en el pueblo, y se sabía que venía con nosotros Andrés...

Movimientos en el auditorio femenino: cabezas que se vuelven, prolongaciones de barbilla que señalan algo, miradas que se clavan en la muchachuela desamorado: y la muchachuela se pone muy pálida.

Segue el Checa:

«Venía con nosotros Andrés, el enfermo, el poca lacha, el escuchimizado, que hablaba siempre con palabras grandes. Todos lo conocíais: de esto hace pocos años todavía...

«Del pueblo habían salido para seguirnos muchas barcas, porque la pesca podía ser una bendición del cielo, la salvación del barrio; la alegría y la riqueza para muchos años. En todas las barcas había mujeres que reían, que cantaban, que cogían los remos, que metían los brazos desnudos en el agua y se mojaban hasta el codo.

«Hacia sol. El mar azul parecía, con el viento, un campo sembrado de florecitas blancas.

«Habíamos llegado al sitio señalado de antemano. Hice que dos compañeros muntuvieran quieta la barca con los remos. Los que conocían la máquina se dieron a su faena, y Andrés y yo comenzamos a ponernos los vestidos... Todas las barcas curdidas estaban a nuestro alrededor, como abrazándonos. Realmente daba gusto hundirse en el mar, dejando afuera aquel montón de buenas voluntades pendientes de vosotros. Ahora todas las mujeres callaban y diríais que rezaban.

«Pero en la barca más próxima a la nuestra, en la primera que había salido del pueblo para seguirnos, en la que anduvo tan de prisa en nuestro seguimiento, que más bien parecía empujarnos, había sólo una mujer, una mujer muy joven con su padre viejo y casi ciego. Era la única que no estaba blanca, ni asustada entonces...

Tenía sonrosadas las mejillas, los ojos brillantes y le temblaban los vellosos de la nariz nerviosamente...

—«Andrés!, grita de pronto dirigiéndose a mi compañero, que acababa de vestirse. ¡Andrés, quiero un ramo de coral, el ramo de coral más grande y más hermoso que se haya visto nunca!

«La voz de la mujer había atravesado, fina como la punta de una espada, el aire limpio de aquel día.

«Andrés quería aquella mujer, para la cual decía siempre sus palabras grandes; y aquella era la primera vez que la cruel le hablaba sonriendo.

«El muchacho le respondió que sí con la cabeza, se dejó amortajar en aquella mortaja de momia y se hundió en el agua: sus ojos estaban entonces ensangrentados, como el sol en las puestas.

«Me dió miedo bajar al agua y esperar ver salir de nuevo. Pasan unos segundos, unos minutos... pasan unas horas... silbando por encima de nosotros vientos alborotados la cabeza: con tanta y nadie levanta la cabeza: con tanta

(Continúa en la página 75)

El Checa lo contaba de una manera un poco siniestra, que hacía estremecer. Porque el Checa era un viejo lobo de mar, un Peer Gint embustero de aquel pueblecito de rocas, que odiaba a las mujeres.

Caía la tarde; en el fondo de la callejuela estrecha y tortuosa, con casas blancas, pintadas de cal, a uno y otro lado, había un pasadizo, una especie de agujero entre dos casas, por donde entraba bufando el aire, con el olor de marina, y en cuyo fondo, según las noches, azuleaba o blanqueaba el mar.

A la entrada de este callejón, húmedas de agua pulverizada por el viento, había unas cuantas piedras amontonadas, donde se agrupaban los vecinos del barrio, casi los del pueblo, a escuchar las narraciones del marino viejo, tuerto, enjuto y embustero.

—Y esta noche, ¿qué nos dice?, ¿qué predica?, ¿qué se ha visto, Checa?

Una de las muchachuelas de la calle decía estas palabras, y era una muchachuela rubia, fina, sacudida de cuerpo, muy poco mujer, muy desamorado, que tenía a su hermana casi en la agonia y no se acordaba de su hermana.

El Checa sabía todo esto, y sabía además que aquella muchachuela le tenía por un embustero.

Más de una tarde—en aquel mismo sitio—a la luz de la luna, al murmullo del mar, contando cosas, se había fijado

De París, Algunas Plantas Ornamentales

Tanto como es variada la fauna de nuestra capital, es poco variada y monótona la flora de la misma. Pongamos en efecto, de lado, la vegetación de nuestros barrios que presenta todos los defectos de la similitud, y no sabríamos rivalizar con la verdadera naturaleza, no encontrando en París sino cinco o seis especies de plantas, netamente diferenciadas. Entre estas plantas, la bomba de bencina se coloca en el primer lugar, tanto por su gracia como por su utilidad. Este hermoso arbusto que alcanza hasta tres metros de altura, pertenece a la familia de los reberberáceos. No puede crecer sino en los terrenos bituminosos, al borde de los caminos. Forma en ciertos lugares verdaderas selvas, que causan admiración entre los extranjeros. Las bombas de bencina, son muy solicitadas por los automovilistas, que consumen cada año gran cantidad de su precioso líquido, de tal manera, que en ciertos sitios, la autoridad local ha debido poner frente a cada una, un agente, que la preserva con su bastón blanco muy levantado.

Algunas especies, llevan unidas a su tronco, algún cesto de papel, y otras, hasta algún pequeño y bien pintado buzón para cartas.

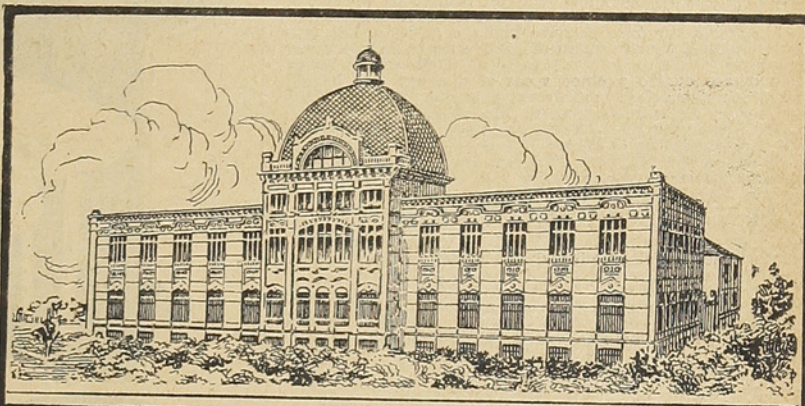
La calefacción es otra curiosa planta de esta época, planta trepadora que escala hasta a los más altos edificios, tapijando a veces una fachada entera con su graciosa vegetación, o entrelazando otras las casas, todas a manera de verdaderas llanas. Otro vegetal conocido de los parisienses y de los habitantes de otras muchas ciudades modernas, es el quiloso de periódicos, árbol bizarro de la familia de los crustáceos, cuyo tronco se abre a las seis de la mañana, para cerrarse sobre el boulevard a las doce, y en otros barrios a las ocho de la noche. Apenas abierto, se recubre de una prodigiosa fronda multicolor, que se deshoja en parte en el curso de la jornada, y por la noche se refugia friolentemente bajo el techo protector.

Por fin nos queda por hablar del distribuidor automático, que busca la sombra y la humedad de las estaciones del metro. Ciertas especies, comportan una especie de fruto comestible, en forma de tabletas, cuyo sabor recuerda un poco el del chocolate. Desgraciadamente los distribuidores automáticos requieren un cuidado constante, y no funcionan sino con piezas francesas de veinticinco centavos, y por causa de la negligencia de los guardadores de las estaciones sub-

terráneas encargados de ellos, perecen rápidamente.

Pero este precioso arbusto, aun después de su muerte, rinde todavía servicios, gracias a una parte de su tallo, cuya corteza presenta el aspecto de un espejo, donde la viajera, al bajar del metro, puede ver, sin tornar la cabeza, si el señor que está delante de ella en el compartimiento, la encuentra bonita.

G. A. M.



FORVIL

SON LOS PRODUCTOS DE TO-
CADOR QUE USAN LAS
PERSONAS DE BUEN
GUSTO

PERFUMES, COLONIAS, LOCIONES
CREMA, POLVOS, TALCO

se
venden

en
todas

LAS PERFUMERÍAS Y BOTICAS
DEL PAÍS

E.B.

DISTRIBUIDORES

**DRUGUERIA
FRANCESA**

HUERFANOS 840
SANTIAGO

CHISTES

—No juegues más ¡so perdidol, ¡so canalla!
—¡Pepa, que pierdo la paciencia!
—¡Ay!, ladrón ¿también te has jugado la paciencia?

En una taberna:

—Yo soy pamófilo.
—Yo gemanófilo.

—Pues yo — dice otro — soy oblarófilo.
—Señores — exclama otro borracho — no hacense ilusiones, aquí todos somos «turco-filles».

Labios de Coral

A los comisarios se les ocurren cosas peregrinas. Por ejemplo, el comisario municipal de higiene de Nueva York, que es, naturalmente, un médico de gran fama, se está dedicando a convencer a la gente de los peligros que para la salud pública entraña la costumbre de las mujeres de pintarse los labios. Y para concluir con los labios pintados, quiere concluir con el beso. Medida radicalmente eficaz, sin duda alguna.

"No miréis los labios rojos de las mujeres—aconseja a los hombres el previsor funcionario;—y si los miráis, absteneos en absoluto de besarlos... Dicen algunos filósofos que el beso de la mujer puede ser fatal para el hombre; pero esos filósofos, que escribían y hablaban cuando las mujeres no se pintaban los labios, si escribieran y hablaran ahora, tendrían mucha más razón.

Numerosos médicos han dicho también que el beso, sobre todo en los labios, no es sino un cambio de microbios; pero desde hace algunos años es mucho peor. Es, en muchas ocasiones, un paso decisivo hacia la muerte. Las mujeres, en todo el mundo civilizado, han tomado la costumbre de pintarse el rostro, y, sobre todo, de darse en los labios, por lo menos cuatro y cinco veces al día, con una barrita roja. Crean que así se embellecen, y lo que hacen es acortarse la vida. En cumplimiento de mis obligaciones de comisario de higiene de Nueva York, he analizado en los laboratorios municipales de la ciudad nueve de esas barritas, cada una de marca distinta, y he visto, con horror, que todas ellas contenían benzol, veneno violento y destructor rápido de la epidermis. Las mujeres, en su ceguera, toman, pues, veneno varias veces al día y aunque la cantidad es mínima, con la saliva va disolviendo la pintura, y llevándola a la garganta y al estómago por la vía bucal, no tardan en manifestarse irritaciones del paladar, de la lengua, de la garganta, de los conductos respiratorios y de las vías digestivas...

Naturalmente, cuando un hombre besa en la boca a una mujer de labios pintados, absorbe una cantidad de pintura y, por lo tanto, de benzol, y se expone a intoxicaciones, que pueden ser graves. Yo aconsejo a las neoyorquinas que no se pinten los labios... y a los neoyorquinos, que no bese en la boca a las mujeres pintadas."

¿Será verdad, oh cielos? (La cursilería de la exclamación es, de intento, para que armonice con la del "beso fatal"). La perspectiva es alarmante, espantosa. Mas, es de temer que ni los neoyorquinos, ni las neoyorquinas cedan al grito del comisario... porque, acaso, su remedio lo es más.

VARIEDADES

Si examinamos la luz de varias estrellas, veremos que en una es blanca, en otras amarilla y roja en otras.

En ciertas estrellas blancas dominan los gases hidrógeno y helio y hay muy poca indicación de que haya metales en su masa. Estos son los soles más jóvenes del universo. En otros astros el helio es menos abundante y el hidrógeno se encuentra en mayor cantidad, así como también se pronuncian más los metales.

En otra clase de astros, como en nuestro Sol, por ejemplo, los elementos metálicos, como el hierro, se encuentran en la atmósfera del astro.

Por fin, llegamos a la estrella que brilla con resplandores rojos y cuya atmósfera contiene compuestos metálicos óxidos de varios metales y cianógeno.

Hay poderosas razones para creer que una estrella se forma por la condensación de la materia primitiva diseminada en el espacio, y estas masas unidas por la gravedad sufren constantes choques que elevan la temperatura de la masa. La estrella va aumentando en color y se hace más compacta cada vez hasta que el calor producido llega a ser menor que el que irradia en el espacio. Entonces el astro empieza a enfriarse y finalmente se apaga; es el final de la vida de las estrellas.

Muchos vegetales fueron reverenciados por los antiguos. Hércules solía coronarse con perejil después de los combates, según la leyenda. Muchos filósofos griegos consideraban el perejil como emblema de la alegría.

Pero la col ha alcanzado más altas dignidades. En tiempos a sido muy considerada y hasta en su honor se han elevado no pocos altares.

Griegos y romanos creían que los que comían coles, estaban preservados contra el vicio de la embriaguez; la creían igualmente como un gran remedio contra la parálisis.

La cebolla era cultivada en Egipto, por los hebreos, muchos siglos antes que fuera introducida en Grecia como alimentación.

La cebolla creían que excitaba a los combatientes en la guerra.



FAJAS de GOMA

¿DESEA USTED hermosear su cuerpo? Pues use las famosas fajas y sostén-senos IDEAL de goma. Reducen la gordura conservando al mismo tiempo la línea natural, respondiendo así a las exigencias de la moda actual. Pase a ver los distintos modelos y elija el que más le convenga. El material es de primera calidad, de mucha duración y los precios de \$ 90 hasta 120. ÚNICA FABRICA EN EL RAMO, que tiene mucha práctica. A Provincias se remite contra reembolso.

De parte de mis clientes recibo a diario los más elogiosos agradecimientos por los resultados obtenidos.

También soy fabricante de los maravillosos rodillos para automasajes "Soug-Roller", para combatir la gordura.

PRECIOS: DESDE \$ 40.—

FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA
de Julio Heerwagen

Santo Domingo, 2048
Teléfono 88915

SANTIAGO
Casilla 3665

RECHACE

LAS

IMITACIONES



Dandysmo: Sólo para Caballeros

Joyas.— Esta es, entre las leyes de la elegancia masculina, el capítulo más espinoso. ¿Deben llevar joyas los hombres con traje negro? ¡Cruel enigma! En el dedo, un anillo de estilo moderno, grueso, chato, con piedras semi-preciosas en bloques geométricos. Para la camisa: la perla fina, auténtica se impone. Queda el reloj. En el bolsillo del chaleco blanco, revelado a lo más, por un delicado hilo de platino, de mallas alargadas y minúsculas.

Los muchachos muy jóvenes, pueden salpicar estas mallas de perlas finas. Es ultra chic, el dejar correr este hilo puro y brillante, desde un bolsillo al otro del chaleco, sin atravesarlo en los ojales.

La Regencia, con su cinta de moiré que golpea los muslos masculinos, es adorno severamente excluido de las leyes del buen gusto, y accesorio únicamente llevado por algunos «bellos» de provincia.

Skis.— El invierno y sus caprichos, se nos viene encima. Los chilenos también han comprendido que aquí tenemos deportes de invierno, las canchas más hermosas para deportes de invierno, y empiezan a utilizarlas.

Nuestra fugitiva nieve se vé pues ya

visitada cada año por multitud de encantadores skiers, y es para ellos, para quienes la moda dicta una regla draconiana: sobre las nieves eternas, nada de bufandas al aire, ni de trajes de lanas extravagantes: Nada, sino la seca y estricta gabardina.

Aún sobre los más inviolados picos de montaña, el triunfador es el pantalón noruego, ajustado a la cintura, bastante ancho en las rodillas, y que se cubre con el calcetín blanco de puntos multicolores, calcetín que ha de salir de gruesos zapatos de cuero.

El conjunto, debe tener obligatoriamente un color café, o verde oscuro. Nada de rojo, de jade o de limón.

Lo más divertido, es que ambos sexos deben vestir de la misma manera y que nada debe distinguirse ante las nevadas ideales, al hombre de la mujer. ¡Símbolo profundo! Un sólo corazón ante el peligro, una sola alma ante el vacío!

Decorados.— Las corbata masculinas, exhiben una fantasía deliciosa.

Justificando el nombre de «papillón» que las afecta, se las corta y se las borda con un brillante Macao o un Paon del día.

Sobre surahs ligeros o moirées ilustrados, un famoso camiserio de París inscri-

be en sedas vivas, las primeras medidas o versos de los aires a la moda: «Ramona» etc. ... Otros siembran sobre sus fantásticas telas todas las figuras del póquer de As. Una corbata es hoy día mucho más que un adorno. Es un símbolo, un programa, un estado de ánimo...

Intimidaciones.— El traje de entre casa ha encontrado entre nosotros, adeptos fanáticos. Se le llama con razón, traje de interior. Sederías deslumbrantes y modernos decorados. Pero donde se encuentra la dificultad, es en la oposición de las dos modas, que se reparten el favor de los dandys. Los americanos exigen un traje de entre casa amplio, muy cruzado y muy largo. Los ingleses, en cambio, quieren lanzar un traje de casa muy corto, no cruzado, y abotonado a la cintura como un abrigo, para que deje ver todas las seductoras gracias del pyjama. Porque se lleva, como ya habréis comprendido, ambas piezas superpuestas...

La lucha es viva entre estos dos estilos. Si los pueblos anglosajones se baten a propósito de una camisa o de un traje de casa, la paz del mundo está bien comprometida.

La Poesía China

UNA CANCION

(Tu-Fu)

¡Una canción! ¿No escuchas? Es la voz
[de un mendigo.
Ya que canta ese viejo que vive en la
[indigencia,
¿dime tú, por qué gimes, a mí que soy
[testigo
de los dulces recuerdos que doran tu
[existencia?

NOCTURNO

(De Wang-Tchang-Ling)

Indolente, el laúd en la mano,
descorrió la cortina de perlas
para hacer que inundara su alcoba
el perfume de la primavera;
mas la luna mirólo y al punto
sólo el tedio colóse con ella
Y evocó la dulzura ya ida
—contra el brazo la fina cabeza—
—de un jardín azuloso de luna
donde oyó de un amor las promesas...

LA FIESTA DE LAS LINTERNAS

(Uei-Fong-Tsai)

Hace ya un mes que en las gavetas
duermen los sellos imperiales,
y en las clepsidras las saetas,
sin alterar hombres ni cosas,
el paso marcan, siempre iguales,
Pobres y ricos
truecan miradas venturosas.
Llega la noche. Por miriadas,
grandes flores incandescentes
para las citas fortunadas
brindan sus ráfagas clementes.
Si las parejas se extravían
en pos de las sombras dolientes,
es por decirse cosas tiernas
cuyo candor empañarían
esas explícitas linternas.

LA JOVEN DESNUDA

(De Li-Chuang-Kia)

Para ir a encontrar a su novio
bajo el sauce que da sobre el río,

se cubrió con dos túnicas bellas,
—sus más bellas túnicas—
por sólo atavío.

Cuando el sol se perdió tras la altura
conversaban aún con dulzura.

Y encendida en rubor de repente,
ocultando en las manos la frente,
levantóse a la orilla del sauce;
de las tres, le faltaba una túnica:
la sombra del sauce...

PIPPERMINT J. L.



JOSE LAPLACE

TALCAHUANO

Enseñanzas Conyugales

Por una esposa feliz

Parecerá algo raro la confianza que hago hoy por resultar algo antagonista la idea de que, a pesar de ser una mujer independiente, oficinista vieja y de que el casamiento, a primera vista, se me presenta bajo un aspecto de la conquista de la independencia mucho más superior que la proporcionada por la oficina, me encuentro mal en mi papel de mujer casada, y ruego lean la causa de ello en esta enseñanza conyugal.

Cuando dejé el empleo, me creí eficiente en todo y sobre todo, dueña absoluta de mi voluntad, pero he aquí que mi buen marido me hizo ver con toda prudencia que no era este el caso.

Un día estábamos haciendo un presupuesto juntos: yo siempre sobresalía por mis conocimientos, y mi cara mitad se contentaba con pasar desapercibido.

Ese día, ya sea porque se considerara más eficiente en presupuestos que yo, o porque ya estuviese cansado de ocu-

par un segundo lugar, la cuestión es que me puso en mi lugar en forma muy correcta.

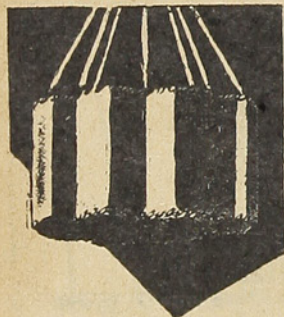
—Dame ese presupuesto—le dije—me das fiebre verte tan calmoso que parece que no supieses hacer cuentas.

Una mirada fué bastante para mí, y su contestación, aunque prudente, tan firme, que me dejó chiquita y comprendí una vez por todas que allí tenía por delante a mi superior. Desde entonces, lo dejó salir a reír y no recojo yo sola los laureles.

En resumen: he llegado a comprender que la independencia absoluta en el matrimonio, no conviene. Una dependencia moderada, dejando al marido que sea el quien dirija algunas veces, dándole a entender que dependo de él y que no me basto a mí misma para todo, eso es lo que es necesario, siempre que sea en forma moderada, para no hacerlo consentir y que crea que le dedico el culto de mi dependencia. Tanto como eso no, pero con moderación y para que él se dé cuenta del gran favor que le otorgo.

Labores Para el Hogar

El plafonnier que reproduce el grabado es sencillo y práctico, elegante y luminoso a la vez. Se ejecuta en papel de dibujo o apergaminado. Estas clases de papeles bastante rígidos y resistentes, no necesitan armazones o monturas cuando las dimensiones del objeto a ejecutar no son muy grandes.



Un sencillo y práctico plafonnier de papel apergaminado.

En el modelo que presento se puede muy bien prescindir de la montura, si el diámetro no pasa de treinta o treinta y cinco centímetros. Si se desea construir un plafonnier mayor, se tiene también el recurso, además de la montura de alambre, el de un encartonamiento de los bordes que se realiza en la forma que explicamos más adelante.

La cubierta y la parte de abajo son iguales, con la única diferencia de que la cubierta va abierta al medio con un redondel de unos ocho a diez centímetros, para permitir el paso al interior

de una lámpara eléctrica. Se corta el modelo en un redondel de papel, que se dobla tres veces: primero, por la mitad; después, para reducirlo a un cuarto, y finalmente, a un octavo de su superficie. El borde se corta entonces en forma semicircular o en una curva menos pronunciada, si se le quiere dar menos relieve.

Una vez obtenido este molde, se le recorta con la mayor exactitud en el papel. También, como hemos dicho más arriba, puede recortarse en cartón la silueta del borde, dándole un ancho de unos dos centímetros más o menos.

La banda de papel que forma el contorno lateral del plafonnier tendrá una altura igual a cinco octavos del diámetro del plafonnier.

Por ejemplo: a un diámetro de cuarenta centímetros corresponderán veinticinco centímetros de altura. Su largo se calculará de acuerdo con el contorno de la cubierta recortada en dientes.

Para esto será necesario pegar hojas de papel, pues no se encuentran pliegos que tengan un largo necesario. Las uniones deberán calcularse en forma que los huecos de la banda lateral coincidan con las entradas de los dientes de la cubierta. Esta correspondencia debe ser todo lo exacto posible entre una y otra pieza, para que la unión sea perfecta.

Los agujeros que permiten la unión se efectuarán a un centímetro más o menos de los bordes respectivos, con un punzón o, mejor todavía, con un sacabocados. Serán de unos cinco milímetros de diámetro y espaciados entre sí unos dos centímetros. Se debe calcular de manera que corresponda un número exacto e igual en cada diente.

En los dos bordes de la banda lateral se hará lo mismo, cuidando que los ojales de esta coincidan exactamente debajo de los del borde dentado.

El montaje se hace por medio de una trenquilla de rafia o una cinta o un cordoncillo hecho con varias hebras de lana. Procúrese que las uniones de estas hebras queden disimuladas en el interior del plafonnier.



UTIL EN CUALQUIER MOMENTO

La pluma fuente "CONKLIN" le prestará útiles servicios durante toda su vida.

La "CONKLIN" "Endura" está fabricada con un material irrompible, denominado "Pirexilina", que por su fuerte consistencia y liviandad constituye la mejor garantía de duración.

El servicio gratuito de reparación que sus fabricantes ofrecen por intermedio de sus agentes distribuidores constituye el mejor SEGURO DE DURACION INDEFINIDA.

Unicos Distribuidores:

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRIMENTA Y LITOGRAFIA

Casilla, 102-V. VALPARAISO

Conklin
ENDURA



El Automasaje para los Párpados

Los párpados son tan frágiles y tan finos, que con razón pueden compararse con los sutiles pétalos de las rosas; se ajan tan fácilmente como ellos; se pliegan, arrugan y estropean como cuadrículándose, es decir, que ofrecen el aspecto de pequeños trazados que se producen en todo sentido formando sobre la epidermis un dibujo cuadrículado.

Quizás no sea posible desarrugarlos por completo y perfectamente si se comenzara demasiado tarde a querer poner remedio a este estado de cosas, pero puede impedirse que se acentúe esta pérdida de frescura.

Es únicamente el párpado superior el que debe trabajarse, el inferior sólo se rozará muy ligeramente para tratar de atenuar las pequeñas arrugas horizontales existentes e impedir que se formen nuevas. Es esto todo lo que podrá hacerse en este sitio; guardaos muy bien de dar masaje alguno al párpado inferior; los efectos serían desastrosos.

Las maniobras preventivas no tienen ninguna acción — apresuremos a decirlo—sobre esas pequeñas bolsas o vaquillas que algunas personas tienen debajo de los ojos, sobre el párpado inferior; al contrario, es muy importante no tratar de hacerlas desaparecer por medio del masaje; los párpados afligidos por este estado no deben ni siquiera tocarse, pues los resultados serán contraproducentes y verdaderamente lastimosos.

La hinchazón de los párpados inferiores indica algún trastorno físico y señala el uso de las medicinas.

El masaje del párpado superior comprende dos ejercicios principales: primeramente, el de pellicarlo; entre el pulgar y el índice se toma la piel y se la pellicza suavemente, en pequeños golpes sucesivos, desde las cejas hasta las pestañas; en seguida, con el dedo meñique de cada mano, se alisa el párpado desde el ángulo de la nariz hasta la sien, debajo de las pestañas.

Cada párpado será tratado de esta manera; después de pellicarlo cinco o seis veces se le alisará otras tantas con el meñique, sobre la órbita del ojo y siguiendo el hueso que se sienta y que limita la cavidad orbicular.

El segundo de los movimientos del masaje se efectúa con la yema de todos los dedos de la mano, salvo el pulgar, que sirve solamente de punto de apoyo.

Estando cerrados los párpados, es preciso deslizar lentamente—partiendo del ángulo de la nariz—cada mano hacia las sienes.

Este ejercicio deberá repetirse diez o doce veces.

Para el automasaje de los párpados no deberá emplearse ni talco, ni pomadas, ni cuerpo graso alguno.

Estas sesiones de masaje podrán completarse por lociones de agua hervida, tibia y ligeramente borricada, o si no con una ligera infusión de té, también tibia. Esta última se recomienda especialmente por el tanino que contiene y que obra como astringente.

El automasaje de los párpados tiene por objeto luchar no solamente contra las arrugas y la marchitez de ellos, sino también contra las obstrucciones, las hinchazones, las rojeces y todas aquellas pequeñas e innumerables molestias que tanto afligen y fastidian a las damas.

El masaje de los párpados puede hacerse al mismo tiempo que el de las cejas, que se practica también por repetidos pelliczos desde el ojo hasta las sienes.

Es una medida preventiva contra la caída de las cejas y las arrugas entre los ojos.

Medias para la noche

Nunca se debe tratar de armonizar demasiado al calzado y las medias con el traje de noche, a menos que se desee por una razón especial llevar un conjunto completo. Es muy natural llevar medias de colores neutros con zapatos negros, acompañando al más delicado traje de fiesta.

Otra noción importante, y que es a la vez económica y de rigurosa moda, es llevar zapatos forrados de raso o satén de color miel o beige, con medias de seda del mismo tono. Si el vestido es de colores brillantes, el conjunto presta un encanto singular a la silueta, aun en el caso de que en la ropa predominen el blanco y el negro.

Comprad primero los zapatos, y luego, cuidadosamente, elegid las medias que hagan juego con ellos, tanto para usar con luz artificial como para llevar a la luz del día.

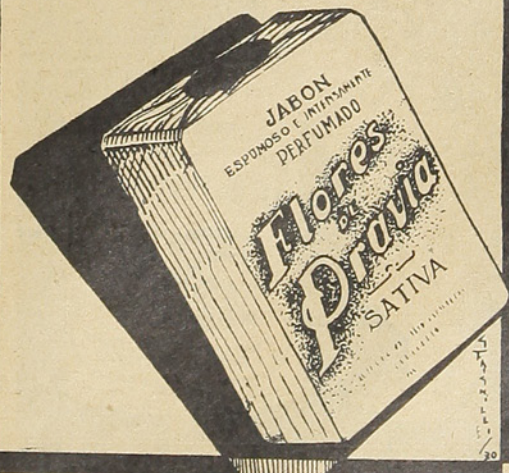
Siempre que compréis medias, introducid el antebrazo dentro de ellas, para observar el efecto que producen sobre la carne. Si son del matiz de los zapatos, serán convenientes, pero si son un poco más pálidas, serán mucho mejor todavía. Nunca compréis medias más oscuras que el calzado con que habréis de usarlas. Quedan muy mal, además que el pie y la pierna parecen un tanto deformes y agrandados.

Si vuestro pie es rollizo y corto tened presente que un zapato con punteras largas le dará una apariencia de alargado y más delicado.



Flores de Pravia

EL PREFERIDO
de la gente chic



CONFIDENCIA ANTE EL ESPEJO

LA VUELTA AL PASADO

Existen algunas amigas del pasado que desean permanecer fieles a la tradición; no transigen con las novedades y prefieren el ceto secular; de no encontrarse a mano, se obstinan en dejarse vencer por el tiempo antes que optar por lo reciente.

Dignas son de respeto y su deseo merece para nosotros igual consideración. He aquí por qué, retrocediendo unos siglos, hemos buscado algunas de aquellas recetas usadas para las damas de la edad media; de la época en que la castellana esperaba al esposo en el gótico castillo, mientras él peleaba en las Cruzadas contra el infiel; del tiempo en que la literatura nos habla de pajes y donceles, de damas y doncellas, de corceles y alazanes, de justas, de alconeros, de juglares, de alrinos y lorigas, de todo cuanto es grato a la imaginación, porque evoca... tiempos de leyenda, y la ficción y la fantasía superan a la historia.

No podemos abogar por la eficacia de las recetas que vamos a copiar; nuestra edad no se remonta a tantos siglos... y no pudimos admirar personalmente en ningún torneo a las más bellas damas de la época. Léalas, amable lectora, y guarde para estas formulas el respeto y veneración con que admiramos las piezas de un museo.

La química, aún se llama alquimia; los análisis y las reacciones eran obra del diablo y el químico era tenido por brujo. Seguro que la famosa varita de virtud no fue otra cosa que el agitador para mezclar sustancias o facilitar las soluciones y la gota transportada a otro disolvente, a otro campo, determinada una reacción, un precipitado, una efervescencia, algo extraño que... costaba

la vida al «ensayista». ¡Tampoco entonces se llamaba así!

El doctor M. E. Apliofe, espontáneo panegirista del anónimo artifice de la receta que va a continuación, dice que no hay necesidad de pintura, pues la fórmula puesta en uso presta el deslumbrador atractivo de la juventud y la salud a las pálidas mejillas. Nosotros, más ecuanimes, nos abstendremos de asegurar si el autor fue quemado en la hoguera o, por el contrario, llegó a ser privado del Rey.

Dice así el primer documento histórico.

VIGORIZADOR DEL MEDIOEVO

- 1 cuartillo de vinagre de vino blanco.
- 3 onzas de miel.
- 1 y media onzas de colapez.
- 1 onza de nuez moscada.
- 1 dracma de sándalo rojo.

Todo ello debe ponerse al baño de María y dejarlo a fuego lento durante media hora, sin que llegue a hervir; se cuele y se filtra para aplicarlo a la piel, después de haberse lavado bien con agua caliente y leche de almendras. La loción debe dejarse secar en la cara.

AGUA DE ATENAS

Se disuelve en 350 gramos de alcohol de 90°:

- Benjuí 2 gramos
- Incienso 2 "
- Goma arábiga 2 "
- a lo que añadirán:
- Almendras dulces 3 gramos
- Piñones en polvo 3 "

Clavo en polvo 3 "

Nuez moscada 1 "

Permanecerá todo esto dos días en infusión, cuidando de agitarlo por lo menos dos veces al día; al cabo de los cuales se añadirán 45 gramos de agua de rosas. Hay que proceder luego al destilado hasta obtener la mitad del producto total y con el resultante de la destilación se impregnarán unos paños que se colocarán sobre la piel arrugada, dejándolos que actúen toda la noche.

Otra de las novedades importadas por los Caballeros Templarios fue el secreto de la cautiva oriental, de la bellaza mahometana o siria, poco amiga de cubrir los poros de la piel con pintura, con capas de revoque perniciosas al cutis.

El colorete usado por las hijas del Profeta es más efectivo; emplean pétalos de rosas de Damasco maceradas en vinagre de vino blanco. Bañan un trozo de seda carmesí y lo restringen por las mejillas.

El resultado parece ser tan maravilloso que da la sensación de ser obra de la misma naturaleza y no obra humana. Claro es que el éxito depende en gran parte de la habilidad del oficiente, para distribuir con acierto ese difuminado que despista al más hábil pintor. Pero poniendo empeño en ello dudamos que las bellezas del harem puedan vencer a nuestras bellezas.

PARA REEMPLAZAR AL RIMMEL

Mezclando tinta china con agua de rosas se obtiene un producto que substituye con facilidad al codiciado rimmel.

LECHE CONDENSADA „MIRAFLORES..



EL MEJOR PRODUCTO

AGENTE GENERAL



Concentración

calma, dominio de su mismo, reflexión, decisión, nervios tranquilos y acierto con el uso de las mágicas

Tabletas de

Adalina



M.R. a base de Bromodietilacetilurea

¡No tiene los efectos nocivos del Bromuro!

Fume Piccardo

TABACO SIEMPRE IGUAL

LAS MAS LINDAS CARTAS DE AMOR DE J. J. ROUSSEAU A MADAMA D'HOUDETOT

Agosto de 1757 (fecha aproximada).

Permíteme, Sofía, que aflija tu injusto corazón; que, a mi vez, sea, como tú, despiadado. ¿Por qué me apiadaria cuando tú me privas de la razón, del honor y la vida? ¿Por qué he de permitir que tus días se deslicen dichosos cuando haces los míos intolerables?

¡Ah, cuán benigna habrías sido si me hubieras clavado un puñal en el corazón en lugar del dardo fatal que me mata! Considera lo que yo era y lo que soy; contempla la altura a que me habías elevado y la viveza que me infligies.

Cuando te dignabas oírme era más que un hombre; desde que te niegas a escucharme, soy el último de los mortales; he perdido el sentido, la inteligencia, el valor... Con una palabra me lo has arrebatado todo.

Recuerda aquellos tiempos felices que, para tormento mío, jamás saldrán de mi memoria. Esa llama invisible por la que recibí una segunda vida más preciosa que la primera devolvió a mi alma y mis sentidos el vigor de mi juventud. El ardor de mis sentimientos me elevaba hasta ti.

¡Cuántas veces tu corazón, henchido de otro amor, se emocionó con los alarides del mío! ¡Cuántas veces me dijiste, en el bosquecillo de la cascada: "Sólos el amante más tierno que yo pudiera imaginar; no; jamás hombre alguno amó como vos..." ¡Qué triunfo, para mí, semejante declaración en tus labios!...

¿Dónde está el crimen de escuchar otro amor, sino en el peligro de compartirlo?

¡Ah! Si alguna vez fuiste tierna y fiel, ¿no era en esos momentos deliciosos en que alguna vez mi llanto te arrancaba lágrimas; en que las expansiones de nuestros corazones se excitaban mutuamente; en que, sin responderse, se entendían; en que tu amor se animaba por las expresiones del mío, y el amante por ti amado recogía en el fondo de su alma todos los transportes expresados por quien te adora?

El amor ha perdido todo con este cambio singular que con tan vanos pretextos disimulas. Ha perdido ese divino entusiasmo que te elevaba ante mis ojos por encima de ti misma; que te presentaba, a un tiempo, encantadora por tus favores y sublime por tu resistencia; que aumentaba con sus bondades mis respetos y mis adoraciones. Ha perdido la confianza en ti, esa confianza amable que te hacía verter en este corazón amante todos los sentimientos del tuyo.

Nuestras conversaciones eran conmovedoras; una continua ternura las llenaba de encanto. Mis entusiasmos, que tú no podías compartir, no dejaban de agradarte, y yo gozaba oyéndote expresar los tuyos por otro objeto que les era querido. ¡Tal es el mérito de la expan-

sión, aún cuando no esté premiada por la reciprocidad! No; incluso habiendo visto compartido mi amor no habría podido vivir en más dulce estado, y te desafío a que repitas, ni a tu mismo amante, algo más enternecedor de cuanto sobre él me dijiste mil veces al día.

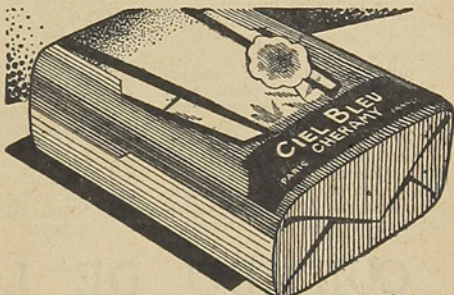
¿Qué se hizo aquel tiempo tan feliz? La sequedad y la molestia, la tristeza o el silencio, llenan ahora nuestras pláticas. Dos enemigos, dos indiferentes, vivirán juntos con menos reserva que nuestros dos corazones hechos para amarse.

¡Ah, Sofía, Sofía! Atrévete a decirme que tu amado te es más querido hoy que cuando te dignabas escucharme y compadecerme y me enternecer, a mi vez, con tus apasionadas expresiones por él! Lo adorabas, y te dejabas adorar, suspirabas por otro, pero mi boca y mi corazón recogían tus suspiros.

No tenías el nimio escrúpulo de ocultarle las entrevistas que recaían en beneficio de su amor. El encanto de este amor crecía con el de la amistad; tu fidelidad se honraba con placeres no compartidos.

Tus negativas, tus escrúpulos, eran menos por él que por mí. Cuando los alarides de la pasión más violenta que fuera jamás excitaban tu compasión, tus ojos, inquietos, trataban de adivinar en los míos si esta compasión no te privaría de mi aprecio, y la única condición que ponías a las pruebas de tu amistad era que yo no dejara de ser tu amigo.

¡Dejar de ser tu amigo! Querida y encantadora Sofía: vivir y (Continúa más adelante)



el jabón de la selección elegante

Un jabón nos llega de París, creado por CHERMAY; el Jabón "CIEL BLEU". Aun pagándolo diez veces más caro, no podría encontrarse jabón más untuoso, de más abundante espuma... Y tampoco tendría este perfume, el perfume "CIEL BLEU", de tan turbadora nota, que impregna de manera delicada la epidermis. También hay Polvos, Talco, Agua de Colonia, Brillantina "CIEL BLEU", etc...

JABÓN
CIEL BLEU
MR. (CIELO AZUL)
CHERMAY PARIS

no amarte, ¿es acaso para mi alma un estado posible? ¡Oh! ¿Cómo se hubiera separado de ti mi corazón, si a las cadenas del amor unias los dulces lazos del agradecimiento? Apelo a tu sinceridad. Tú, que vives, que eres causa de este delirio, de estas lágrimas, de estos éxtasis, de estos enajenamientos, de estos transportes, no hechos para un mortal, dime, ¿disfruté yo tus favores de manera que pueda perderlos? ¡Ah, no! tú te fundas bárbaramente, para quitármelos, en los tiernos temores que ellos mismos me inspiraron!...

Hice todo para cumplir las duras condiciones que me impusiste; a ellas conformé todas mis acciones, y si, en la misma forma no he podido restringir mis frases, mis miradas, mis ardientes deseos, ¿de qué puedes acusarme sino de haberme comprometido, por agradarte, a más de lo que la fuerza humana puede soportar? Sofía, durante treinta años, amé la virtud; ¿crees que mi corazón esté ya apto, por su dureza, para el crimen? No; mis remordimientos igualan a mis alardes; con esto digo todo. Pero, ¿por qué ese corazón se entregaba a los ligeros favores que te dignabas concederme, mientras que su terrible murmullo me desviaba con tanta fuerza de un atentado más temerario?

Tú lo sabes, tú, que viste mis extravíos, si aún entonces no me fué sagrada tu persona; jamás mis ardientes

deseos, jamás mis tiernas súplicas, se atrevieron, ni por un instante, a solicitar la suprema dicha, sin que yo me sintiera detenido por los gritos interiores de un alma atormentada. Esa terrible voz, que no engaña, me hacía temblar ante la sola idea de manchar con el perjurio y la infidelidad a aquella a quien sólo quiero ver tan perfecta como su imagen, que lleva mi corazón; aquella que por tantos títulos debe serme inviolable. Habría dado el universo por un momento de felicidad, pero ¡venícerte, Sofía! ¡Ah, no, no me es posible, y, aunque fuera tu dueño, te amo demasiado para poseerte jamás!

¡Pero, cómo! Jamás experimentaré, en adelante, ese estremecimiento celeste, ese fuego rápido y devorador más veloz que el rayo... Momento, momento indescriptible: ¿Qué divinidad puede haberte disfrutado y renunciar a ti?

¡Cruel! Devuélveme la amistad que tan querida me es; me la ofreciste, la recibí y no tienes derecho a quitármela.

¡Ah! ¡Si llegara a ver en ti una señal de verdadera compasión, si viera que mi dolor no te importuna; si una mirada tuya de ternura cayera sobre mí; si tu brazo rodeara mi cuello, me oprimiera contra tu pecho; si tu dulce voz me dijera, en suspiro: "¡Desgraciado como te compadezco!", me habrías consolado de todo; mi alma reconquistaría su vigor; y yo volvería a ser digno de haber sido bien amado."

no sólo resulta doloroso y, por consiguiente destructor de la gracia de los movimientos, sino que es culpable, además, de horrores, como los callos y juanetes. Además, ni por un solo momento hace parecer el pie bonito. Si la carne del empeine sobresale del zapato o los nudillos de los dedos se notan, el pie no podrá ser considerado como hermoso.

La primera regla, pues, — replámoslo — es usar calzado de buena forma, calidad y comodidad. Además, conservar el pie sano. Si el ácido úrico favorece la formación de callos, durezas y agrandamientos de las conyunturas, no sólo hay que visitar al pedicuro, sino también consultar a un médico para que recete un régimen, y asimismo tomar baños de pies que contengan alguna sal alcalina y espolvorear con un polvo alcalino los pies antes de calzarse.

Poca gente sabe que el polvo de bicarbonato de sosa espolvoreado sobre un callo blando de los que se forman entre los dedos puede curarlo temporalmente, aunque si las condiciones que los causan subsisten, aparecerá de nuevo. El bicarbonato es, además, desodorante.

Asimismo, los baños de pies con sales o bicarbonato evitan las durezas y, por tanto, contribuyen a la belleza del pie. Las compresas de estas mismas sustancias son también ventajosas para los pies delicados. Si hay tendencia a la hinchazón de los pies cuando se sienta cansancio, ello indica la presencia del ácido úrico. También, en este caso, son buenos los baños alcalinos, y, a veces, el masaje como tratamiento local. También es bueno colocar los pies en alto sobre una silla.

Los ejercicios sobre la punta del pie y el baile son excelentes para embellecer el arco de los pies y dar gracia general a la figura. Sin embargo, un médico oriental daba a las mujeres el siguiente consejo: «No estéis nunca de pie cuando podáis estar sentadas, y no estéis sentadas cuando podáis acostaros».

MOTIVOS DE ALMOHADONES MODERNOS

No deberá extrañar que hablemos de almohadones modernos. La moda, que en todo se entremete, llega también, de vez en vez, al interior de las casas, influyendo o imponiendo normas en los estilos decorativos y en los menores detalles del adorno de las viviendas.

No puede sorprender, por consiguiente, que alcancen las novedades de tal carácter a uno de los objetos más caracterizados del adorno de los hogares modernos.

En el estilo de los almohadones es donde más se pronuncian los dictados de la moda. A cada paso se registran novedades en este artículo. Últimamente eran los decorados con incrustaciones de tela en figuras geométricas, y a este estilo pertenecen en cierto modo, por su efecto decorativo, los tres modelos del grabado.

Son tres almohadones que se caracterizan por tener los tres la misma decoración, diferentemente empleada según conviene a la distinta forma de cada uno. El almohadón redondo es de veloutine de seda color gamuza, trabajado con nervaduras que encuadran el motivo central bordado a la cadeneta en grueso hilo de oro sobre una aplicación de terciopelo castaño.

Sobre el almohadón rectangular de falla gris, el bordado se hace en aplicación de pana violeta engastada en un hilo de plata. Unas finas líneas de hilo de plata raya el fondo del espacio existente entre los motivos.

Para el almohadón largo de terciopelo color topacio se bordan los motivos de los ángulos en lana de varios matices del castaño y del beige sobre paño de color habano.

EL CUIDADO DE LOS PIES

El cuidado de los pies no ha de reducirse a una que otra visita ocasional al pedicuro. Tiene suma importancia, pues no solamente un pie bello y bien calzado es un atractivo, sino que la gracia de nuestro porte y la libertad de los mo-

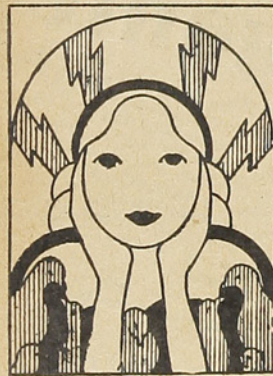
vimientos dependen, en gran parte, de las condiciones en que se mantienen los pies.

Una muchacha de mucha energía y personal belleza dijo en cierta ocasión: «Desprecio a los

que no saben caminar bien; tienen que ser por fuerza débiles». Tenía razón la muchacha en su juvenil y egoísta censura. Descartando la desgracia de una enfermedad irreparable, no hay razón para que todo el mundo, y especialmente todas las mujeres, no caminen con gracia. A los niños se les debe enseñar y se les enseña en nuestros días a caminar correctamente. El desarrollo de la cultura física, que educa todos los músculos, y el moderno culto por el baile hacen que sea rara la persona que camina con los pies torcidos o planos.

Una de las cosas esenciales a la belleza del pie, tanto de su forma como a sus movimientos, es el usar calzado fino, de tamaño adecuado y buena medida. Afortunadamente, el fetichismo por las manos o pies exageradamente pequeños ha pasado a la historia. La pequeñez no es, en sí misma, belleza, y cualquier cosa que conspire contra la comodidad y la sultura destruye la gracia y la armonía y por consiguiente, la belleza.

Un zapato pequeño



AURENTIA

Señora:

Cuide y hermosee sus cutis científicamente. Para ello son indispensables tres requisitos fundamentales:

Limpiar
Tonificar
Hermosear

LOS PRODUCTOS

"AURENTIA"

SON LOS UNICOS QUE CUMPLEN ESTAS CONDICIONES ESENCIALES

PROXIMA APERTURA DEL SALON DE VENTAS Y TRATAMIENTOS EN

MERCED, 729



Toda mujer lleva en su corazón el sabor de la aventura. Un perfume puede ser el arma moderna de la mujer.

LO VENDE
DROGUERIA FRANCESA

Huérfanos 840,
SANTIAGO
Y

En todas las casas del ramo.

“PHILO”

Una Nouvelle Creation de

“CASA PHILO”

Santiago. — París. — Valparaíso.

Precio del frasco: \$ 75.00

AL INTERIOR

SE REMITE CONTRA-REEMBOLSO, PIDIENDOLO A DRO-
GUERIA FRANCESA, Huérfanos, 840, o A “CASA PHILO”,
Huérfanos, 1020, SANTIAGO

LA DULZURA DE VIVIR

Por GABRIEL GREINE

Paco Girón le preguntó con ironía, pero cariñosamente: —¿Estarás emocionado?

El hizo un amplio gesto vago y cansado, uno de aquellos gestos suyos tan llenos de teatralidad, bien a pesar de su sinceridad. Pero inmediatamente, en uno de aquellos cambios bruscos tan característicos en él, incorporó el busto sobre el ancho butacón de cuero gris.

—Sí, es cierto—exclamó.—¿Por qué negarlo? Sí, Paquito; sí, todos vosotros, que me escucháis y venís, desde que se supo la noticia, espiando simpática y fraternalmente mis menores gestos: estoy emocionado.

Rieron todos, muchos no convencidos.

Formaban un dilatado círculo irregular, de una veintena de amigos sentados, sin contar los que permanecían en pie y los que se malsentaban en los brazos de los sillones.

En aquel rincón del gran salón del famoso y prestigioso Club Artístico, aquella agrupación, aquella tertulia, era la más animada y en la que se podían ver más a menudo rostros célebres y oír nombres ilustres con mayor frecuencia.

Esta, además, formada por los socios más jóvenes del club, ya que los viejos, cansados o aburridos, nunca hubieran podido seguir, en activo, la vida pintoresca, honda a veces, superficial a ratos, terrible en ocasiones, pero siempre bella, que vivían aquellos hombres, en número de un par de docenas, unidos por verdadera amistad noble, varonil, desinteresada.

Luis Montornés, barón de Montornés, los presidía. Todos los demás le seguían llenos de admiración y de simpatía, lo mismo en una de aquellas terribles juergas que él mismo ideaba para divertimento de todos, que en cualquier empresa noble, arriesgada y difícil, en la que también a menudo los mezclaba, reservándose siempre el puesto más peligroso.

Su lema se condensaba en una sola palabra: vivir. Amaba la vida con toda la pasión de un enamorado: plenamente, locamente, intensamente. Gozar, amar, gustar de todos los placeres y de todas las emociones, desde el amor al juego, pasando por la contemplación maravillosa de una puesta de sol y el encanto callado y agriquete de un paseo sentimental por un bello jardín olvidado y las sensaciones melancólicas de un largo viaje solitario.

Porque Luis de Montornés, barón de Montornés, era, en el fondo, un artista, un formidable artista de la vida misma. Artista impreciso, sutil e inconsciente, que no plasmara su temperamento en ninguna de las fórmulas en que cuaja el arte en sus distintas y corrientes manifestaciones. Por esto Luis, en medio de sus orgías doradas o de sus ensueños vagos, era bueno y noble. Tenía corazón, corazón de hombre, y eso siempre salva.

Toda la vida le sonreía a él, con la misma intensidad que

él sonreía a la vida. Sus treinta y cinco años estaban llenos de juventud, de fuerza, de elegancia, de salud, de fortuna. Nada había en el mundo que se le opusiera seriamente y por mucho tiempo; no había amor que no lograra ni amistad que le huyera. No era don Juan porque valía mucho más que don Juan; la audacia de su cerebro y de sus nervios la templaba

la nobleza de su corazón. Sin embargo, en el fondo de su alma había algo turbio, algo gris, algo hosco. ¿Un hastío? ¿Un aburrimiento de todo? ¿Aquella imposibilidad de llegar al amor, que le obligaba a detenerse en la fina comedia del flirt, sin llegar a ese drama que es la pasión? ¿Aquella negación de su alma a entregarse por completo, sin reservas, a un total y magnífico amor? Su vida, su ambiente, influían en él, y dificultaban la salida a la superficie de aquel fondo bueno y noble que atesoraba.

Y así seguía su vida de alegre bohemia dorada, sin un amor verdadero, en medio de tantos amores. Club, oro, etiqueta, aventuras, juego... Y siempre junto a él, concretando más la amistad de su tertulia del club, haciéndola más íntima, sus cuatro inseparables: Paco, Javier, Alberto y Pepe Luis. Los cuatro discípulos de su vida mundana, algo más jóvenes que él y por él dispuestos a todo.

Los cinco, dentro y fuera del club, constituían el grupo clásico y dorado de la juventud, la fuerza lo brillante, lo poderoso, lo audaz.

—Emocionado, ¿eh? —dijo alguno.—Tú, el hombre impasible.

—En apariencia, amigo mío. Sé, con los músculos del rostro, disfrazar las sensaciones del alma. Eso lo da la vida... Y tan

acostumbrado estoy a ello, que, ya veis, en estas circunstancias en que no quisiera disimular mi emoción, ésta no aparece por parte alguna.

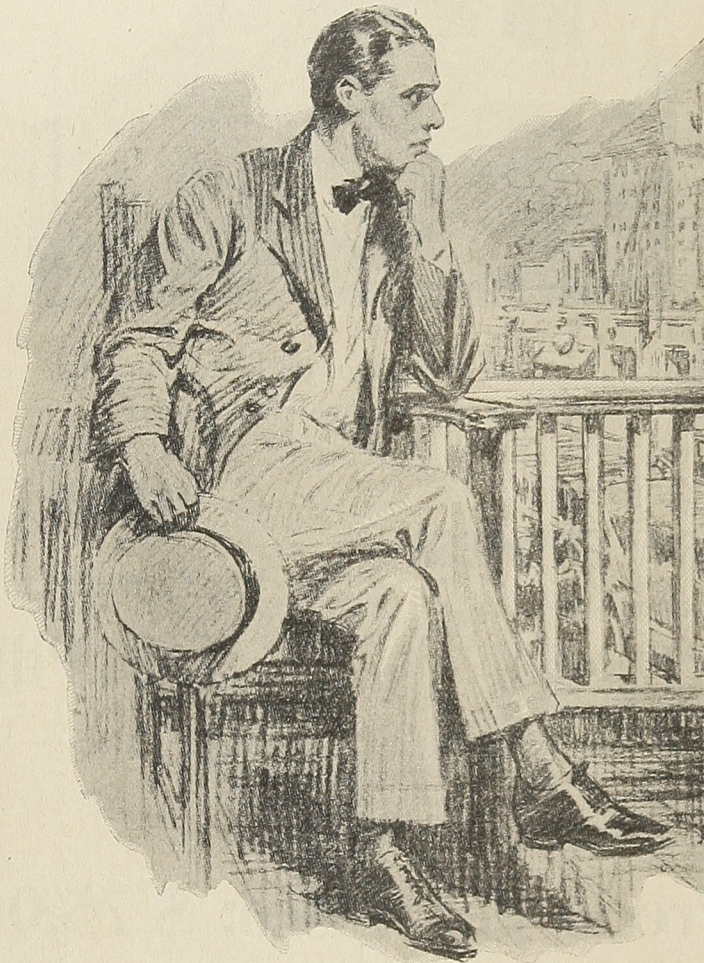
—Dentro de una hora, a lo sumo, verás a Cristina Ol-

demberg. —La vi ya esta mañana, muy temprano, en la estación, donde fui a recibirla, entre otras muchas personas. Un apretón de manos, una sonrisa... Nada. Luego no he querido ir al hotel a molestarla. Debía descansar, después de un largo viaje, todo el día, para asistir esta noche, es decir, dentro de una hora, en estos salones, al banquete homenaje con que la obsequia el Club Artístico.

—Eres—dijo otro—el hombre de la suerte. Ahora vas a presumir por Madrid, acompañándola a todas partes para demostrar que eres un antiguo y buen amigo de Cristina Ol-demberg, la famosa recitadora escandinava, la del arte aristocrático, la artista rica de un arte puro, de una gloria cierta y... rica también de prosaico dinero.

—Pero, hombre, ¿no sabéis que ella fue la única mujer, según Luis, que le dio calabazas?—rió un contentillo.

—Pero, ¿cómo es eso? ¿Es verdad? ¿A ti? ¿Pero Montor-



nés...! ¡Pero baroncito...! ¡Que lo cuente, que lo cuente!...
—gritaron varias voces en un mismo momento.

Montornés sonrió levemente.
—Si lo sabéis ya todos, muchachos. ¿Qué queréis que os diga de nuevo?... Escuchad. Si fuera una conquista, no lo contaría, pero siendo un fracaso, unas calabazas, os lo repetiré una vez más. Claro que fracasó hasta cierto punto.

—Nada, nada. Sin atenuantes... Explicáte, que te complaceceremos.

—La conocí en Suiza, en Lausanne, en una pensión de estudiantes, una pequeña Babel. Hace ya tiempo: unos diez años. Yo tendría veintitrés o veinticuatro; ella, diez y siete. Su prodigioso arte ya empezaba a manifestarse, aunque no constituía para ella una profesión y si solamente una faceta de su claro talento, que brillaba únicamente en salones y en fiestas de estudiantina. Como ella es hija de una sudamericana, hablaba bien el español, aunque con algunos términos anticuados que prestaban un extraño encanto a su conversación. Quizá por hablar castellano, hicimos rápidamente amistad.

—Sí, efectivamente, todo eso lo sabemos. Pero, ¿y después? Sospechamos que algo nos ocultas.

—Y nosotros también. ¿Hasta dónde llegaron esas relaciones tan puramente amistosas?

—No pasamos de una amistad. Una amistad ingenua, pura y algo infantil. Ni siquiera fuimos novios. Era un carácter extraño el de ella. Dulce, pero reservado. Muy sensible a veces, pero hermético en las grandes ocasiones. Un misterio, en fin, para mí al menos, entonces no muy experimentado. Se veía bien que era hija de una hispanoamericana parlanchina y efusiva y de un noruego adusto y frío.

—Bueno, hombre, no emplees rodeos y di sencillamente que te dio las grandes calabazas. ¡Si eso le pasa a cualquiera, señor!

—No te diré que no. En realidad, ni yo mismo lo sé. Ciertamente, me declaré en toda regla, y con el fuego todo, la vehemencia toda, la pasión toda que pone en esa sencilla operación un español de veintitantos años, en una tierra extraña y de nieve, donde su agitación normal parece calentura a los ojos de los demás.

—Y ella fué y... ¡¡paff!!! ¡calabaceo!...

—No rotundamente, al menos. Su contestación fué muy vaga, muy extraña, como ella misma era, y es. Dijo cosas muy interesantes: que ella y yo éramos dos caracteres muy iguales, muy absolutos; que yo en el fondo no amaba ni amaría nunca, pero que quería que me amasen. Que mi amor sería siempre de exigencias y nunca de abnegaciones. Que yo era como una luz muy viva y que ella era otra luz no menos viva y brillante, y que entre los dos no sería nunca posible el amor

porque ninguno de los dos había nacido para el sacrificio por el otro ni para ningún otro. Que esas dos luces, tan brillantes una como la otra, se molestarían una a la otra, y que en el amor era necesario que una de ellas se debilitase para que brillase más fuertemente la otra.

En resumen—exclamó, riendo, Javier:—que te dijo que tú eras un egoísta y que ella no lo era menos.

Hubo una pausa pensativa.

—No sé...—contestó Luis.—Os repito que no sé.

Y luego, vivamente, agregó:

—Pero tampoco es eso, porque me

añadió después que ella creía no poder amar nunca a un ser que fuese completamente feliz, completamente seguro de sí mismo, completamente fuerte, completamente brillante. «Un ser así—decía—me asustaría, porque yo soy así, y con él no veo posible el amor. Más que para satisfacción de un ser así, yo quisiera que mi amor fuese el consuelo de un ser más desgraciado que yo. Mi amor es de ternuras y no de pasiones, y si algo vale, yo quisiera que fuera para un fin elevado y noble, para llenar toda una vida con una alegría y una serenidad desconocida por ella mientras no me conoció a mí misma». Y terminó diciéndome: «Con un hombre como usted, yo terminaría siendo una mujer como usted». Y esas fueron las extrañas calabazas... Después pasó el tiempo. Yo me vine a España, muy triste; ella se fué a Noruega... Nos escribimos algún tiempo... Luego la vi en París, hace cuatro años... y hasta hoy, que vendrá aquí a asistir al banquete dado en su honor por el club.

Bruscamente hubo un movimiento de expectación en todo el grupo y en todos los grupos que había en el amollosalón. Cesaron las conversaciones, las risas, los ruidos, y todos los rostros se volvieron hacia una puerta por la que, conducido y guiado por un criado del club, entraba un hombre ciego.

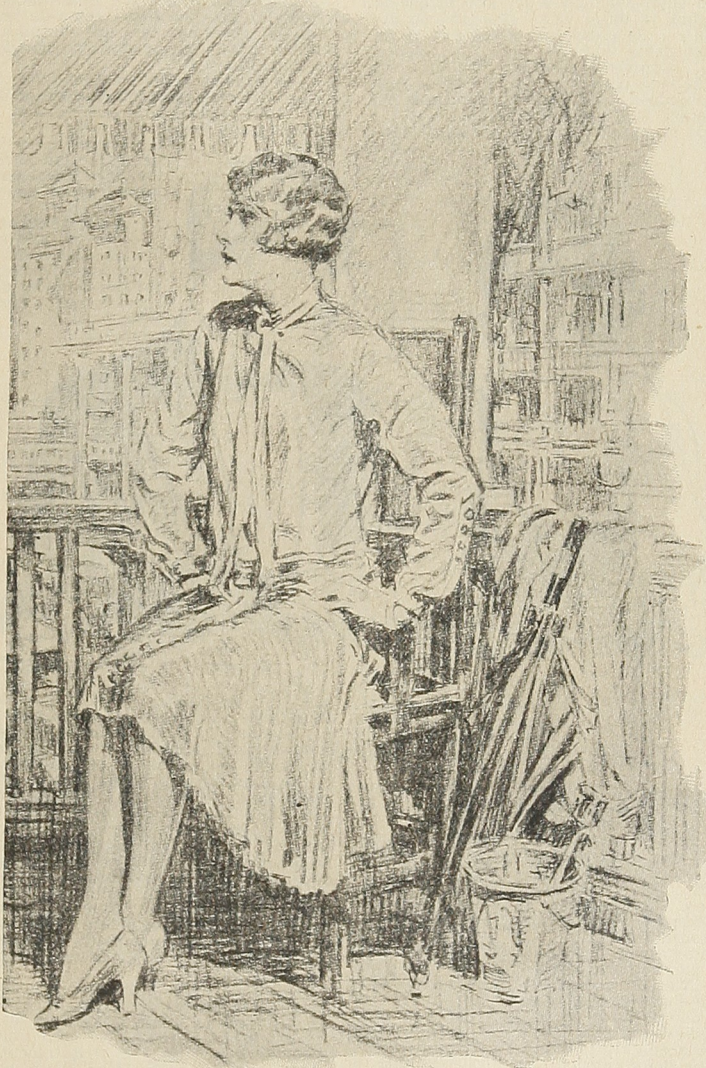
Representaba unos cuarenta y cinco años y sus ropas eran de irreprochable corte, pero viejas, usadas, verdinegras, como regaladas por alguien que las hubiera usado sin grandes cuidados. Ropas que contrastaban enormemente con el uniforme galoneado y severamente lujoso del criado.

En cuanto los dos hombres hubieron desaparecido, se reanudaron las conversaciones.

—Es el pobre Rosende, que viene a secretaria a cobrar el socorro que se le abona mensualmente.

—He aquí, amigos, un caso para mí incomprensible—exclamó Montornés con voz en la que temblaba una emoción.

—Recordáis a Rosende, hace un año? Pocos como él tan dotados por la naturaleza y por la fortuna para triunfar plenamente en la vida, como triunfó durante mucho tiempo. Lo



tuvo todo y gozó de todo. Bruscamente, un buen día, entre el juego, un amor desgraciado y unas especulaciones en falso, se queda arruinado por completo. Entonces, con una sonrisa mundana, vestido de etiqueta, y después de apurar una copa de champaña, se pega un tiro en la cabeza... Pero no muere, y lo que es mucho más horrible, queda ciego: la bala partió el nervio óptico, sumiéndole en tinieblas eternas y sin curación posible. Pues bien: entonces, Rosende, ciego y arruinado, que es como dos veces muerto en vida, se agarra con esfuerzos de naufrago a esta misera existencia humana, y grita como un niño, en el cuarto del sanatorio donde entre todos le metimos: «¿No quiero morir, no quiero morir!...» Y ahí le tenéis, viviendo entre sombras y del socorro que le pasa el club. ¿Qué esperará ya de la vida? ¿Por qué no insiste en buscar la muerte? ¿Qué esperanzas hay aún en su alma? El tiro aquel no debió fallar.

—¡Vete tú a saber!... contestó Alberto. Son misterios inexplicables que tiene la vida para nosotros. De todas formas, esa reacción de Rosende ante la muerte es curiosa. Yo no quisiera ser él. Preferiría cien veces haber muerto.

—Esa siempre ha sido mi opinión—dijo en voz baja Montornés. Y después de una breve pausa, con su voz profunda y grave, lentamente, explicó una vez más su teoría:

—No hay miseria como la física. No hay humillación semejante a la que nace de la miseria física. Y si esto es así, aun para el que nació maltrecho o incompleto y maltratado por la naturaleza y a fuerza de tiempo pudo acostumbrarse en mínima parte a su desgracia, ¿qué no será para aquel que repentinamente, en medio de una vida brillante, habiéndose visto siempre armonioso y estético, sin dolores y sin mutilaciones y sin deficiencias, se ve destrozado, incompleto, inspirando lástima o avergüenza? Para éste, el dolor físico es lo de menos; lo de más es el derrumbamiento moral, la humillación moral que nace de la humillación física. Pues bien: en un caso así, ¿no es preferible cien veces morir? El hombre ha de tender siempre, en ese caso, a la muerte. Lo que sucede es que el hombre es cobarde, y después de un gran festín se contenta con unas migajas de limosnas dadas. El caso de Rosende es tan extraordinario para mí que no acabo de explicármelo.

—¿Quién sabe si eso que tú piensas se piensa cuando se está como tú estás, y después, viéndose uno en el caso de Rosende, se cambia de pensamientos?

—Ese, amigos míos, ha sido siempre y es mi gran temor—exclamó Luis con voz verdaderamente angustiada.—Pero en ese caso, si uno se olvida de la inevitable necesidad de desaparecer, si uno quiere eludir la obligación en que se encuentra de marchar, ¿por qué no ha de haber quien se lo recuerde y le facilite los medios para ello? Así, yo os lo repito otra vez, si me vierais un día desgraciado, caído, pobre, miserable, con una dolencia o una deformidad o una mutilación que os moviera a decir: «Ese pobre Montornés...»; si vierais que yo, olvidando mis teorías, me aferraba entonces a la vida y no quería desaparecer... vosotros... vosotros estáis moralmente obligados a recordármelo, e incluso, si yo no los tengo a mí alcance, a procurarme la pistola, el veneno, la inyección definitivos.

Estallaron grandes carcajadas. Pero Montornés, muy pálido, no reía, y miró sucesivamente a sus cuatro intimos, como buscando algo en sus rostros: ni Paco, ni Javier, ni Alberto, ni Pepe Luis reían. Entre los cinco había un pacto secreto, un juramento, una palabra de honor dada, para poner en práctica aquellas teorías, si algún día, para cualquiera de ellos, se presentaba el caso.

Le costaba trabajo creer que estaba dentro de una realidad y no en las regiones vagas de un sueño. No veía ni el salón del club, ni a los demás comensales, ni oía las conversaciones ruidosas y correctamente animadas. Sus ojos, como su espíritu, sólo estaban llenos de Cristina Oldemborg.

Por su cargo directivo del Club, por su nombre ilustre, por su aureola de mundanidad y, sobre todo, por una delicadeza de los demás socios, conoedores de su amistad con ella, Luis se sentaba al lado de Cristina.

Habían hablado antes de ponerse a la mesa, un buen cuarto de hora, en uno de los salones pequeños.

—¿Piensas como siempre, Cristina?—había preguntado él.

—Pienso como siempre, Luis—había contestado ella, con una sonrisa un poco triste, como de renunciamiento voluntario a algo que deseamos pero que sentimos no debemos desear.

—Entonces, ¿no me crees purificado por la vida, por los años que pasaron?

—Al contrario. Te veo triunfador, brillante, audaz, simpático y atractivo como nunca, rodeado de leyendas y de aventuras. Has ganado con el tiempo, Luis... Por eso, respecto a ti, pienso como siempre.

Sentado a su lado, tan cerca y sin embargo tan lejos de ella, él recordaba aquellas palabras que en boca de una mujer como aquella eran una sentencia definitiva.

Y, sin embargo, si ella hubiera podido ver, no sólo su aspecto exterior de hombre afortunado en todos los órdenes, sino también los jardines tristes de su corazón, donde había una soledad helada y absoluta, quizá se hubiera compadecido.

Pero es una triste condición del hombre esa imposibilidad terrible en que se encuentra siempre de poner bien al descubierto, bien al aire, su alma y sus sentimientos. La materia no responde nunca a la sinceridad interior y, a veces, cantamos con nuestra boca mientras lloramos con toda el alma. ¡Estúpidas contradicciones de la naturaleza humana, siempre tan misteriosa y extraña!...

Porque él la quería a ella, mucho más ahora que en la época en que, recién salido de la adolescencia, la conoció. Era otro amor, más sereno, más profundo, más maravilloso y maravilloso... Era... aquello que le hacía falta, aquello sin lo cual su vida estaba vacía.

La miraba sorprendido, absorto, como si en lugar de una mujer fuera un ser irreal, increado, magnífico.

¡Ah! ¡También ella había cambiado en cuatro años! Era la suya, ahora, una belleza toda espiritual, estilizada, evaporada, que residía principalmente en aquellos dos grandes ojos de un puro azul claro; su arte, en todo su apogeo, se había apoderado de ella, haciendo de ella un divino verso vivo.

Bruscamente, Luis interrumpió sus meditaciones. Había sentido una mirada fija, inmóvil, sobre sus ojos, una de esas miradas que a veces hemos estado sintiendo sobre nosotros como una sensación molesta y desagradable que no nos explicábamos hasta volver, a nuestra vez, los ojos y tropezarnos con aquella.

Al otro lado de la mesa, casi enfrente de él y de Cristina, Alvaro Pedrosa, el mejicano, los miraba fijamente, con una sonrisa burlona en los labios y en los ojos.

Al mirarle Cristina, él hizo una inclinación de cabeza llena de ironía, aunque perfectamente correcta.

—¿Lo conoces?—indagó Montornés.

—Sí... En Buenos Aires... Un fatuo...—respondió ella brevemente, lacónicamente, sin dejar de atender la conversación que sostenía con el anciano Ministro de Bellas Artes, sentado a su otro lado.

Unos extraños, absurdos, anormales celos se apoderaron en el acto de Montornés.

Alvaro Pedrosa, el personaje enigmático que se decía escultor y mejicano, y del que, en realidad, nadie sabía nada concreto, como no fuera su aspecto de hombre correcto, rico, joven, elegante, lleno de presunción... no se había hecho simpático a nadie y, sin embargo, su habilidad le permitía tratar de camarada a todo el mundo. Había siempre en sus labios una sonrisa falsa y burlona y en sus ojos, oculta por la cortesía, una traición.



—¿Lo conoces?—indagó Montornés.

¡Y éste era el hombre que le miraba descaradamente a él y lo que era intolerable, a ella, a Cristina!.

Porque continuaba mirándoles y sonriendo. Con la mano izquierda en la mejilla, los miraba fijamente, burlescamente, descaradamente. Y les sonreía, entre irónica y despectivamente, como diciéndoles:

—Yo sé quién es Cristina Oldemberg. Yo sé quién eres tú. Estás ahí jugando al romanticismo y a la pureza, tú, mujer, al fin y al cabo una artista trotamundos; tú, hombre, un viador, consumido por todas las pasiones. Ya ves si soy bueno que no quiero poner mucho interés; si no, estaba seguro de quitarte esa conquista.

Aquellas miradas y aquellas sonrisas eran como palabras. Luis, gran psicólogo formado en la vida misma, desentraña bien aquella actitud.

—Este es un despedido de Buenos Aires. Su actitud es tan clara que se adivina en él el propósito firme de provocarme y hacer que esto termine mal. Si pasan cinco minutos más y sigue mirando, esta copa de champaña se va a estrellar en su frente.

Cristina, distraída por las atenciones y palabras de los otros comensales cercanos a ella, no se daba cuenta del incidente. Pero Montornés sufría horriblemente porque una terrible duda se había apoderado de su espíritu. ¿Y si, en realidad, Alvaro Pedrosa había significado algo, en alguna época, en la vida de Cristina?

El mejicano, con su aire equivoco y misterioso, sembraba siempre de recelos el ambiente en que intervenía. Por otra parte, ¿debía él, Luis Montornés, lanzar en medio de la plácidez y la simpatía de aquel homenaje a la famosa recitadora la nota violenta, airada, disonante, de una interrupción lamentable al tirar aquella copa que apretaba nerviosamente entre sus dedos a la cabeza del rival presunto? ¿Y toda su leyenda de caballería? de mundanismo, de sangre fría, de serenidad?

Era mejor esperar, aguantando y sufriendo. Tiempo habría para todo. Todo por ella, para evitarle el espectáculo ruinoso de dos hombres llegados a las manos, la confusión consiguiente, el escándalo al día siguiente, la reprobación de todas aquellas personalidades respetables que prestigiaban el homenaje. Esperaría. Y todo el tiempo que aún duró el banquete estuvo Luis hundido en un espantoso infierno de dudas, de ira, de dolor. En frente, el otro, en medio de una gran corrección, seguía con su sonrisa en los labios y su trai-

ción disimulada en los ojos. ¡Oh, aquella sonrisa y aquella mirada!

Tarde, en la noche, terminó el acto, después del discurso del Ministro de Bellas Artes. Y cuando se inició ese rumor inconfundible que finaliza los banquetes numerosos y brillantes—conversaciones más ruidosas, ruido de sillas arrastradas al levantarse los comensales, exclamaciones, grupos que se forman a la entrada de las puertas—Montornés se levantó rápido e hizo una imperceptible seña a sus cuatro intimos.

Los reunió en un rincón y nerviosamente les dio instrucciones.

—No preguntadme nada. Ya sabréis luego. Ahora tú, Pepe Luis, y tú, Alberto, acompañad a Cristina al hotel. Vosotros, Paco y Javier, quedaos conmigo. Os necesito.

Se terminaron las despedidas. El gran salón quedó casi desierto; la mayor parte de los comensales habían salido a la gran escalera para tributar una última reverencia a Cristina. Pero en un grupo poco numeroso, encendiendo un grueso cigarro, estaba todavía Alvaro Pedrosa.

Como un tigre se dirigió a él Luis de Montornés, solo, habiendo obligado a sus dos amigos a permanecer, sin explicaciones, en un rincón. El mejicano le vio venir sin inmutarse. Y cuando estuvieron frente a frente, ante la gran extrañeza de todos los que aún quedaban en el salón y de los que ya volvían de despedir a Cristina, Luis dijo a Pedrosa:

—Para pedirte lo que te voy a pedir no necesito explicarte nada, ¿verdad?

—Como tú quieras—contestó el otro.

Y sonrió más burlescamente que nunca.

¡Aquella sonrisa! Ya no la pudo resistir más Montornés. Se abalanzó sobre el mejicano y de un terrible puñetazo en la mandíbula lo derribó en tierra. Hubo un revuelo enorme, una confusión ensordecedora. Todos sujetaron a Luis, mientras el mejicano se levantaba, trabajosamente, pero siempre sonriendo.

—Escoge tus padrinos, Alvaro Pedrosa. Aquí están los míos—exclamó Luis, señalando a Paco y a Javier, tan sorprendidos como el resto del club.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué ha ocurrido? ¿De quién ha partido la provocación?—gritaban todos.

—Es un asunto que tenemos que resolver el señor y yo—contestó Montornés.—A no ser que el señor sea un cobarde...

El mejicano buscó con la mirada a su alrededor. Dijo dos

(Continúa en la pág. 57).



LA BELLEZA JUVENIL puede conservarse casi indefinidamente.

Lean los consejos prácticos de la célebre especialista

CHARLOTTE ROUVIER

¿Por qué las “estrellas” del cine no envejecen nunca?

Usted no verá nunca un defecto en el cutis de una “estrella” de cine. Hay que considerar que el más pequeño defecto, al ser amplificado el rostro en la pantalla, sería tan notable que ello constituiría una ruina. No todas las mujeres saben que ellas también podrían tener un cutis digno de la envidia de una “estrella” del cinema. Toda mujer posee, inmediatamente debajo de su vieja tez exterior, un cutis sin mácula alguna. Para que ese nuevo y hermoso cutis aparezca a la superficie basta con hacer que se desprenda la desgastada cutícula exterior, lo que se lo-

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

Indudablemente, un poco de color en las mejillas, sienta bien a casi todas las mujeres. Pero en el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquier indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Un secreto contra los barrillos

Los puntos negros, la grasa de los cutis y la dilatación de los poros cutáneos del rostro son molestias que en general nos asaltan juntas. Pero, tenemos la ventaja de poder combatirlos al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que, al disolverse, produce una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha cesado, se usa el agua, así “estimulizada”, para bañarse el rostro, secándose, luego, con una toalla. Los intrusos puntos negros salen del cutis para desaparecer en la toalla; los grandes poros grasos se contraen como por encanto y se borran en la cara; y todo esto sin que el cutis tenga que sufrir ni la más pequeña acción de fuerza, violencia u opresión. Merced al stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, la piel queda alisada, blanda y fresca, sin experimentar daño alguno. Repitiendo algunas veces

este tratamiento, con intervalos de tres o cuatro días, se logra rápidamente la limpieza total del rostro, dando a este embellecimiento un carácter de permanente y definitivo.

Para evitar el vello

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo, representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que se obtienen mediante el empleo del poriac pulverizado. El poriac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiendase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle poriac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

Pull-Over "Los Triángulos"



El fondo de este pull-over es beige kasha. La base es decorada de dibujos geométricos que son: beige oscuro para los grandes triángulos; café y rojo vivo para las rayas.

Materiales necesarios.—50 gramos de

lana negra; 100 gramos de lana habana; 300 gramos de lana kasha; 50 gramos de lana cereza. En total, 500 gramos de lana.

Si se compra lana delgada, queda muy bien enrollar la lana cogiendo juntas dos hebras del mismo color. Agujas bastante finas: dos y medio milímetros a tres milímetros de diámetro.

Las medidas dadas en la explicación que sigue son hechas para una medida del 44. Se rectificarán estas medidas si hay necesidad, o bien se trabajará sobre un patrón hecho sobre medida.

Ejecución.—Montar en lana kasha 149 mallas. Tejer 25 corridas de punto elástico. Coger en seguida la lana negra y tejer, en punto de jersey, siete corridas con esta lana, después siete corridas con lana cereza. Copiar en seguida el trabajo, siempre en punto de jersey, copiando los dibujos de rayas y triángulos indicados sobre el cuadrado, donde los cuadrados blancos representan las mallas kasha; los cuadrados grises claros, las mallas habana; los cuadrados grises oscuros, las mallas negras; y los cuadrados negros, las mallas cereza.

Al cambiar de color, se ata un pelotón de lana del tono requerido, se teje con esta lana el número de mallas necesarias; después se trabaja con otra pelota y así, según las necesidades de los dibujos.

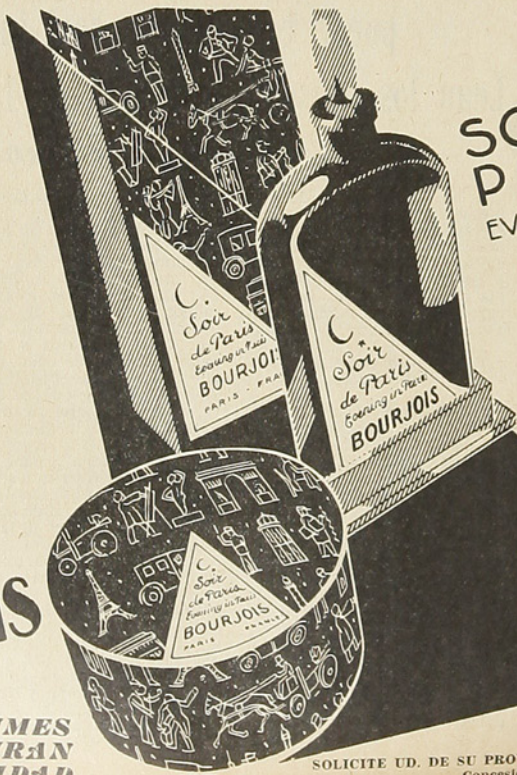
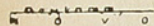
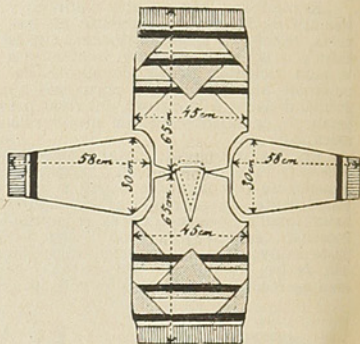
Por el revés, para evitar que las mallas no se confundan, se tiene cuidado, al cambiar de color, de dar vuelta, una alrededor de la otra, las dos lanas diferentes.

Cuando se ha terminado el trabajo de los dibujos, tejer algunas corridas en lanas kasha, hasta alcanzar 45 centímetros de altura total, comprendido el punto elástico. Tejer 74 mallas. Cerrar una

mallas en el medio del trabajo, y colocar sobre un broche de seguridad las 74 mallas restantes. Continuar el trabajo sobre las 74 primeras mallas, haciendo para las bocamangas y el escote, disminuciones como sigue:

Bocamangas.—En la primera corrida, cerrar nueve mallas, y en cada una de las nueve corridas siguientes, cerrar una mallas. Seguir derecho en seguida, hasta el hombro.

Escote.—Sobre todo lo alto, hacer una disminución cada dos y tres corridas, alternando. Cuando se tienen 62 centímetros de altura total, punto elástico comprendido; tejer todavía una docena de corridas, cerrando a cada corrida tres o cuatro mallas, del lado de la bocamanga, para formar el hombro. Cerrar las mallas que quedan. Unir la lana en el medio de la delantera, en la



SOIR DE
PARIS
EVENING IN PARIS

BOURJOIS

LOS PERFUMES
QUE ASEGURAN
PERSONALIDAD

SOLICITE UD. DE SU PROVEEDOR TARJETAS PERFUMADAS.
Concesionario para Chile:

AUGUSTO MEYTRE

EL CRIMEN DE PIERROT

punta del escote. Coger las mallas del broche de seguridad y trabajar el otro lado, como el primero.

Espalda.—Montar 149 mallas y tejer como se ha explicado para la delantera, los puntos elásticos y los dibujos. Cuando se tengan 45 centímetros de altura total, cerrar de cada lado nueve mallas, y a cada una de las nueve corridas que siguen, hacer una disminución en el comienzo y el fin de la corrida. Trabajar recto en seguida, hasta tener 60 centímetros de altura total. Cerrar entonces treinta mallas en el medio del trabajo. Reservar de un lado las mallas en un broche de seguridad, y tejer del otro lado haciendo una disminución del lado del escote en las segundas, cuartas, sextas y octavas corridas y cerrando en cada una de las siete últimas corridas del lado de la bocamanga para formar el hombro. Coger las mallas de la aguja de seguridad y trabajar lo mismo en el otro hombro.

Manga.—Montar en lana kasha sesenta mallas. Tejer treinta corridas con punto elástico y en seguida con punto de jersey, siete corridas en lana negra y siete corridas en lana cereza. El resto en lana kasha. Después de terminado en las mangas el punto elástico, se tendrá cuidado de aumentar una mallita de cada lado cuatro o cinco corridas, para tener treinta centímetros de ancho.

Quando la manga tenga 50 centímetros de largo, tejer todavía treinta corridas, haciendo a cada corrida dos disminuciones de cada lado, para redondear lo alto de la manga. Cerrar las mallas que quedan. Unir las costuras. Rodear el escote de un borde en punto elástico. Para ello, coger un juego de cuatro agujas un poco más finas que las empleadas para el resto del trabajo. Coger todas las mallas alrededor del escote sobre tres agujas. Tejer dando vuelta con la cuarta aguja. Dar diez o doce vueltas y cerrar las mallas.

Pierrot refirió lo siguiente:

—Estaba el cielo tan luminosamente azul, que las estrellas sólo parecían un fulgor. Mientras los contertulianos de siempre conversaban, aparecí yo, de pronto nimbado de alegría.

—¿He tenido una idea!—grité, desde el umbral.

Nadie pareció comprender al principio.

—¿Cómo?—preguntó el más impaciente.

—¿He tenido una idea!—repetí entusiasmado.

—¿Una idea?—murmuró el alcalde, sin disimular su asombro.

—¿Una idea?—articuló don Crespo, palpándose los bolsillos.

—¿Una idea?—rugió el gendarme, apretando la empuñadura del sable.

Parecía que un planeta desviado de su órbita había caído de pronto en medio de la sala.

—Si, señores, una idea—repetí acariciando la piel de terciopelo del gato oscuro que me acompaña en las noches de luna, cuando salgo a dialogar con las estrellas.

Reinó un silencio angustioso. Se hubiera dicho que todos esperaban la catástrofe.

El dueño de la fonda se adelantó ceñudo:

—Y ¿qué tenemos que ver con eso?—gruñó, empujándome hacia el portal.

Yo comprendí que una vez más me había conducido mal en la vida, y traté de temporizar.

—No tengo la culpa—declaré intimidado—; iba por el camino que conduce al bosque, y de pronto vi brillar una luz dentro de mí. La acción fué tan rápida que apenas tuve lugar para dar un matón con el recuerdo, como cuando se caza una mariposa. ¿Quién iba a pen-

sar que bastaba un relámpago para saber que...

—¡Chiton!—aulló un rústico, tapándose la boca.

—Pero...

—¡Silencio!—clamaron todos.

—Na de imprudencias irremediables—dictaminó el gendarme.

—Hay que manipular ese producto con mucho tacto—gimió el farmacéutico.

—Una idea es como una bomba de dinamita—gimió el coro.

Los bebedores de inmovilidad se sintieron solidarios para conjurar la amenaza. Y en un remolino de voluntades, sin atender a las lágrimas ni a las suplicas, echaron llave a la puerta.

En vano hice crujir los aldabones, en vano crispé los músculos en una arremetida contra el obstáculo. Ni cedieron los cerrojos, ni se ablandó el corazón de los que me dejaron partir sin utilizar mis complicidades con la luna y sin preguntarse si el poeta que se alejaba llorando por el valle silencioso, donde la tierra, los árboles y las almas duermen la misma muerte, sabía acaso el gesto o la fórmula que puede hacer posible la felicidad.

—¡Pierrot ha tenido una idea! (En llave de sol).

—¡Pierrot ha tenido una idea! (En llave de fa).

El rumor cundió de casa en casa, las ventanas se cerraron estrepitosamente, los transeúntes apretaron el paso, la vida pareció engrumirse en una crispación de defensa.

Nadie sabía en qué consistía la idea. Nadie trataba de averiguarlo. Pero la novedad justificaba las preocupaciones.

—Una idea tiene que ser siempre contra alguien—había fallado la pazguatería universal.

PIDA GINGER ALE COCHRANE



LA MEJOR BEBIDA DE FABRICACION NACIONAL.
INSTALACIONES LAS MAS MODERNAS E HIGIENICAS.



AGENTES:

Graham, Rowe & Co.

¿Es posible adelgazar

sin que se debilite el organismo?

Esta es la pregunta que se hacen todas las señoras que sufren por su obesidad y que han empleado ya MUCHOS MEDIOS de combatirla sin lograr el resultado tan deseado, obteniendo sólo perjuicios para su salud.

Sabido es que la causa de la OBESIDAD cuando no proviene de exceso de comer, se debe al MAL FUNCIONAMIENTO del cuerpo tiroideo y esto es fácilmente remediable ayudando a este órgano de secreción interna con sus propios EXTRACTOS o con los PRINCIPIOS ACTIVOS DE SUS SECRECIONES (combinaciones yódicas).

Este es el criterio que ha inspirado a los técnicos del LABORATORIO GEKA, para incluir en la fórmula de la DELGADINA el EXTRACTO TIROIDES como un principio activo de ella.

Aconsejamos a las personas que usen la DELGADINA, someterse a la vez a un régimen alimenticio, abstiniéndose de las grasas, aceites, féculas, etc., pudiendo en cambio ingerir verduras frescas en CUALQUIER CANTIDAD sin temor de debilitarse.

Recomendamos la DELGADINA como el UNICO MEDIO SEGURO de combatir científicamente la gordura sin perjuicio alguno en la salud.

No lo olvide, la DELGADINA es preparada por especialistas, a base de Extr. Tiroides, Extr. frangul, Extr. fucus vco, Tint. Ruibarbo, Tint. Iodo Iod, Alcohol, Agua y azúcar.

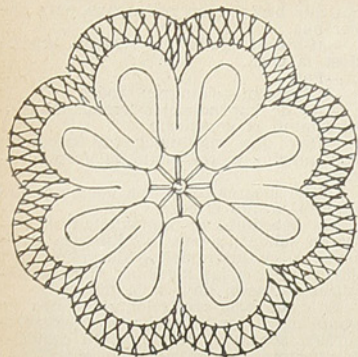
PIDALA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAIS

LABORATORIO GEKA

MAESTRANZA, 1168.

CASILLA, 3867

SANTIAGO



Vivos y deshilados

Los vivos de tela cosidos y dando vuelta son un adorno muy a la moda, tanto para la ropa interior como para los trajes.

Traje en crépe marfil para niña. Pliegues pequeños sobre los hombros, bordeados por un vivo. Abajo se recorta en dientes deshilados, y lleva como adorno, un motivo de vivos enroscados.

Combinación tres piezas en tela de seda salmón, incrustada con motivos de vivos y deshilados al cordoncillo. La falda, abierta a un costado, se ensancha por delante por medio de un grupo de pliegues.

Traje en crépe georgette verde almendra. El escote, el plastrón y las mangas, van deshiladas por medallones incrustados en vivos de la misma tela.

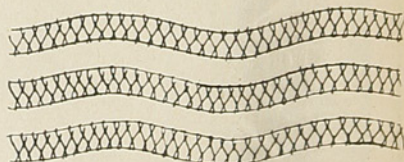
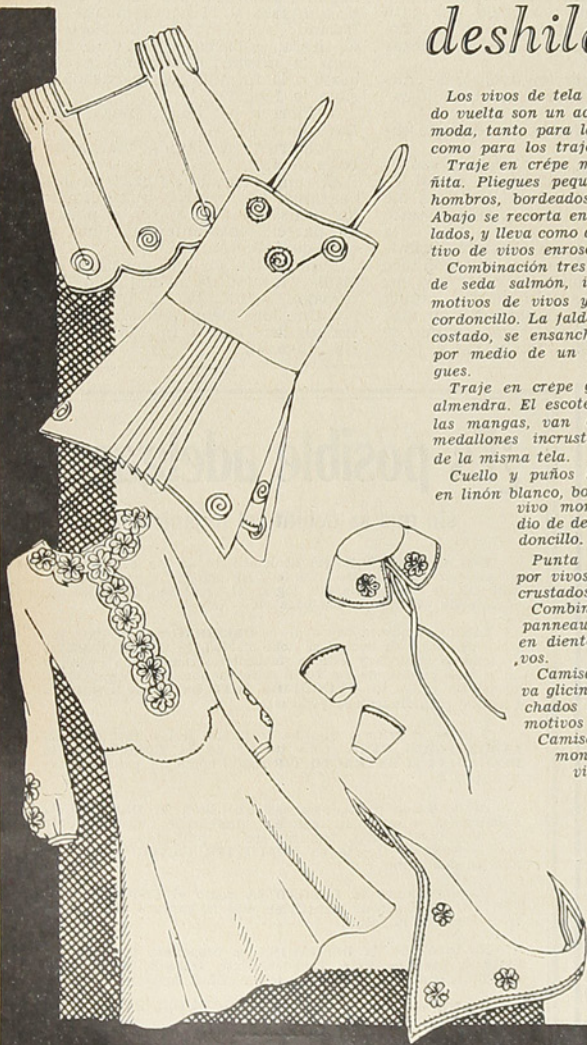
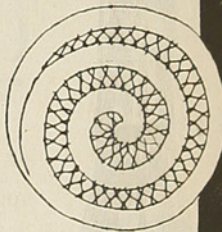
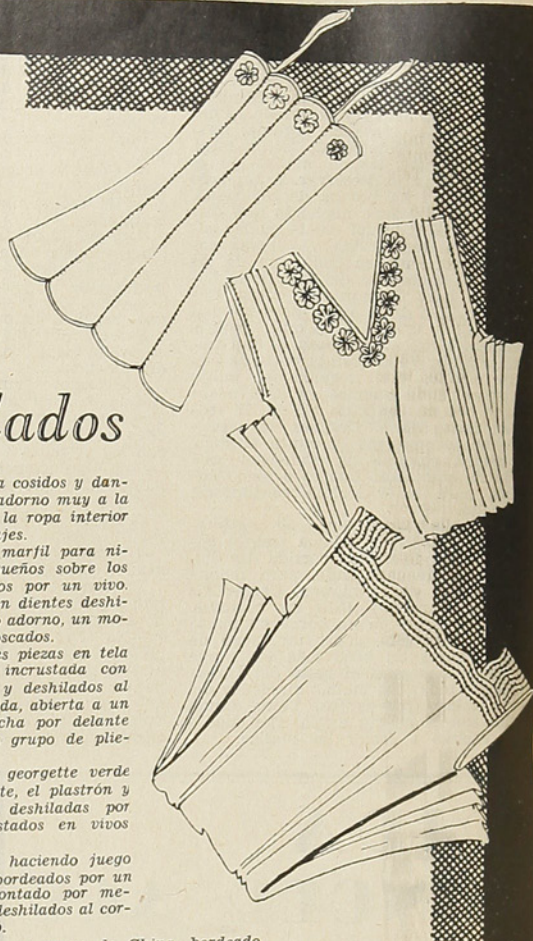
Cuello y puños haciendo juego en linón blanco, bordeados por un vivo montado por medio de deshilados al cordoncillo.

Punta en crepe de China, bordeado por vivos y guarnecida por motivos incrustados.

Combinación en crepe banana hecha con panneaux en forma reunidos, recortados en dientes e incrustados arriba con vivos.

Camisa de noche en tela de seda malva glicine, guarnecida de pliegues aplanchados y encuadrada en el escote con motivos de vivos.

Camisa de noche en crepe marfil, montadas con muchas corridas de vivos ondulados, reunidos por medio de deshilados al cordoncillo, formando canesú y hombros.





...y vagar, como un fantasma las noches de luna, por los adarves y terrazas, jardines y torres del castillo-palacio.

El Beso del Príncipe

Por BERNARDO MORALES
SAN MARTIN

Oid una vieja leyenda.

Leyenda es de amor y de muerte.

A mis oídos sonó la primera vez como canción de poeta que recoge en primorosas estrofas simbólica historia de amores, que rodando de boca a través de los siglos, llegó hasta él.

Entornad los ojos..., despertad el oído..., levantad el corazón... El poeta tañe la guitarra y entona la vieja canción legendaria...

¡No interrumpáis su canto y guardadlo siempre con todo su perfume en el fondo del alma!

— ★ —

El rey moro de Valencia sabe que la fantástica fortaleza de Jérica es inexpugnable y confía su hijo a los jefes jericanos, de cuya lealtad tiene pruebas.

La reina al morir había dejado un beso largo como la eternidad, infinito como el dolor, en la boca del tierno infante. Sabía que le besaba por última vez y ansiaba prolongar aquella postrera caricia de madre hasta que la muerte la interrumpiera, enfriando sus labios para siempre.

Mortal desvanecimiento corta el beso de la reina... Cuando torna en sí, coge con las suyas, blancas como lirios, la mano bronceada del rey:

—¡Señor..., voy a morir! Guardad la vida de mi hijo de las acechanzas que la cercan. ¡No me importa que cina o no la corona! Antes que rey quiero que sea hombre... y feliz. ¡Apartad la pesadumbre de la regia corona de su frente! ¡Alejad de Valencia! Otros hijos tenéis; sea para ellos todo el esplendor del trono. ¡Yo no quiero para mi hijo, que es mi amor hecho carne, más que la felicidad! Guardadle de la envidia y del odio africano de vuestra raza! Así..., moriré tranquila..., esperanza...

Y la reina dobló el cuello de alabastro..., quebrándose su última palabra en su garganta.

El rey moro había olvidado a sus esposas, y a sus esclavas—flores de harén traídas de todos los confines del mundo—desde que Doña Sancha, la infanta cristiana, entró en Valencia y se sentó en el trono como reina y señora y hermosa prenda de paz entre su padre el rey de Navarra y el gran Abde-I-Aziz, Al-Manzur (el victorioso), el más poderoso rey musulmán y de más luengo reinado que gozó Valencia.

Y desde aquel día, susurraban con honda melancolía las flores del harén:

—«Al-Manzur, no quiere otra luz que la de los ojos azules de la infanta de las crenchas de oro, pálida como la luna...»

—«Al-Manzur, no busca otro perfume que el de los claveles rojos de la boca de la infanta cristiana...»

—«Al-Manzur, no gusta de otra música que la del acento de hechizo de la reina nazarena...»

Y desde aquel día, murmuraban también los artesanos y los guerreros de Abde-I-Aziz, el victorioso:

—«Al-Manzur, olvida los graves negocios de Estado durante las siestas de amor en brazos de la gentil princesa...»

—«Al-Manzur, deja que se enmohezca su lanza y relinche ocioso su potro cordobés...»

—«¿Al-Manzur, piensa sentar en el trono al hijo habido en su ayuntamiento con la infanta cristiana? Sólo los príncipes de pura estirpe serán nuestros reyes...»

Y el rey, prudente y sagaz, confía a los jarifes de Jérica, sus nobles y fieles amigos, la custodia y guarda de su muy amado hijo.

Los leales hijos de Sad-ben Obada, gobernadores de Jérica, sienten por el joven príncipe extremado amor, humilde respeto; pero la guarda en que lo tenían era tan estrecha, que más parecía cautivo que hijo de rey libre y poderoso. En el castillo es rey y señor; pero si de él sale tiene marcado radio muy corto para sus correrías y éstas escoltadas por servidores y soldados que entre picas y lanzas le llevaban.

—«Cuando el príncipe sea hombre, digno de reinar y de gobernar con mano dura un potro y un pueblo, será libre, saldrá de Jérica y ocupará su puesto junto a mí, había dicho Al-Manzur a los fieles jarifes».

Y el príncipe de tez blanca, ojos azules y rizos de oro como los de su madre—infanta en tierras de Navarra, reina malograda en las huertas de Valencia—, vive en el castillo inexpugnable de Jérica como ave en cárcel de oro: feliz sin ansias de romper los áureos barrotes de su prisión; sin afán de correr tierras a lomos de indómito corcel, blandiendo una lanza, agitando el yatagán...

Dulcemente resignado con su suerte, sabe que es hijo de rey, y del rey más poderoso de los musulmanes... y espera soñando no sabe qué..., pero espera, soñando siempre. «Mí

(Continúa en la página 80)

La Mejor Aventura

Por
ARTEMIO PRECIOSO



Julián Marcel no se había embarcado nunca, en el sentido amplio y dilatado de la palabra. Había ido de París a Londres, de Lausana a Ginebra, por el lago; había hecho breves excursiones marítimas por las costas vascas hispanofrancesas... Y porque quería conservar íntegramente inéditas sus primeras impresiones de viajero marítimo, ni siquiera había querido visitar un transatlántico, a pesar de haberlos tenido al alcance de la mano en Santander, en Génova, en Nápoles, en Barcelona, en Marsella.

—No pisaré un barco serio hasta que tenga el número del camarote en el bolsillo—había dicho siempre.

Para él, la idea de cruzar el Atlántico tenía ante todo el interés de vivir «la vida de a bordo», tan «literatizada» por los novelistas viajeros.

Y aquella tarde, frente al escaparate de su Agencia de viajes, ante el mapa en relieve que dejaba correr por las arterias del cristal la savia surgente de los itinerarios europeos, recorridos por él varias veces, tuvo el deseo imperioso de llegar hasta Cuba y hasta Méjico, los dos países más directamente influidos por el Norte de América... El, que tomaba dos veces por semana un baño turco, por el placer de sumergirse en un Tropic artificial y regresar en seguida a la Europa encantada, quería ahora sudar y vivir las regiones de fuego y de frutos rojos, de pulpa untuosa y nombres casi bíblicos—Mamey, Mango...—Y ante todo, bueno es repetirlo, la vida, los encantos de la vida a bordo, presentidos a través de mil obras leídas, le impulsaban a intentar la empresa, ya un poco grotesca tras las hazañas de Lindbergh, pero llena de promesas sugerentes... Y entró en la Agencia, compró el pasaje, y cuarenta y ocho horas después se embarcaba en Saint-Nazaire.

Julián Marcel era soltero, millonario, que había renunciado a la cátedra de «Derecho Natural» bajo el peso de la herencia inesperada, por no verse obligado a seguir levantándose a las nueve para explicar una lección a los alumnos, medio dormidos todavía.

Harto de viajes por Europa, y después de recorrer y conocer España de pueblo en pueblo, se había instalado en París, faro del mundo y centro espiritual de Europa...

Nunca pudo sentir aquella emoción de inquietud, de cosa singular e imprecisa que le invadió al recorrer los estrechos pasillos y al encontrarse solo en su camarote, que aun siendo amplio pregonaba la importancia del espacio en el barco. Era el primer síntoma, la primera señal de que a bordo todo se comprimía, se estrechaba, se condensaba, en una intimidad cordial o agresiva, pero casi siempre más fraterna que calina.

Todo se estrechaba, menos los horizontes del cielo y del mar, dos cielos más bien que se contemplaban como dos in-

mensos espejos cóncavos, reflejándose mutuamente, impasibles o furiosos, amigos o rivales... A veces, el mar, el cielo del mar, se enfurecía, con sus montañas de agua, con sus lomas salpicadas de blanco, y el cielo, el mar del cielo, se encrespaba con las olas de sus nubes torvas... Hasta que renacía la calma y el azul cobalto volvía a triunfar, imponiendo su serenidad y sus blasones...

Cuando el barco partió, sólo se percibía el temblequeo, la vibración de algo que, sin atreverse a promover estruendo, se movía como un pescado vivo arrojado al suelo... Luego, el cabeceo se hizo solemne, en dulce balanceo; pero Julián no pudo dormir aquella noche de sus bodas con el mar... Le había impresionado, a más de la estrechez relativa de su celda, ¡el aviso escrito de las instrucciones en caso de naufragio! Aquel cartelito, que se diría una circular del Tribunal de los Tres Mundos—el Viejo o Europa, el Nuevo o América y el Otro Mundo—recordaba, con su laconismo impresionante, la historia tantas veces leída en la *Prensa* relatando los ayes, los momentos trágicos en que sólo los elegidos de Dios pueden dar muestras de serenidad... Esa historia que nos demuestra que en el Mundo sólo hay mujeres y niños, salvo una excepción tan reducida que quizás no llegue al cinco por ciento entre los hombres como tales inscritos en el Registro Civil...

Buscaba Julián la aventura porque, como casi todos los hombres, era un niño...

Si no lo fuese, sabría que la aventura no se deja cazar, sino que es ella la única Diana posible... La aventura no





puede lograrse nunca porque es ella la que, si se le antoja, nos logra a nosotros...

Había muchas mujeres a bordo, jóvenes, hermosas, casadas, solteras, viudas, divorciadas... Y, sin embargo, al décimo día del viaje Julián se encontraba solo, herméticamente solo en cubierta, en el lado opuesto al del baile, en un extremo obscuro... Había renunciado a la aventura, no la esperaba, sabía que no vendría... Era una noche de luna, en los prolegómenos del Mar del Tópico... Acodado en la baranda, con las manos en la cara, abstraído, ausente, pensaba en aquella niña de la que se había enamorado al verla, y con la que no había cruzado apenas palabra, porque Julián, como todos los audaces en asuntos de amor, era tímido como una monja cuando se enamoraba de veras... Se llamaba María del Mar, y era una virgen morena, de grandes ojos negrismos, como el cabello de obsidiana... Ojos negros, negrismos, y, sin embargo, tan puros, tan blancos, tan inocentes... Ojos que miraban acariciando, que sólo hacían pensar en las más altas afecciones del alma, en las más alquitaradas emociones del espíritu... Era los primeros ojos negros que a Julián le atraían con pureza... Lo demás de ella, la boca roja y bonita como una flor, la cara un poco alargada, los dientes tan blancos como gajitos de nardo, el talle cimbreante, los andares ingenuos, con ser tanto, no decían nada, sino en conjunto, a Julián... María del Mar, para él, eran sus ojos tan negros y tan luminosos a un tiempo... «y estos ojos, como un sortilegio de amor, los vió pronto Julián cerca de él,

a su lado, en la noche maravillosa de luna, sobre el mar cáldo y ardiente, mirándole, sonriéndole...

Estoy cansada del baile y vine a respirar a mis anchas. Le eché de menos... ¿Por qué está triste?

La voz era aterciopelada, pastosa, opaca, de esas que conmueven como un dulcísimo trémolo musical... Julián, tan gratamente sorprendido por la aparición soñada tantas veces, no sabía qué decir, pese a su fama de habilísimo constructor de tropos galantes... Pero fué dominándose, y hubo de confesar su amor a la nena pura y buena, de ojos brujos y purísimos... Habló mucho, mucho... Y terminó:

Yo nunca he sentido este amor tan grande, surgido en medio del Océano, a pesar de que he amado tanto que podría construir con mis pasiones un completo rosario con todos los misterios. Siento hacia ti el amor cumbre, ese amor que nos consume en llama viva, al que es poco dedicar una vida para empezar a gustarlo.

Y ella, conmovida, con un impulso superior a sus indecisiones de Virgen, por toda contestación le echó los brazos



al cuello, mirándole a los ojos, sonriendo hasta que la sonrisa desapareció bajo la presión de los labios de él... Fué un beso tan grande como el cielo que los cobijaba, tan profundo como el Atlántico, sobre cuyas aguas luminosas pareció surgir de nuevo Venus Afrodita; tan bello como la luna llena, que sonreía socarrona desde sus montes de plata...

El beso de la Virgen morena valía más que todas las aventuras amorosas que le habían acaecido en su vida...

Pero su sed de amar no se había calmado, no se calmaría nunca, porque es una clase de indescribible sed que aumenta cuanto más se bebe en la clara linfa de la fuente del Amor...

L a s F a l d a s

Toda la atención de la moda parece concentrarse actualmente en un solo punto: las faldas.

El resto del traje es hoy tan sencillo, que pasa desapercibido. Los «godets», los pliegues, los frunces y jaretas de las faldas destacan más que nada en el conjunto de toda «toilette».

La falda del traje de mañana no se parece a la del traje de tarde, así como ésta no se parece a la de un traje de noche, estando las tres llenas de gracia y elegante «allure».

La mañana requiere trajes de «jersey», «kasha», y con estos tejidos las faldas son de estilo sastre o, al menos, deportivo, con pliegues profundos, pestañas al hilo, tabloncillos flotantes y plegados. El «crepe» de China, la muselina, la «volle», sirven para crear esos modelos de tarde vaporosos como una nube, con volantes de forma, «godets» irregulares, plisados y canelones.

Para la noche, el «taffetas» o el «moiré», la falla y el terciopelo «chiffon»

crean majestuosos modelos, en los que los «panniers», formando cascadas desbordantes, hacen de la falda la parte principal de la «toilette».

Las faldas matinales y las de los trajes de «todo poner» para deportes y viajes se hacen en «tweed» y en tejidos de tricó, cortadas muy sencillas, rectas de atrás y con pliegues tan profundos a los costados que, al andar, apenas si se advierte el amplio vuelo. Otras faldas se abren sólo a un lado o en el centro, dejando ver un fondo del mismo tono de la tela.

Hay un estilo de falda sastre que es inédito en la moda, pues sólo se ha visto algo parecido en los trajes de equitación. En éstos, la falda es larga y levantada graciosamente en el lado izquierdo. Las actuales faldas, que son sumamente cortas, también están recogidas en el lado izquierdo, lo que favorece en extremo a las figuras altas y bien proporcionadas.

Las faldas de los trajes de mucho ves-

tir suelen caer más de un costado que del otro, o solamente en la parte de detrás.

En las caderas, las faldas de ahora son sumamente ceñidas; algunos vuelos se consiguen por medio de complicados y sabios cortes, que dan a la parte de abajo un efecto alado, especialmente en los trajes de gasa o de tul.

Para los trajes de playa o campo hay unas faldas de crespon de China estampado, que tienen una alegre apariencia y son muy propias para jovencitas de doce a quince años.

Las faldas de tul de seda dan a los trajes de noche una gran apariencia. Hay una con varias capas de tul superpuestas, en distintos tonos, que ofrece un lindo efecto de tornasol. Sus transparencias son finísimas y dan por resultado unas armoniosas interpretaciones de color.

Una noche, hace diez años

Por
JULIO DANTAS

Un baile en la Embajada de***. Bailan. En un rincón de la sala la Señora X, cuarenta años, brazos desnudos, joyas, mira con insistencia a un hombre distinguido, canoso, cincuenta años, elegancia severa de "yankee", cara afeitada, la placa de plata de una condecoración en la solapa del frac. Ese hombre—el Vizconde de Y—se aproxima poco a poco, hesita, se decide, avanza y besa la mano que la Señora X le tiende sonriendo.

Señora X.—¿Por qué no vino a hablarme hasta ahora?

Vizconde Y.—Le confieso que es con viva emoción que vuelvo a verla.

Señora X.—¿Estaba esperando que yo lo mandara llamar?

Vizconde Y.—Ya le había preguntado por usted a su marido.

Señora X.—Mi marido es quien sabe menos de mí.

Vizconde Y.—Y, además, se lo diré con franqueza, tenía que mi presencia le fuera desagradable.

Señora X.—¿Desagradable, ¿por qué?

Vizconde Y.—Porque soy un mal recuerdo en su vida, señora.

Señora X.—Se equivoca. No conservo de usted más que buenos recuerdos. (Después de un silencio): Hace nueve años, ¿no es cierto?

Vizconde Y.—Hace diez.

Señora X.—¿Cómo pasa el tiempo! Yo encuentro muy cambiado, ¿sabe?

Vizconde Y.—Luché. Viví.

Señora X.—Está más delgado. Pero las canas le sientan bien. Los hombres sólo son realmente interesantes cuando comienzan a envejecer.

Vizconde Y.—¿Le parece?

Señora X.—Es lo contrario de lo que nos pasa a nosotros.

Vizconde Y.—Entre tanto, mirándola a usted, me cuesta creer que hayan pasado diez años. Hasta, créame, me parece usted más joven que aquella noche inolvidable.

Señora X.—No me sorprende. Me dejó usted de vestido largo y me encuentra de falda corta. Las mujeres envejecen ahora más despacio. Pero el corazón envejece rápidamente. ¿Cuándo llegó?

Vizconde Y.—Hace ocho días.

Señora X.—¿De la América del Norte?

Vizconde Y.—De Londres. Pasé algún tiempo en Londres, al regresar de Fall River.

Señora X.—¿Por qué no me avisó su llegada?

Vizconde Y.—¿Para qué, después de un silencio de diez años?

Señora X.—Mi silencio tiene su explicación, como lo tiene todo en la vida.

Vizconde Y.—Cuando las explicaciones llegan tarde, son inútiles. ¿Para qué reavivar las cenizas del pasado?

Señora X.—Porque en esas cenizas hay a veces una brasa pequeña que nos conforta. ¿Me permite que le haga una pregunta?

Vizconde Y.—Hable usted.

Señora X.—¿Formó una familia en América?

Vizconde Y.—¿Y qué interés puede tener eso para usted?

Señora X.—Las mujeres se interesan siempre por el hombre que amaron, o que creyeron amar.

Vizconde Y.—No es interés, es curiosidad.

Señora X.—Llámele como quiera. Las americanas son hábiles. El "spooning" atrae. Es natural que se haya casado.

Vizconde Y.—No. He regresado de América, tan sólo como fui. ¿Y sabe por qué?

Señora X.—Porque no encontré ninguna mujer que le gustara.

Vizconde Y.—Porque todos los días la esperaba a usted.

Señora X.—Bien sabía que yo no podía ir a verlo a Fall River con la facilidad con que se va a París.

Vizconde Y.—¿Por qué no me acompañó, como me había prometido?

Señora X.—Porque el destino no lo quiso.

Vizconde Y.—Hace diez años, en esta misma sala—¿se acuerda?—la vispera de

mi partida para América, usted me juró que lo dejaría todo, que esa misma noche huiría conmigo, que se embarcaría conmigo, a la mañana siguiente, para Nueva York.

Señora X.—Me acuerdo como si fuera ayer.

Vizconde Y.—Mientras su marido jugaba al "bridge" en la sala amarilla, mientras todos bailaban, yo la llevé, trémula del brazo, hasta el jardín de invierno. Ya envuelta en su capa, con los ojos brillantes de pasión, con las manos nerviosamente apretadas con las mías, me dijo que iría en un momento a su casa a buscar sus joyas, el retrato de su madre, y me pidió que la fuese a esperar en mi cuarto del Avenida Palace. La esperé toda la noche. ¿Por qué no fue? ¿Por qué me dejó partir, al día siguiente, sin una sola palabra?

Señora X.—¿Cuando usted llegó a bordo su cabina no estaba llena de rosas? ¿Se acuerda?

(Continúa en la página 77)





El famoso collar de Gaby que valía 75 millones de francos

La Herencia de la que fué la célebre Gaby Deslys

En 1901 desapareció del domicilio paterno la hija de un honrado sastre marsellés, llamado Gabrielle Caire. Se fué del brazo de un jovencuelo marsellés también, que, al llegar a París, desapareció bien pronto del horizonte de Gabrielle. Esa fué su suerte. Se acordó entonces de que había tenido un *accessit* en el Conservatorio de Marsella y se metió a corista de un *café-concert* de Montmartre.

Duros aquellos comienzos de la pobre Gaby; pero ella era bonita, inteligente, rubia de oro y hablaba un delicioso acento marsellés. Tenía que triunfar y triunfó en aquel París rutilante de los años que siguieron a la Exposición. La hija del sastre marsellés era ya Gaby Deslys, con sus 20 años floridos de gloria y de suplicas de adoradores. Como había conquistado París, conquistó Londres, Viena, Nueva York... Hay por entonces un momento en que su vida toca de soslayo a la historia de Portugal. Es cuando se dedica a consolar al joven ex soberano don Manuel de Braganza en su destierro de Londres.

Forma luego pareja con el gran bailarín Harry-Pilser, que no hace muchos años todavía, en los días más brillantes del Gran Kursaal donostiarra, hizo una de las campañas artísticas más resonantes que se recuerdan, y las ha hecho durante varios veranos explotando y dirigiendo el «Pavillon Royal», el antiguo palacio de la reina Natalia de Servia, entre Bidart y Biarritz.

Trabajando en el «Apollon», de Viena, los dos artistas, una noche... La puerta del camerino se abrió repentinamente y una señorita húngara se abalanzó a abrazar a Gaby con grandes muestras de afecto.

(Continúa en la página 79)

Gaby, con su célebre toilette adornada con plumas por valor de 300 mil francos.

Las Mujeres Fatales en el Cine



¿Qué significa al justo mujer fatal? Es una mujer que... una mujer que... pero, no nos aturdamos con explicaciones descentradas y abramos mejor un diccionario. ¡Veamos! Mujer fatal: Personaje que ocasiona grandes desgracias y que parece enviado por el Destino. Ahora todo queda esclarecido. El destino no es la providencia suprema de todos los escenasistas y de todos los «metteurs en escena», en mal de imaginación. Es por esto, sin duda, que no puede haber buen film sin mujer fatal.

Por lo tanto, es justo hacer notar que en todos los tiempos los escritores, desde los más humildes hasta los más ilustres, han dado en sus obras un lugar preferente a las mujeres fatales enviadas



por el destino: Hermione d'Heuripide, Phedro de Racine, Mme. Marnette de Balzac, Theresa Raquin de Emilio Zola, son mujeres fatales clásicas.

Reconozca m o s que era anormal que el cine también se amparara de la mujer fatal, que es un film un elemento de considerable interés: ella representa el mal, y permite también, por la ley del contraste, realizar el mérito de la heroína, su rival, que personifica el bien. Así, pues, todo el arte de los «metteurs» consiste en que la comparación entre la mujer fatal, que debe reunir todas las seducciones, y la heroína, que va precedida de un cortejo de juventud, candida belleza y honradez, estén en ventaja sobre ésta última. En el cine, la mujer fatal ha sido únicamente creada para hacernos amar la virtud. Antigüamen-



te, la mujer fatal era un personaje bien convencional, y de una psicología un tanto simplista: tenía el alma cargada de todos los vicios, y siempre era presa de fuerzas malvadas, que forzosamente la empujaban al vicio: de tal manera, que cuando se veía aparecer en escena a Thea Bara, Betty Blythe, Louise Granour y aún Nita Naldi, se sabía de anticipado, que ellas iban únicamente a hacer el mal por el mal, hasta la monotonía.

Después los «metteurs en escena» cesaron de hacer representar estos personajes odiosos y desenvolvieron la psicología de las mujeres



La Suerte de Josefina Baker

Hace un año, entre bastidores de "Folles-Bergère", la mulata que entonces reinaba sobre París me anunció tristemente su próxima abdicación. En torno de ella rebotaban demasiadas envidias, se alzaban demasiados odios, se tejían demasiadas intrigas...

Todo lo que el teatro tiene de abominable, de perverso y de vil en su existencia íntima de telón adentro, se había coligado en los saloncillos, en las direcciones, en las tertulias de críticos, en los escenarios y en las salas, para poner término a la carrera triunfal de Josefina Baker... En circunstancias semejantes, otras víctimas de la unánime maldad prefirieron morir, y así acabaron Regine Flory, Claude France y Jenny Golder, las suicidas... Pero Josefina Baker no había abandonado su Lusitana remota, ni había emprendido la conquista de Europa después de conseguir la de América, para dejarse asesinar en París e ir luego solita en un furgón al Cementerio, como la pobre Jenny Golder, la australiana, que dió siempre su dinero a manos llenas, que salvó de la miseria a incontables camaradas de "Folles", del "Casino", del "Palace", del "Empire", y para quien sólo hubo, a la postre, desdén y este comentario que todo lo encubre: "¡Estaba neurasténica!"

Josefina Baker no quiso que sus veinte años vertiginosos, impulsivos y trepidantes, se envenenaran con la "neurastenia" destilada gota a gota por la boca viperina de los compañeros... Y huyó del Bulevar... Fué a Berlín primero, a Viena después, y ahora está en Budapest... Sin más vestido que una ristra de plátanos ceñida a las caderas, Josefina sigue bailando en los teatros de la Europa Central las mismas danzas de la negrada, sobre los mismos ritmos primitivos del Mississippi que hicieron su fama y su fortuna a orillas del Hudson y del Sena. En Budapest se quisieron prohibir sus veladas. Hasta que se resolvió proceder a un juicio público de las autoridades, debiendo presentarse Josefina. El juicio tuvo lugar en el Royal Orpheum, donde Josefina, renovando la bella historia de Friné, brindó al areópago, en sesión privada, todo su extenso repertorio... Menos desnuda que la modelo de Praxíteles, la Baker apareció vestida con su cinturón de plátanos y algunas plumas; y así, en "primitivismo" casi absoluto, bailó todos los charlestones y ejecutó todas las sincopadas acrobacias de su arte liberado del ritmo y de la articulación... La prueba fue tan favorable como decisiva... Los "hombres virtuosos" no solamente aplaudieron, sino hicieron repetir casi todos los números... El alcalde de Budapest dió rienda suelta a su en-



tusiasmo palmoteando más que nadie... Y el subsecretario de Estado, señor Issekutz, abandonó su asiento, subió gravemente al escenario, besó la obscura mano de Josefina y confirmó, en nombre de la asamblea, la autorización otorgada "ipso facto" a miss Baker para reanudar y proseguir indefinidamente sus representaciones...

Los ecos de esta victoria del neoclasicismo sobre el concepto medioeval de la moralidad, que aún perdura, causaron revuelo en la opinión inglesa, muy preocupada de que todo lo "shocking" se cubra con harapos de decoro... "¡Miss Baker no hallaría entre nosotros la misma tolerancia!", claman los rigoristas de Londres... Pero al mismo tiempo la prensa británica reproduce y comenta el informe que el Colonial Office acaba de recibir de su residente general en las Islas Gilbert y Ellice, de Polinesia. El residente da cuenta de los efectos desastrosos que, tanto desde el punto de vista de la higiene como en lo concerniente a la moral, ha tenido la prohibición de la desnudez en aquellas islas y la obligación impuesta a sus habitantes de vestirse a la europea... La experiencia comenzó hace veinte años, y por efecto de la suciedad de los vestidos, que no pueden renovarse fácilmente, y del abandono de los cuerpos, que no se hallan expuestos, ya a la acción bienhechora del aire, del sol y de la lluvia, los indígenas sufren una multitud de enfermedades que eran desconocidas en aquella región cuando las gentes andaban desnudas... Por otra parte, el empleo de las ropas es causa de una desmoralización creciente,

ya que el hábito de ocultar lo que antes se mostraba, provoca una curiosidad malsana que en otro tiempo no existía, y es motivo de delitos y de crímenes que jamás se habían cometido en la época de la desnudez ancestral. Termina el informe del residente aconsejando al Colonial Office que se dé por terminada la funesta experiencia y que de nuevo se autorice la desnudez, en bien de la higiene y de la moral. Para los naturalistas y para los partidarios de la "vida integral", que tan activa campaña de propaganda llevan a cabo contra las hipocresías y las lacras del pudor convencional y policíaco, ese informe del residente británico en Polinesia constituye un argumento excepcional que también podría servir de base a ulteriores discusiones sostenidas por Josefina Baker con areópagos de "hombres virtuosos" menos tolerantes y comprensivos que lo de Budapest...

Pero Josefina, desde las orillas del Danubio, nos anuncia un próximo y sensacional avatar... Josefina ha recibido ofrecimientos de un gran modisto de Nueva York para presentar, como maniquí a sueldo régio y con regias prerrogativas, las

(Continúa en la pág. 77)



Ana Pavlova, acompañada por su gato favorito, en su casa de Londres.

ANA PAVLOVA, Enamorada del Arte Puro

¡Pobre Ana Pavlova! ¡Pobre cisne del arte puro, desterrado de su lago de ensueño entre nosotros, los periodistas! Nosotros, que buscamos, en insensato afán premuroso, el trazo rápido y pintoresco de la anécdota, hemos caído sobre ti, Ana Pavlova, desde que llegaste a la estación—desde que volviste, al cabo de ocho años, a pisar tierra española—y no hemos dejado lleso recodo alguno de tu biografía. . . ¡Tu historia es un San Sebastián asaeteado a preguntas reporteriles! Perdón, Ana Pavlova, porque sé ahora, tras unos días de amigable charla en tu camerino—tu camarín de diosa de los ballets—que eres un alma refractaria a la anécdota.

Crucificado en las aspas errantes de tus brazos, he bebido, estupefacto en tus danzas, la miel de tu armonía ingrátida y la hiel de tus agonías inimitables, y entonces he comprendido, con tardía pesadumbre, lo que debiste sufrir cuando, sin conocerte, de extraño a extraño, quise desnudarte el alma con mis preguntas apresuradas de un feroz pragmatismo:

Yo te he preguntado esto, Ana Pavlova, insensible ante tu sensibilidad, en la demencia del record—en que unos cuántos *courrieristes*—¡siempre los mismos!—nos debatimos por alcanzar la meta de la impertinencia sensacional, cada vez que arriba a Madrid una personalidad, como la tuya, famosa. Naturalmente—en un esfuerzo que llegaba a ser doloroso para ocultarme el rasguño del botonazo—me respondiste:

—No puedo concretarle. . . ¡Me ha interesado siempre tan

poco el dinero! Además, eso sólo puede saberlo una "estrella", un artista que se contrata y cobra su trabajo personal. Pero yo viajo rodeada de mis artistas, compatriotas míos, que van a mis expensas. Los necesito para mis ballets, y éstos solamente me interesan como expansión espiritual. Voy aquí, allá; recorro el mundo bailando, no por medro, sino porque me hace falta la gloria—la gloria íntima, que es la satisfacción de un deber cumplido—para saber que he hecho el bien a mis semejantes.

—Entonces, ¿el instante más feliz de su vida?...

—Son muchos: siempre el instante del éxito. Cuando danzo y veo que mi arte ha gustado, me siento dichosa.

—¿Luego... ha encadenado usted la felicidad a sus plantas?

—No, no... Debo explicarme. Lo que siento cuando me aplauden es un gran placer... ¿cómo diría? Humano, sí; humano, por cuanto tiene de orgullo, de egoísmo y por cuanto palpita en él de desinteresado, de generoso. Pero de eso a la felicidad... Un artista apasionado del arte puro, como yo soy, no puede alcanzar la máxima ventura en este mundo.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que no puede lograr jamás la perfección en su arte.

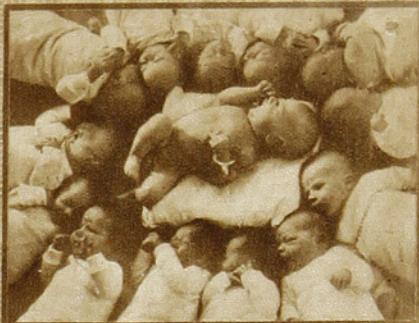
Hubo una grave pausa; y tú, Ana Pavlova, ante mi insistencia por completar mi cuestionario de reportero, replicaste supremamente serena en tu sinceridad:

—No; no es que rehuya el recordarlos; es que no he te-

(Continúa en la página 77)

A Través de Todo el Mundo

UN BONITO CONCURSO FOTOGRAFICO

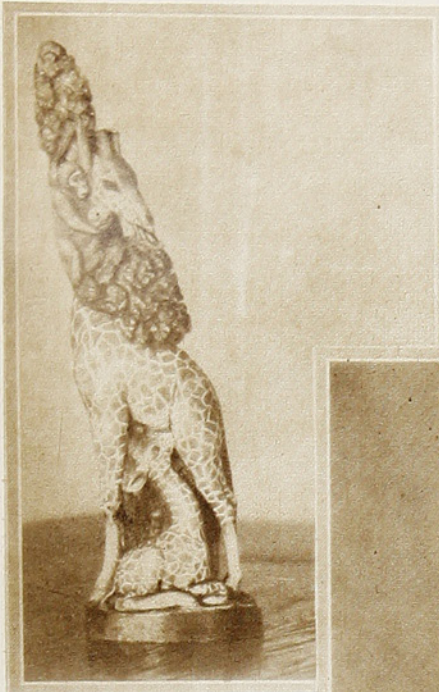


La esperanza de una nueva generación, deliciosa instantánea que ha sorprendido el gesto y la sensación de este pequeño cuadro infantil, que despierta a la vida

Un gran concurso fotográfico de Berlín premió esta serie de fotografías deliciosas. El primer premio le correspondió a ésta, titulada "Cuadro Infantil", atrapada en un instante de juego en cualquier barrio de una gran ciudad.

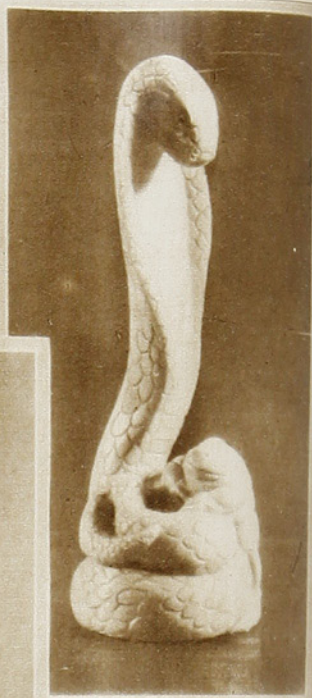


Las Hermosas Porcelanas de Gusto Modernísimo



LA JIRAFÁ Y LOS MONOS

Como Benvenuto Cellini burlaba una métapa o pulía un anillo para el Papa León X, los artistas de hoy trabajan las porcelanas, poniendo en ellas el alma y el espíritu como en la



COBRA

más perfecta obra de arte. He aquí algunas de las obras más recientes exhibidas en una exposición de Berlín, que dan la medida del buen gusto y del arte exquisito de estos adornos.



Escena salvaje



Pecera hindú, bombonera



Los peces del retablo



*¿Cómo se Deben
Peinar los Niños?*





Blusa de crepé satín rojo
(Jean Patou).



Jersey beige, rojizo y
blanco
(Modelo Jean Patou).



La Moda Crépe por Patou

Blusa de satén cielo
(Modelo n. Patou).



"Crépe de chine" dalia
claro
(Modelo Jean Patou).



Blusa de "crépe de chi-
ne" blanco
(Modelo Jean Patou).



Constance Bennet luce un
fieltro negro de Jean Patou



Un elegante ~~oro~~ alón
(Modelo Jean Patou)



Constance Bennet. Gorra
de hilo de perlas doradas
puesta sobre una cinta de
satén negro.
(Modelo Jean Patou).

Las Bellezas de Europa
en 1930

MISS ESPAÑA

MISS BELGICA

MISS GRECIA
MISS EUROPA
1930

MISS ITALIA

MISS DINAMARCA

MISS FRANCIA

MISS AUSTRIA

MISS BULGARIA

Las Bellezas de Europa
en 1930

MISS POLONIA

MISS INGLA-
TERRA

MISS TURQUIA

MISS CHECO-
ESLOVAQUIA

MISS HUNGRIA

MISS ALEMA-
NIA

MISS RUSIA

MISS HOLAN-
DA



El gran Trannosauro, una de las mayores especies antediluvianas, que tal vez media 10 metros de largo



El Brontosaurus era uno de los más raros de todos: con algo de serpiente y de mamífero



Una especie de saurio gigantesco, que hacía contraste con los volátiles también marinos

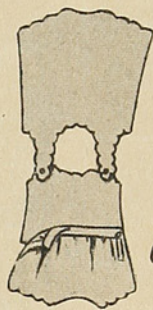
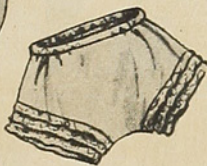
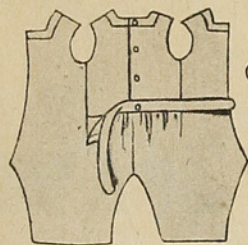
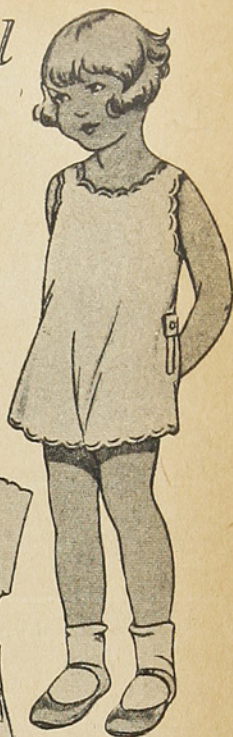


Los viejos kangurús, que difieren de las especies actuales



Otro saurio, tan grande como el elefante

Lencería Infantil



La perfecta madre no debe preocuparse únicamente del atavío infantil exterior: vestidos, abrigos, calzado, sombreritos, sino también de la ropa interior, tanto de la que haya de llevar durante el día, como para dormir y las primeras horas mañaneras. En esta página damos seis lindísimos modelos de lencería, varios de los cuales podéis hacer por vosotras mismas, sin necesidad de ayudas extrañas. Los restantes se pueden también hacer en casa, procurándose un buen patrón



La Moda que pasa

1.— Traje de desposada en raso blanco. Cola de corte partiendo de los hombros.

4.— Traje de jovencita, en georgette blanco muy en forma, adornado con pequeños volantes muy plisados.

5.— Traje de jovencita en georgette rosa. Bolero y dos volantes en forma.

6.— Traje en georgette limón y encaje del mismo color.



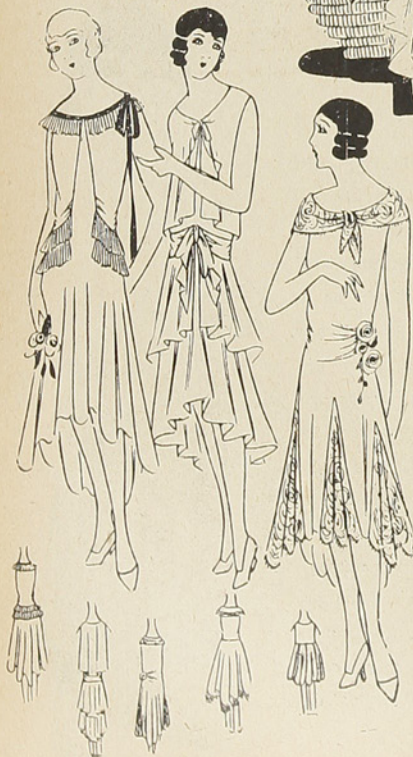
2.— Traje de tafe-tán rosa adornado con valencianas fruncidas.

3.— Traje de jovencita, en georgette rosa, formado con pétalos en forma, con piquitos en los bordes.

¡Hemos aquí dándole una vuelta a la moda! Con el talle arriba, que tanto nos ha costado aceptar, volvemos, según se dice, a usar el corset. El corset, ¡qué horror! No podemos creer que lleguemos a semejante extremo. Si todo se quiere cambiar a la vez, seguramente no se llegará a ninguna parte.

Pensad un poco: faldas largas, talles arriba, y ahora el corset... Generalmente la evolución tarda muchos años en manifestarse, y las jóvenes no gustan de sacudirse así, tanto más que el cambio de situación del talle, es un cambio radical en el aspecto de nuestra silueta.

Pero si la moda persiste, es decir, si los señores modistos así lo exigen, todo llegará tranquilamente y quemaremos mañana lo que hemos adorado la víspera. ¡La vida es así!

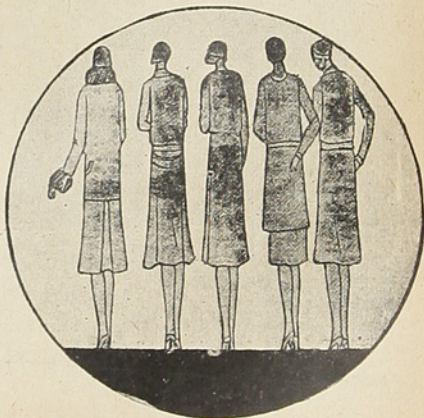


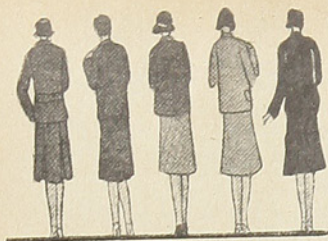
Los jerseys que presenta Rodier este invierno tienen el grosor de un fieltro y son a pesar de ello muy ligeros y tan elásticos como los más finos, lo que permite emplearlos para vestidos y chaquetas. Debajo, traje sastre compuesto de una falda de jersey liso y de una chaqueta de jersey rayado con franjas a cuadros; cuellos y puños de piel.



Modelos Modestos

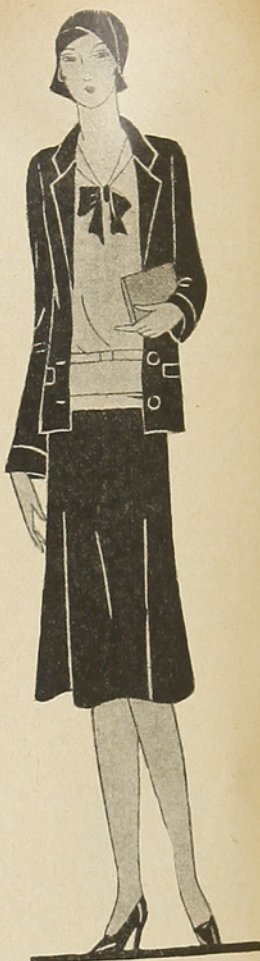
Arriba a la izquierda, vestido de lana a cuadros azul marino, rojo y beige con falda cortada en forma cuya amplitud parte de debajo de las caderas; cuello, puños y biesses de lana roja. A su lado lindo vestido cuyo largo cuerpo lleva algunos pliegues horizontales en el talle que le hacen abultar; la falda es plisada en secciones y delante. El tercer vestido es de paño verde botella con rayas verde claro formando cuadrículas; este tejido se llama «treillage drapella»; unas incrustaciones de paño liso adornan el cuerpo. El vestido siguiente es de lana chiné beige y roja; este vestido es cruzado y cierra con seis grandes botones de tejido igual al del cuello.





Vestidos sencillos para otoño

Una falda de pliegues fuele y una chaqueta con cintura postiza componen el vestido dibujado debajo y a la izquierda; el pull-over es de tricot, adornado con incrustaciones de tejido, semejante al del vestido. A su derecha, traje sastre de lana gruesa lisa, con falda, que lleva delante tres anchos pliegues fuele, que parten de un canesú cortado en picos; blusa de lana, trabajada con nervaduras.



Este sencillo traje sastre, de aire tan juvenil, es un vestido encantador para una jovencita, si se hace de terciopelo de color verde botella o azul marino; la falda está cortada ligeramente en forma.



Encima de estas líneas, a la izquierda, traje de tejido de dos caras, compuesto de una falda, en la que el tejido se emplea por el revés, un chaleco y una chaqueta, cuyos cuellos y puños han sido hechos también para que contrasten con el fondo oscuro de aquéllos. A la derecha, traje de lana lisa, con falda de pliegues fuele y chaqueta con bolsillos; la blusa es de lanilla bordada con lanas.

Chaleco Smoking de lana Fantasía

Esta forma de chaleco tan nueva como elegante, rodea el delantero de la blusa lo mismo que el chaleco de etiqueta masculino, y si se le añaden unas mangas ajustadas y largas, se transforma en una cómoda chaquetita, muy a propósito para ser llevada debajo de los abrigos. En las jiras campestres o deportes, puede completarse con una bufanda, en la que dominan los colores que más favorezcan al rostro.

Material necesario para una talla 44.— 325 gramos de lana fantasía de la que forma presillas y 25 gramos de seda floja, más dos agujas de celuloide de hacer calceta (muy finas) y una de ganchillo de 3 milímetros de diámetro.

Se empieza por la espalda y por la parte inferior, haciendo 96 puntos que darán la anchura de 50 cm. y se trabaja a punto de media, es decir, una aguja al derecho y otra al revés (fig. I) hasta obtener un largo de 45 cm. Entonces se cierran 14 puntos por cada extremo para iniciar las bocamangas, y sobre los puntos restantes se continúa la labor dando las vueltas necesarias hasta que el hueco de la manga mida 19 cm. Terminese el hombro al bies, cerrando 7 puntos a cada vuelta.

Delanteros.— Se empiezan igualmente por abajo, haciendo 61 puntos para cada uno, sobre los que se trabajarán 9 cm. A la vuelta siguiente y después de hacer los 20 puntos primeros por el lado del brazo, se cierran 16 puntos, destinados a la abertura del bolsillo, haciendo después los 25 restantes. Trabajense aparte 16 puntos hasta que se tengan 9 cm. y al llegar a dicha altura, tómense en la aguja los 16 puntos para reemplazar a los que se cerraron en la aguja anterior y ya se tendrá hecho el bolsillo. Sigase trabajando sobre todos los puntos, mientras que el largo total de la labor no pase de 17 cm. Al llegar a esta medida, ciérrense 5 puntos por el centro durante tres vueltas, y después continúese recto hasta obtener 45 cm. de largo, medidos desde el extremo inferior. Ciérrense los 14 puntos de la bocamanga, dando a ésta una extensión de 19 cm. y ciérrense los hombros lo mismo que los de la espalda.

El delantero de la derecha, se hace igual, con la sola excepción de que lleva tres ojales en la parte que antecede al escote. Los ojales se hacen cerrando tres puntos, que se vuelven a crecer en la aguja siguiente, tres puntos antes de llegar al extremo del centro.

Las mangas.— Estas se comienzan por la parte superior, haciendo 35 puntos y aumentando 2 a cada extremo en cada vuelta hasta que el ancho mida 38 cm. Continúese disminuyendo 1 punto por cada lado, contando 20 agujas, hasta reducir el ancho a 26 cm. La manga deberá tener entonces 58 cm. de largo total. Ciérrense todos los puntos.

La segunda manga es en todo igual a la anterior.

Procédase a cerrar las mangas, háganse las costuras de hombros y costados y cósanse las mangas a la prenda.

Con la seda floja se hará una tira de 5 puntos de ganchillo, con la que se rematará el escote, los bolsillos y las mangas (fig. II). Los ojales se reforzarán con la misma seda, completando la prenda con tres botones cuyos colores armonicen con los de ésta.

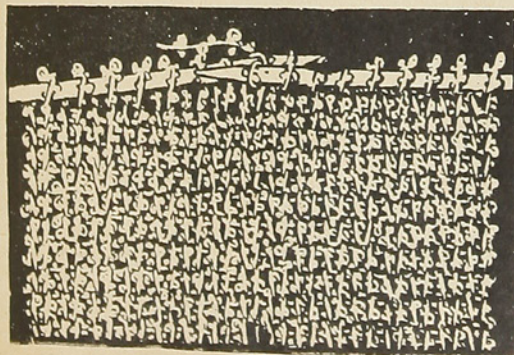
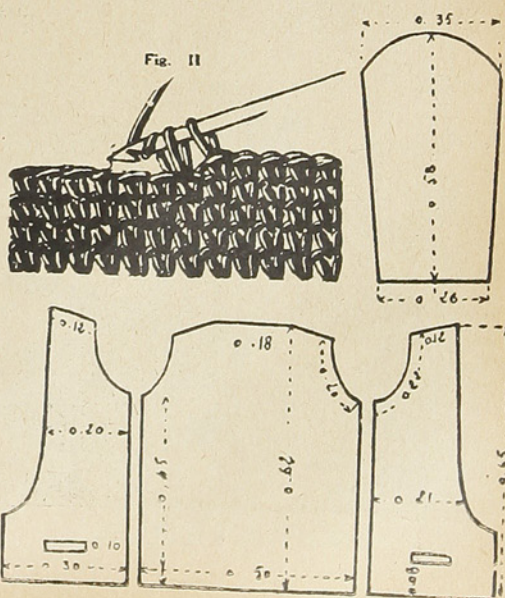
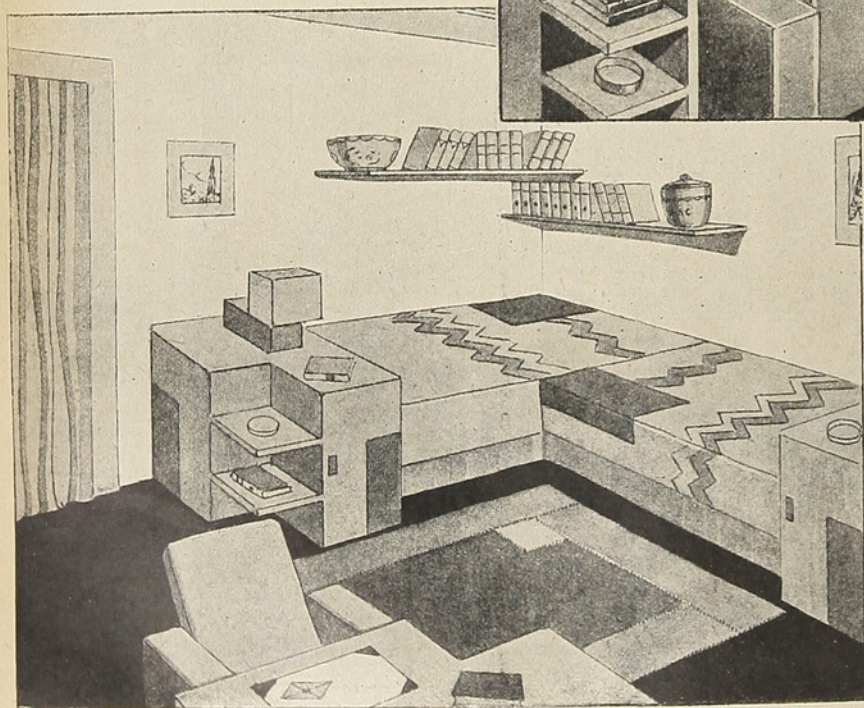
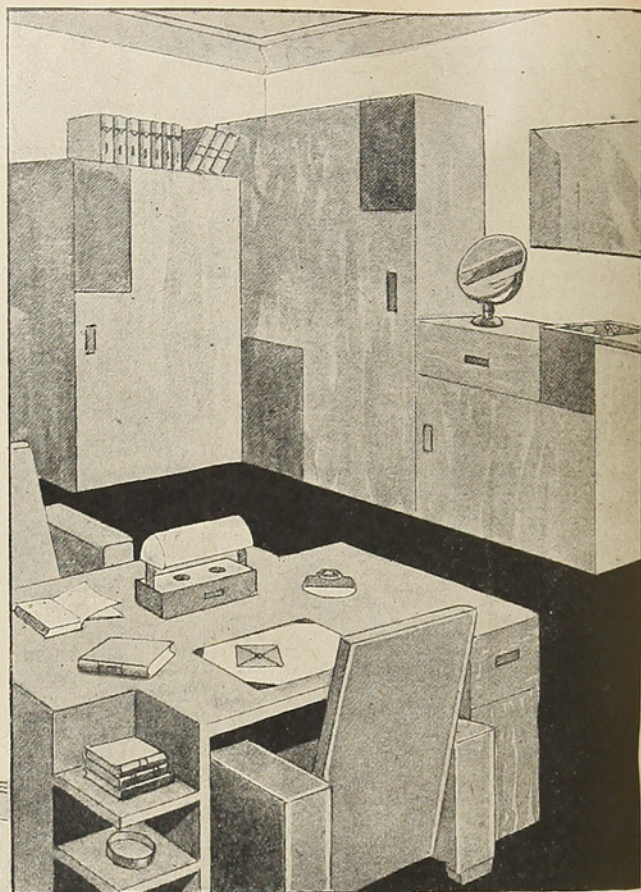


Fig. I

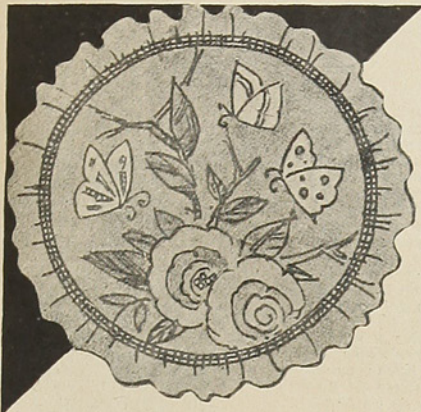


Ofrece el aspecto de un gran gabinete de trabajo, siendo al mismo tiempo un cómodo y hermoso dormitorio para dos muchachos. Los lechos, colocados en ángulo recto, presentan el aspecto de un gran diván de esquina, limitados al extremo por pequeños muebles con estantes y cajones. En los muros, simples, a tablas rectas, soportan libros o bibelots. Los dos armarios ocupan el rincón opuesto. Estos como los lechos, son de madera clara, con incrustaciones en los ángulos de madera oscura. De altura desigual, uno de ellos se prolonga por un mueble peinador con puerta y cajón. A la derecha, un casillero con cubierta para los frascos. El escritorio de dos plazas, ocupa el centro de la habitación y es de forma muy sencilla. Dos de los ángulos tiene una entrada provista de tablitras que hace juego con los muebles de los extremos de los lechos. La luz que se expande desde un tubo de vidrio esmerilado, está soportada por un pequeño zócalo rectangular donde están metidos los tinteros y que forman cajón. El armonioso conjunto lleva los tonos amarillo limón, gris y café.



*¿Le
Gusta
este
Cuarto
para
sus
Hijos?*

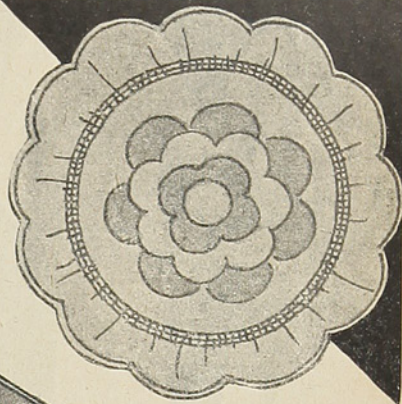
Elegantes Porta - ropa



Forma redonda, en tela color rosa bordado de flores y mariposas. Abertura en la parte inferior, permitiendo de colocar la ropa, que será disimulada por el vuelo que lo rodea.

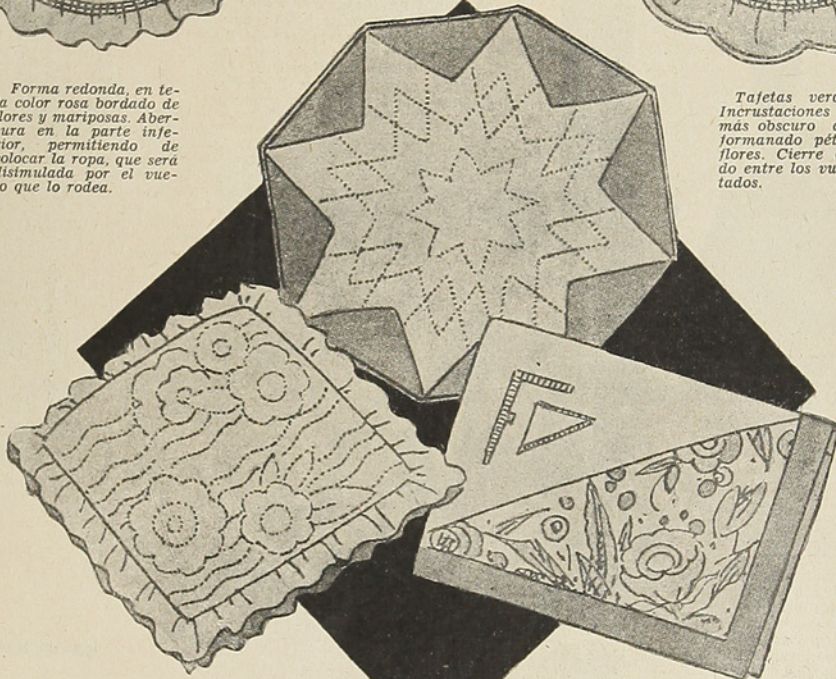
Estos porta-ropa son bastante prácticos; pueden confeccionarse a manera de grandes sacos, bordados o incrustados de tela en seda. Otros más elegantes, tomarán la forma de cojines que encontrarán fácil colocación en una alcoba.

Satin color rosa viejo. Puntas de lamé de plata en cada paño cortado formando al centro una estrella; tres de entre ellas móviles, se fijadas en su extremo por medio de presiones.



Tafetas verde claro. Incrustaciones de verde más obscuro al centro, formando pétalos de flores. Cierre disimulado entre los vuelos dentados.

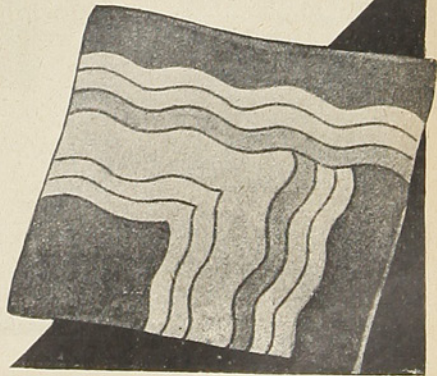
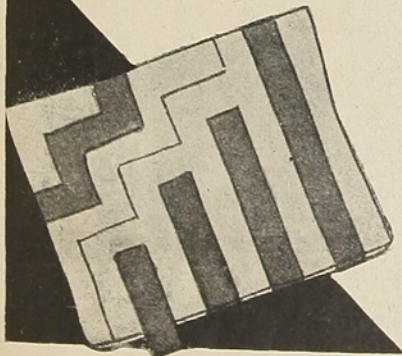
Sobre cuadrado. Tafetán pespuntado azul sombrío. Cerradura disimulada por el doble vuelo del contorno, que va ligeramente recogido.



Sobre rectangular. Tela amarilla con una incrustación en una esquina de flores de cretona u otra, resaltadas por una banda de tela amarilla en tono más obscuro al del sobre. En la esquina libre pueden colocarse iniciales.

Cojín sobre. Cerrado en su base, por medio de una aplicación de tres cintas de tamaños desiguales, que vuelven hacia el lado opuesto en donde se cierran con botones.

Cojín cuadrado en satin verde y plata. Las incrustaciones son rodeadas de aplicaciones de soutache platé ligeramente fruncido.

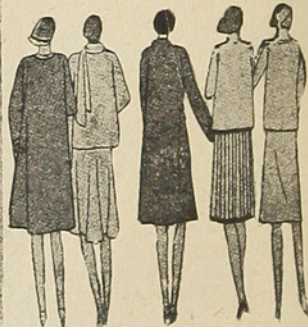
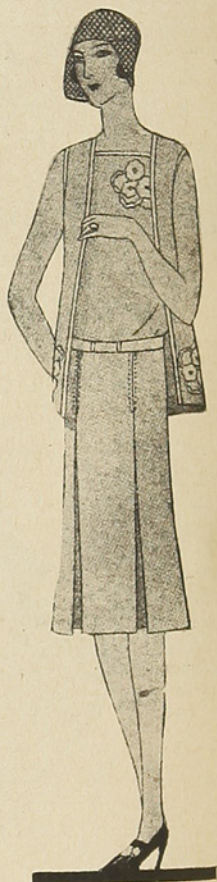
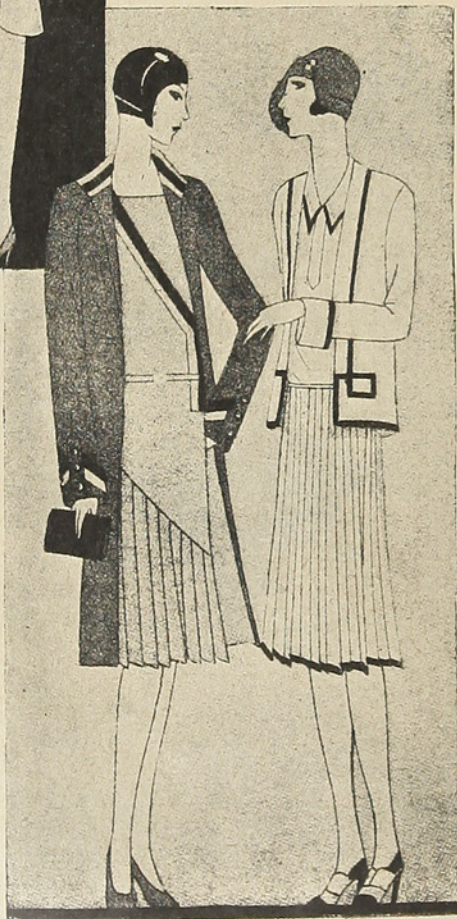


Cojuntos ligeros

Al llegar marzo y abril, es conveniente tener un conjunto de lana ligera como los que proponemos en esta página. Junto a estas líneas a la izquierda, conjunto de kashá, compuesto de una chaqueta tres cuartos y de un vestido con falda a pliegues con cuerpo largo y que termina en almenas; el abrigo está adornado con aplicaciones de tono diferente. Igual adorno llevan la chaqueta y el cuerpo del vestido de al lado, puesto en el cuerpo en líneas horizontales y en la chaqueta en líneas verticales. A la derecha de estas líneas, conjunto de lana, compuesto de un vestido sin mangas y de un chaleco de tejido semejante al del vestido, adornado con bordados iguales que los que van sobre el cuerpo.



Junto a estas líneas, conjunto de lana con abrigo largo, de tonalidad semejante al del vestido, pero de un color algo más oscuro; unas incrustaciones de tejido en dos tonos de camuflaje adornan las dos piezas. A su lado, vestido de crepella con falda plisada y cuerpo liso; la chaquetilla es corta y está adornada con incrustaciones de tejido de tono contrastante; una estrecha tira de este mismo tejido realza la línea de la parte inferior de la falda y los contornos del cuello.



LA DULZURA DE VIVIR

(Continuación de la pág. 29)

nombres. Se avanzaron dos socios del club. Sus padrinos...
—Bien—resumió Luis.—Son las tres de la mañana. Dentro de hora y media o de dos horas será de día, habrá luz suficiente para morir o para matar. El general, aquí presente, nos prestará el jardín de su casita de las afueras. Hasta esa hora yo no pienso moverme del club. Ahora, que los padrinos se entiendan.

Y volviéndose al jefe de los camareros, que, atónito, presenciaba la escena, añadió:

—Mira, di que me lleven a la biblioteca una botella de champaña. Allí os espero a vosotros. No podría estar con tranquilidad aquí...

Y se fué, sin dejar de contemplar la sonrisa irónica y sarcástica de Alvaro Pedrosa.

Cinco y media de la mañana.

A la luz livida, aguardentosa, hosca y húmeda del amanecer, Luis Montornés y Alvaro Pedrosa disparan a la vez sus pistolas, uno frente al otro. El doble disparo se confunde en un solo ruido. El mejicano cae. Montornés, gran tirador, ha apuntado a un hombro, no ha querido matarlo. Y al verlo caer inicia unos pasos hacia él, con el propósito de ser el primero en socorrerlo. Pedrosa, levemente tocado, le deja llegar. Cuando lo tiene a dos metros, dispara. El barón da un salto y se desploma.

En un rincón del gran salón, hundido cada uno en su butaca, los tres amigos, Alberto Pepe Luis y Javier, fuman en silencio, mientras esperan a Paco Girón, que los ha de llevar en su coche al sanatorio donde hace tres meses ingresó Montornés. No hablan ni rien, ni deben pensar alegres cosas, a juzgar por el rostro profundamente preocupado que los tres tienen.

Llega Paco. Apenas se saludan.

—Abajo está el coche. He traído el grande; podemos estar allí en hora y media, haciendo de ochenta a ochenta y cinco...
—Bueno. Siéntate un poco, hombre.

Se sienta también Paco. Está más hablador y animado que los otros, que no sólo rehuyen su conversación, sino que parecen estar, en espíritu, muy lejos del club.

Cuando miran a Paco o se miran entre sí, lo hacen sin franqueza, con disimulo, como temiendo que en sus ojos se puedan leer sus pensamientos.

Indudablemente, hay recelo grande entre los tres, del que no participa Paco Girón. Este habla:

—Yo estuve allí hace tres días.

—¿Y qué? ¿Cómo está? Nosotros no hemos llegado a verle levantado. La última vez que estuvimos, hace ocho días, aún estaba en cama, aunque hablaban de una alta definitiva.

—Y de alta le han dado ya. Está completamente curado. Ahora que ya sabéis todos en qué condiciones..., con qué consecuencias...

Hay un silencio mortal. Alberto, Pepe Luis y Javier bajan la cabeza con evidente angustia, actitud que Paco atribuye al dolor. Los quiere consolar y consolarse al propio tiempo.

—Si, claro que es terrible; pero un hombre de la energía, de la inteligencia, del valor personal y moral de Luis no puede abatirse ante nada, y al fin y al cabo lo suyo no es para morir. La bala tocó la columna vertebral, y por una de esas misteriosas y extrañas ramificaciones de nervios, alguno de éstos quedó aprisionado entre dos vértebras tocadas, lo que provocó una especie de parálisis de todo el lado derecho del cuerpo. Absurdo e incomprensible, pero los médicos se lo explican, según ellos muy claramente, a todo el que quiere oírles. Total: que Luis de Montornés, el barón, está fuera de peligro, y lo único que le ocurre es que tiene que andar arrastrando algo la pierna derecha y sin movimiento en el brazo del mismo lado. Con la juventud de Luis, con el tiempo que tiene por delante, con el dinero que tiene para que le vean todas las eminencias médicas del mundo, ¿quién sabe si hasta eso mismo desaparecerá?

—Eres de un optimismo ridículo. Demasiado sabes tú que no será así. Demasiado sabes tú que Luis, nuestro amigo, nuestro camarada, no sobrevivirá a esa desgracia que le mortificará tan cruelmente—dijo Javier.

—Es cierto. Otro hombre cualquiera acogería con gusto su limitación física pensando en que había conservado la vida. Pero Montornés...—dijo Alberto.

—¿Es que no recuerdas tus teorías sobre el caso? ¿Te olvidas de Rosende?—insistió Pepe Luis.

—Bien: pero para evitar alguna tontería estamos nosotros sus amigos, ¿no?—replicó Paco.

—Pero nosotros, sus amigos, tenemos otra obligación muy distinta para con él. ¡Quizá confía ya él, a estas horas, en nuestra palabra de honor!...

Paco dió un salto y gritó:

—¡Ah!... Ahora comprendo vuestra actitud y vuestro
(Continúa en la pág. 64).

Si Vd sufre

de dolor de cabeza...

Si la jaqueca machaca su cerebro...

Si un dolor de muelas lo vuelve loco...

Si la gripe lo acecha...

Si el reumatismo lo martiriza...

Si la fiebre lo agobia...

No VACILE:

con 1o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**
(Acido acetil-salicílico, acetyl para fenetidina, cafeína)
sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva sobre el estómago ni el corazón.



De venta en todas las farmacias
Tubos de 20 comprimidos
y sobresitos de 1 y 2 comprimidos

Concesionario para Chile:
Am. Ferraris - Casilla 29 D - Santiago

El
desinfectante
que toda mujer
debe usar
diariamente
para su higiene
intima



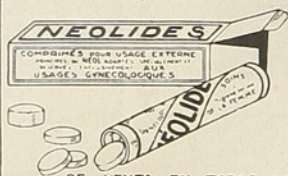
PARA LA HIGIENE INTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

M.R.

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.

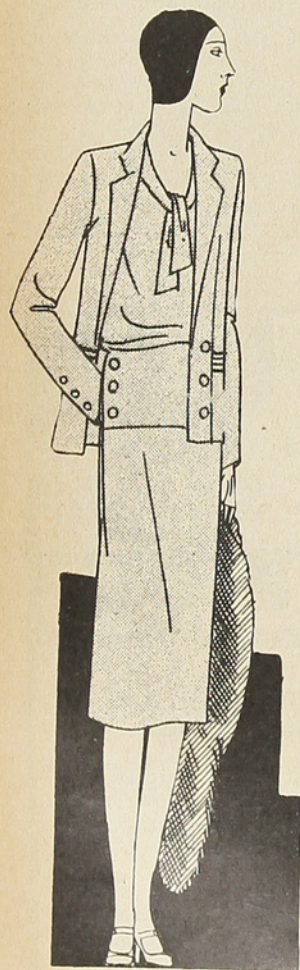


Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Una linda idea de cuello imaginada y realizada por Irene Dana. Dos cuellos que no son sino uno, encantadora creación de Redfern.

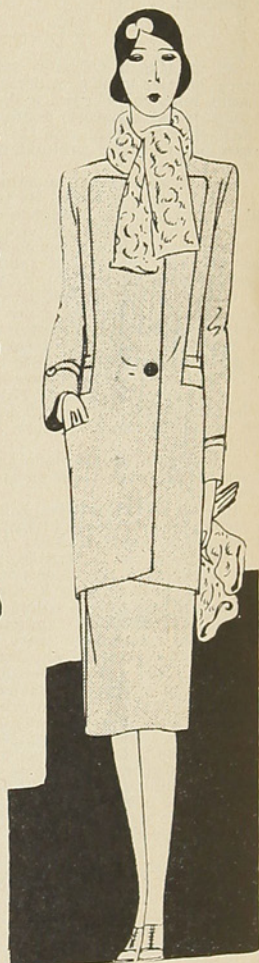


Muy lindo este traje sastre parisiense, con cuello blanco y blusa de lanilla igualmente blanca. El traje es de tricot.

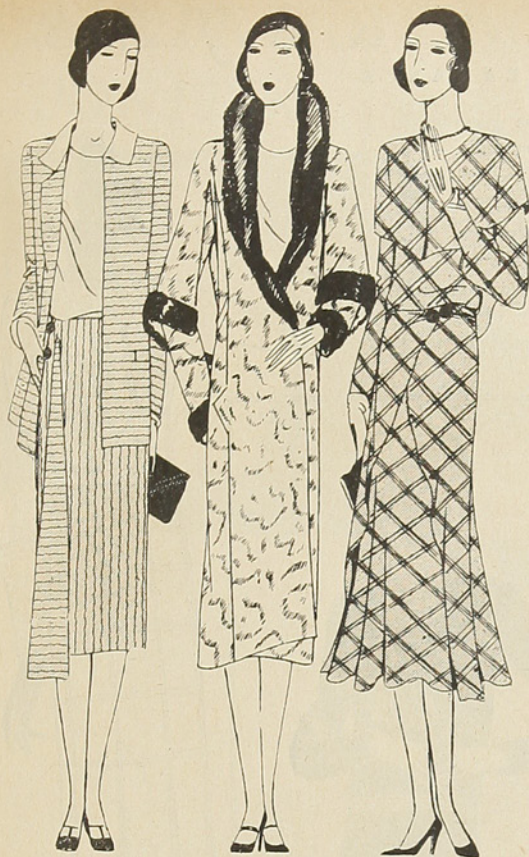
Los Ultimos Hallazgos de la Moda en Febrero



Esta delicada blusa es de Lucila Paray. Muy estudiada es esta blusa de Lucila Paray. El lado derecho se alarga en echarpe que cae a la izquierda.



Premet—Lo más chic ha sido este año en la Costa Azul el abrigo de breitsch-wants blanco, con pequeña capa.



Caillot.— Las telas impresas
están siempre en boga, co-
mo lo demuestra este
traje de crepe
azul marino
con flo-
res ro-
jas.

El escocés reaparece de tiem-
po en tiempo. El de este
traje es rojo, blanco
y azul sobre fondo
de raso. Tú-
nica y
cuello
capa.



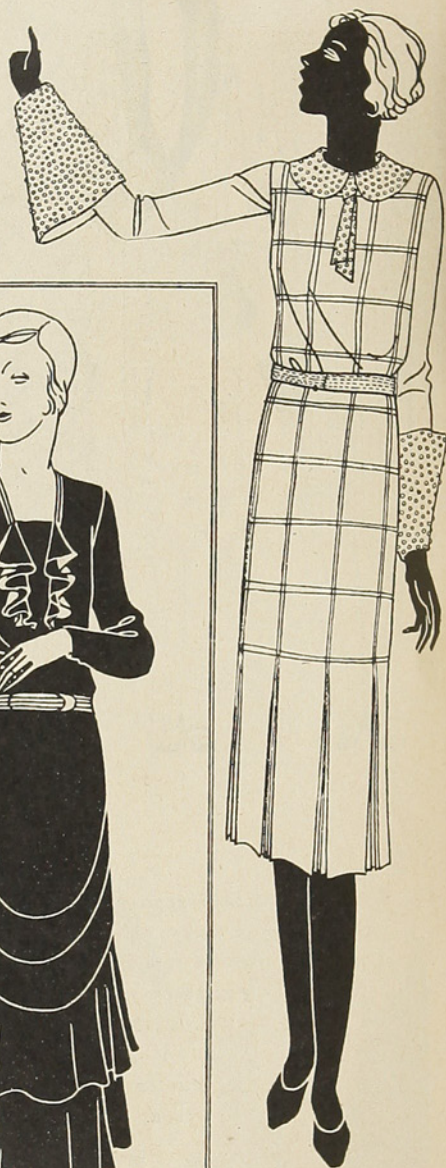
CUATRO TRAJES

DE BERTA HERMANCE

Traje de lanilla azul marino, bordado con minúsculas pecas blancas. Cuello y puños en crepe blanco. Hebilla de cintura en esmalte blanco y marino.

Traje de tarde en crepe satín negro y crepe satín blanco. Escote prolongado en echarpe. De la hebilla sobre el costado en la cintura, parte un panneau plisado, mitad blanco y mitad negro.

Traje en crepe marrocaín azul marino, guarnecido de recortes reincrustados y volantes en forma que suben a los costados. Corbata doble forrada en gris claro. Cinturón gris y marino.



Traje en marrocaín cereza oscuro, alargado por pliegues. Cuello y puños mosquetero guarnecidos de pequeños cabuchones de acero. Cintura respuntada.



SOMBREROS MUY BONITOS

JEAN PATOU. Pequeña clocha flexible en grueso granité negro y fieltro verde.



LEWIS. "Le Charme". Toca en fieltro verde claro, incrustada de galones de paja del mismo tono.



LEWIS. "Qu'en dira-t-on" De bakou beige rosa y cinta de raso negro.



NO DIGIEREN
NADA
LO DIGERIRÁN
TODO
con la

Sal Digestiva
Be-me-ce
M.R.

ARDORES DE ESTÓMAGO
ACIDEZ GÁSTRICA
PESADEZ DE ESTÓMAGO
VÓMITOS

DOSIS: Una cucharita después
de cada comida

FÓRMULA: Bicarbonato sódico
Carbonato de cal liviano

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS
CONCESIONARIO PARA CHILE: AM-FERRARIS CASILLA 298 SANTIAGO



Un Remedio Inofensivo y Rápido Contra los Dolores

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

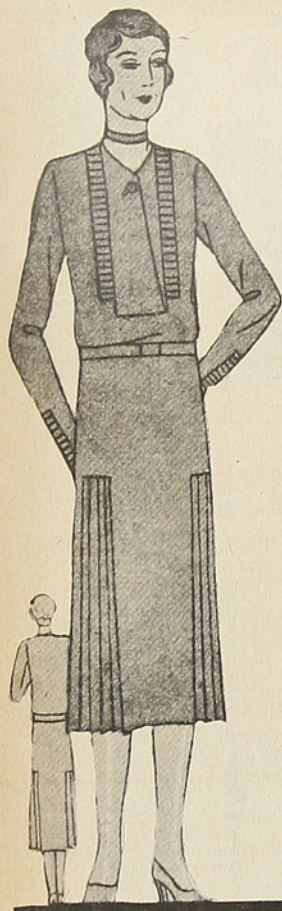
Todos los dolores son perjudiciales. Afectan y debilitan las fuerzas físicas y el vigor mental, abatiendo el ánimo de la persona que sufre. La FENALGINA debe tenerse siempre en la casa para tomarla en el momento que se experimente un ataque de REUMATISMO, DOLOR DE CABEZA, MIGRAÑA, DOLOR DE MUELAS, NEURALGIA, LUMBAGO. Tomando una tableta de FENALGINA, en cuanto empiece a sentir dolor, impedirá usted que los dolores pequeños se conviertan en dolores mayores. La FENALGINA ofrece un alivio seguro, rápido e inofensivo contra todo dolor, tanto para los adultos como para los niños. Tómese según las instrucciones impresas en cada caja.

NO ACEPTE SUSTITUTOS. INSISTA SIEMPRE EN QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoníada.
Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.
Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

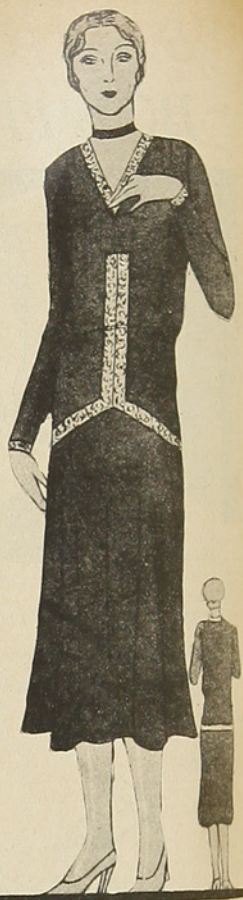
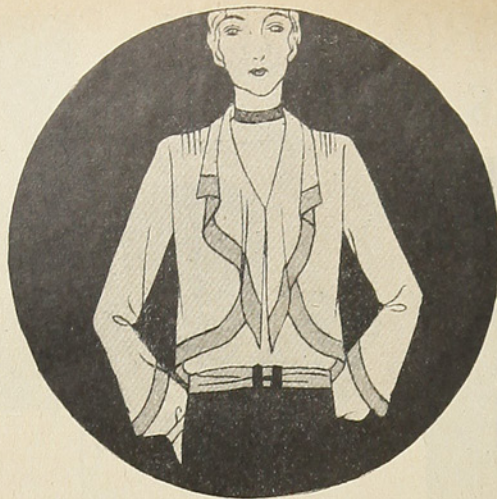


Para las que ya

Con un crespón de lana verde botella, morado oscuro, marrón, color topo o azul marino se hará este sencillo vestido, que lleva puños plisados en la falda y fajas de pliegucillos en el cuerpo y en las bocamangas.

— * —

* Este vestido de tarde, de línea muy recta, resultará perfecto y elegante para una señora que ya no sea joven. Un satén suave es el tejido ideal para hacerlo. Las bocamangas y la chorrera son de encaje.



no son jóvenes

Sobre estas líneas, vestido de crespón marroquí cuyo largo cuerpo ciñe las caderas y ablusa ligeramente en la cintura, reuniéndose la falda por medio de un bias de tono contrastante.

— * —

Este abrigo forma conjunto con el vestido dibujado a su lado y se hará con el mismo tejido que él; el cuello es de piel de pelo corto.

La Sensibilidad Japonesa

Porque los japoneses saben morir sonriendo, porque los japoneses saben sacrificar su vida con flemma, se ha llegado a la conclusión, entre los blancos, que los amarillos no tienen sensibilidad. ¡Qué error! ¡Todo lo contrario! Esta sensibilidad se manifiesta bajo todos los pretextos.

¡El Hara Kiri! Hace setecientos años, en la historia del Japon, un príncipe imperial llamado Masashige Kusunoki se suicidó en seguida de la pérdida de una batalla. Esta historia impresionó de tal manera a dos muchachos de una escuela de Tokio, que esperaron la partida de sus camaradas al final de la clase, se arrojaron delante del cuadro que representaba el suicidio del príncipe, cuadro que besaron con devoción, y en seguida los desgraciados niños sacaron sus coraplumas de colegio y se taladraron con ellos el vientre. ¡Hara Kiri! Sirva esto de lección, para todos los que enseñan a los niños en todos los países, y procuren no conmovernos demasiado. La imaginación se exalta demasiado a los diez años...

MATRIMONIO Y ALCOHOLISMO

En Estados Unidos, desde que la ley de prohibición existe, el número de casos de embriaguez a domicilio ha aumentado, mientras que parece disminuir considerablemente la embriaguez pública. Porque no hay nada mejor para aumentar el gusto por alguna cosa, que prohibirla. Ahora es de buen tono beber alcohol en su casa, mientras que antes, nadie pensaba en hacerlo. No tiene otra causa la nefasta moda de los cocktails que ha llegado hasta nosotros en exportación directa por sobre el Atlántico.

En Estados Unidos, cuando muchachas y muchachos han pasado noches y noches bajo el influjo de los vapores del alcohol, se les viene a la cabeza la idea de casarse... Se corre a casa del pastor y la cosa está hecha. Estos matrimonios, llamados allá «sunrise weddings» son, naturalmente, nefastos.

Entusiasmo

El entusiasmo es la espada mejor para el combate de la vida. El hombre grande es el hombre a quien todo produce un vuelco de emoción. Sentirse arrebatado por el simple espectáculo de las cosas, es conocer de golpe la importancia, la significación, el secreto de la realidad. Porque la vida no es una ciencia, sino un arte; hay que sentirla en vez de razonarla.

Para vivir es preciso, ante todo, sensibilidad. Estamos llenos



Para personas "chic"
Medias Der-Ven

Armónico complemento de las más hermosas prendas femeninas, las Medias Paris son primicias de color, diseño y elegancia.
La maravillosa suavidad de su rica seda no les impide, sin embargo, resistir firmemente el desgaste por uso intenso y frecuencia de lavados.

Combinan así calidad, distinción y economía.

Der-Ven

de fórmulas y abstracciones; nuestra filosofía es una escuela de falacias y orgullos; semejantes a los sofistas antiguos, ahogamos las sencillas verdades bajo un turbión de palabras

engañadoras, y abandonamos las fuentes eternas de la alegría, los bienes fundamentales.

Duros y esquivos a la enseñanza de la naturaleza, dejamos pasar en silencio el río caudaloso de las mas fuertes y hondas sensaciones.

La vida es buena o mala, triste o alegre, según el cristal con que se la mire.

¿Por qué mirarla con cristales turbios?

Ni aun el dolor merece desdén ni rebeldía, ya que es la fuente del amor eterno.

Cuando lleguemos al final de la jornada, de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios y abrasado nuestras mejillas y arrancado al alma una chispa de luz.

El único bien que me queda en el mundo, ha dicho un poeta, es el haber llorado algunas veces...

FANDORINE

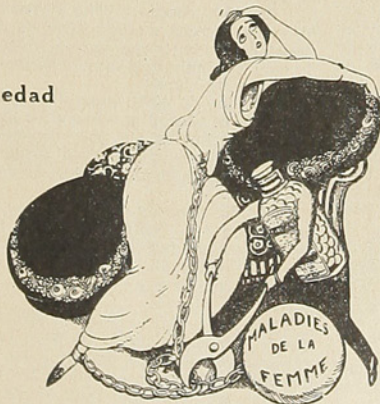
M. R.

contra las enfermedades de la mujer

Vuelta de la edad
Hemorragia
Vapores
Metritis

Establecimientos CHATELAIN
Procedentes de los hospitales
de París
2 bis, Rue de Valenciennes
París, y todas las farmacias

Agentes:
ARDITI & CORRY
643 Moneda
SANTIAGO



80 % de las mujeres
no están satisfechas
de su salud

Esta preparación admirable de-
tiene enseguida las hemorragias,
Profesor GARRIGOU,

de la Facultad de Medicina de Tolosa,
Director del Instituto de Hydrologia.

La Fandorine esta basada sobre
los descubrimientos los mas mis-
teriosos de la Ciencia Moderna
y realiza el medicamento com-
pleto, típico, de las enfermeda-
des especiales del sexo femenino

Docteur PUILLET,

profesor agregado de Partos en la
Facultad de Medicina de Lyon.

La Fandorine cura la mujer de sus malestares

BASE: Extractos Mamario y Ovarico, Amidoperina. (M. R.).

RICARDO LEON.

LA DULZURA DE VIVIR

(Continuación de la pág. 57)

encogimiento. Os creéis llamados ahora a desempeñar un gran papel de novela, ¿verdad? ¡Ah, miserables! ¡Ah, canallas! Vamos a ver a Luis, y si observo en alguno de vosotros algo extraño, os juro que a la vuelta os estrello a todos contra el primer árbol que se ponga por delante.

Salieron en silencio.

En una alameda del jardín del sanatorio, cerca de un pequeño estanque de agua clara y transparente, alargado en una silla de lona, Luis piensa. Bruscamente, el jardín quieto y silencioso se llena de ruidos: voces, discusiones, rechinar de la arena rubia bajo los pies de quienes se acercan. Y un segundo después, Montornés habla con sus cuatro amigos.

La conversación no cuaja en definitiva. Montornés apenas habla. Sus amigos han interrumpido unas meditaciones profundas y nuevas. Paco quiere a toda costa alegrar el ambiente y cuenta algunas locuras.

Al fin, Javier, haciendo un gran esfuerzo y con voz trémula, habla:

—Luis, creemos comprenderte viendo tu tristeza. Pero ya sabes que nosotros, tus amigos de siempre, estamos dispuestos a todo por ti. A todo, ¿comprendes?

—Lo sé—contesta Luis.—Y en vosotros espero. Los otros se miran. ¡Lo que ellos esperaban! Por un gesto de suprema elegancia, Luis no les dice lo que espera de ellos, pero se lo deja adivinar.

Y entonces, rápidamente, sin dar lugar a que Paco intervenga, Pepe Luis deposita sobre las rodillas de Montornés una pequeña pistola que semeja un juguete, Javier una cajita y Alberto un fino puñal, cuya aguda punta llegará, casi sin dolor, al corazón. En la cajita entregada por Javier, Luis lee: «Morfina».

Luego los tres huyen como aterrados, llevándose a rastras a Paco, que se agita y patalea. Pero unos metros más allá, el ruido de unas risas claras los para. Se vuelven sorprendidos y ven, en el centro de la alameda, a Cristina, que se detiene ante Luis con una brazada de flores húmedas.

Montornés y ella los llaman. Ellos vuelven, confusos y cabizbajos.

—Gracias, amigos—les dice Montornés.—Gracias. Pero ya no me mato. Podéis descalificarme como mundano, y a mí y al bueno de Paco, que no pensaba como vosotros, pero como hombres de corazón me aprobaréis.

—Nosotros lo hicimos creyendo ser útiles, Luis. Bien sabe Dios con cuánto dolor. Pero somos tus discípulos y seguimos tus consejos.

—Por eso os he dado las gracias. Pero, repito, ya no me mato. He creído enloquecer en fuerza de pensar y meditar. Y he visto que la vida es siempre buena, dulce y amable. Siempre tiene una compensación para el que sufre; siempre guarda una sorpresa para el que desespera. Ya veis: cuando yo era un triunfador, Cristina no creía en la profundidad de mi amor. Aunque ella también me amaba, los dos éramos demasiado fuertes, demasiado brillantes, demasiado hermosos para pensar en unir nuestras mismas cualidades, que encastraban nuestros mismos defectos. Ha bastado esta desgracia mía para que ella misma, la mujer adorada, acuda a mí. Porque ahora necesito de ella, y puede emplear el gran amor, la gran ternura, en algo más hondo, más verdadero, más profundo que un clubman: en un ser que sufre. La vida no es sólo placer: es también dolor, y siempre en el dolor hay más vida que en el placer. Creedme, amigos míos: la vida es siempre buena, aún para el triste, para el solo, para el enfermo. Sólo el hecho de vivir es ya una maravilla; sentir las caricias del sol y del aire en nuestra piel, ver los colores del cielo y de las flores, aspirar los olores de la naturaleza toda, asistir atentos a los fenómenos de nuestros cuerpos y de nuestras almas, debatirnos en esa profunda y misteriosa vida interior que forman nuestros pensamientos... todo, todo es grandioso. Hay que agradecerle a Dios constantemente cada minuto de vida que nos da. Para cada dolor hay un consuelo, aunque tarde en venir... pero que viene. ¿Quien sabe qué flor maravillosa no habrá nacido también en el alma de nuestro amigo ciego?

Hay una breve pausa. Después Montornés, con su sonrisa juvenil, con su sonrisa de siempre, añade:

—Y cuando os decía que esperaba en vosotros, os quería decir que espero me ayudéis a preparar mi boda con Cristina. ¡Ella me ha salvado, pues ella sola, en sus largos reproches amicales, al lado de mí cama en este sanatorio, me ha hecho comprender la suave dulzura de vivir!...

CUIDADOS MATERNALES

El aspecto sano y hermoso de los niños es, en su mayor parte, el resultado de los pacientes cuidados por parte de la madre.

Supongo que la ambición de toda madre será la de poseer niños hermosos y sanos; de esa clase de niños que causan la admiración de los paseantes ocasionando sus exclamaciones maravillosas.

Pero el conseguir que los niños ostenten un aspecto tan encantador se asemeja en mucho a conseguir ese hermoso aspecto de las plantas y flores de un jardín. A primera vista, nada os parece más fácil que imitar la lozanía y la florescencia del jardín de vuestros amigos, pero resulta muy diferente cuando emprendéis la tarea en vuestro propio jardincito. De la misma manera os parece muy sencillo criar hermosos niños comprando libros que os informen, pero juntamente os presentará toda clase de problemas también el jardín de vuestros hijos, que requiere una constante vigilancia, un trabajo constante y preocupaciones incesantes, si es que queréis obtener el precio de vuestros desvelos.

Para empezar, consideremos el cabello del bebé. Todas las madres ansiamos ver en nuestros niños cabecitas con cabellos finos y sedosos, ya sean negros, castaños o rubios; pero que formen a su alrededor como una finísima aureola de rizos. Pero, ¿cómo conseguir este cabello maravilloso? Pues únicamente por medio de los cuidados.

Desde el primer momento, debéis lavar el cabello del niño dos veces por semana con un jabón muy bueno y aceitoso, enjuagándolo luego a conciencia. En las noches, antes de proceder al lavado, frotad un poco de aceite de oliva con la palma de la mano en el casco, y aun cuando el cabello sea aún muy escaso, no dejéis de cepillarlo todas las mañanas con un cepillo muy suave.

Cuando el niño tenga ya año y medio, las visitas a la peluquería se imponen para que el cabello se corte siempre apropiadamente.

Luego están los dientes como una de las más importantes partes de la belleza. A los cinco meses se le debe dar al niño una corteza de pan tostado, o un huesito bien limpio, para

que pueda roerlos y mordisarlos, como para fortalecer los músculos de las quijadas y las encías. Cuando asomen los primeros dientes debe dársele un trocito de manzana dura para conservarlos limpios. Cuando tenga un año, un niño de inteligencia normal permitirá de buen grado que se le limpien los dientes.

También debe tenerse muy en cuenta la belleza facial. Permitiendo a los niños chuparse el dedo para que permanezcan tranquilos, no es otra cosa que producirles un paladar demasiado alto y dientes prominentes.

Ninguna madre que aprecie en algo la belleza de su hijo le permitirá esto.

El niño necesita mucho ejercicio al aire libre. En los días ventosos y secos, cuando salga de paseo el niño, es excelente friccionar su cutis con algo de un buen coldcream, después de lo cual lo eliminaréis muy suavemente con un trocito de tela de hilo muy blanda.

Un niño de porte torpe no puede ser hermoso y desde un principio es preciso enseñar a los niños que deben tenerse derechos y erguidos. Un niño con cualquier perturbación debe ser llevado inmediatamente al médico para el arreglo de aquellos defectos mientras los huesos sean aún pequeños y blandos.

Si tales cosas se dejaran para cuando el niño sea grande, será luego una tarea muy ardua y muchas veces imposible de llevar a un resultado satisfactorio.

Y en estos días de las faldas cortas, nada más terrible para una mujer que no tener unas rodillas y piernas perfectas.

Las orejas deben también estar en su sitio, que es pegadas a la cabeza y no en forma de manijas, lo que no es sino el resultado de dejar dormir a los niños con las orejas mal dispuestas. Desde muy pequeños debe de acostumbrarse a llevar las manecitas muy limpias. También las uñas forman parte de la belleza del cuerpo y deben cortarse siempre rectas y las de las manos deben tratarse únicamente con limas y no cortarlas con tijeras.

consultorio sentimental

Solterón de 40 años, desea contraer matrimonio. Es alto, moreno, buena presencia, dos mil pesos de sueldo, cincuenta mil pesos de economía. Absoluta reserva y seriedad. Juan M. C., Correo Principal.

T. Ortiz y C. Ortiz, deseamos saber dirección de las simpáticas señoritas que el lunes 24 de febrero tomaron tren San Carlos a Chillán. Nosotros somos los jóvenes que ellas despidieron del último vagón. Son morenitas delgadas y una de ellas llevaba sombrero lacre. Casilla 44, San Carlos.

A. R. Figueroa, Correo 2, Temuco, desea saber dirección de un joven muy simpático que el año 28 fué profesor del Instituto Comercial de ésta y cuyo nombre es Luis Rivera. Tal vez ahora se encuentre en Santiago o La Serena. Ruego contestarme a la brevedad posible, si su corazón está libre.

Jorge M. Corbalán, Correo Copiapó, físico agradable, buena posición, pronto a finalizar sus estudios, desea correspondencia con chiquillita de 14 a 17, simpática, educada, alegre y cariñosa. Ojalá foto.

Niquén Rubio, bien parecido, quiere correspondencia con joven de 16 a 20. Prefiere santiaguina. Enviar foto.

Lita, Correo Copiapó, desea correspondencia con joven de 22 a 30, buena posición. Cariñoso.

Raúl Guzmán, Correo 5, Santiago, desea correspondencia con señorita sería de 27 años.

Eunice Saldañe, Correo 3, Valparaíso, soy un espantapájaros, pero espero encontrar otro capaz de quererme. Sólo exijo corazón noble y dulce mirada.

Viola, Correo Talca, desea correspondencia con el muchacho que llegó al Gran Hotel de Constitución el 20 de febrero. Es nicaragüense, estudia en Santiago. Sus iniciales son A. B. y el número de su carnet es 793103. Si algún amigo ve este aviso, ruego avisárselo.

José G. D., Iquique, desea endulzar su vida uniéndose a una señorita de la zona central del país. Ojalá de 22 años, simpática, delgada y bajita. Soy generoso y tengo algunos miles de renta mensual. Prefiero viuda con buena entrada. Ojalá foto en maila.

D. Hernández, Correo 2, Chillán, desea encontrar muchacho simpático hasta de 19, que sepa amar y no olvidar.

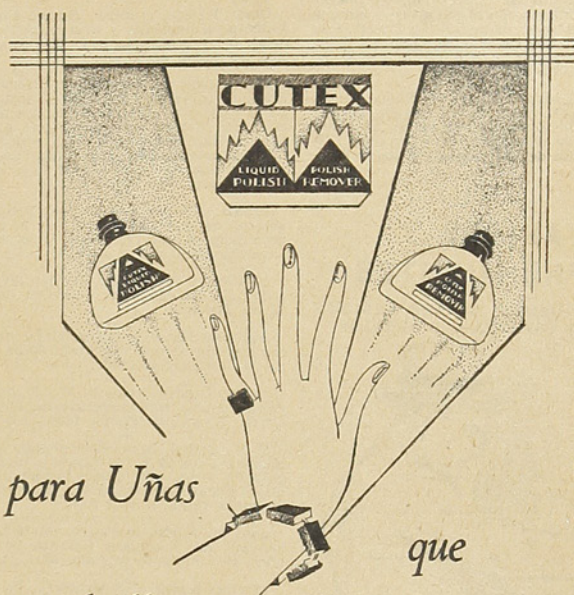
A. Hidalgo M., 19 años, hacendosa y otras cualidades escasas ahora, no amiga del cine ni del baile, pero sí de la ópera y el teatro, desearía casarse con profesional de 24 a 30, nobles sentimientos, sincero y espiritual. Correo Central.

Valencia Jisibor, Correo Curicó, morena, educada, buena dueña de casa y deportista, desea casarse con huasito o administrador de fundo, de 30 a 50 años, serio, trabajador y educado, capaz de querer de superlativa manera a la chiquilla de 25 años que escribe estas líneas.

Perla White, Correo 2, Valparaíso, 17 años, pobre, pero honorable, desea conocer con fines serios caballero honorable de 40 a 50 que le haga agradable la vida.

Richard Williams, Sewell, Rancagua, desearía locamente mantener correspondencia con la joven que aparece en la portada de la revista "Los Sports" del número pasado, a la izquierda del grupo, donde aparecen tres bañistas. Quisiera dedicarle correcta amistad, si sus hermosos ojos dedicaran un instante de atención a este párrafo, dirigiéndose escribir a un descendiente de honorable familia inglesa de 26 años que sufre la monotonía de su soledad, sin una virtuosa amiga a quien confiarle sus correctos sentimientos.

Bessie, Correo Concepción, desea correspondencia con el simpático Salvador Romero.



para Uñas

que

brillan como Joyas . . .

UNOS cuantos toques con el pincel ¡y ya está! Este exquisito Esmalte Líquido Cutex da a las uñas de Ud. el suave esplendor natural, verdaderamente chic, que dura días y días . . . Las damas elegantes, en todo el mundo, lo emplean para añadir encanto a sus bellas manos.

El Esmalte Líquido Cutex no se agrieta, ni se pela, ni se descolora. Se vende dondequiera que haya artículos de tocador, ya solo o ya con su Removedor.

Esmalte Líquido
Cutex

6 manicuras completas por Tres Pesos

Envíe Ud. este cupón con Tres Pesos y recibirá un Estuche de Presentación que contiene todo lo necesario para la manicura a domicilio.

ENVÍE ESTE CUPÓN HOY MISMO

GUSTAVO BOWSKI, Edificio Mutual de la Armada,
7.º piso, Oficina, N.º 10, Casilla 1793, Santiago

L. O.—3

Incluya Tres Pesos en sellos de correo para un Estuche de Prueba de Manicura de Cutex.

Nombre

Dirección

B

J. E. H., Correo Linares, desea correspondencia con señorita de 18 a 30, buena dueña de casa. El tiene 34, holgada situación.

Tita Díaz, Correo Concepción, se interesaría por escribir con el simpático rubio que trabaja en la tienda francesa "La Moda". Ella se hospedó el martes 18 y el miércoles 19 en el Hotel Comercio y tuvo un momento en brazos a un sobrinito suyo.

Magda Richard, Correo 10, Nuñoa, desea correspondencia con el joven delgado, traje y sombrero gris, a quien encontró en un carro San Francisco el sábado 9 del presente. Ella es la morenita de luto que siguió hasta Santa Rosa.

VAHIDOS Y ATURDIMIENTOS

LA ENFERMEDAD DE LOS RÍÑONES AFECTA TAMBIÉN LOS NERVIOS



ESTE MEDICAMENTO QUE DATA DE MÁS DE CUARENTA AÑOS LE HARA SENTIRSE ALIVIADO

Puede ser que la mayoría de hombres y mujeres que se quejan de vahidos, dolores en la espalda, coyunturas y músculos, e irritabilidad, pérdida de vigor, no se den cuenta que es muy probable que su enfermedad provenga de los riñones.

Los riñones son órganos vitales, pues de ellos depende la pureza de la sangre y, por lo tanto, el estado de los nervios y músculos. Cuando los riñones fallan, los venenos se acumulan en la sangre, causando dolores en los músculos y articulaciones; en consecuencia, los nervios llegan a desgastarse e irritarse causando la debilidad y los vahidos.

¿Qué bien pueden hacerle los tónicos en esos casos? ¿Para qué debilitar su cuerpo con purgantes, cuando el medio más seguro y lógico para restablecerse y conseguir salud y vigor es restablecer el funcionamiento normal de los riñones?

Sabe Ud. que miles de personas han comprobado que después de seguir un breve tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, se hallaron en el sendero de la salud?

Miles de personas recomiendan este medicamento, que se vende por millones en el mundo entero.

PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que Ud. pueda comprobar por sí mismo su verdadero calor, le ofrecemos una muestra gratis de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen fuerza de cuarenta años. Cuando Ud. haya recibido su obsequio, y después de 24 horas haya observado, por el cambio de color en la orina, que las Píldoras De Witt han empezado a hacerle bien, pase Ud. a la botica, compre un frasco y póngase en camino de recobrar la salud. Solicite su tratamiento hoy mismo. Escriba su nombre y dirección completa en una hoja de papel y diríjale a E. C. Witt & Co. Ltd. (Dpto. P. Todos), Casilla N.º 3312, Santiago de Chile.

Píldoras DE WITT

para los Riñones y la Vejiga

(Marca registrada)
FORMULA: A base de Extractos Medicinales de Píchi, Buchu, Enebro y Uva Ural como diuréticos y Azul de Metileno como desinfectante.

E. C. A. Viuda sin hijos, Correo Central, Valparaíso. Si usted tiene la dirección de la persona por quien se interesa, sirvase escribir directamente.

Omar Ramos, crucero "Blanco Encalada", Valparaíso, simpático y sincero lobo de mar, desea correspondencia con encantadora sirena no mayor de 20 años.

Dos argentinos, simpáticos y formales, de brillante porvenir y con algo de fortuna, uno de 21 años y el otro de 23 (ballan muy bien el tango) desean correspondencia con señoritas de Santiago, simpáticas y educadas, con fines matrimoniales, pues luego nos dirigiremos a esa. Se ruega enviar foto de cuerpo entero. Potrerillos Mina.

Perico Metrala, Correo San Felipe, desea correspondencia con señorita de 27 años, que sepa amar y hacerse amar. El es empleado, tiene 27 años, alto y moreno.

Von Pat y Gol Walls.—Se han dirigido ustedes al "Zig-Zag" en lugar de hacerlo al "Para Todos".

Auristela Navarro, Correo Los Guindos, desea correspondencia con joven de 30. Ella tiene 23, familia honorable.

Aura y Gladys Droguez, 16 y 15, desean correspondencia con universitarios de 17 y 22. Correo Rancagua. Enviar foto.

E. F. Sewell, Mineral Teniente, desea conocer viudita 22 a 24 años, sin hijos, buena posición social, que anhele formar pronto un nuevo hogar. Soy trabajador, sin vicios y tengo buena renta. Enviar foto.

José M. Ninón, marinero del "Blanco Encalada", desea conocer señorita de 15 a 22 años. Soy moreno, delgado, ojos pardos.

Marino Audaz, "Chacabuco", Talcahuano, desea conocer a señorita secretaria de este puerto. Escribir al Correo.

Rain Bow, Correo Talca, desea cartearse con la señorita Silvia Odette de Chillán. Ojalá enviara foto.

Rencoroso.—Yo lo creo que es usted rencoroso. Yo no puedo decirle que la debe amar si usted ya no la ama, porque aunque yo se lo dijera, no podría usted seguir mi consejo. Puedo, sí, decirle que nada tiene de extraño que, habiéndolo aceptado a usted sólo por despecho, lo quiera ahora muy sinceramente. Claro que también podía no quererlo. Eso, sólo su corazón. Su instinto se lo pueden decir. No haga usted lo posible por amarlo, porque no se puede hacer lo posible por amar a nadie, pero sí se siente inclinado hacia ella, ámela sin temor y, sobre todo, sin rencor.

Quisiera saber la dirección de Chinito Urzúa, Barbo, que hace tanto tiempo no viene donde su tía. Ojalá se acuerde de la morena que tan buena pareja hace con él y a la que hace tantas atenciones cuando va a visitar a su tía y hermanas, de la que ella es muy amiga. Contesté a la dirección que él conoce.

Carnet 1796, Arauco, desea correspondencia con señorita instruida. Prefiere de Santiago al Norte. El es extranjero, rubio y delgado.

Marusa Belgrano, Casilla 312, Antofagasta, 21 años, buena presencia y familia, desea correspondencia con extranjero de buen porvenir, de hasta 29 años. Ruega enviar foto.

M. P. C., Potrerillos, Correo La Mina, desea correspondencia con señorita o viuda de 20 a 27, que conozca sus deberes de esposa, pues es con fines matrimoniales. Indispensable enviar foto. Mucha discreción.

Orlon, ex marino, crucero "Blanco Encalada", desea correspondencia con señorita de 19 años. El es moreno, libre.

Susana Sagredo, Correo Villa Alemana, desea correspondencia con Samuel Silva, de Límache.

Marino, alto, rubio, desea correspondencia con señorita de 17. Hill Nancy, crucero "Blanco Encalada".

Nancy Rodríguez, Correo 2, Chillán, desea correspondencia con jovencito de 16 a 17. Ella tiene 14, es morenita.

Lady Hamilton desea correspondencia con joven alto, moreno, de 25 a 30, instruido, varonil, jovial. Ella es alta, rubia, melena, pestañas largas. Lautaro, Correo.

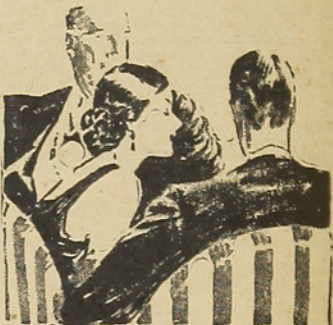
Deseo que Eduardo Godoy Núñez me escriba a la dirección que él sabe. Portañita abandonada.

Edda y Fredda Díaz, morenas de buena familia, buscan jovencitos rubios de 22 a 25 que les guste viajar. Ojalá no me de Valparaíso. Correo 3, Valparaíso.

Ruddy, Correo San Javier, buena posición, desea encontrar amigueta de 18 a 22. Ruega enviar foto.

A. Scott, Oficina Dibujos, El Teniente, inglés, 21 años, desea conocer jovencita de 21 años, ojalá pobre, pero trabajadora y enemiga de bailes y fiestas. Envíe foto.

Mi ideal lo constituye un joven que pertenezca a la Asistencia Pública del Hospital San



Exquisita...

LIBRE DE LAS MOLESTIAS DE LA TRANSPIRACION

Emanéscipe Ud. para siempre de la preocupación y el desagrado que trae consigo el sudor. Olorono es una preparación original de un médico y destinada a reprimir la transpiración. Protege continuamente.

Olorono mantiene la región axilar seca e inodora, suspendiendo el sudor sin peligro. Los médicos lo recomiendan cuando la transpiración molesta.



Hay dos clases de

Olorono Líquido:

El Olorono de Fuerza Regular, para usarse dos veces por semana y el Olorono Número 2, Moderado, que se recomienda para las pieles tiernas y que puede aplicarse con frecuencia. También hay Crema Olorono, que se vende en tubos.

Distribuidor:

GUSTAVO BOWSKI

Edificio Mutua de la Armada, 7.º piso, Of. N.º 10, Casilla 1793, Santiago.

The ODO-RO-NO Co.,

Juan de Dios y cuyo apellido, según he averiguado, es Castro. Conteste a Grisslett, Correo 2.

A. Ruth García Hellwing, Elena Figueroa, Amelia de la Cruz, Elena Benavides y a Olga Barahona, quizás les interese escribir a Nermore, Correo Magallanes.

Ramón Torres Gandarillas, ex oficial de Ejército, desea correspondencia con muchacha de buena familia, alta, delgada y distinguida, que le escriba a su nombre, enviando foto, y signando la carta a calle Valdivia N.º 506, Magallanes.

Francisco Carpentier Valdivieso, Correo Magallanes, desea correspondencia con muchacha de cualquiera edad, posición y condiciones, siempre que aporte dinero a un matrimonio seguro, porque está aburrido de su profesión de boticario.

Horacio Alfaro, rentista, entrado en años, desea cartearse con señorita de sus condiciones, dispuesta a aceptarlo como futuro cónyuge, Magallanes.

R. Reyes, Correo 15, Santiago, desea encontrar un hombre bueno y de nobles sentimientos con quien cultivar leal amistad. No soy hermosa ni chiquilla, y estoy tan sola, tan triste y rodeada de tanta incompreensión.

Iris. — Falta dirección.

Desilusión. — Falta dirección.

Mila Norton, Correo Concepción, desea saber del simpático joven M. Versin.

Enrique Rey, cabo de la 18 Compañía 5, Bandera de la Legión en el campamento de Dac-Riffen-Ceuta, desea ansiosamente madrina de guerra.

S. B. y M. D., Correo Limache, desean correspondencia con un joven de nobles sentimientos. Cada uno tiene 15 años.

A. N., Correo Principal, Valparaíso, se queja de la descortesía de Duque de Aramis.

Puede éste mandarle sus excusas a esa dirección.

F. y S., Correo Puente Alto, simpáticas universitarias, desean encontrar sus ideales en dos chicos de ojos claros, educados y cariñosos.

Nilda y Queda, desean de todo corazón, amar a dos jóvenes militares o civiles, no importa el físico. Tenemos 17 y 19 años, respectivamente. Correo 3. Valparaíso.

Julán. Correo 3. Valparaíso.—Moreno, 25 años, nunca ha amado, desea amistad con señorita independiente, o viuda joven, para ofrendarle su cariño.

Raúl Torres y Armando Rojas, oficiales jóvenes de la marina mercante, simpáticos y educados, con renta regular, desean conocer mujercitas de 20 a 25 años, no mayores de un metro sesenta. Además, deben poseer buen carácter y no ser celosas. Deseamos formar un hogar en Valparaíso.

Maya Hella, gitanita de 17, vería cumplido el vaticinio de sus naipes si lograra el amor de un marinero de 18 a 25, culto, ojalá cadete y de Talcahuano. Correo 2. Chillán.

Volla M. Correo 2. Valparaíso, desea correspondencia con joven de 18 a 20 años. Tiene 16.

Oswaldo Valenzuela, Correo Sewell, Rancagua, El Teniente, 21 años, soltero, desea correspondencia con señorita educada.

Deseo correspondencia con el joven que vive en Avenida Brasil, esquina Vega de Salinas. Sus iniciales son R. L. Edith Bustos. Correo 2. Chillán.

M. I. O., marinero, desea encontrar señorita de 20 a 25 para casarse. Sub Departamento de Artillería. Talcahuano.

Willygrove, Bahía Catalina, Magallanes, desea amistad con señorita de Angol o Traiguén. Soy marino, (no oficial), 22 años.

Dulcinea S. Correo Casablanca, desea correspondencia con joven mayor de 25, ojalá estudiante del Instituto Pinochet Le-Brun. Ella es alta, delgada, simpática y estudiante del Instituto.

A. Plaza. Correo María Elena. Tocopilla, desea encontrar chiquilla dije y querendona, no mayor de 20 años.

Blanco de Negro. Vichuquén, desea escribir con la simpática criatura con quien bailó una noche en el Hotel Llico. Yo le dije que no sabía bailar.

Tomás Matus Garland, tu recuerdo me sigue a todas partes, desde hace mucho tiempo. Dolores del Río.

Kika, Oficina Vergara, Antofagasta, desea correspondencia con el joven alto, delgado, moreno, empleado en el Bienestar Social. Creo que su apellido es Aguirre. Usa bigote mosca.

Edmundo Dantes. Correo Pupilla, buena figura, atrayente, 19 años, desea correspondencia con señorita de 17 a 22. Ojalá foto.

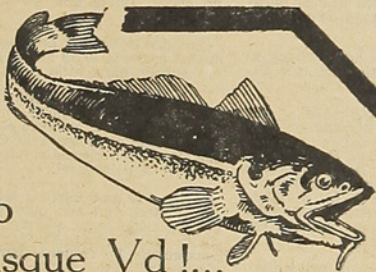
Huasita. Correo Idahue, desea correspondencia con joven de 25 a 35, que sepa solamente amar a la mujer que va a ser su compañera. Ojalá profesional o empleado público o de Banco.

Enny, Lucita y Holanda Bouquet. Copiapó, muchachitas tristes, desean correspondencia con muchachos simpáticos y educados, con buenas relaciones sociales. Se prefieren extranjeros.

Hlamú.—Falta dirección.

G. C. R. Correo Principal, Valparaíso, cadete de 17, ojos verdes, desea entablar correspondencia con chiquilla de 14 a 18, indispensable foto.

Alberto Ortúzar. Correo Providencia, desea amistad con chiquilla santiaguina, no



No busque Vd!...

No encontrará reconstituyente más poderoso que la

PANGADUINE
M. R.

Bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao.

Es el medicamento por excelencia de los Niños, de los Jóvenes Fatigados por el Crecimiento, Neurasténicos, de los Convalecientes. Obra maravillosamente en las afecciones pulmonares.

El Doctor Doyen, el gran cirujano de fama mundial ha escrito:

« La PANGADUINE es un excelente reconstituyente. Desde que existe, ni una sola vez he recurrido al aceite de hígado de bacalao bajo cualquiera forma que sea. »

DOS FORMAS: Elixir, Granulado
de venta en todas las farmacias

ESTREÑIMIENTO

Lactolaxine
Fydau M.R.

COMPRIMIDOS DE
FERMENTOS LÁCTICOS
LAXANTES

COMBATE EL
ESTREÑIMIENTO
LA ENTERITIS Y
SUS CONSECUENCIAS
RESTABLECE LA
SENSIBILIDAD
DE LA MUCOSA
REEDUCA EL
INTESTINO

1 a 3 Comprimidos
por día.

MEDICAMENTO LAXANTE
IDEAL PARA NIÑOS,
ADULTOS Y ANCIANOS.

LABORATORIOS ANDRÉ PÂRIS
PARIS - FRANCE

Concesionario: Raymond COLLIÈRE
Las Rosas, 1352 - Santiago.

mayor de 18, dije, alegre y bonito cuerpo, morena, que guste del baile y cine y de los paseos en auto, pues poseo uno y de buena marca. Tengo 22 años.

Pola Negri. Correo 5, Santiago, soñadora, romántica, habitante de un solitario jardín, 20 años, buena familia, implora palabras de consuelo y amor.

Stella Cherill.—Falta dirección.

Mi ideal es un joven de 26 a 35, físico agradable y que sepa querer de todo corazón. Ojalá profesional o empleado público. Yo soy morena, delgada. L. Olguín. Rancagua. Idahue.

J. M. Ramírez. Artillería de Costa, Talcahuano, 22 años, que sabe fingir amor, desea correspondencia con chiquillas de 15 a 20, serias. Enviar foto.

Rachel Etchard, desea correspondencia con lector de "Para Todos", 22 años, preferible feo. Tengo 18, soy alta y rubia y me gustan los quehaceres domésticos. Correo Chillán.

Reina Baviera. Correo Chillán, desea conocer epistolariamente a un joven mecánico, de los talleres que la Ford mantiene en Chile. Ocupa un cargo técnico interesante en el ajuste de los diferenciales de los automóviles y se llama Barón Schmiedern. Si aún no tiene amigas, y si quiere tenerlas, yo me ofrezco a llenar la plaza interinamente.

Viola Dona. Correo Eomo, desea saber si el joven mecánico-armero del crucero "Zeniteno", cuyas iniciales son H. O., es libre.

Deseo correspondencia con muchachita de 18 a 20. Crucero "Blanco Encalada". M. E. Egga.

Lki Zañartu. Casilla 982. Concepción, desea correspondencia con joven de 20 a 25, serio, sincero, que esté dispuesto a amar a un corazón dormido de una chiquilla.

Eliana Zañartu. Casilla 982. Concepción, estudiante, desea correspondencia con militar o naval. Ella pertenece a una buena familia.

Isabel Descatt. Casilla 982. Concepción, 17 años, desea correspondencia con joven educado, de 20 a 25 años. Prefiere de Talcahuano.

El ideal de Berta Descatt será mantener correspondencia con joven simpático, que conoció en el tren de 8 el 31 de febrero del presente año. Casilla 982. Concepción.

Dick Nubbert, Correo Pinto, quiere una chiquilla buena, que sepa comprender la lesera que va a hacer al escribirme y, además, que yo soy un tonto, porque también lo hago.

Gradiola. Correo Villa Alegre, desea correspondencia con joven que atienda la Zapatería Elegante, de San Javier.

J. I. V., Lumaco. — Falta dirección.

Roberto Velanquen Navarro. — No se publican cartas que vienen en papeles sucios y manchados.

Edmund A. Andres S., Oficinas Piana Mayor de Mando del Primer Tercio, La Legión. Melilla. (Málaga). Hablando quedado, por la muerte de mis padres, sin familia, desearía entablar un cambio de correspondencia que me ayudase a soportar una existencia sin alegría ni afecto alguno, y por este motivo, le ruego insertar en esa revista un breve entrefilete solicitando madrina de guerra.

Evangelina García, Correo Central, desea correspondencia con joven extranjero, prefiere alemán. Tengo 17 años. Soy alta y morena.

Chiquilla de 15, alta y rubia, desea correspondencia con estudiante o militar de 18 o 20. Correo 1, Providencia. Vilma F.

Lilian O., Correo 13, desea correspondencia con un jovencito de apellido Lambert que estudiaba Contabilidad en el año 1928 en la Universidad Católica de Valparaíso. Frecuenta mucho el Parque Italia.

C. C. G., Correo 3, desea correspondencia con el joven de Valparaíso, Juan Bohinari, a quien conoció el lunes 3 en el paseo de la

Plaza. Ruego contestar si su corazón está libre.

Carnet 57711, joven de 22 años, desea encontrar señorita de 15 a 20 cuyo corazón no esté comprometido. Concepción.

Yolanda López, Correo 2, sería feliz si pudiera mantener correspondencia con un muchacho muy simpático que conoció en septiembre de 1928 en Talca. Por aquella época manejaba un Nash, cuyo número de patente creo que era 273. Nunca supe su nombre, pero sé que su apellido empieza por Z. y termina por "o".

Minerita. — Falta dirección.

Alma de mujer, quien quiera que seas, ¿sufres? ¿sueñas con quimeras a tu parecer imposibles? Escríbeme. Tu comunión espiritual con un ser que cree conocer los secretos de las vibraciones de un mundo de luz y delicadas sensibilidades, habrá de reportar incalculables beneficios a tu alma aprisionada por los falsos conceptos de una vida trivial y llena de mortificantes prejuicios. Castiglione. Casilla 90, Traiguén.

Chiquilla de 16, morena, con ansias de amar intensamente, desea encontrar entre los lectores de "Para Todos" estudiante de 18 a 20, que sea alto y moreno. Gabriela, Correo Providencia. Correo 11.

Diana A., La Serena, Correo, desea saber del joven G. Contreras A., que estuvo en Viña un domingo de febrero y que galantemente nos tomó unas fotos en la Plaza. ¿Recordará a la chiquilla a quien regaló muy lindas margaritas?

Edmundo Montero Mery, Laboratorio General Potrerillos, 24 años, desea casarse con señorita no menor de 20 años, cariñosa y sincera. Soy jovial, me encanta la música y el baile. Indispensable enviar foto, sin cuyo requisito, no se contestarán las cartas.

Marcelle Hancan, Correo Talca, desea vivamente mantener correspondencia con el arquitecto que tiene un lindo Gram Paige. Sus iniciales son A. M. Lo amé desde que lo vi, y ya no puedo soportar por más tiempo esta pasión en silencio. Quizás se fijó ya en las miradas de una rubia de ojos azules, miradas que son el único desahogo de su corazón.

Galileo, Casilla 3585, Santiago, ofrece su amistad a la señorita Alfonsina Espino R. Viña del Mar.

Ely S. De Franz. — Diríjase usted al Administrador de la Empresa Ziz-Zag.

Héctor H. G., Correo Central, Santiago, es el teniente de carabinieri que la noche de Año Nuevo tuvo el placer de bailar con la encantadora mocicosta de rizos, Lila R. M., de Rancagua, de quien quedó locamente enamorado, y de quien también hoy espera le haga dichoso con su agradable amistad.

S. Julis M., argentino, hijo de extranjero, 22 años, bastante educación, más bien feo, desea encontrar amiguita que sepa amar, que desee ser correspondida, dueña de casa, seria, de buen cuerpo y que resida en alguna ciudad cercana a esta capital. Tengo los ojos grises, el pelo castaño y visto con decencia. Casilla 3120.

Maud, Correo Talca, chica simpática, morena ojos verdes, dueña de casa, fortuna, desea correspondencia con caballero agricultor del Sur.

M. A. C., Correo Cauquenes. — Sírvase darnos datos completos. No podemos aconsejarse nada a oscuras.

Malu. — Falta dirección.

Betty Gladys, Correo Talca, desearía recibir una cartita de un joven alto, más bien moreno, que el domingo 2 de marzo encontré en Constitución; vestía traje oscuro. Dijo ser de Santiago y tener solo "one Brother". Le conocí en la puerta de un hotel. Yo llevaba traje amarillo, sombrero y zapatos blancos. Aguardo...

Dithe O., Correo 13, Santiago, desearía saber si el joven que estudia en la escuela veterinaria se acuerda de la estudiante que conoció el año pasado en la Quinta Normal a fines de año.

Guillermo Marambio y Samuel, desean encontrar dos amiguitas de 15 a 18, simpáticas, serias, amantes del baile y del cine y que sean leales. Ellos son íntimos, ojos negros y moreno el uno, y ojos claros y rubio el otro. Tienen 22 años.

Lirio en Flor, Correo Talca, 16 años, rubia y sentimental, desea correspondencia con joven de 19 a 25, ojalá moreno y de figura esbelta.

Nena Moya, Correo 2, Valparaíso, desea pololear con un pibe caballerito, que guste del cine y del paseo de Pedro Montt. Ojalá empleado de casa comercial o Banco.

S. Superunda, Correo Antofagasta, ruega a la señorita Marga Galán, que durante las vacaciones veraneó en San Felipe, conteste mis cartas.

R. A. V., Correo San Javier. — Su carta viene en un trozo de papel y escrita con excesivo desaliento.

M. R., Correo 2, Valparaíso, desea saber de Osvaldo Casas M., Cerro Pileares, que antiguamente vivía en Viña del Mar. Si su corazón está libre, escriba.

N. G. E., Correo 2, Talcahuano, desea correspondencia con señorita no menor de 17 ni mayor de 25. El tiene 22. Ni fortuna, ni amigas, ni amores, pero sí un corazón noble y solitario que espera. Prefiere de Valdivia a Temuco.

Nelle Gibson, Correo Principal, Valparaíso, desea conocer con fines matrimoniales a joven alto, simpático, serio, porvenir asegurado, capaz de amar sinceramente. Ojalá extranjero.

Normalina, Correo Talca, desea correspondencia con fines matrimoniales con el atrayente estudiante de Leyes, Pedro B. A. Pasa su veraneo en Talca y es muy amigo del aire libre.

Norma Ovalle T., Correo Linares, desea encontrar un hombre de 25 a 28 años, porvenir asegurado, buen carácter, familia honorable.

serio, con fines matrimoniales. Mi pasado es un crisol. Tengo lindo cuerpo y encantadoras piernas.

Alberto Demetrio, Lota, quiere correspondencia con una linda rubita de 14, de su mismo pueblo, para verla de cuando en vez.

A. L., Potrerillos La Mina, desea saber de la señorita Cleontina V., que de paso por "Pueblo Hándido" conoció el año 27. Después siguió viaje al Norte a la Oficina Propriedad. Yo soy el joven del auto morado que pasaba en la peluquería.

Berta J., Concepción, a Nando, Valparaíso. Va a hacer un año que estoy aquí desde aquella triste carta que me escribiste y donde me dices que te olvidara. No he podido conseguirlo. Tu recuerdo perdura en mi memoria. Dios sabe lo que te quisiera y te amo siempre. Sin embargo, mi destino se presenta oscuro. Siempre tendré que llorar esa torpeza que me separó de ti. Sólo te pido que te acuerdes de aquella que cariñosamente te llamaba con el nombre con que te dirijo estas líneas.

Para Leonardo de Muro, Casilla 768, Concepción. Acaso mis líneas enviadas a usted el 20 de febrero y el 1.º de marzo no han llegado a su poder? Espero que usted rompa ese incómodo silencio y escriba unas palabras de respuesta a María Letelier, Correo Talca.

Ravito de Sol, romántica, 19 años, rubia y esbelta, busca un buen amigo que rompa la monotonía de estos solitarios paisajes. Los Sauces, Casilla 28.

Helia Parra, Correo 2, Santiago, mantendría correspondencia con persona educada e instruida.

Blanca Anhelos y Blanca Esperanza, Correo Traiguén, románticas insignes, buscan amigos sinceros, que son maravillosas realidades, las curen de tanto vano divagar.

C. Castelos, Correo Antofagasta, español, 39 años, sin vicios, culto, buena presencia, solicita correspondencia estrictamente seria con fines matrimoniales, con señorita o viuda instruida y simpática, de situación inde-

pendiente y que disponga de importante dote. Necesario escribir con amplios detalles y si fuera posible enviar foto. Se garantiza reserva absoluta.

V. H. T., Correo Talcahuano, desea correspondencia con el joven de apellido Simo que viene todas las semanas a Talcahuano.

P. S. V., destructor "Hyatt", Talcahuano, marino, 22 años, desea correspondencia con chiquilla de 16 a 22, que sepa amar de verdad.

Huasita Ingenua. — Falta dirección.

J. Acevedo, militar, 19 años, desea encontrar amiga que comparta con él las horas tristes. Correo Central.

W. E. G., "Almirante Uribe", Talcahuano, marino, 23, quiere correspondencia con fines matrimoniales con señorita de 18 a 19, no le guste mucho el balle. Ruego enviar foto.

Sara Barsul, Casilla 365, Osorno, solicita correspondencia con joven mayor de 25 años, serio, trabajador y con porvenir asegurado. No importa físico. Se agradece el envío de foto.

Ana y Maruja, inseparables, desean encontrar persona amable que les pueda aconsejar si deben comprometerse en un pololeo serio para seguir una vida de muchachitas modernas.

Susana Viviani, Correo Talca, desea correspondencia con muchacho que conoció en Concepción. Vive en Barros Arana. Su casa tiene un estuco verde. Tiene una cicatriz en la frente que le sienta mucho. Sus iniciales son O. S. C. y le dicen Cacho.

J. C. H., Lota Bajo, Correo, profesional navagante de 18, desea correspondencia con una señorita no mayor que él.

Incógnito, Correo 18, Santiago, alto, delgado, buenos sentimientos, desea correspondencia con señorita seria de 16 a 20. Ojalá de Rancagua al Sur.

Ralph, Correo Concepción, no ha podido conseguir contestación de la simpática chiquilla cuyas iniciales son I. M. R. Recuerde al joven con quien bailó y la acompañó los primeros días del mes de enero. Usted me recordará... muy bien y me contestará al nombre completo.

Thompson Matthews y Rodolfo Valle, amigos de 20 y 18, reencarnaciones ambas del finado Valentino, desean correspondencia con

señoritas de 18 y 16. Rogamos enviar foto. Correo Potrerillos.

Semiramis Ignorada, Lautaro, provincia Cautín, desea correspondencia con alguno de los grandes hombres de su patria. Ella no es inteligente, pero admira el talento y el corazón de los grandes hombres.

Carnet 322444, serio, educado, profesión minero, algo feo, que gusta por contraste de las mujeres lindas, desea encontrar una mujer que sienta la atracción de un bello hogar, con sentimientos elevados y de cultura y moral bien puestas. No quiere respuesta de las que hacen deporte o juego de las actividades amorosas, ni quiere mistificaciones ni disfraces. Casilla 4586, Correo 2.

Héctor Fernández, Ramón Ferrada y Víctor Jara, de Concepción, desean relaciones con tres señoritas de este pueblo. Ellos aman la música y deportes. Dirigirse al Correo Central.

S. S. M., Correo Concepción, busca un alma sincera que encierre en sí amor y poesía.

Lucy del Río, Casilla 17 A, Constitución, desea saber del señor L. Silva, que conoció en el Hotel Negri de Constitución en el verano de 1928. Últimamente he tenido conocimiento que trabaja en el Internado Barros Arana.

Irma Ortiz C., desea correspondencia con civil o militar que ame un poco, pero que sobre todo le guste divertirse. Correo 4.

Alma, Correo Central, busca muchacho de 25, instruido, inteligente, de temperamento activo y leal.

Anita Page, Talcahuano, Casilla 318, de 15 años, desea correspondencia con estudiante, buena familia, sincero, cariñoso. Ojalá envíe foto.

Silvia Altamirano, Casilla 318, Talcahuano, desea correspondencia con marino simpático y de buena familia. Soy alegre y me gusta el cine y la música.

Héctor Wiff, Correo de Chillán, desea amar ardientemente y no ha encontrado todavía la poseedora de su cariño. ¿Lo encontrará entre las múltiples señoritas que leen este consultorio?

G. G., Correo, Casilla 21-D, Santiago, joven, de brillante situación, desea conocer señorita seria y simpática, prefiero extranjera.

Saludo cariñosamente por intermedio de esta simpática revista al señor Eleiseo Ugarte y le agradezco la sinceridad y franqueza que tuvo para conmigo en nuestras entrevistas en Viña del Mar. Pronto me alegraré, pero su recuerdo irá conmigo por donde quiera que yo vaya. El destino me exige que solamente lo ame en silencio y con esto me conformo.

Joven alto, rubio, simpático, 26 años, desea correspondencia con señorita de 15 a 20, preferible rubia, dueña de casa. Dirigirse a Chas Clement, Correo, Potrerillos.

Victor M. J., Correo, Concepción, pregunta a la señorita Elsa R. L. de la «Frutería Nacional», si su corazón está todavía libre.

Telma, Correo 2, Valparaíso, desea correspondencia con un joven de Talcahuano.

Ana Karenine, Correo, Viña, desea conocer muchacho de 30 años arriba, buena posición, bueno y con deseos de formar un hogar, al que Ana aportará amor, estimación, tolerancia, comprensión, bondades de dueña de casa. Por lo que toca al físico, es alta, ojos verdes, con un conjunto bastante agradable.

María Antonieta Villafranco, Casilla 318, Talcahuano, quiere encontrar entre los lectores de «Para Todos» un joven marino, de 24 a 26 años, caballeroso y gentil. Ella es simpática, tímida, pero capaz de querer locamente.

E. O. M., Iquique, Oficina Mapocho, desea correspondencia con la señorita Margot Fénélon, que

un tiempo estuvo viviendo en Iquique y que ahora debe encontrarse en Santiago.

J. R. M., Francia, Nancy, Rue Félix Faure 69, desea correspondencia con joven profesional, de 35 a 50 años, médico, ingeniero o militar, no importa que sea viudo y tenga hijos, para los cuales sería yo una amante madre. Soy morena, de ojos grandes y negros, sercítica, perfecta dueña de casa. Me encuentro viajando por Francia, pero pronto regresaré a Santiago.

Sergia y Eugenia B., Casilla 654, Concepción, deliciosas muchachitas de paso por Lota, desearían mantener correspondencia con algunos de los jóvenes de allí. Exigen que sean correctos y educados, para hacer menos terrible la monotonía del invierno.

Sirh, Correo, Concepción, desea correspondencia con el ideal guardiamarina Oyarzún, actualmente en la Escuela de Artillería de Talcahuano.

Nena Grey, chiquilla simpática, desea encontrar joven de 25 a 35 años, serio y sin vicios. Correo, Viña.

Nena S. T., Correo 3, Valparaíso, joven seria, 22 años, desea correspondencia con joven de 25 a 30, familia honorable.

Mirto, Marión, Margot y Annie, chiquillas de 15 a 21 años, desean correspondencia con cuatro chiquillos simpáticos, no menores de 20 y ojalá con profesión. Escribir a Annie Spencer, Correo 5, Santiago.

Respuesta a «La Consentida». — Esa rara desesperación me parece a mí una ingenua comedia para convencer a joven tan incauta como usted y retirarse con una apariencia de dignidad. No creo en ella, y pienso que usted tampoco debe creer. Si la hubiera querido, habría vuelto. Un verdadero enamorado no se enoja por nimiedades y si se enoja, y para siempre, es que no está enamorado. Los hombres son muy mentirosos, señorita, y las mujeres también, pero los hombres engañan primero a las mujeres y las mujeres después a los hombres. Menos mal para las mujeres, porque dice el refrán: «El que ríe último, ríe mejor».

Alech Airam Senenif, Correo 2, Valparaíso, desean correspondencia con muchachita hermanos o amigos muy íntimos, de 18 a 25 años, rubio y moreno, respectivamente, y de familia honorable. Indispensable enviar foto.

Myriam Green, Correo, Recreo, desea correspondencia con amigo muy culto, que lea mucho, especialmente los autores rusos y que conozca la obra de Proust.

R. G. v. de L., viudita de 28, quiere correspondencia con caballero de 35 a 50. Hacienda Molino de Calleque, Peralillo al sur.

Afortunadita. — Falta dirección.

L. Rozamum, Iquique, Oficina Mapocho, desea correspondencia con una simpática cuyanita que resida en Buenos Aires o en Rosario, morena, de 16 a 18 años.

María Inés, Correo, Recreo, desea correspondencia con joven de 24 a 26. Lo prefiere feito.

Fatalito 1., Correo 4, Santiago, moreno, de 20, simpático (no es tarro), desea correspondencia con señorita rubia y simpática.

P. Soto C., Correo Central, militar, desea amar con sinceridad a la lectorcita que lea este parafito.

Lita V. R., Correo, Concepción, desea mantener correspondencia con un joven que pa-

La gordura la impedía caminar; pero la perdió en dos semanas


Ella estaba tullida por la gordura, pero la redujo en dos semanas de un modo muy fácil. Esta es la pura verdad; su esposo lo afirma. Pesaba casi 100 kilogramos, por lo que tenía que quedarse en casa. Lea esta carta: «Mi esposa sufría de las piernas y pies «hinchados» y pesaba 100 kilogramos; — muy pocas veces podía salir a pasear. Después de tomar SALES KRUSCHEN, por dos semanas, la gordura disminuyó mucho y sus piernas y pies quedaron muy aliviados». «La gordura excesiva es causada cuando el hígado, riñones e intestinos — los órganos «barreros» del cuerpo — dejan de funcionar en debida forma. Al no arrojar los desperdicios, productos de la digestión, los cuales se acumulan e — inadvertidamente — sobreviene la horrible gordura. Una «pequeña dosis diaria» de SALES KRUSCHEN (M. R.) tonifica los órganos eliminadores para que funcionen bien. Lenta, pero de un modo seguro, la gordura superficial y fea desaparece, y lo que usted pierde en peso lo gana en salud y vitalidad limpiada. Los años se reducen a medida que la gordura disminuye, dejándola a usted enérgica, vigorosa y joven. De venta en todas las boticas.

Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile:

H. V. PRENTICE
Laboratorio Londres
VALPARAISO

Exija
películas
de esta
marca



Las
mejores
del
mundo

gaba la pensión en la Casa Residencial Santiago. Su nombre es Alfredo Viñuela.

Loly Pearkings, Casilla 21-D, señorita culta y educada, desea correspondencia con joven de sus condiciones.

A. G. Ch., Correo, La Serena, morena, de 18, desea saber si el joven palhuanino Octavio Peralta Varela, el cual está por recibirse en medicina, corresponde al amor que ella le profesa.

Carlos y Jorge, Correo, Antofagasta, desean amistad con dos chiquillas de 17 a 22 años. Contestar enviando foto.

A. R. G. N., Potrerillos, La Mina, 27 años, rubio, desea formar su hogar con señorita de 18 a 22, pobre en fortuna, pero rica en virtudes, y, además, perfecta dueña de casa.

Rutlandia.—Falta dirección.

Golondrina de Invierno, Correo, Concepción, desea amistad con militar o marino, como ella, amante de los viajes y las aventuras. Envíe foto.

Guide D'Almar, desea correspondencia epistolar con muchachita generosa y de nobles sentimientos. Soy pobre, 22 años, y carezco de afectos.

Humberto Concha y Segundo Arancibia, desean correspondencia con rubias, de 18 a 23, amantes del dancing y del cine. 20 y 22 años respectivamente. Fuerte Rondizzoni, Isla Quiriquina.

Serenidad agradece a todos aquellos que le ofrecieron su amistad en este simpático consultorio, pero no le parece sincero mantener correspondencia con más de uno de ellos. El elegido es, pues, únicamente el que tiene mi respuesta en su poder.

Antonio Gorman, Valparaíso, Correo Central, desea conocer señorita educada, de 15 a 30, alta o baja, bonito cuerpo y piernas, boca chica. Tengo 30 años, buena situación.

W. B. N., Correo 1, Valparaíso, desearía que una chiquilla muy dije que se llama Berta Canelo C. y que vive en las inmediaciones del Cerro Santa Cruz, se compadeciera de mí y no me hiciera sufrir tanto. Yo la amo en silencio desde el primer día que la vi en la calle de Santo Domingo.

Sergio Bustos, Correo, Chillán, alto, delgado, y hermosos ojos, según opiniones femeninas, desea correspondencia con una lectorita de «Para Todos».

Violeta de los Alpes y Estrella Polar, Correo Central, desean correspondencia con caballeros de 35 a 40 años, de buena familia,

correctos y trabajadores. Ellas tienen, respectivamente, 27 y 28 años, y son también, respectivamente, rubias y morenas.

Adriana Araneda, Concepción, Calle Serano número 201, desea recibir carta del señor A. Guillermo O., Campamento Americano, Chulicamata.

Clara Luz.—Falta dirección.

Mary E., La Serena, desea correspondencia con un joven de 28 a 30 años. Lo prefiere moreno, inteligente y sincero. Prefiere también marino o militar. Yo soy blanca, de profunda mirada.

Elsie, Correo 2, Chillán, desea saber del joven que viajaba en el nocturno del sábado 1.º de marzo, el cual me cedió el asiento hasta ésta. El iba a San Javier. Me dijo que trabajaba en Temuco y se llama Manuel. ¿Será soltero?

Lilian, Correo 2, Chillán, desea saber del joven que andaba en Penco el 23 del pasado. Vestía terno azul marino y terno pino. Está empleado en Concepción en la Oficina «La Chilena».

Loretta, Correo 2, Chillán, deseo saber del joven que vi en Temuco. Viste de café y en la vuelta del vestón lleva una huinchita negra. Siempre va a la Cigarrería Hausen. ¿Recuerda a la viudita que jugaba serpentinatas?

Alma sencilla y franca, desea refugiar su amor en un corazón extranjero, preferencia alemán, que sepa comprender las cualidades espirituales de mi alma. 22 años, alta, cabellos oscuros, ojos negros. María Angélica, Correo 5, Santiago.

A. R., Correo, Quipué, desea correspondencia con joven de 17 a 20 años. Es buena moza y deportista. Ha ganado varias copas.

D. Saint Jean.—Falta dirección.

Mocosita Ingenua, M. H.—Falta dirección. Además, su redacción es incomprensible.

L. G. F., Casilla 62-C, Concepción, morena, muy simpática, muy bonito cuerpo, desea encontrar compañero de 20 a 25, buen carácter y alegre temperamento, que endulce la vida de quien todavía no conoce el amor.

Viola Rubinstein, Correo 2, Santiago.—Reúno atractivos físicos y destacadas cualidades. Mi única pasión es el arte. Busco alma selecta dispuesta a compartir mis refinados gustos. Exijo valor moral e intelectual, aunque no riquezas.

Agustín Díaz T., Correo, La Mina, Potre-

tillos, 18 años, desea correspondencia con chiquilla de edad adecuada. La quiere buena moza, con bonito cuerpo y de Valparaíso al sur. Garantiza formalidad.

Lina.—Falta dirección.

Lay Cliff, Correo 8, Santiago, suplica a una linda chiquilla de 15 ó 16 años que frecuenta la Plaza Brasil y el Forestal, me permita declarar mis sentimientos. Ella es delgada, ojos claros, cabellos largos, anudados atrás. Usa zapatos de charol, de taco alto, y lleva un abrigo de plomo cáscara. Yo soy un muchacho alto, delgado, blanco, serio, que la adora.

A. S. M., Correo, Viña, morena, más bien delgada, desea correspondencia con joven sencillo, bueno, fuerte, mayor de 23 y que me quiera con toda el alma.

N. S. U., Ovalle, Correo, 17 abril, amiga inseparable del volante, muy buena nadadora, le gusta el baile y el cine, alta, cuerpo más o menos, desea correspondencia con joven de bonito cuerpo, ojos claros, porvenir, marino o militar, o lo que sea. Indispensable foto.

Margarita S. y Lucía V., Valparaíso, Correo 2, desean conocer jóvenes entre 25 y 30. Ellas son serias y trabajadoras, muy de su casa.

Joven 20 años, moreno, ojos negros, actualmente en servicio militar, quiero correspondencia con señorita 22 años, que ame de veras. J. Silva N., Fuerte Borgoño, Talcahuano.

Paquita V., Correo 2, Valparaíso, desea saber del joven Alfredo Chocano, que trabaja en la Estación Villa Alemana. Una chiquilla que se acuerda siempre de cuando jugaba frente a la ventana.

Para O. A. M. A.—¿Recuerdas al moreno que encontrabas en el autobús todas las mañanas? ¿Aquel que una vez te pasó una carta citándote para la mañana, citación que aceptaste, pero que no cumpliste? Contéstame al nombre que ya sabes, Correo 1.—El Valdiviano que te adora.

Mary G., Correo, Concepción, simpática, alegre, cariñosa, quiere correspondencia con el jovencito Pinochet, que vive en la calle Tucapel 564.

Bett H., Correo, Concepción, rubia, lindos ojos negros, desea correspondencia con el jovencito Medina, hijo del doctor de esta localidad.

Gilda Gray, Correo, Talca, desea correspondencia con un teniente de Chorrillos. Ella es morena, bonito cuerpo, 17 años.

José Reyes, Manuel Sáez y E. Williamson, Fuerte Borgoño, Talcahuano, tres marineritos de 20 años, físico agradable, desean correspondencia con tres lectoras simpáticas de esta revista.

Marlón D., Correo, Talca, desea ardientemente correspondencia con el simpático arquitecto Alvice M., de la Caja Hipotecaria de esta ciudad. Creo no haber pasado inadvertida ante sus encantadores ojos.

Berta Concha, Correo, Talca, desea correspondencia con joven moreno, ojalá de campo. Es alta, lindos ojos verdes, pelo negro. Enviar foto y nombre verdadero.

Mi ideal es una señorita que vi el lunes 11 de marzo en la Biblioteca Severin. Vestía traje azul, parecía uniforme de Liceo, medias y zapatos cáscara. Estaba leyendo una colección del diario «La Unión» a través de la acompañaba un jovencito de 14 a 15 años, a quien ella llamaba Albo, y que leía «Los Tres Mosqueteros», libro que él abandonó y yo tomé a mi vez en seguida. ¿Recuerda, señorita, al joven que estuvo sentado al lado

SEDALOSE

SEDANTE DEL SISTEMA NEURO-VEGETATIVO

estados espasmódicos
excitación nerviosa
neurastenia
psicastenia
melancolia
insomnio

LABORATORIO LICARDY
38, B. BOURDON
NEUILLY-PARIS

suyo, y que vestía terno café y sombrero pío-
mo—V. E. L. A., Correo 3, Valparaíso.

Rayito de Sol, Correo, Talca, desea polo-
lear con un lector de «Para Todos». Lo de-
sea moreno o rubio, pero que sepa amar de-
licadamente y sea buenmozo y educado. Ella
tiene 20 años, alta, bonito cuerpo. Ama
la música, el cine y el baile.

Joven de 20 años, moreno, conscripto en
la Batería Fuerte Borgoño. Deseo correspon-
dencia con muchacha de Coronel-Mau-
le, de apellido Barra—S. Rodríguez, Batería
de Costa Borgoño, Talcahuano.

Meche Dinamarca, Correo, Parral, gitana,
19 años, educada, franca, cariñosa, desea
encontrar buen amigo, hasta 30 años.

Para todos los rubios color mate y more-
nos de ojos azules o verdes, de 22 a 24 años,
buena figura y reglamento bien vestidos, ar-
gentinos o extranjeros—porque son más apa-
sionados—quiero correspondencia con algu-
no de estos muchachos. Como tengo 19 años
y soy diletante, no quedará desilusionado.
Aproveche la ocasión. ¡Lea y... conteste!—
Olga Hermann, Correo, Talca.

Joven de 20 años, estatura regular, desea
correspondencia con muchacha de Talcahu-
ano o Concepción, aunque sea fea, con tal
de que sepa trabajar y sea honesta y ama-
ble—Samuel Rodríguez, Fuerte Borgoño,
Talcahuano.

M. Rubio, Correo, Idahue, desea corres-
pondencia con joven de 35 a 40, serio. Ella

es una chiquilla alta y delgada. Nunca ha
amado.

Mario, Federico y Eduardo, 17 años, bien
educados, alumnos de la Escuela de Artes
y Oficios, desean correspondencia con tres
señoritas bien educadas, de 15 a 17 años.
Correo 2.

Reír Llorando.—Falta dirección.

Jenny A. Paredes anuncia a sus numero-
sos correspondientes que se casa y, por tal mo-
tivo, suspende toda correspondencia con
ellos. Les desea igual suerte a todas y a to-
dos y queda agradecidísima a este consul-
torio, que le ha proporcionado la felicidad
de un esposo ideal.

L. A. Pereda, F. Borgoño, Talcahuano, ma-
rinerero joven, educado, simpático, que se de-
dica a la poesía, busca chiquilla de 15 a 18,
cuya correspondencia le brinde alegría y
consuelo.

Ketty y Margot, amigas, 15 y 16, respec-
tivamente, una rubia, la otra morena, de
ojos verdes, desean correspondencia con dos
cadetitos. Son muy simpáticas, honorable
familia y dominan perfectamente el inglés.
Indispensable enviar foto. Correo, Potrerillo.

Flor y Chela Varas Fernández, desean cor-
respondencia con jóvenes de 18 a 20, altos
y sinceros. Ellas son de buena familia, 17
años, corazón libre, pero dispuesto a amar
con frenesí.—Correo, Quillota.

Carlos B. T., Fuerte Borgoño, Talcahuano.

marinero, buena presencia, quiere correspon-
dencia con chiquilla menor de 22, ojalá de
Santiago.

Mariano Vargas, Fuerte Borgoño, Talca-
huano, marinerito, quiere correspondencia con
chiquilla diletante, prefiere de Valparaíso.

Magali Phillips, Correo, Cañete, desea cor-
respondencia con joven mayor de 20 a 23
años, familia honorable, buenos sentimien-
tos, Correo 2, Chillán.

Frank Mayo.—Falta dirección.

Incógnito adorador.—Falta dirección.

Georgette, Correo Lota Alto, chica que
sólo ha recibido desengaños en la vida, de-
sea encontrar un alma buena que la haga
conocer las dulzuras de una amistad des-
interesada.

S. Ramírez.—Su carta está tan mal es-
crita, que no se entiende.

M. E. A., Escuela de Mecánicos, Valpa-
raíso, busca chiquilla que sepa querer, no
importa físico.

René Le Roy, Correo 3, Valparaíso, bom-
bero, 20 años, buena familia, desea corres-
pondencia con señorita de 18 a 20, cualquie-
ra condición social, con tal que sea muy
amante de la música. Prefiero resida en
Valparaíso o puertos cercanos.

Evangelina, Correo, Talca, desea corres-
pondencia con un joven que conoció de vis-

(Continuación de la página 9)

LA VENTANA ILUMINADA

silón y sonriendo mira cómo duerme. Después, separando
sus cabellos con mano suavisima, le besa largamente sobre
la frente.

—¿Quién vivirá allí?—se pregunta Ludovico, siempre se-
ducido por el misterioso atractivo de la ventana iluminada,
en torno de la cual su pensamiento flota al azar.

¿Dos amantes? Sí, dos amantes, para los que nada existe
en el mundo sino su mutuo amor y que nunca miran más
allá de sus dos sombras enlazadas que marchan ante ellos
al claro de luna. ¡Oh, joven y encantadora pareja! Su sen-
cillo idilio comenzó fuertemente en un extremo del barrio,
una noche en que, colocados por casualidad uno al lado del
otro, miraban cómo daban vueltas los caballos de madera
del tiyvo. Ella vino en seguida que el estudiante era rubio,
rubio y con los labios encendidos; él se percató al minuto
de la morena de ojos alegres como una canción. Y para ser
felices no han pedido permiso más que a sus veinte años.
Su amor data de la primavera, desde el mes de los ramos
de cerezas; pero están en la edad en que “mañana” quiere
decir “siempre”, y han transformado su cuarto junto al te-
jado en un nido de besos.

Es realmente extraordinario que esta noche haya luz
en su casa. El enamorado ha debido de ausentarse hoy, ce-
nar en casa de sus ancianos padres; por eso cuando se marafuy
chó, le puso ella al cuello un pañuelo suyo, para que durante
el camino perciba su olor y no la olvide.

La enamorada, cenando en una esquina de mesa, se sen-
tía feliz por estar sola para poder pensar mejor en él; sin
darse cuenta, sonadora, dibujaba el nombre de él sobre la
servilleta con la punta del cuchillo; recordaba, con tierna
sonrisa, la gracia con que él andaba, con que él se mueve,
y sentía algo delicioso que se espacía en su corazón. Después
se desnudó y se metió en la cama.

Ahora duerme, cerca de la bujía encendida. Se sembran-
te fresco, rodeado por sus cabellos deshechos, reposa sobre
sus manos juntas... Cuando vuelva él, pronto, sin hacer
ruido, tendrá el gozo de sorprenderla en su sueño de flor,
se sentará al lado de la cama y la contemplará largo rato.
Entonces, adivinándole por instinto en su sueño, ella abrirá
los ojos... Oh, el parpadeo de una muchacha de veinte años
que despierta! ¡Oh, los primeros centelleos de una estrella!...
Y él, loco de amor, la abrazará apasionadamente y acostará
su cabeza en el pecho perfumado.

—¿Quién vivirá allí?—sueña Ludovico, con los ojos siem-
pre fijos en la alta ventana radiante en la noche.

¿Por qué no un buen matrimonio con sus hijos, un otoño
con bellos frutos? No cabe duda de que existen corazones hu-
mildes y resignados, felices en el deber y para el deber, como
aquellos esposos que Ludovico encuentra a veces, los domín-
gos, en esta barriada de costumbres patriarcales: la madre,
rubia, ajada, con un trajeito barato, empujando a su últi-

mo hijito en un pequeño coche, y el padre, con su cabeza gris
de subje de oficina, orgulloso de llevar de la mano a su
chiquillo mayor. Tal vez son éstos los que habitan allá arri-
ba y, como no hay más presupuesto que de cuatrocientas pe-
setas y poco para pellicar, puede imaginarse lo que supone
teniendo dos chiquillos. Frecuentemente desayunan con car-
ne fría de toro que sobró de la víspera. El niño mayor duer-
me en el comedor, sobre una cama-sofá que se despliega to-
das las noches. ¡Ah! El segundo chiquillo, al que no se es-
peraba, el pobrecito adorado, aún teniendo por bien veni-
do, desequilibró el escaso presupuesto. Afortunadamente el
papá ha encontrado una tienda para llevarle los libros por
seiscientas pesetas al año, y esto le obliga a salir de casa a
las ocho de la mañana, llevando su almuerzo en una tartera
de hoja de lata.

Pues bien: nadie se queja; todos tienen buena salud.
León, el primogénito, que cumple sus cinco años, ganó tres
premios el último curso, y es sencillamente entermedera la
afectuosa mirada que el marido dirige a la mujer cuando el
chiquillo, viendo a su madre fatigada de coser por la noche,
le dice: “Vamos, mamá, anda a acostarte... Ya has traba-
jado bastante”.

¿Por qué no hace lo mismo el padre, que ha de levantar-
se a primera hora para poner al corriente el libro mayor de
su tendero? ¿Por qué se retrasa, al lado de la lámpara de pe-
tróleo? ¡Ah! Es porque comprende que, siguiendo sus estu-
dios, León necesitará un auxilliar para sus lecciones, y he
aquí por qué el pobre hombre se esfuerza por atrapar el per-
dido griego que aprendió en su mocedad.

¡Bah! A pesar de todas sus miserias, Ludovico envidia
de veras a estas buenas gentes, porque poseen lo que él no
podría pagar con toda la sangre de sus venas: un gran amor,
y porque comen su cocido escaso rodeados de virtud.

De pronto gruesas gotas de lluvia empiezan a aplastarse
sobre el arroyo y sobre la mesa de la cervicería donde Lu-
dovico está de codos. Es la borrasca. Hay que retirarse.

A pesar de la hora tan avanzada, encuentra a su por-
tera despierta, remendando un refajo de lana en su cucu-
tril. ¡Ah! Pues ahora sabrá quién vela detrás de aquella
cortina luminosa, que le ha hecho soñar dolorosamente todas
las felicidades, al menos las que son dables a los pobres: el
trabajo, el amor, la familia.

—¿Quién vive encima de mí?—preguntó a la portera—.
Sí, en la habitación justamente encima de la mía. Es la
única ventana de la casa que aún está iluminada.

—¡Ah, señor!—responde la portera—. No vive nadie...
Había un pobre viejo que debía dos meses... El propietario
no se los reclamaba por caridad... porque tenía cerca de
setenta años y estaba para entrar en un asilo... pero se ha
muerto esta noche, a las cuatro... La señora del primero ha
dado una sábana vieja para amortajarlo, y como él no cono-
cía a nadie... ¡Señor, Señor, ni un amigo, ni un pariente
para velarlo!... Yo he encendido una bujía al lado de su
cama... Y ahora, puesto que todos los vecinos están en casa,
voy a subir un rato a la habitación del muerto, y rezaré un
rosario para la salvación de su alma.

ta en Curicó. Se peina al medio y luce unos pequeños bigotes. Sus iniciales son E. V. M. y posee una propiedad en Romeral. Me dicen que le gusta una talquina, ¿será verdad?

Nena Rudloff, morenita de ojos negros, desea correspondencia que sea culto, alto, fino y galante. De buena familia. Prefiere extranjero. Correo Concepción.

Stella Brian, Correo, Antofagasta, muchacha de 18 años, desea encontrar joven 22 a 30, del sur o salitrero, no importa sea pobre.

Valentina Cordié, sola en el mundo, decepcionada por la falsa amistad de amigos y amigas, busca una amiga o un amigo que, por correspondencia, le haga llevara su soledad. Correo, Antofagasta.

Domin, Correo, Antofagasta.—No se pu-

blica por venir redactada en trozo de papel.

Roberto Lake, desea correspondencia con una santiaguina cuyas iniciales son E. J., que estuvo veraneando en Arauco en compañía de su señora madre y una hermana llamada Lucy que está de novia. La acompañaba también una amiga que está de novia y que vive en Carmen 71. Correo, Arauco.

N. y L., chicos inseparables, desean correspondencia con dos niñas no mayores de 18. Ojalá envíen foto. Casilla 1016, Concepción.

V. L. T. y M. A., amiguitas de 18 y 17, amantes del baile y cine, rubias, buenas mozas, bien vestidas, oficinistas, desean correspondencia con amigos alegres que sepan amar. Correo Central, Talcahuano.

Dick Turpin, Correo, Parral, desea co-

rrespondencia con señorita de 15 a 20. No es feo, 18 años, hace estudios por correspondencia.

E. Muñoz, Chillán, Correo 2, confiesa que los ojos de Blas P. la tienen loca.

J. C. G., L. A. R. y D. S., tres alumnos de la Escuela de Mecánicos, Valparaíso, desean correspondencia con chiquillas simpáticas, que tengan su corazón libre.

María Alendrovna, Correo 11, Providencia, desea correspondencia con muchacho sincero, buenos sentimientos. No importa físico, siendo de buena estatura, ni fortuna, si es trabajador. Yo tampoco tengo fortuna, pero si un corazón desinteresado, para el hombre que sepa comprenderlo.

Princesa Soñadora.—Falta dirección.

(Continuación de la página 5)

ALMA DE ARTISTA

masiado fatigada, hube de asistir sola, dado que nuestras viejas relaciones con la familia me lo permitían. Fue una hermosa solrre. Andrés se mostró conmigo complaciente y atento, y gracias a ello, pasé momentos verdaderamente agradables...

Cerca de media noche, Pierre de Coulain vino a invitarme a bailar. Pedro era un amigo de infancia, un buen camarada, que me mostraba una viva simpatía, pero a quien yo jamás había esperanzado a causa de que mi corazón ya no se hallaba libre. En tanto ballábamos, él se puso a hacerme una declaración en regla, a pedirme si yo quería ser su mujer.

Yo tuve un momento de excitación nerviosa, que él pudo percibir perfectamente, y lo atribuyó sin duda, a que me horrorizaba la idea de unir al suyo mi porvenir.

—¿Por qué tal espanto en sus ojos, querida amiguita?, me dijo él. No debe Ud. dudar de la felicidad que puede procurarle la vida compartida. Yo la amo desde hace mucho tiempo y estoy en situación de hacerla todo lo feliz que Ud. merece.

Ignoro casi completamente lo que le respondí; tenía la garganta cerrada, y le rogué de no alterar la dulzura de nuestra amistad: él comprendió, y no insistió. Pero me había dislocado, y terminada la danza quise alejarme, encontrarme sola para reponerme de tan enorme impresión a la par bizarra y compleja: me dolía haber causado algún pesar a Pedro, pues comprendí demasiado que mi respuesta lo había desahogado, y al mismo tiempo, sentía una íntima satisfacción al considerar que había despreciado uno de los más ventajosos partidos de la región por el amor de Andrés.

Sali a la terraza, y me dirigí al parque, donde varias personas se paseaban contemplando la hermosa noche. Caminaba con paso vacilante dirigiéndome hacia un lugar aislado, un pequeño quiosco chino transformado en cabaña de verdura por medio de las plantas trepadoras que lo circundaban; llegué cerca de allí, me apercibí de que alguien me había llevado la delantera, y en consecuencia, había algunas personas dentro de él.

De improvviso me detuve al oír pronunciar mi nombre. Andrés Robert estaba allí con su primo Gouhier. Ellos no me habían visto venir, y sin duda, que hablaban de mí. He aquí lo que pude oír:

—Julietta d'Horiot, sí, encantadora, decía Andrés. Ella me interesa con el mismo interés que me conmueven todas las mujeres, nada de particular.

—Pero, ella podría amarte.

—Peor para ella. ¡Oh!, el amor, no soy de aquellos que se dejan coger: tú me conoces, viejo, yo soy un «effleuré» incapaz de amar y bien decidido a no perder jamás mi libertad con la pesada cadena del matrimonio. Si por acaso aconteciera que Julietta se enamorara de mí, demasiado bien sabría disuadirla con mi sistema infalible de indiferencia...

No pude oír más, mi sangre se había helado en las venas... Por un esfuerzo de voluntad sobrehumano pude contener un grito de bestia herida que subió a mis labios, y alejarme sin ruido. El alma acongojada, presa de la desesperación más terrible corrió de un salto hacia el límite del parque, donde el Gave rueda sus aguas tumultuosas; me arrojé sobre la hierba mojada y no pude llorar. Fué algo sencillamente atroz... Un tal despertar en el momento mismo en que acababa de rehusar a Pedro de Coulain que me amaba.

Los pensamientos más contradictorios se cruzaban en mi espíritu. Tan pronto quería salir al encuentro de Andrés, gritarle que lo había oído todo, que lo despreciaba, como quería volver cerca de Pedro, decirle que aceptaba ser su mujer, y anunciar allí, esa misma noche, mi noviazgo con el otro. Esta última idea me horrorizó a tal punto, que pude com-

prender que, a pesar de su infamia, yo amaba aún a Andrés. Entonces, como única solución, resolví morir. Podía hacer una cincuenta de pasos y arrojarla con fuerza al Gave; en algunos segundos sería transportada por el torbellino, cesaría de sufrir, y todo el mundo lamentaría un accidente. Era tal mi desesperación, que no reflexioné un momento en la pena de mis padres, ni en la religión que abomina del suicidio y lo prohíbe... Iba a poner mi proyecto en ejecución, cuando, repentinamente, una melodía llegó hasta mis oídos... Era el estallido lejano del trueno, mezclado al rumor del Gave, el ruido del viento entre los árboles, y al canto lejano de los vilonos que se escapaban de los ventanales del castillo.

Todo éste conjunto formaba una música indescriptible, extraña y muy bella, casi sobrehumana. Sentí entonces como la impresión de que algo se quebraba en mí, y sólo entonces pude llorar. Fue en ese momento, cuando, poseída de una fuerza extraña, que se apoderó de mi voluntad en el momento preciso, cuando iba a sumirme para siempre en brazos del vacío, me levanté, y por una de las avenidas extraviadas del viejo parque señorial, sin el valor necesario para saludar ni a la dueña de casa, subí a mi coche.

Una vez en la Ramble, donde todo el mundo dormía, no subí a mi dormitorio, sino que corrí a encerrarme en la torre donde se había instalado un salón de música para que mi padre tuviera su estudio agradable, en cualquier momento, sin ser molestado por nadie ni molestar a su vez, pues la torre estaba muy distante de los departamentos particulares.

Sin quitarme mi vestido de fiesta, húmedo por el rocío y pegado a mi cuerpo, me puse al piano, y durante horas toqué improvisado, componiendo sin interrumpirme, poseída de un ardor, una fiebre desconocida y jamás experimentada por mí. Me sentía en un plano superior, extra-terreno; tenía la impresión de encontrarme en otro planeta, en donde todo era sonidos, armonías, melodía. Me invadía una especie de vértigo interior que guiaba mi espíritu y mis dedos.

Sentía una piedra en el pecho. Mi corazón había muerto y junto a él crecía esplendorosa la flor de mi arte.

Julietta d'Horiot guardó silencio, oprimida, como agobiada por el peso de los recuerdos que acababa de evocar.

—¿Ud. no ha vuelto a ver a Andrés Robert?, preguntó tímidamente Mme. Laurencin.

—Sí, algunas semanas después, en París, tuve el valor de presentarme, naturalmente, de no hacerle comprender lo que había oído y que había estado a punto de hacerme perecer. Me felicité por mis primeros éxitos como compositora, sin adivinar jamás, que debía la revelación de mi talento al sufrimiento atroz que él mismo me había infligido...

Después, mi padre estuvo enfermo, hubimos de viajar, y a consecuencia de ello sólo volví a encontrarlo muy de tarde en tarde. Después de la muerte de mis padres, sólo lo he visto una vez, por azar, en casa de una común amiga. A pesar de los años transcurridos, sigue siendo el mismo encantador, un «effleuré», incapaz de un sentimiento profundo, de un amor verdadero y fiel, tal como lo había confesado a su primo León Gouhier. Va sonriente, continúa su misma vida, sin imaginar jamás que ha adormecido, quebrado la mía.

—¡Oh!, Julietta, protestó Teresa, no diga que una vida pueda considerarse quebrada con un talento semejante al suyo.

Así es, sin embargo.

Había tal amargura, tal tristeza en estas palabras, que Mme. Laurencin, con un movimiento espontáneo tomó la mano de la artista:

—Mi pobre amiga, cómo ha debido sufrir...

—Inmensamente, y nadie jamás ha debido comprenderlo. Ignoro lo que me ha impedido a hablar esta noche. Olvide mis confidencias, Teresa. Hay cenizas que es doloroso tocar y que por tanto no deben exhumar.

MARIE MISSIR

Para la Ciudad



GEORGES y JANIN.—Abrigo de noche en terciopelo beige. Cuello visón. Grandes mangas estriadas de alforzas. Panneaux en forma sobre los costados.



CHANTAL.—Traje de georgette, color tilo. Blusa hecha con volantes planos superpuestos. Talle marcado por un cinturón; sobre el cuello va un volante en forma. Falda recta. Abrigo beige. Cuello zorro azul.



CHANTAL.—Abrigo en kasha nueva. Cuello en renard azul. Alforzas en el ruedo de las mangas y en las cadenas. La espalda, despegada, forma bolero.

Cómo Vestir los Niños



Bonitos y elegantes
modelos de vestiditos
para niñas de un
efecto, a la par
que sencillo, vis-
toso y sor-
prendente

(De la página 3)

LAURA Y SU ORGULLO

—Pásamela a mí — exclamó Teresa, arrebatándole el pliego. Y sin esperar a más, principio su lectura: “Querida Sofía: Como al despedirme de todas vosotras, hace ya tres años, reservé la causa que me llevaba al convento — donde sigo por gracia de Dios — van ahora estas líneas para decirte a ti, pero solamente a ti — ¿lo entiendes bien? — el verdadero motivo que me impulsó a encerrarme en el claustro.

“Has de saber que, estando una mañana ante el espejo de mi tocador, advertí de pronto que un hilo de plata se destacaba fuertemente entre los rizos de mis negros cabellos. Y al ver ese hilo brillante, y pensar que bien pronto — porque no era ya una jovencita — mi cabellera de azabache estaría convertida en un montón de nieve, el calor del terror estremeció mi cuerpo. ¿Conque el mundo tendría que asistir sin remedio alguno a la transformación de mis cabellos de ébano en hilos de plata, y de mi cutis de seda en tez rugosa de árbol sin riego?... ¡Jamás! — gritó mi orgullo. — Habrá que huir cuanto antes”. Y la idea de encerrarme en un convento cruzó como un relámpago sobre el cielo sombrío de mi imaginación. ¿Cuánto tiempo lo medité? No es de interés hacer la cuenta. Pero el resultado lo conoces ya. Y lo que no sabías ni tú ni mis otras camaradas era el motivo de tal resolución. Hoy te lo revelo a ti, recordando que siempre fuiste tan buena amiga. Además, como ahora huyeron ya de mí tez las rosas, como ya mi cabeza es gris, y como también mi orgullo se ha trocado en filosófica resignación, no he vacilado en hacerte la confidencia. Pide mucho a Dios por mí.

“Yo también rezo de continuo por todos los que dejé en el mundo.

“Si aún eres amiga de Luz, dile que jamás la olvido en mis oraciones. No me olvidéis vosotras a mí. Tu amiga en Jesucristo. — Laura”.

—¿Es posible?... — dijeron algunas voces.

—Pero ve que esa carta era sólo para ti — dijo Luz a Sofía en un tono de reproche.

Mas ésta, sin atender a la indicación, exclamó con apasionamiento, dando pequeños saltos de triunfo:

—¿No os lo dije?... ¿No os repetí hasta el cansancio que el motivo del encierro de Laura en el convento era completamente misterioso? Ved cuánta razón tenía en asegurarlo. Aquí está ya la verdadera causa: el orgullo y sólo el orgullo. No me extraña... Nunca he visto una mujer más orgullosa que ésta...

—¿Y pensad lo que será para Laura — añadió Teresa — el verse ya con la cabeza gris y la tez ajada!... ¡Ella, que tanta vanidad tenía en su belleza!...

—Nunca le oí ninguna alusión sobre esto — dijo Luz con la benevolencia que la caracterizaba.

—No había sido ver su actitud — dijo Teresa.

—Era una gran vanidosa! — exclamó Sofía despectivamente.

—¿Y cómo se llama el engaño que esa monja pretende hacer a Dios — dijo Clemencia — yendo a encerrarse en un claustro solamente para evitar que el mundo asista al derumbamiento de su belleza?...

—Verdaderamente — murmuró Luz, pensativa y casi para sí — nunca pensé que Laura fuera capaz de hacer estas cosas...

—Yo siempre juzgué desconcertante a esa mujer — opinó una rubia que estaba recostada indolentemente en un sillón.

—Y yo — dijo una morena — bien claro os manifesté que era Laura un cofre cerrado...

—¿Y tan cerrado! — exclamó Sofía. — Como que pretendía engañar al mismo Dios. Ya lo veis.

—Casi no lo puedo creer — dijo Luz. — Era una mujer que me inspiraba admiración, ternura y hasta respeto... ¿Quién lo hubiera dicho!

—Pues toma experiencia, querida — le aconsejó Teresa.

—Es que nunca acaba uno de aprender en este mundo — dijo Luz, vencida ya, con un dejo amargo de escepticismo.

—Pero a mí no me engañó jamás — respondió Sofía, radiante de triunfo. Yo siempre esperé que el orgullo de esa mujer podría llevarla a cometer una atrocidad, y ya estáis viendo la que ha hecho. ¡Porque eso de pasar sobre Dios...! Que Él la perdone.

¡Van todas a signarse, atemorizadas, cuando el criado entró al salón anunciando que estaba servido el té.

Y mientras el correo alegre se transportaba al comedor para saborear los pastelillos y las confituras, en un rincón sombrío de la capilla del Cristo, allá en el convento de la Cruz, Laura, arrodillada en uno de los confesonarios, asistida por fray Juan Alonso, cuyo rostro enjuto hablaba de mortificación y de penitencia, llegaba al final de su confesión.

La voz austera del fraile se había detenido en un punto e insistía sobre él.

—No debiste hacerlo, hija mía... No se puede mentir. Si tú, por gracia de Dios, no tienes grises los cabellos, ni ajada la tez, sino que conservas intactos los dones que el cielo te otorgó, nunca debiste decir lo contrario.

—Repito, padre mío — repuso Laura con la voz temblorosa — repito que lo hice para castigar las últimas rebeliones de orgullo que me quedaban... Lo hice para ofrecérmela a Cristo lavada ya de esa pasión...

—Ni aún así, ni aún así — replicó la voz grave y severa de fray Juan. — Tampoco hiciste bien — añadió después — al decir que tu ingreso en el convento se debió a un deseo de evitar que el mundo presenciara las transformaciones del tiempo sobre tu rostro, sabiendo, como de sobra sabemos los dos, cuán antigua y fuerte ha sido tu vocación religiosa.

También lo dije para matar mi orgullo. ¡Eran tan dolorosas esas confidencias!... ¡Me ponían en tan ridícula situación!... ¡Hacían tanto daño a mi alma orgullosa y altiva!...

—Ha sido un presente que ofrezco a Dios...

—Hija mía — dijo el fraile con visible titubeo. — Dios no exige tanto... no... no. Tenías que mentir para esto... Pídele perdón, hija mía; pídele perdón... Rezarás un rosario en memoria de sus llagas...

El fraile alzó la mano entre la sombra, haciendo un signo que puso alguna luz en el rincón. Y cuando Laura, contrita, encorvada por el acatamiento, se alejaba hacia los bancos para reunirse con sus compañeras de encierro, fray Juan, mirándola partir, murmuró a media voz estas palabras, que semejaban un cántico de letanía:

—Por tan grande humildad y paciencia, ¡dale el cielo, Señor!...

MARIA ENRIQUETA

(Continuación de la página 16)

EL RAMO DE CORAL

ansiedad tenían todos los ojos clavados en el mar... Las gaviotas se pierden de pronto en la distancia y suban otra vez.

—Andrés hace desde abajo una señal: los que conocen la máquina se dan a su faena, y haciendo antes una sombra negra en el agua, como el cuerpo de un ahogado, sale el muchacho con su traje negro y goteando al lado del laúd. Se agarra a un remo con la una mano y muestra con la otra dos enormes ramos de coral, grandes como el puño, a la que rie...

—Todo el mundo calla: las mujeres, las niñas, hasta el agua, que se aquieta con profundo pasmo.

—La muchachuela examina los dos ramos implacablemente, y hace que no con la cabeza... Son grandes, pero grandes como aquellos dos se han visto y se venán muchos ramos de coral...

—En un segundo Andrés los ha vuel-

to a arrojar al mar y ha desaparecido el mismo augustamente...

—Fue espantoso. Todos sabían, en las barcas, que Andrés estaba enfermo; que no servía para la pesca aquella; que se ahogaba por momentos debajo del mar. Algunas barcas se marcharon... Desde otras gritaba la gente llamando al mozo con desesperación... Y pasó tanto rato que el día se fue haciendo gris: soplaban un viento frío.

—Volvió a cubierta Andrés con su enorme ramo.

—Le quitaron en seguida el traje negro, y el mozo estaba frío y sudaba y se ahogaba y se moría...

—Pidió que se entregara a la muchacha el ramo de coral, grande y hermoso como nadie lo había visto nunca...

—Y vivió todavía algunas horas...

—Partió la muchacha con su barca negra, su padre, medio ciego, sola en medio del mar y besando el ramo enorme de coral.

—¡Son malas las mujeres!

El Checa, había terminado con su frase favorita. Un silencio absoluto daba la medida de la impresión que había cau-

sado aquella tarde en sus oyentes: a lo lejos, por el mar, cantaban unos hombres que pasaban en una barca.

La muchacha desamorado y burlona estaba seria y dijo:

—¡Checa! ¡Has hecho mal!, no has contado verdad.

El viejo enmudece mirándola: ella se ha levantado; es alta, esbelta en medio del mar y besando el ramo enorme tatuados.

—Andrés murió; todos le conocías: me quería y yo le quería a él; pero le quería grande, le quería ilustre, le quería fuerte: hoy es sagrada y noble en este pueblo su memoria: pescadores, mujeres, hombres y niños hablan de él como de un santo... Nadie ha vuelto a pescar un ramo de coral como el que le costó la vida...

No son malas las mujeres... Checa: ¿quién te dice que no les cuesta lágrimas ver que son débiles los hombres?

Y sin que nadie le contestara, comenzó ella a andar con pausa grande, por el callejón estrecho, en busca del mar... a pasarse la mano por la frente, a mirar las olas... y a llorar.

Pull-over para la señora



Un pull-over en forma de chaleco puede llevarse sobre una blusa camisa o sobre un traje de China. Se emplea lana céfiro doble o alguna otra lana gruesa. Las rayas que forman la cintura están trabajadas con agujas de acero finas. Recordamos a nuestras lectoras que es conveniente que en el trabajo en punto de jersey, las lanas que no trabajan sean pasadas, cada tres mallas al revés de la lana que trabaja, a fin de evitar los largos hilos, tan odiosos una vez que el traje se ha terminado.

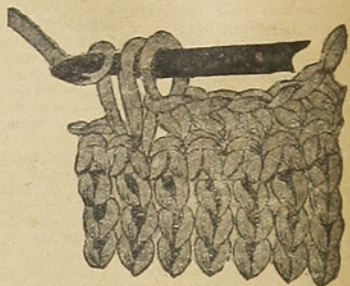
Para este chaleco hacen falta 150 gramos de lana céfiro azul marino, y 50 gramos de la misma lana blanca. Dos agujas de 12 milímetros de circunferencia para el cuerpo del vestido, y dos agujas de fierro de 5 milímetros de circunferencia para la cintura.

Puntos empleados. Primero: punto de

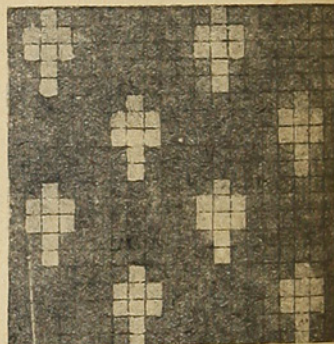
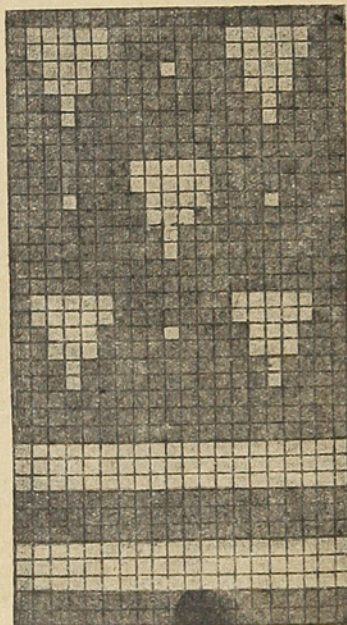
arroz: un punto al revés y otro al derecho, haciendo todo lo contrario en la corrida siguiente. Segundo: punto de jersey: una corrida al derecho y otro punto al revés, a manera de cintura. Cuarto medio punto al crochet, bocamanga y cuello.

Delantera: comenzar por abajo. Montar 136 mallas y tejer tres centímetros en punto de arroz con la lana azul marino, después tejer un centímetro con la lana azul marino en punto de jersey.

En la corrida siguiente, comenzar la parte con dibujos. (Cada cuadrado de la figura uno, representa una malla.) Así, durante 18 centímetros. Después con las agujas de acero, tejer un centímetro de punto elástico fino con la lana blanca y otro centímetro del mismo punto con la lana azul, más un centímetro igual con la lana blanca. Conti-



nuar la parte con dibujos, hasta tener 43 centímetros de alto. Cerrar veinte puntos del medio, y trabajar un lado de la delantera. En la quinta corrida, cerrar siete puntos del lado de la bocamanga y un punto del lado del escote. En la séptima corrida, cerrar cinco puntos de la bocamanga. La redondez del



escote, se obtiene, cerrando un punto cada cuatro corridas. Tener cuidado de dejar 32 puntos para la espalda. La bocamanga comprende sesenta corridas. La segunda mitad de la delantera, debe hacerse lo mismo.

Espalda: se trabaja como la delantera, pero suprimiendo el escote. Escote y bocamangas: Tres centímetros en medio punto al crochet, una corrida azul, una corrida blanca, alternando.

(Continuación de la página 15)

EL MUNDO Y SU MUJER

un poema de amor a la baronesa. El mundo consolaba a sus hijos.

¿Debían esperar también que el mundo les consolara?

Nada se dijeron durante el camino. Su coche les mecía muellemente sobre las asperezas de la calle. Algo espiritual se reflejaba en sus ojos pugnando por florecer en sus labios.

Quedaron completamente solos en el saloncito contiguo al dormitorio. No quisieron servirse de sus ayudas de cámara y permanecieron sentados uno enfrente de otro, abismados, como si se miraran por primera vez. Empezaban a comprenderse.

Clareaba el alba. Por la ventana del saloncito, que daba

sobre la grandiosa avenida del muelle, entraba una luz de resurrección.

Allá en el fondo, el trabajo dormía aún, próximo a despertarse; y más allá, el mar cantaba su eterna estrofa esperando el sol.

Los dos esposos se miraron llenos de piedad. En sus rostros estaba estampado el sello de todas las noches perdidas; estaban tristes, ajados, parecían viejos...

Levantóse él muy emocionado, y acercándola dulcemente a su pecho, los ojos fijos, anhelante, dudando aún de su felicidad completa, gimíó besándola en las manos:

—Di, alma mía, ¿por qué sufres?

Y ella, abandonándose a sus brazos, contestóle suavemente:

—¡Sufrió!... Dime: ¿no te grita el alma que ya ha llegado nuestra felicidad?

Así se amaron.

En el horizonte, sobre el mar que cantaba, apareció el incendio del sol.

(Continuación de la página 38)

UNA NOCHE, HACE DIEZ AÑOS

Vizconde Y.—¿Y por qué no me dijo, siquiera con una tarjeta, que las rosas eran suyas?

Señora X.—Porque estaba soñando y desperté. Desperté a tiempo.

Vizconde Y.—No es justo, amiga mía, que perturbemos con nuestros sueños las vidas ajenas.

Señora X.—Tiene razón. (Después de un momento de silencio). ¿Ve aquella pequeña, vestida de azul que está bailando?

Vizconde Y.—Pero, respóndame. Todo tiene en la vida una explicación. ¿Cómo se explica su proceder para conmigo? ¿Cómo se explica su silencio?

Señora X.—¿No me dijo usted, hace un momento, que las explicaciones tardías son inútiles? Sin embargo, yo se las debo y quiero dárselas. ¿Ve aquella jovencita vestida de azul?

Vizconde Y. (mirando).—¿Rubia, alta?

Señora X.—No, la otra, la que está bailando. Es encantadora, ¿no es cierto?

Vizconde Y.—¿Es su hija?

Señora X.—Yo no tengo hijas, bien lo sabe.

Vizconde Y.—Podía haber nacido durante mi ausencia.

Señora X.—Pero si es casi una mujer. Tiene trece años. Tenía tres cuando usted partió.

Vizconde Y.—¿Y qué tiene esa niña de común con nosotros?

Señora X.—Más de lo que usted podría suponer. Fue por causa de ella que no fui con usted aquella noche. Fue ella la que me impidió que hiciera la mayor locura de mi vida.

Vizconde Y.—¿Le parece que habría sido una locura?

Señora X.—Una mujer que hace el acto que yo iba a realizar, nunca puede ser feliz. Pero Dios mandó a mi encuentro aquella criatura y me salvó. Cuando ella acabó de bailar, quiero que la conozca.

Vizconde Y.—Pero, ¿quién es ella?

Señora X.—Oligame. ¿Nunca sintió en la vida la impresión de que ciertos actos los llevó usted a cabo en estado de sueño, y que no los habría realizado si cualquier acontecimiento, extraño muchas veces a su propia existencia, lo hubiese despertado a tiempo?

Vizconde Y.—La vida toda es un sueño.

Señora X.—Será. Pero hay ocasiones, sobre todo en las crisis de exaltación amorosa, en que dormimos y soñamos profundamente. Perdermos el sentido de las realidades, la noción exacta de la vida, y cuando despertamos, después de hecho el daño—sobre todo nosotras, las mujeres—nos sentimos infinitamente desgraciadas. Cuando hace diez años, en esta misma sala, vibrante de pasión, le prometí acompañarlo en su viaje, yo soñaba, amigo mío. Yo soñaba, cuando, en

el jardín de invierno, le dije que iría a buscarlo, esa misma noche, al Avenida Palace. Le hice esa promesa y—pobre sonámbula de amor—la quise cumplir. Soñando fui en mi automóvil a casa, a buscar mis joyas, los retratos de mi madre y del nene que perdí. Soñando aún, presa de un sueño al mismo tiempo voluptuoso y horrible, me metí en un coche de plaza, como una mujer cualquiera, como la última de las mujeres, para cometer la irremediable locura de arrojarle en sus brazos...

Vizconde Y.—¿Elena! Pero, ¿es verdad lo que me dice?

Señora X.—¿Qué interés tendría hoy en mentirle?

Vizconde Y.—Pues yo la esperé con ansiedad toda la noche... Vi, con la muerte en el alma, clarear el día...

¿Por qué no fué?

Señora X.—Porque me despertaron.

Vizconde Y.—Ni una palabra, siquiera...

Señora X.—Cuando iba a buscarlo, con miedo de que me persiguiesen, como una criminal, le di orden al automóvil que fuera con toda la velocidad. De repente el automóvil dió un salto y se detuvo. Oí gritos. Se juntó gente. Sólo comprendí lo que había sucedido cuando un hombre con una criatura en brazos entró gritando al automóvil. Corrimos a un hospital. La pobre inocente, que el guardabarro alcanzara, proyectó la dándola lejos, parecía muerta. ¡Ah, mi amigo, no puedo decirle lo que sentí! En aquel momento hubiera dado toda mi fortuna para devolverle la vida a aquella criatura. La tomé sobre mis rodillas, la estreché contra mi pecho: el corazón latía. De allí a poco la pobre pequeña—que era un amor—estaba sobre la mesa de operaciones, rodeada de médicos. ¡Qué alegría tuve cuando supe que las heridas no eran graves! Pedí que me la entregasen, que me la dejaran llevar conmigo, que yo me responsabilizaba de todo, que la atendería en mi casa como si fuese mi propia hija. El padre, un pobre guardián de los jardines públicos, accedió llorando. Una hora después, la pobrecita, acostada en mi propia cama, entre sabanas bordadas, en el cuarto a que yo había pensado no volver más, me sonreía dulcemente. Fue Dios el que puso aquel ángel en mi camino. La noche que debía, amigo mío, pasar entre sus brazos, la pasé velando el sueño de aquella criatura. Cuando volví en mí, cuando pensé en la locura que iba a hacer, en mi vértigo, en mi fuga, en el pequeño cuarto del Avenida Palace donde usted me esperaba, en el paquete en que debía partir para América la mañana siguiente, todo me parecía tan disparatado, tan absurdo, como si en aquel momento hubiese despertado de un sueño. ¡Ese accidente del automóvil fué, para mi conciencia, la capmanilla de alarma que me despertó! Estaba salva. Salva por aquella criatura...

ra que hoy me llama "mamá", que no volvió a salir de nuestra casa, que yo crié y educé como una hija, que hoy es mi único afecto en el mundo, y que ahora va, por el centro de la sala, bailando y dando saltitos como un pajarito azul.

Vizconde X.—Pero, ¿por qué no me dijo, al menos, una palabra por teléfono? ¿Por qué me dejó una noche entera en la incertidumbre y la ansiedad?

Señora X.—Porque si lo hubiese oído, amigo mío, hubiera vuelto a soñar. Mi adiós—adiós de amor, para siempre—fué con aquellas rosas que le mandé a bordo...

Vizconde Y.—Pero, ¿no pensó que yo sufría?

Señora X.—Sólo pensaba en la pobre inocente que sufría por nuestra culpa.

Vizconde Y.—¿No vio usted que hacía pedazos toda mi vida?

Señora X.—¿Y quién le dice que hubiéramos sido felices?

Vizconde Y.—El corazón.

Señora X.—El corazón no entiende nada de la vida. Felizmente, amigo mío, nosotros despertamos.

Vizconde Y.—¿Y quién le dice que no volverá a soñar?

Señora X.—Ahora ya es tarde... (Oyense las últimas notas del jazz-band). Mire. Acabaron de bailar. Quiero que conozca a mi ahijada...

Vizconde Y.—¿Para qué?

Señora X. (A Ninette, que se aproxima, transparente, graciosa como una mancha azul de acuarela).—Ninette... El amigo de quien te he hablado tantas veces...

Ninette.—¿Tu amigo de América, mamá? (Muy seria al Vizconde de Y, que le besa la mano).—Tengo que pedirle un favor.

Vizconde Y.—Hable, Ninette. Aquí tiene usted a un hombre que le sacrificó toda su felicidad...

Ninette (con los ojos velados de lágrimas).—No se demore en Portugal, ¿quiere?

(Continuación de la página 39)

LA SUERTE DE JOSEFINA BAKER

nuevas creaciones de la elegancia transatlántica... y Josefina nos dice que está dispuesta a aceptar... Josefina, vestida con algo más de su famosa ristra de plátanos, no será ya, del todo, la Baker... Pero será la maniquí ideal del "kinetismo", nueva orientación de la indumentaria femenina que renuncia a la estética en quietud para ocuparse tan sólo del vestido de la "mujer en movimiento"... Y todo hace suponer que antes de un año Josefina habrá impuesto a las mujeres elegantes de aquende y de allende el océano, su propio y trepidante desnudo kinético.

ANTONIO G. DE LINARES.

ANA PAVLOVA

(Continuación de la página 40)

nido pleitos mundanos con nadie. Nada de *affaires*, por suerte... Si; bien sencillo. Cada artista se hace su ambiente. Es cuestión de selección, de predilecciones. Ya sé que todo artista, y más si es mujer, ha de verse alguna vez rodeado de gente que, a su sombra, busque el escándalo, el *chantage*, la *réclame*. El secreto de una vida serena, está, más que en luchar y vencer, en apartarse. Y yo he sabido siempre esquivar el trato de personas indeseables. Y en cuanto a pleitear con los empresarios... Eso sucede cuando se actúa como trabajador: por cuestiones de dinero, por incumplimiento de contratos. Pero yo trabajo por placer, por caridad humilde y orgullosa hacia los que me buscan.

El mayor atractivo de su arte para el exégeta, radica en su alquimia misteriosa. La Pavlova danza de un modo perfecto, exacto, geométrico, y sin embargo, sus danzas no son *metier*, disciplina. La Pavlova danza de un modo apasionado, febril, donisíaco, y no obstante, sus ritmos no nacen de una embriaguez inconsciente. ¿Cuál es el secreto maravilloso de su arte,

clásico y romántico a un tiempo, mensurado bajo el signo sonriente de Apolo y exaltado en la llama alucinante de Dionisio? Ella misma, que es una mujer culta y sincera, no ha podido explicármelo:

—Bailo—me ha dicho—como si me entregara. Todo lo que sé, todo lo que he aprendido en mis estudios inabarcables de estética, desde la infancia, me parece olvidarlo cuando en la escena alzo mi cuerpo sobre las puntas de los pies. A veces, ni me acuerdo siquiera de los pasos elementales de un baile. Lo que no olvido nunca, al empezar, es el espíritu del *ballet* que inicio. Y así, sin imaginar que pueda ser otra cosa, danzo, entregada por completo... no sé a quién, si a mi arte o al público. Hay ocasiones en que ni los mismos aplausos me despiertan del sueño, del avatar lejano que revivo por el milagro de la música... ¿Oficio? ¿Inspiración del momento? ¡Qué sé yo!

Ni tú, Ana Pavlova, ni nadie. Lo único cierto es que te das íntegramente, totalmente, y que por eso mismo—y únicamente de ese modo—todo lo alcanzas sin esfuerzo: la perfección formal, la satisfacción interior, las palmas victoriosas rendidas a tu paso por el mundo.

JUAN G. OLMEDILLA.

Para la Mesa

La lencería de dos tonos incrustada, con diferentes fantasías, constituye la suprema elegancia de la mesa. Los servicios, los paños para bajo los platos y los diferentes manteles y fantasías que comporta el cubierto, deben estar en armonía con la vajilla que los acompaña.

He aquí un servicio de tela verde agua incrustado por un des-

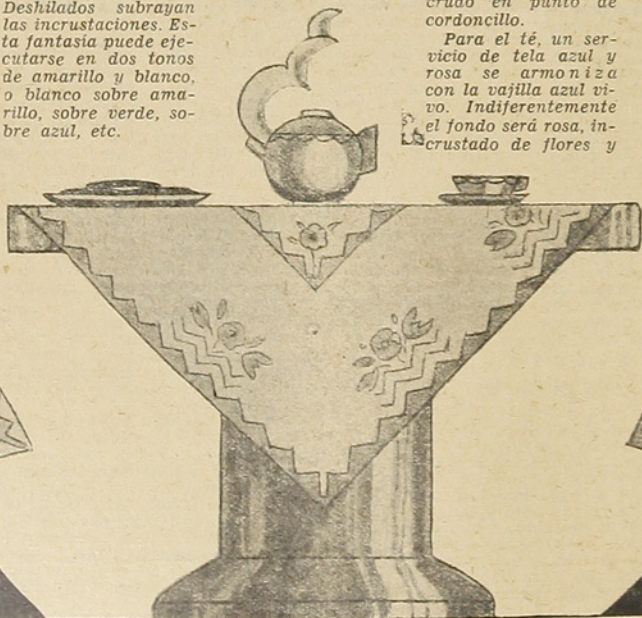
hilado de cuadrados y rectángulos de un verde más obscuro. Deshilados subrayan las incrustaciones. Esta fantasía puede ejecutarse en dos tonos de amarillo y blanco, o blanco sobre amarillo, sobre verde, sobre azul, etc.

por líneas onduladas bordadas en blanco crudo en punto de cordoncillo.

Para el té, un servicio de tela azul y rosa se armoniza con la vajilla azul vivo. Indiferentemente el fondo será rosa, incrustado de flores y

Un servicio de tela azul vivo, va incrustado en punto de cordoncillo de pájaros blancos. El borde blanco está subrayado

de bordados azul vivo o a la inversa. Los bajos de los platos o los sobres con las servilletas, pueden ser trabajados lo mismo.



(Continuación de la pág. 38)

LAS MUJERES FATALES EN EL CINE

fatales; les imprimieron un carácter accesible a la piedad, el arrepentimiento, el remordimiento; en fin, se les dió un alma y una conciencia, y fué así como su carácter se transformó en otro provisto de una humanidad aceptable.

Y ahora sería imposible dar una definición exacta de la mujer fatal, pues ella cambia con cada escenario.

En un film americano, no puede haber distribución sin mujer fatal o vampírea, como se las llama al otro lado del Atlántico y generalmente son las mismas artistas las que interpretan esta clase de roles.

Cuando una vedette es clasificada de vampírea, le es difícil, si no imposible desempeñar otros personajes. Entre las artistas americanas que han adquirido popularidad en este sentido, podemos citar a Evelyn Brent, la bella intérprete de «Crepúsculo de Gloria»; Margaret Livingston, que hizo una creación incomparable en «La Aurora», de F. W. Murnau; Esthela Taylor, la célebre Lucrecia Borgia de «Don Juan»; Dolores del Río, considerada como una mujer fatal, desde su interpretación de «Carmen»; Olga Baclanova, que ha desempeñado un rol netamente antipático en «Los tres culpables»; Nita Naldi, que fué durante varios años el tipo perfecto de la vampírea; Pola Negri, que ha triunfado al evadirse de este empleo y la vedette sueca, Greta Garbo, «La Mujer Divina», quien sólo ha desempeñado roles de mujer fatal o víctima de la fatalidad. En Alemania, Brigitte Helm, que se inició en Metrópolis, es una mujer fatal admirable; en «Crisis», de Pabst, y en «Mandrágora», de Galeen, han encarnado con un arte incomparable dos heroínas bien desconcertantes; Lya de Putti, la destacada intérprete de «Varietés», antes de su partida para América, siempre había desempeñado roles de carácter; Vivian Gibson, Marcela Albani, son consideradas como excelentes artistas de composición, pero no se presentan exclusivamente roles de mujeres fatales.

En Francia, Gina Mannés, por su interpretación de «Teresa Raquin» ha conquistado en buena lid, sus galones de vampírea; ha desempeñado también papeles bastante antipáticos en otras películas, como en «Barrio Latino», de Genina, y en «Viena», la última producción del «metteur» sueco, G. Molander, Raquel Devirys, Marcia Capri, Lyllán Constantini, han demostrado que todas ellas tienen condiciones para tales desempeños, los que no les ha impedido, como a la mayoría de las artistas francesas, consagrarse a desempeñar roles en que prima la mayor dulzura, en los que han tenido así mismo, una brillante interpretación.

IDEAS SOBRE LAS MUJERES CASADERAS

(Continuación de la página 1)

VISIONES ATERRADORAS

Desde los luminosos rayos del sol parecían surgir visiones espantosas de interminables comidas, siempre en la misma dulce compañía... Comidas que estaría obligado a consumir por una razón o por otra: o porque la cocinera se ofendera, o por aquello de: «yo misma la he preparado»... Al pensar en esto, corrí un temblor por todos mis miembros... «¿Lo ves?» preguntó ella, triunfante. Estás temblando; te has resfriado... conozco los síntomas.

Preferí no contestar nada. En silencio comí pierna de cordero y mucho me temo que durante el resto de aquella magnífica tarde de verano no fui sino un compañero muy poco interesante. Y de regreso en la ciudad, muy pronto olvidé aquellos hermosos ojos negros... a pesar de que el recuerdo de la pierna de cordero perdura hasta ahora.

Desde entonces, andando de fiesta en fiesta, de casa en

Naturalmente, no os extrañaréis al saber, que todas estas jóvenes que pasan su tiempo jugando con los corazones de los hombres, y en sembrar la discordia en los menages, son en la vida privada, las mujeres más alegres, más sencillas, que se pueda imaginar.

Si yo me caso, lo haré, sin duda, ¡con una mujer fatal!

(Continuación de la pág. 8)

COMO DEBEN VESTIR LOS HOMBRES

la barquilla. Esta novedad parece que no desagrada a nuestros jóvenes de tono.

Aunque recibimos todas las noticias de la moda de París, bueno es decir con satisfacción patriótica, que la industria del vestir está ya muy adelantada en Madrid; en las muchas y bien surtidas ropas que existen en esta corte y particularmente en los portales de Guadalajara, calle de Atocha y de Toledo, hallan vestido de su gusto y clase, desde la salada manola hasta la más coqueta dama, y desde el honrado labrador hasta el más romántico caballero.

Y no es de extrañar este gran adelanto en nuestro país, en este siglo de progreso y de cultura tal que solamente en España se publican a la vez, según asegura un escritor del extranjero, hasta doce periódicos.

Nada más me resta ya, sino desear a mis amables lectores y a mis graciosas lectoras, entieren sin pena al anciano 1829 que, cargado de meses muere esta noche, y reciban con alegría al tierno infante 1830, que nacerá al mundo dentro de pocas horas.

(Continuación de la página 37)

LA HERENCIA DE LA QUE FUE LA CELEBRE GABY DESLYS

—¡Hedwige, querida, soy tu hermana! ¿Ya no me conoces?

Gaby Deslys no la conocía ni podía explicarse por qué le daba aquel nombre. No hizo caso de la hungara, pero en el fondo es posible que le agradara su rasgo. Tener por el mundo tres madres o cuarenta hermanos es cosa que les acontece con frecuencia a los grandes artistas. También la Mistinguett creo que sabe algo de eso.

Pero otro día en Londres la cosa fue ya más seria... Quien se presentó entonces en el camerino de Gaby Deslys fué un inspector de Scotland-Yard pidiendo a la artista le mostrase sus documentos. La Policía londinense había recibido una confidencia advirtiéndole que la «seuda bailarina francesa» era una hungara. ¿De dónde partía aquella denuncia? Gaby Deslys recordó en seguida el incidente del «Apollon», de Viena.

El inspector, examinados los papeles, se retiró correctamente, sonriendo.

—Perdón, señorita, por la molestia. Esto que cuento son declaraciones que hizo Harry-Pilser, cuando hace tres años se suscitó por vez primera la cuestión de la herencia de Gaby Deslys.

Murió ésta, como se recordará, en una clínica de París, de resultas de una operación. Dejó su fortuna al Ayuntamiento de Marsella, sin olvidar a sus familiares ni a Harry-Pilser.

Pero hagámonos capítulo aparte.

Como es natural, estos días se ha hablado de la herencia de Gaby Deslys y se le ha dado alturas astronómicas. Un periódico americano habló en los primeros momentos de cincuenta millones de francos, y varios periódicos franceses lo repitieron. Pero en esto hay que atenderse a las noticias de Geo London, que acaba de ver ahora en Marsella el testamento ológrafo de la artista.

Gaby Deslys dejó como heredera universal a la ciudad de Marsella, con la obligación de pasar el usufructo del capital a su madre y a su hermana, mientras viviesen. Había un legado especial para Harry-Pilser, a saber: una renta mensual de mil quinientos francos, pagaderos por trimestres adelantados, hasta hacer la suma global de doscientos cincuenta mil francos.

Las perlas de la Gaby Deslys fueron famosas en todo el mundo. Sin embargo, su venta en subasta no produjo más que dos millones trescientos mil novecientos francos.

Toda la herencia, reducida a francos, alcanzó la cifra de nueve millones cuatrocientos ochenta y tres mil setecientos siete, de los cuales había que deducir un millón ochocientos cuarenta mil setecientos ochenta y seis por derechos de sucesión.

La cuarta parte del capital la otorga la ley francesa a los herederos naturales; en este caso, a la madre y a la hermana del artista, usufructuarias, además, del capital restante.

En cuanto al chalet de Marsella, donde vive la madre, cuando muera ésta y su hija, será el hospital Gaby Deslys.

Y esta es la herencia de Gaby Deslys, que anda en estos días en litigio.

CHISTES

Son las doce de la noche y está dando fin el concierto en una casa particular; la señora ruega al tenor de moda que repita lo que acaba de cantar.

—Mucho gusto tendré en ello, señora, pero temo que sea demasiado tarde y tal vez molestamos a los demás vecinos.

—Nada de esto; mejor que ellos, que tienen un perro que nunca nos deja dormir; hoy ha sonado para nosotros la hora de la venganza.

casa, he comprobado que si en realidad deseo permanecer soltero, la cosa no será tan fácil.

Si las mujeres no me proponen en matrimonio con palabras claras, lo hacen por medio de sus muchas insinuaciones. Me invitan a sentarme en un sofá en un rincón, y me preguntan cuál es mi ideal de mujer. Y luego, con graciosa e ingenua sorpresa descubren que «ellas» tienen «justamente» aquellas cualidades que más aprecio. Con la mayor audacia aseguran tener «justamente» los mismos intereses literarios que yo, o las mismas opiniones mías.

Al principio caí en la trampa, una que otra vez, creyendo lo que me decían, pero luego... Recuerdo que había una chica que, sencillamente, se enfermaba tomando champán, porque me había oído decir que un cierto «Extra dry 1916» era el mejor consuelo en la vida junto con una conciencia tranquila.

Creo que yo la consideraría como mi alma gemela. Creo firmemente que yo, si me propusiera hacerlo, sabría muchísimo mejor hacer la corte que muchas mujeres que conozco. Los métodos que despliegan son deplorables y contraproducentes, y estoy seguro que son contadas las que no proceden así.

EL BESO DEL PRINCIPE

Continuación de la pág. 33

destino se cumplirá en mí como en todos. ¿A qué rebelarme contra él?, discurre como buen musulmán.

Abde-r-rahmán— a quien la leyenda llama Al Hossein (el hermoso) por su singular hermosura varonil, y los historiadores árabes Sanchol o Sanchuelo, en memoria del nombre de su madre Doña Sancha—, es juicioso y bueno, soñador y aficionado al estudio. Aun duermen en su corazón sus ambiciones; aun no soñaba en ser califa. Contentábase con ser poeta..., y en aquellos sus años juveniles da en la extraña manía de encerrarse durante el día en su cámara y vagar, como un fantasma las noches de luna, por los adarves y terrazas, jardines y torres del castillo palacio. Ante la blanca aparición, humillan su frente y sus arcos y alfanjes los centinelas de la fantástica fortaleza.

Y a la luz de la luna pálida, parece más pálido aún el príncipe poeta; sus ojos irradian azules fosforescencias; sus manos son nacarinas y sus labios rojos tienen matices violados... ¡Qué hermosa figura la suya mientras fué sólo un príncipe de leyenda y la historia no rasgó las románticas brumas que la envolvían! Sus vestiduras riquísimas, blancas fueron siempre; sus armas, de plata. Sólo son de oro sus gudejas; sólo de grana sus labios...

Hace versos, compone canciones, estudia en los astros y siente el corazón henchido de amor sin nombre aún; sin objeto real a quien amar... El príncipe no ama; pero ya sueña el amor.

Un día llega a las soledades del príncipe Abde-r-rahmán un mensajero del rey, turbando la música de sus versos y el eco de sus canciones...

Es un sabio venido de Oriente para estudiar el destino del príncipe de ojos azules y rubias gudejas. Y el anciano inquiere la hora y el nacimiento de Abde-r-rahmán, el signo bajo el cual nació, los astros que estaban en ascendencia en aquel preciso momento; retorna a Valencia y dice así al rey:

—Tu hijo, poderoso señor, no será dichoso, porque dará la muerte a cambio de la felicidad a la mujer que ame... El y sus hijos y los hijos de sus hijos están malditos y maldito cuanto amén... Sus besos de amor darán la muerte a la mujer cuya boca bese la suya... y la muerte que lleva en los labios se transmitirá a todos sus descendientes hasta la quinta generación... ¡Cuánto toque su boca y ame su corazón ha de morir como lirios agostados por la sed del Estío!

—¿Cómo conjurar ese destino cruel?, gime aterrado Al-Manzur. Estúdialo tú que eres sabio... Pideme oro, joyas, piedras, tapices, caballos... cuanto quieras tendrás... ¡Conjura ese peligro! ¡Es mi hijo, es mi amor..., y daría mi vida por la suya!

—No hay manera de borrar lo que está escrito en los astros... Doña Sancha fué maldita por su madre, al salir de Navarra para ser princesa mahometana, y sus hijos fueron también malditos por aquella rencorosa mujer... Todos llevarán la muerte en los labios y sus madres morirán al darlos a luz... Y si tu hijo siente la mordedura de la ambición en su pecho, morirá trágicamente. ¡También lo dicen los astros!

No dice más el mago y retorna a Oriente dejando abatido a Al-Manzur y amargada su vida para siempre. Tan sólo comunica el fatal oráculo al gobernador de Jérica, dándole a la par severas órdenes respecto de su hijo y rogándole que oculte su triste destino al desventurado príncipe.

Este sigue escribiendo versos, componiendo canciones, mirando con escrutadora mirada a los astros, bien ajeno de que en ellos está escrito con rojos destellos su trágico destino... y sigue también vagando por los jardines y adarves del castillo como una aparición fantástica, lunar, sobrenatural.

Los nobles que heredaron el castillo de Jérica en las valencianas montañas eran muy cultos y amigos y protectores de todos los poetas y sabios de su tiempo. Un tanto incrédulos a fuer de sabios, el fatalismo musulmán no era dogma para ellos... y el gobernador del castillo y villa jericanos rióse del oráculo, del sabio traído expreso de Oriente para leerlo en las estrechas y de los temores del rey. Uno de los hijos del gobernador, el joven Mohammed, camarada y fidelísimo confidente del príncipe, incita a éste a los placeres del amor para curarle de aquella melancolía que le hacía amar las noches estrelladas, el rayo de luna, los versos y las canciones románticamente ideales.

Y la famosa y sus frondosas munitas (huertos cercados), los montes y valles, boques y fuentes que rodean el castillo, son teatro de las hazañas y empresas de amor de los dos mozos, que gozan a toda hora de ensueños deleitosos de los que nunca quisieran despertar...

Pero pasan los días, vuelan fugaces las noches de amor... y comienzan las huries del paraíso jericano a huir del príncipe como de un ser maldito. Todos los labios que reciben sus besos empalidecen: la grana se trueca en nieve..., y todas las amantes del príncipe que soñaban delirantes en los besos de Abde-r-rahmán, el Hossein (el hermoso), y en las caricias de fuego de aquel hijo del rey, de tez blanca, azules ojos y áureas gudejas, caen dulcemente en un sueño frío del que no despertaban.

El oráculo se cumplía.

Y al ver llegar, anhelante de amor, al blanco fantasma, hu-

yen de él las doncellas cegadas por el brillo de sus armas de brúñida plata, que refulgían a la luz de la luna como gudejas segadoras de sus vidas juveniles.

A oídos del rey Al-Manzur llegan los ecos de aquella desoladora leyenda de muerte y llama al gobernador de Jérica.

—¡El príncipe lleva la muerte en los labios! ¡El horóscopo del sabio venido de Oriente se cumple! gime el poderoso rey. ¡Es preciso que el príncipe renuncie al amor! ¡Que no se acerque a mujer alguna!

—¡Los besos del joven príncipe sólo pueden dar muerte de amor! responde sonriente el escéptico jarife jericano. ¡En mis dominios se ama demasiado y con intensidad volcánica! ¡Esto es todo, señor!

—¡Es preciso que el príncipe no se acerque a ninguna mujer! replica Al-Manzur. ¡Va a quedar mi reinado huérfano de bellezas... y nuestros palacios sin flores de harán si el príncipe prodiga sus besos!

Y el jarife se inclina profundamente ante el irritado Al-Manzur y regresa a Jérica con el estrépito del simín, seguido de su escolta.

Y como el rey veda el amor a su hijo y las doncellas hu- yen de él, el príncipe torna a vagar, prisionero y solitario, por las terrazas y jardines del castillo, buscando en las célicas alturas el amor ideal a la luz de la luna, ya que el amor real y palpitante huye de él como de un apestado...

Sólo una mujer no teme y ansia los besos mortales de los labios del príncipe: Sobehla (la Aurora), hermosa y gentil hija del jarife gobernador de Jérica, hembra apasionada que quiere saber como besan los labios de grana del príncipe de azules ojos que daba muerte de amor...

Primero compasiva, porque era bueno y generoso y llevaba un triste destino escrito en la frente; más tarde por insana curiosidad mujeril que celaba la certeza de aquella leyenda de amor y de muerte que circundaba la figura melancólica del príncipe como aureola de martirio, fué a él audaz y enamorada, afrontando el enigmático peligro que la seducía y deseaba con el valor temerario de su raza soñadora y aventurera.

—¡Amame! ¡Soy tuya! ¡Sobehla te ama cuando todos hu- yen de ti! ¡Yo no temo tus besos ni al destino..., ni la muerte! ¡Sólo temo al amor y el amor soy yo!

Y Abde-r-rahmán, el Hossein (el hermoso), ya no vagó más por los adarves y jardines en busca del amor ideal a la luz de la luna. «La luna dormía en sus brazos!», como dijo el príncipe poeta en una de sus canciones.

Secretamente, sin más testigos de su audacia que Moham- med, el confidente del príncipe y hermano de Sobehla, se des- posaron y la noble jericana fué al sacrificio con la fe de los mar- tires del amor, desafiando serena y tranquila la fatal leyenda trágica.

Y Abde-r-rahmán ve un día con gozo jamás experimentado ni sentido que sus secretos amores iban a florecer espléndida- mente en el huerto de su pasión y espera el fruto prometido en las noches deleitosas con el afán con que los pájaros es- peran el sol...

Pero la fuerza del amor de los dos jóvenes esposos no pue- de vencer al destino implacable y Sobehla la gentil muere al dar a luz a un infante de ojos azules y rubios rizos. Al besar antes de morir sus labios de leche y rosa, no sabe que imprime sello de muerte en aquella boca tierna y quejumbrosa. Y la apas- ionada doncella muere resignada porque ve que era sino de aque- lla y de todas las razas reproducirse para morir; y he aquí como resultaba cierta la leyenda de que costaba la vida el ser amado por un hijo de rey. La abnegada doncella no temió a los besos de Abde-r-rahmán. Arrebatada de pasión fué a sus nupcias sin temor a las caricias de muerte del príncipe hijo de la nazarena Doña Sancha, porque leyó en los libros de los sabios jarifes que «la vida fué amasada como barro deleznable animado por el su- til espíritu del amor, pero amargado por la trágica esencia de dolor; y la vida tenía, por consiguiente, como término fatal la muerte».

La historia dice que el príncipe Abde-r-rahmán, muerta Sobehla, sintió las mordeduras de la ambición en su pecho y a Sobehla, la muerte de su padre Al-Manzur y de su hermano primogé- nito quiso ser califa, y murió trágicamente.

El viejo soñador que me refirió esta leyenda, sentado en los derruidos muros del castillo de Jérica un atardecer, mientras un sol rojo de estío se escondía por Occidente, la termino sen- tenciosamente:

Los jarifes jericanos guardaron siempre en el castillo al hijo del príncipe y de Sobehla. Abde-r-rahmán no se consoló de la muerte de su gentil esposa. Tornó a vagar por los jardines y adarves del castillo; y es fama que en las noches de luna aún flota su sombra errante y fugitiva por estas ruinas y se oyen sus lamentos de amor confundidos con el murmu- rido del torrente que socava, siglo tras siglo, el peñón que sustenta el castillo donde vivió prisionero y tanto amó el príncipe de los ojos azules y las gudejas de oro, cuyos besos mataban de amor...

PARA LAS DUENAS DE CASA

Riñones a la milanese

Elegir dos buenos riñones de ternera, y después de lim- piarlos y lavados, se cortan en rebanadas muy finas y se les sala, echándoles peregril picadito por ambos lados, luego se envuelve en pan y huevo, como las milanese. Servir con un arroz cocido a la manteca.

Las Damas Blancas de Worcester

Por FLORENCIA BARCLAY, autora de "EL ROSARIO"

Gracias a la bondad de la Virgen los sentidos de la anciana hermana lega se habían aguzado de extraordinario modo, y en aquel momento comprendió que nada es mejor para engañar que referir la verdad pura.

—Escuchando un maravilloso relato romántico—contesto—que acaba de referir "El caballero del traje rojo".

—Estás completamente loca con ese petirrojo, María Antonia—observó María Marta, y un día vals a coger un resfriado mortal, permaneciendo en el jardín y recibiendo la humedad que reina después de la puesta del sol.

—Muy bien—repuso ella, pero mientras disponga de lo mío, nadie tiene que meterse en mis asuntos.

Y se dedicó en apariencia, muy interesada, a la confección de un sabroso caldo muy apreciado por la Reverenda Madre. Pero, mientras tanto, el diablo murmuraba al oído de la anciana: "No volverá...; es inútil que te esfuerces en hacer el caldo, porque ella no estará aquí para tomarlo. El Mundo y la Carne la han llamado; la Reverenda Madre no volverá...". Remueve bien el contenido de la olla, pero aromatiza el caldo para tu propio gusto, porque te servirá de cena. Cuando el Mundo y la Carne llaman con alguna fuerza, las mujeres más santas se van al Diablo".

—¡Embustero!—exclamó María Antonia, blandiendo su cuchara de madera.—Ponte detrás de mí, o mejor dicho, ponte delante, si te atreves. Ya estoy cansada de que me vengas con esos cuentos. Además, si te pones ante mí, como estarás en el fuego, te hallarás como en tu casa, maese diablo. Pero ten cuidado, no introduzcas el rabo en el caldo de la Reverenda Madre.

Cuando las Damas Blancas salieron del refectorio, María Antonia empezó a pulimentar el marco de madera alrededor del cuadro de Santa María Magdalena, situado junto a la puerta de la celda de la Reverenda Madre. En aquel momento llegó sor María Rebeca y levantó la mano para llamar.

—Detenéos—murmuró María Antonia.—La Reverenda Madre no quiere ser molestada.

Sor María Rebeca disfranzó su contrariedad con una sonrisa.

—¿Y por qué no, buena hermana Antonia?

—No es asunto mío—replicó la vieja Antonia con toda la rudeza de que era capaz.—Tal vez porque se dedica a estudios especiales o se entrega una hora más a sus devociones, aunque más probablemente se deberá a que quiera descansar por espacio de una hora de ver rostros tan feos como el vuestro y el mío. Pero cualquiera que sea la razón, la Reverenda Madre ha cerrado su puerta y esta noche no quiere ver a nadie.

Y, dicho esto, la vieja Antonia continuó su tarea de pulimentar los armarideros de madera inmediatos a la puerta de la Reverenda Madre.

Sor María Rebeca levantó nuevamente la mano para llamar, pero la vieja lega interpuso varias veces el trapo, no muy limpio, que le servía para su trabajo, entre la puerta de la Superiora y la mano de la importuna.

Esta, murmurando algunas palabras acerca de que daría cuenta de ello a la mañana siguiente a la Priora, se marchó, por fin, en dirección a su celda.

Cuando todo se quedó tranquilo, cuando todas las puertas estuvieron cerradas, la vieja hermana lega se dirigió al claustro y, acurrucándose en el abovedado paso, más allá de la escalera que conducía al camino subterráneo, estuvo aguardando y en observación.

De nuevo se amontonaban en el cielo las tempestuosas nubes negras, en un cielo de color púrpura. Había desaparecido ya el último resplandor del sol por el oeste, y en el claustro la oscuridad era completa. A alguna distancia retumbaba el trueno y un buho chillaba en el árbol del muchacho del panadero.

Los viejos huesos le dolían a María Antonia y el corazón parecía debilitarse por momentos, pues hacia ya muchas horas que había permanecido sentada en posiciones violentas, sin haber probado otro alimento después de la hora de la comida.

El Diablo se acercó otra vez, como suele hacerlo con aquellos que, después de haber comido mucho, tratan de ayunar.

—La Reverenda Madre no volverá—murmuró.—¿Qué esperas?

—¡Márchate!—exclamó María Antonia.—Soy demasiado vieja para hacer compañía a nadie, ni siquiera a ti. Sor María Rebeca te está esperando en su celda.

—La Reverenda Madre siempre andaba con su cabeza entre las estrellas—añadió burlescamente el diablo.—¿Por qué

los más altos son los que caen más abajo cuando llega la tentación?

—Pregúntalo a la Madre Sub-Priora—contestó María Antonia,—la próxima vez que te convida a cenar.

Entonces apretó conmovida las manos contra su pecho, porque acababa de oír en la cerradura de la puerta el ruido de una llave al girar.

Luego algunos pasos, más bien sentidos que oídos, se dirigieron hacia el claustro.

A la escasa luz reinante, la alta figura de la Priora se movió sin hacer ruido, pisando las losas de piedra, y atravesó la puerta y el desierto corredor.

Mirando ansiosamente, la anciana lega vio a la Priora detenerse ante la puerta de su propia habitación, empujar la llave maestra, abrir y entrar en la estancia.

En cuanto el débil ruido que hizo la puerta al cerrarse llegó a sus oídos, la vieja María Antonia empezó a llorar desesperadamente.

CAPITULO XVI

El eco de insolentes voces

Cuando la Priora entró en su celda, permaneció por un momento como atemorizada por sus rápidos pasos en la obscuridad. Apenas podía darse cuenta de que había pasado ya aquella larga situación violenta y de que, por fin, hubiese podido llegar a su habitación sin haber sufrido daño alguno.

Todo estaba como lo dejara. Aparentemente nadie la había echado de menos y pudo volver sin ser observada por nadie. Hugo estaba ya sano y salvo en su hostería de Worcester y nadie debía conocer que hubiera estado allí.

Nadie debía conocerlo, y, sin embargo, este conocimiento mantenía a la Priora inmóvil en el mismo sitio en que él estuvo y mirando alrededor de la celda.

Hugo había estado allí y, mientras estuvo, ella no sintió más deseo que el de hacerlo salir cuanto antes. Pero ahora, muda por el dolor de una grande añoranza, miraba a su alrededor.

Si, precisamente, en aquel mismo lugar había estado él; allí se había arrodillado y allí había permanecido otra vez. Aquel aire monástico, habitualmente tranquilo, había vibrado ante el fervor de su voz, pero ahora ya se hallaba nuevamente tranquilizada.

¿Se serenaría también su pobre corazón? ¿Dejarían de temblar sus pobres labios y cesarían de sentir el fuego que ahora parecía quemarlos?

Por un momento su mente se fijó en sí misma y luego su pensamiento entero se sumió en la comprensión de su soledad, sus sufrimientos y sus amargas desilusiones. Duro fuera que él la hubiese encontrado muerta, pero que la perdiese en tanto que seguía viviendo, era una pena insostenible. ¿No perdería él, por tal causa, su fe en Dios, en la verdad, en la pureza y en el honor?

La Priora sintió una insistente necesidad de orar, mas dejando a la graciosa imagen de la Virgen y el Niño se echó al pie del crucifijo.

Había visto a un hombre fuerte sufriendo penosa agonía, clavado por los crueles clavos de las circunstancias a la cruz del sacrificio y del vencimiento. Por eso se volvió al Salvador doliente, de un modo instintivo, en busca de auxilio y consuelo.

Y así, rápidamente, su oración de la noche anterior había sido escuchada, porque los heridos pies de Nuestro Señor crucificado la atraían más que los pies infantiles del Niño Jesús que reposaba en el brazo de su madre.

No obstante, mientras estaba arrodillada suplicando, intercediendo y en adoración, su memoria le recordó la criminal exclamación de María Serafina: "Un Dios muerto no puede ayudarme. Quiero vivir y no morir". Y luego resonó otra vez en sus oídos la severa pregunta de Hugo: "¿Es esto religión?"

Verdaderamente y en muy poco espacio de tiempo, las voces insolentes habían adquirido libertad de resonar en la celda de la Priora, dejando su impío eco detrás de ellas.

CAPITULO XVII

El ofuscamiento de María Antonia

Hacia ya más de una hora que la Priora estaba de regreso en su celda, cuando resonó en la puerta suave llamada.

—Adelante — ordenó la Priora, y apareció María Antonia llevando caldo y pan, algunas frutas y una copa de vino. La Priora se hallaba sentada a su mesa y delante tenía un abierto misal y un pergamino. Su rostro estaba muy pálido y en sus ojos se advertían intensas sombras. Y al ver a la vieja Antonia así cargada, no sonrió, sino que en tono severo le dijo:

—¿Cómo vienes ahora, María Antonia? No te había mandado que me trajeras alimento.

—Reverenda Madre — contestó la anciana lega con voz que trataba de ser firme, pero que, sin embargo, temblaba. — Habéis permanecido estudiando durante largas horas sin daros cuenta de que había pasado la de la cena. No os enojéis con la vieja Antonia porque os traiga un poco del caldo que tanto os gusta, pues no podríais dormir sin tomar algún alimento.

La Priora miró sin comprender, en apariencia, sus palabras, cual si éstas no tuvieran sentido alguno para ella. Luego miró cómo temblaban las viejas manos, y una oleada de sangre coloreó sus pálidas mejillas.

Aquel dulce movimiento vital de su corazón le dejó percibir, en la adhesión de la pobre anciana, un elemento humano que antes le pasara inadvertido, y en su tristeza le sirvió de consuelo.

Cerró el volumen y dejó a un lado el pergamino.

—Eres muy buena, María Antonia, y te agradezco que hayas pensado en mí. Deja todo eso sobre la mesa. Ahora acerca ese taburete y sientate junto a mí mientras cenó. Estoy cansada esta noche y me agradará tu compañía.

Si las doradas puertas del cielo se hubiesen abierto ante ella y San Pedro, en persona, la hubiera invitado a entrar, la hermana María Antonia no habría sentido mayor asombro ni tampoco agradecimiento más grande. Era algo completamente maravilloso el hecho de que le ordenara sentarse junto a la Madre Superiora y en la celda de ésta.

Así, arrastrando el esculpido taburete y poniéndolo a medio metro de la pared, María Antonia se sentó en él.

—Más cerca, Antonia, más cerca. Pon el taburete aquí, junto a la esquina de la mesa. Tengo mucho que decirte y me gustaría hablar ahora contigo.

La hermana Antonia creía estar en el séptimo cielo.

Mientras tanto, la Priora, que la observaba, no dejó de notar el cansancio que se advertía en el anciano rostro, y la amarilla palidez de la arrugada piel que de ordinario estaba sonrosada como una manzana.

La Priora tomó una parte del caldo y, dejando luego el tazón, se volvió hacia las frutas.

—El caldo es excelente, Antonia — dijo — pero ya tengo bastante. Acábatelo tú, pues me complacerá ver cómo te lo tomas.

Penetrada de agradecimiento y sin atreverse apenas, la vieja Antonia tomó el tazón, y mientras bebía el caldo, guiñaba sus astutos ojos al recordar que el diablo le dijera que aquel caldo serviría de cena únicamente para ella, y aunque adivinó, en parte, no pudo prever que lo recibiría de manos de la Reverenda Madre.

Y así ha sucedido siempre, desde el Edén, cuando el diablo se aventura a hacer una profecía.

Durante un rato la Priora habló ligeramente de flores y de pájaros, del jardín y del huerto y del regalo de tres hermosos salmones hecho por los buenos monjes del Priorato de Worcester.

Pero cuando el caldo se terminó y un débil color fué a teñir las viejas mejillas, la Priora empezó a hablar de la tormenta y de la puesta del sol, del estampido de los truenos y de los torrentes de lluvia. Luego, repentinamente, dijo:

—Y ahora que recuerdo, Antonia, ¿has referido a alguien el terrible cuento de que el espectro de la Santa sor Agueda paseaba, formando parte de la procesión de las Damas Blancas?

—No, Reverenda Madre — contestó María Antonia. — ¿No me prohibisteis hablar de eso?

—Es verdad — contestó la Priora. — Pues bien, Antonia, yo salí a la tormenta para buscar el fantasma, pero... no encontré a sor Agueda.

—Ya lo sabía — contestó María Antonia moviendo la cabeza con astuta expresión.

La Priora le dirigió una rápida y ansiosa mirada, preguntándole:

—¿Qué quieres decir, Antonia?

Entonces la anciana lega cayó de rodillas y besó el borde del hábito de la Priora.

—¡Oh, Reverenda Madre — tartamudeó — he de hacer una confesión!

—Hazla — ordenó la Priora, cuyos labios habían palidecido.

—Cuando me despedisteis, Reverenda Madre, después de haberos dado cuenta de lo que sucedía, me fui, según me ordenásteis, a la cocina. Pero luego, en mi celda, encontré esto.

María Antonia abrió su bolso, extrajo el saquito en que guardaba sus guisantes y, metiendo bien la mano, mostró luego seis de ellos.

—Había veinticinco en la bolsita, Reverenda Madre —

dijo. — Me figuré haber contado veinte en mi mano, de modo que, cuando todos los guisantes habían caído ya, pasó todavía otra dama y yo me creí que aquella hacía el número veintinueve. Pero al encontrar seis guisantes en mi bolsa, me di cuenta de mi torpeza, pues en realidad sólo había contado diez y nueve. Damas cuando apareció la última y, naturalmente, no tuve ningún guisante para ella. Sin embargo, vine a daros cuenta de mi equivocada observación, en vez de mirar antes los guisantes que quedaban en mi saquito. ¿Perdonaréis a la vieja Antonia, Reverenda Madre?

Dirigió rápida mirada a la Priora, y al ver cómo desaparecía la expresión de inquietud en aquel amado rostro, se sintió dispuesta a aceptar cualquier castigo que el cielo quisiera infligirle por su engaño.

Querida Antonia — empezó a decir la Reverenda Madre sonriendo. — Querida Antonia — repitió echándose a reír. Luego puso su mano por debajo del brazo de la anciana y, cariñosamente, la hizo levantar, diciendo:

—Los errores se cometen con mucha facilidad, aun con la mejor intención. No tengo nada que perdonarte, Antonia.

—Soy vieja, medio ciega y tonta — dijo la hermana lega en tono humilde — pero he rogado a nuestra dulce Virgen que despierte mis sentidos.

Después de esto, dicho con voz de humilde penitencia, María Antonia, sin ser observada por la agradecida Priora, guiñó el ojo a la imagen de la Virgen.

La soberana Señora sonrió y el dulce Niño parecía estar muy contento.

La Priora se levantó mientras extraordinaria expresión de alivio iluminaba su fatigado rostro.

—Vámonos a acostar, querida Antonia, y con la aurora del nuevo día nos levantaremos con el corazón más fresco y en los sentidos más despiertos. Así, que Dios te acompañe en tu sueño.

Una vez sola, la Priora se arrodilló durante largo rato, orando ante el altar de la Virgen. Una vez acercó su mano derecha al espacio desocupado en que Hugo se arrodillaba, tratando de sentir el recuerdo de la fuerte presión de sus dedos.

Por fin se dirigió a su lecho, pero el sueño se negó a cerrar sus párpados y volviendo ante la Virgen se arrodilló, a la luz de la luna, y besó la piedra sobre la cual se postrara el caballero; luego huyó, avergonzándose al pensar que la Virgen hubiera observado tal debilidad, y no se atrevió a mirar hacia donde, envuelta en sombras, estaba la imagen de Jesucristo crucificado. Porque con la llegada del Amor, que iba en su busca, vino también la Vida; y donde entra la Vida, huye la Muerte, así como ante la triunfante marcha del sol naciente, huyen apresuradas las sombras y la obscuridad.

Y aun entonces, nuestra Señora sonreía cariñosamente y el Niño, en sus rodillas, parecía estar muy contento.

CAPÍTULO XVIII

En la cripta de la Catedral

Al día siguiente, por la tarde, poco antes de la hora de Vísperas, cuatro hombres de armas que vestían la librea de Sir Hugo d'Argent transportaban unas parihuelas a través de las calles de Worcester. A su lado iba el caballero con la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo.

El cuerpo del hombre tendido en las parihuelas estaba cubierto por una fina sábana de lino, tapada en parte por una capa azul ricamente bordada con plata. La cabeza de aquel hombre iba envuelta por un vendaje que parcialmente le ocultaba el rostro.

La pequeña comitiva atravesó el muro exterior y luego entró a la Catedral por la puerta principal, que conducía a la nave.

Allí había un monje que observaba con la mayor atención a todos los que entraban y salían del edificio, y cuando se aproximó la comitiva con las parihuelas, dió algunos pasos hacia adelante con la mano levantada, lo cual originó una pausa en la marcha de los hombres de armas.

El caballero levantó los ojos y viendo al monje que impedía el paso, mostró un pergamino y se lo entregó, diciendo:

—Tengo permiso del señor Obispo, padre, para llevar a este hombre en las parihuelas todos los días a la cripta de la Catedral y allí dejarlo ante el altar de San Oswaldo durante la hora de Vísperas. Gracias a este diario peregrinaje y a la oración esperamos que se restablezca notablemente.

Al ver la firma y el sello del señor Obispo, el monje dió señales de obediencia y se apresuró a llamar al sacristán, ordenándole que atendiese al caballero y lo guiase en su paso hasta la cripta, dándole toda clase de facilidades para poner al enfermo donde mejor se hallara ante el sagrado altar del bendito San Oswaldo.

Así, una vez las parihuelas quedaron depositadas en el suelo los hombres de armas se apoyaron cada uno en una columna y el caballero descorrió el cobertor con objeto de contemplar el hombre que estaba echado debajo pudiera contemplar el altar y la imagen del Santo.

Mientras el caballero miraba a través de muchas columnas, observó que el sacristán permanecía junto él.

—Digno caballero — dijo el anciano con la mayor deferencia — el mandato de nuestro señor Obispo está por encima de todas las reglas. De no ser así mi deber me obligaría a haceros desocupar la cripta antes de Vísperas. ¿Veis esta escalera, debajo de la arcada? Dentro de muy pocos minutos subirán por ella las sagradas monjas del convento de las Damas Blancas de Whytstone, todas nobles señoras y de gran reputación de santidad. Diariamente vienen a Vísperas por un camino secreto y, entrando en la cripta, suben por una escalera de caracol practicada en el espesor del muro; así llegan a una galería situada encima del coro, desde la cual, sin ser vistas, pueden oír los cánticos de los monjes. Mi deber me obliga a ir ahora hacia arriba. ¿Queréis hacerme el obsequio, señor, de cuidar de que vuestros hombres no se acerquen a las Damas Blancas cuando pasen y de que no las molesten en lo más mínimo?

—Nadie moverá pie o mano mientras pasen, ni las molestará en lo más mínimo — prometió el caballero.

Hugo d'Argent estaba arrodillado ante el altar, con sus manos cruzadas y apoyadas en la cruz del puño de su espada, cuando el débil ruido de una llave que giraba en distante cerradura llegó a sus oídos.

Luego, por la escalera, y al través de la cripta, pasó la silenciosa procesión de las Damas Blancas de Worcester.

Aquellas figuras, cubiertas por un velo, que se movían sin hacer ruido por entre las columnas de la cripta, envueltas en la penumbra, ofrecían un espectáculo fantástico y parecían ser una comitiva de espectros que uno a uno se desvanecían y desaparecían por la escalera de caracol practicada en el muro.

El caballero no se movió. Estaba arrodillado y con las manos apoyadas en el pomo de la espada, pero con sus ojos siguió los pasos de cada una de las silenciosas figuras.

Apenas había desaparecido la última, cuando, desde más arriba, llegó el solemne canto de los monjes y de los coristas.

Aquella armonía que venía de lo alto parecía elevar el alma del oyente a causa de las sagradas palabras y de las nobles notas que llegaban hasta él, desligadas por completo de las personas, jóvenes o viejas, de los cantores. Todo lo de la tierra estaba invisible, pero, en cambio, cuanto de celestial había en aquel concierto llegaba al oído atento.

Arrodillándose reverentemente, con la cabeza inclinada, el caballero se preguntaba si los sonidos ascendentes llegarían a la distante galería donde se arrodillaban las Damas Blancas tan suavizados y enriquecidos como se percibían desde la cripta. ¿Estarian, también, los corazones de aquellas adoradoras, cubiertas por un velo, tan elevados hacia el cielo, muy por encima de la música, o bien las voces ascendentes tenderían, por el contrario, a acercarlos a la tierra?

El caballero se sumió en honda meditación acerca de si lo que está más alto eleva siempre o si lo que está más bajo tiende a hacer descender. Ciertamente una mirada hacia lo alto comunica esperanza y alegría, mientras que cuando se dirigen los ojos al suelo se da con ello una muestra de tristeza y desesperanza.

—*Levavi oculos meos in montes* — cantaban los monjes en el coro.

El caballero miraba hacia arriba cuando levantó los ojos de su insistente deseo hacia la Priora de las Damas Blancas. Y a tanta altura miró y tan inaccesible estaba ella, que muchos hombres habrían creído igual que hubiese pedido a la plateada luna, navegando a través del firmamento, que bajara para ser su esposa.

La había considerado siempre muy alta en su pureza y doncellez juveniles, pero ahora que la había encontrado convertida ya en noble mujer, madurada por el dolor, más que endurecida, aunque, sin embargo, firme en su determinación de morir para el mundo, de negarse a sí misma, de crucificar la carne, de resistir al diablo, entonces comprendió, verdaderamente, que su amada estaba a la altura de las estrellas.

Sin embargo, no se resolvía a considerarla inaccesible. Siempre había creído firmemente que un hombre puede conquistar a la mujer que ama, suponiendo que otro hombre no la haya conquistado ya. Y aquella mujer había sido su prometida, mas surgió la traición para sumirlos a ambos en el dolor. Pero todo eso no tenía entonces la menor importancia.

Había dejado a una jovencita y, al regresar, halló a una mujer. Esa mujer valía infinitamente más, pero también sería más difícil persuadirla de que volviese al mundo.

Al terminar su entrevista en la celda la tarde anterior, toda esperanza abandonó al caballero, pero más tarde, mientras andaban juntos en la obscuridad, la había reconquistado por completo.

El extraño aislamiento en que se encontraron, entre dos puertas cerradas y separadas por una milla de distancia, con la tierra por encima, por debajo y alrededor de ellos, que creían verse encerrados en una tumba, y, sin embargo, conscientes de su vitalidad y de su exuberante vida; todo eso la había acercado a él. Y cuando, por fin, llegó el momento de la despedida, que él consideró, otra vez definitiva, se presentó del modo más inesperado la repentina maravilla de su rendición.

Cierto que ella fué la primera en retirarse, que también lo alejó y que asimismo él se marchó sin decir palabra, pero,

precisamente porque ninguna promesa habría sido tan eficaz como aquel silencioso abrazo, esperaba más que nunca.

Habiase alejado de ella a impulso de la dulzura de obedecer en seguida a su más ligero deseo, alimentado por la esperanza de que los muros del convento no podían separar a unos labios que se habían encontrado y besado con tal pasión.

Aquella tarde, cuando después de muchas aventuras llegó por fin a las calles de la ciudad, anduvo por ellas con el porte de un vencedor.

Aquella noche durmió como no lo había hecho desde la hora en que su vida entera fue amargada por la carta engañosa y por una lengua traidora.

Pero, desgraciadamente, por la mañana sintió nuevas dudas; el mediodía trajo crueles incertidumbres y a medida que se aproximaba la hora de Vísperas comprendía, con desesperación, que era una locura esperar que la Priora de las Damas Blancas rompiera sus votos y huyese con él a Warwick. Sin embargo, siguió su plan y se atuvo a él, aunque allí, en la tranquila atmósfera de la cripta, mientras los sagrados cantos descendían de lo alto, el recuerdo, aun vivo, de aquellas majestuosas figuras blancas que se deslizaban a lo lejos por entre las columnas le dio a comprender la locura de sus esperanzas y la triste perspectiva de una vida de absoluta soledad.

Entonces se levantó, cruzó la cripta y se situó en la posición debida, detrás de una columna, a la derecha de la salida de la escalera de caracol.

Cesaron los cánticos y terminó la ceremonia religiosa. El caballero oyó el débil ruido de los suaves pasos que se acercaban. Las Damas Blancas llegaban y, por fin, pasaron. No estuvo mucho rato en suspenso, porque la Priora precedía a todas las demás. Su rostro estaba oculto, pero su estatura y su porte la dieron a conocer en seguida a su adorador. Andaba sin mirar a la derecha ni a la izquierda, pero, alejándose de la columna tras de la cual se había escondido el caballero, cruzó los escalones que conducían al paso subterráneo y se perdió rápidamente de vista.

El caballero se quedó inmóvil hasta que pasó y desapareció la última monja.

Una de ellas, alta, pero desgarrada, de cuerpo encorvado e indudablemente coja de una de sus piernas, se extravió entre las columnas y pasó muy cerca de donde estaba el caballero, hasta el punto de que si éste hubiera extendido la mano habría podido tocarla. ¡Cuánto se hubiese divertido la vieja Antonia de haberlo sabido! ¡La hermana Maria Rebeca abrazada por el Caballero del Traje Rojo! ¡Pero no, no lo quiera Dios!

Las parihuelas, llevadas por los cuatro hombres de armas, salieron de la Catedral. El caballero andaba al lado de ellas, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo.

Cuando pasaba a través del muro exterior, el señor Obispo en persona apareció montado en su blanco palafren, dirigiéndose hacia el convento de Whytstone, pero el caballero estaba tan apesadumbrado, que no levantó siquiera los ojos.

El Obispo dirigió una bondadosa mirada a las parihuelas y al sombrío rostro de Hugo. Había conocido cuando éste era todavía un muchacho, y le apenaba mucho verlo tan triste. Sin embargo, el Obispo continuó su camino sonriendo, tal vez dudando de la eficacia de las reliquias para la curación de una cabeza tan lastimosamente rota como la del pobre hombre tendido en las parihuelas.

Y en la sonrisa del Obispo se advertía extraña expresión de ternura.

CAPITULO XIX

El Obispo se cubre con la birreta

Simón, Lord Obispo de Worcester, había recibido una carta de la Priora de las Damas Blancas, rogándole una entrevista, a su entera comodidad, y en respuesta mandó un billete corto, aunque galantemente redactado, diciendo que el mismo día tendría el gusto de visitar a la Reverenda Madre, en el convento, una hora después de Vísperas.

Encontró las grandes puertas abiertas y el Obispo guió su palafren hacia el patio.

Le recibió en la puerta la Priora en persona y, arrodillándose, besó su anillo; levantándose, le condujo a través del hall, en donde estaban arrodilladas las monjas para recibir su bendición, y luego hacia arriba, por la ancha escalinata, a su propia celda.

Entonces le dio cuenta extensa de la historia de sus dificultades con aquella descarriada monja sor Maria Serafina.

—Pero el punto que principalmente deseo exponeros, Reverendo Padre — dijo luego la Priora — es éste: Si el relicho de un palafren es para ella un llamamiento más fuerte que la voz de Dios; si su mente recuerda aún con delicia las cosas del mundo; si profesó sin verdadera vocación, sólo porque deseaba ser el principal personaje de una gran ceremonia y esperando todavía que un hombre interviniese para

raptaría; si todo esto demuestra el verdadero estado de su corazón, a mi mente se ofrece esta pregunta: ¿Hace bien a sí misma o a otros perteneciendo a nuestra Orden? ¿No valdría más que se marchase?

"Comprendo, milord, que he de sorprenderos extraordinariamente al anunciar tan sólo esa posibilidad, pero en realidad me persigue el recuerdo de esa pobrecita, golpeando el suelo con las manos y recitando una monótona letanía de jaeces de grana y demás particularidades de su palafren. Por otra parte, cuando razones con ella y la exhorto a que cambiara el modo de pensar, estalló, como ya os he dicho, Reverendo Padre, en graves blasfemias, por las cuales fué castigada con toda severidad por la Madre Priora, y a partir de entonces, se ha mostrado dócil, al menos así lo demuestra, con las reglas establecidas y con la disciplina.

"Así, pues, aun cuando al parecer simule conformarse, ¿cuál será su verdadero estado de ánimo? Sé muy bien que nuestros votos son para toda la vida; todas las que pertenecemos a nuestra Orden estamos desposadas con el Cielo; y, con gratitud, sabemos que la tranquilidad del claustro se cambiará más tarde por la gran paz del Paraíso. Pero suponiendo que un joven corazón haya equivocado su vocación; suponiendo que la voz de un amante de la tierra la llame cuando ya es demasiado tarde, ¿os parece oportuno o posible, Reverendo Padre, absolverla de algún modo de sus votos abriendo tácitamente la puerta de la jaula para que ese alocado pajarillo pueda escapar reconquistando la libertad por la que suspira?"

El Obispo estaba sentado en el sillón español, situado cerca del mirador de la ventana, de modo que, a su placer, podía contemplar el esplendor de la distante puesta del sol, o, si movía ligeramente la cabeza, mirar al hermoso y grave rostro de la Priora sentada ante él.

Mientras hablaba, él la observó de un modo insistente con sus brillantes y escrutadores ojos, que conservaban aun toda la viveza de su juventud. Pero ahora que le correspondía contestar, volvió la mirada hacia el sol poniente.

La luz brillaba sobre la cruz de oro, de sencillo dibujo, que colgaba de su pecho y en la seda color violeta de su sotana. Su rostro, que tenía como fondo el tono oscuro de la madera española, parecía extraordinariamente blanco y flaco; sus contornos eran vigorosos y se advertía en él una intensa firmeza de ánimo, aunque la expresión fuese tan delicada como la de una mujer. Habíase quitado la birreta, dejándola encima de la mesa, y quedó al descubierto su plateado cabello, que enmarcaba su frente con blancos mechones. La suya era una mirada de santo, de estudiante y casi de místico, de no ser por la tierna burla que se advertía en sus ojos azules, que brillaban luminosos por debajo de las bien dibujadas cejas; ojos que habían conquistado la confianza de muchos hombres, que a nadie se habían resuelto a confiar su historia, pero que la revelaron a un hombre de tan santo aspecto como Simón, Obispo de Worcester. Y aquellos ojos estaban vueltos hacia la puesta del sol, cuando contestó a la Priora, diciendo:

—Ese alocado pajarillo — y hablaba con el tono cariñoso y musical que da la mente del que escucha una sensación de infinita comodidad para pensar y considerar el asunto de que se está tratando — ese alocado pajarillo podría sentir de nuevo el deseo de hallarse sano y salvo en su jaula, pues en tan débiles seres hacen presa los crueles gavioleros de la vida. Absortos en la contemplación de sus propios encantos, no advierten, hasta que es demasiado tarde, los peligros que les rodean. Tan alcados pajarillos, hija mía, están mucho más seguros en el abrigo que les ofrece el claustro. Por otra parte, ¿qué valor tienen en el mundo? Ninguno. Si con ellos se casan otros pájaros vanidosos, echan al mundo una nidada de pollos de la misma raza. Si los hombres verdaderos, seducidos por su hermosura superficial, se casan con ellos, nada puede evitar que su vida quede arruinada para siempre por el desencanto y por el dolor, y además, con ello sufre la perpetuación de la raza. Otras mujeres de más fino barro — y por un momento los ojos del Obispo dejaron de mirar la puesta del sol — son las que se necesitan para madres de los hombres que en lo venidero han de hacer grande a Inglaterra. No, no, antes de que uno solo de esos pajarillos se pudiera escapar, sería capaz de encerrarlos a todos en un convento y encargar a nuestra excelente Sub-Priora que la canción de un petirrojo encaramado en una rama cubierta de escarcha, en una mañana de Navidad. ¡Advertiase en el prelado tal juventud y alegría y tal esperanza!

Y entonces la Priora se dió plena cuenta de que, como había adivinado muchas veces, el reverenciado y reverendo prelado que estaba sentado ante ella, a pesar de su vestidura, de su dignidad y de su escudo de armas del Estado y de la Iglesia, tenía el corazón tan alegre como el de un estudiante en día de fiesta.

En aquellos momentos se sentía mucho más vieja que el Obispo, infinitamente más triste, más castigada por la vida y más dotada de experiencia que él mismo.

Y dirigió sus ojos al plateado cabello, a la firme boca, en cada una de cuyas comisuras había una curva dibujada por la astucia, y también miró a la frente pensativa.

Miró luego al anillo del Obispo. Era muy notable; no llevaba un sello, sino una enorme gema de gran valor, hermosamente tallada en muchas facetas y montada en oro macizo. Aquella hermosa piedra, llamada crisoprasa, había sido regalada al Obispo por un príncipe ruso en agradecimiento de un gran servicio que recibió del prelado, cuando hizo una peregrinación a Roma. La rareza de tales piedras debía, principalmente, al hecho de que los soberanos rusos habían decretado que se reservarian para el ornato de las reales personas y prohibido su uso o compra por personas de menor jerarquía.

Pero su hermosura y su rareza no constituían las únicas cualidades de la piedra preciosa de la sortija del Obispo. Lo más extraño de ella era que el color variaba de acuerdo con el humor del que la llevaba y las circunstancias exteriores.

Cuando le miró la Priora y sorprendió el alegre guiño, la piedra de la sortija era de color celeste, el color de los miopis juntos al arroyo de un prado o el claro azul del cielo por encima de la rosada puesta del sol. Pero entonces el Obispo pasó la mano sobre sus ojos, como si quisiera alejar una brillante visión y concentrar su mente en pensamientos más severos. Y en aquel momento la piedra de su sortija brilló con pálido tono opalino, cruzado por ráfagas de color verde.

La Priora volvió al asunto que le interesaba, con estudiada seriedad.

—No supuse, Reverendo Padre, que fuese una ventaja para el mundo el hecho de que sor Serafina volviese a él, sino que lo sería para ella misma y también para la Comunidad entera, que así se vería libre de la presencia de una heredad que encuentra fastidiosos nuestros sagrados ejercicios; nuestro hermoso convento le parece una prisión, y su celda, la tumba. Continuamente reclama su derecho a vivir. "¡Quiero vivir — dijo — Soy joven, alegre y hermosa! ¡Quiero vivir!"

—Para las que son como sor Serafina — observó el Obispo gravemente — la vida no es más que un espejo que las refleja. Otras formas y otras caras pueden también estar en él, en segundo término, pero apenas las ven ni se dan cuenta de ellas. No hay más que una cara y una forma que ocupa el primer término. Para esas, la vida es el espejo que conduce a la vanidad. Si apareciese un esposo en el cuadro, entonces sería relegado a segundo término y apenas se le concedería alguna que otra mirada por encima del hombro. Si en el campo visual danzan unos niños, pronto son alejados de allí sin la menor consideración. Pero, ahora, decídmelo: ¿Acaso el deseo de vivir de sor Serafina comprende el maternal instinto de dar vida?

Involuntariamente la Priora miró al dulce Niño que estaba en las rodillas de la Virgen.

—No — contestó en voz baja.

—Ya me lo figuraba — repuso el Obispo — son naturalidades egoístas e incapaces de sentir la sublime pasión de la maternidad; en parte, sin duda alguna, a causa de que ellas mismas no poseen vida merecedora de ser perpetuada.

La Priora se levantó rápidamente y, acercándose a la ventana, abrió uno de los batientes. En aquellos momentos sentía la necesidad imperiosa de ocultar su rostro, porque la emoción de su corazón, que no podía dominar, habría traicionado sus sentimientos, turbando la tranquilidad de su continente.

El Obispo se volvió, a su vez, para ver qué cosa había mirado la Priora antes de contestar a su pregunta.

—No — murmuró cuando ella se sentó de nuevo, aunque sin apartar los ojos de las copas de los árboles que estaban a alguna distancia — las Serafinas no tienen el instinto de la maternidad.

Y la futura grandeza de nuestra raza depende, de un modo exclusivo, de esas nobles mujeres capaces de transmitir a sus hijos y a sus hijas una vida fuerte, intensa, valerosa; una vida cuya base la constituya el sacrificio propio, cuya característica sea la lealtad y en cuya cima ondee la bandera del amor puro hacia el hogar y hacia la casa.

"Una mujer que tenga el verdadero instinto de la maternidad, no puede ver a un niño sin sentir deseos de estrecharlo contra su seno. Y cuando encuentra a su esposo, piensa más en ser la madre de los hijos de él, que en el objeto de su devoción, porque en su alma domina el instinto maternal y el sacrificio propio. Estas mujeres son tan puras como la nieve y por su esfuerzo espiritual logran que sus maridos sean los mejores y los más honrados. Estas son las mujeres que se necesitan en el mundo. Nuestra Señora sabe que no hablo a la ligera ni por el gusto de hablar, pero si Serafina fuese una de esas que digo, no vacilaría en ordenar: "Dejad la puerta abierta y, aunque sea sin permiso, pero también sin merecer reprobación alguna, dejadla que se marche".

—Si Serafina fuese una de estas, milord — dijo la Priora con firmeza — ya no habría conflicto alguno. Si la característica en su instinto fuese la lealtad, ésta la obligaría a observar sus votos.

—Así es — murmuró el Obispo. — Así es sin duda alguna.

hija mía. A menos que, por extraña fatalidad, esos votos se hubieran pronunciado bajo circunstancias completamente equivocadas. Me decís que sor Serafina esperaba que interviniese un hombre...

El Obispo se incorporó como si su interés se hubiese excitado de un modo extraordinario. Sus ojos ya no eran burlescos y cariñosos, sino escrutadores y brillantes, aunque siempre jóvenes y dotados del fuego de los primeros años, pero no de su alegría. Y cuando se inclinaba hacia adelante en su sillón, se cogió las rodillas con las manos. Entonces la Priora, mirando a la sortija, vio que la piedra era de color rojo vivo.

—En resúmenes cuentas—añadió el Obispo—tal vez pueda ayudarnos en este asunto y arrojar un poco de luz sobre la situación, encontrando la causa de la rebeldía de ese pajarillo alocado y probándonos que puede haber oído algo más que el relincho del caballo. Escuchad:

—Hace más de un mes llegó un caballero a esta ciudad; un noble caballero de magnífico aspecto, uno de nuestros más nobles Cruzados. Llegó aquí con el corazón deshecho, porque su prometida, durante su ausencia de Inglaterra, mientras él guerreaba contra los turcos de Palestina, habíale sido arrebatada por una cobarde y cruel intriga. Hizo algunas indagaciones acerca del convento y de la Orden a que pertenecía la joven, se dirigió al Norte para evacuar algunos asuntos urgentes y volvió con numeroso séquito, hace cinco días aproximadamente.

La Priora no se movió siquiera y escuchaba con la mayor atención, pero su rostro se puso tan blanco como el hábito que llevaba y cruzó las manos para contener el temblor que las agitación.

Pero el Obispo, ya dispuesto a hablar, no se fijó siquiera en la palidez ni en la emoción de su interlocutora. Sus vigorosas palabras alteraban la tranquilidad del ambiente, y la gema de su sortija brillaba como rojo vivo en un cubilete.

Hace ya mucho tiempo que lo conozco—dijo—y sé que es un muchacho de elevados sentimientos, cariñoso y muy querido. En su dolor se presentó a mí, con el corazón angustiado, y me refirió su historia de traición y de maldad. Nunca oí tal tejido de infamias ni semejante tragedia en que habían naufragado dos amantes corazones. Y cuando, por último, regresó a su tierra, se encontró con que la pobre a quien tuviera por falsa y desleal, creyendo lo mismo de él, había entrado en un convento. También parecía convencido de que su amada debía estar entre nuestras Damas Blancas de Worcester. Y ahora, decidme, querida Priora, ¿creéis que esa mujer pueda ser sor Serafina?

La Priora sonrió y, en verdad, era de admirar aquella sonrisa en un rostro que podía haber sido esculpido en mármol.

—A juzgar por lo que sé de sor María Serafina—contestó—me parece poco probable que la pérdida de ella pudiese angustiarse de tal modo el corazón de un caballero tan noble como el que me habéis descrito.

—En eso ya no estoy conforme con vos—dijo el Obispo.—Precisamente se observa atracción entre los caracteres más opuestos. Los altos se casan con las de corta estatura; los gruesos con las delgadas, los morenos con las rubias; los de carácter serio con las alegres. Por consiguiente, puede ser muy bien que mi cruzado, a pesar de la seriedad de su carácter, sufra todas las penas de este mundo por nuestro pajarillo loco.

—No lo creo así—replicó la Priora. Si bien se apresuró a añadir:—No porque tenga la pretensión de disentir de vuestra opinión, Reverendo Padre. Sin duda alguna estáis más versado en estos asuntos que yo. Pero si fuese como suponéis, ¿qué medidas aconsejaríais? ¿Cómo deberé tratar a sor María Serafina?

El Obispo se inclinó hacia adelante y murmuró algunas palabras a pesar de que no hubiese allí nadie que pudiese oírlo; pero, dado el estado de la conversación, las palabras en voz baja eran más dramáticas y eficaces. Y cuando se inclinó hacia adelante, casi pudo oír los violentos latidos del corazón de la Priora.

El Obispo tenía a ésta en alta estima y no deseaba causarle la menor contrariedad, mas no consideraba oportuno que una mujer tuviese completo dominio de sí misma y, por consiguiente, sobre las demás. Esto, que en un hombre es una excelente cualidad, se convierte en defecto para una mujer. Por eso el Obispo se inclinó hacia adelante y murmuró:

—Dejadla huir, hija mía, dejadla huir. Si los brazos de él la esperan, la pobrellita no tendrá que ir muy lejos, ni se verá obligada a correr muchos peligros, porque ya la protegerá su amante.

—¡Milord!—exclamó la Priora, ruborizándose de ira:—me asombráis! ¿Debo entender que os gustaría ver abierta la puerta del convento para que una monja renegada vaya a refugiarse en los brazos de su amante? Tal vez, Milord, seguiría mejor vuestras inspiraciones si ordenase a la hermana portera abrir las puertas de par en par para que el atrevido caballero penetrase en el convento y se llevase a la monja que prefiere a la vista de todas. ¿Señor Obispo! ¿Vos gobernáis en Worcester y en las ciudades que constituyen la diócesis, mas yo mando en este convento, y mientras aquí gobierne, nunca ocurrirá nada de eso!

La Priora temblaba de ira y se puso en pie; luego abrió los brazos y empezó a pasear con agitación.

—Ese caballero os ha embriado, Milord—dijo.—Olvidáis las reglas de nuestra Santa Iglesia y causáis una decepción a las mujeres que en vos confían y que os consideran como a su padre espiritual y su mejor guía.

La Priora paseaba por la celda de un lado a otro, y cada vez que pasaba junto a la silla que había ocupado, daba media vuelta y cogiendo el respaldo con sus fuertes dedos, lo agitaba nerviosamente, pues como no podía hacer lo mismo con el Obispo, se vengaba en el pobre mueble que tenía a su alcance.

—Me asombráis—repitió.—Verdaderamente, señor Obispo, me asombráis.

El Obispo se puso la birreta. Tan sólo le había ocurrido otra vez en su vida, llena de sucesos de todo linaje, enojarse a una mujer como le ocurría ahora. Entonces era muy joven y aquella mujer, encolerizada, lo agarró por el cabello.

Desde luego el Obispo no creía que la Priora hiciese lo mismo, pero le pareció muy cómico fingir susto y ponerse la birreta.

Luego, mientras se recostaba en su sillón, unió las manos como tenía por costumbre, y se pudo ver que la piedra de su sortija era otra vez azul y que sus ojos expresaban, más que nunca, la alegría propia de un estudiante. Sin embargo, trató de calmar la tempestad que había suscitado.

—Hija mía—dijo—nada más me he limitado a convenir con lo que vos misma me indicasteis. ¿Acaso no me habéis preguntado si me parecía conveniente o posible absolverla de sus votos, abriendo así, tácitamente, la puerta de su jaula, para que ese pajarillo alocado se escapara, si tal es su deseo? ¿Por qué esa excesiva indignación cuando no hago más que conformarme con vuestros argumentos y aceptar vuestras propias ideas?

—Nunca indiqué que los brazos de un amante estuvieran esperando a una de mis monjas—dijo irritada la Priora.

—Desde luego no mencionasteis brazos—replicó con suave entonación el Obispo,—pero de un modo explícito me manifestasteis algo de una voz. “Suponiendo que la voz de un amante del mundo la llame”, dijisteis. Y habiendo admitido que yo estoy más versado en estos asuntos que vos, debéis perdonarme, querida Priora, si os asombró todavía más, dándoos a conocer el indudable hecho, reconocido en el mundo exterior, de que cuando llama la voz de un amante es de creer que también esperan sus brazos. Brazos del mundo, hija mía, en nada parecidos a los de los encantadores querubines que habréis observado en las tallas de nuestra Catedral, pues de otro modo serían voces celestiales. Algunas de estas ideas fantásticas habrán pasado por vuestra mente al pensar en sor María Serafina, porque hasta que hice mención del noble caballero llegado a Worcester, con el corazón destrozado por su pérdida, estabais decidida a permitir su fuga. Por consiguiente, no es el hecho de los votos quebrantados, sino la idea de que Serafina se casara con el valiente cruzado, lo que ha despertado vuestra ira.

La Priora estaba silenciosa. Enfríbase su cólera al verse envuelta por el helado manto del descubrimiento que acababa de hacer de sí misma y del desdén que por sí misma sentía.

—Precisamente que las cariñosas palabras del Obispo expresaban la verdad mucho más correctamente de lo que él mismo se figuraba, porque la idea de que Hugo debiera consolarse con alguna alocada, vanidosa e indigna Serafina, le había causado enorme pena.

Sin embargo, ¿cómo podía ella, siendo la causa de la desesperación del caballero, privarle del consuelo que pudiese encontrar con el amor de otra?

De repente la Priora se arrodilló a los pies del Obispo y dijo con humildad:

—Perdonadme, reverendísimo Padre, hice mal al irritar-me.

Simón de Worcester extendió la mano y la Priora besó el anillo. Cuando retiraba sus labios de la piedra preciosa, vio que era de color sangre y brillante como el jugo de maduras uvas en un cubilete.

El Obispo dejó de nuevo su birreta sobre la mesa y sonrió cariñosamente a la Priora cuando ella se levantaba para sentarse otra vez.

—Bien hicisteis en enojaros, hija mía—dijo,—no estabais irritada conmigo ni con el valiente Cruzado, así como tampoco con la alocada Serafina. Vuestra cólera fue excitada, aunque de un modo inconsciente, por un sistema o método de vida contrario a la Naturaleza y, por consiguiente, distinto por completo de la voluntad de Dios. He tenido muchas veces grandes dudas acerca de esos votos de celibato perpetuo pronunciados por las mujeres. Para los hombres es difícil. Si al poder creador de un hombre se le niega su natural función, ello le excita a acometer grandes empresas y le mueve a realizar grandes fantasías, creaciones de su cerebro e hijas de su intelecto. Si no perpetúa su imagen en valerosos hijos y hermosas hijas, deja, por lo menos, su sello en la vida de otros muchos modos, a la vez valerosos y bellos. No ocurre así con las mujeres, porque no puede ser, dada la naturaleza de las cosas. Me parece que esos conventos tendrían mucha más utilidad si fuesen escuelas desde las cuales se pudiera mandar

al mundo a las mujeres para que fueran buenas esposas y madres, en vez de ser, como ahora, casas-almacenes llenas de tristes muestras de los ejemplares de los grandes propósitos de la Naturaleza deliberadamente inmaturos.

Había desaparecido ya la mirada juvenil y alegre de los ojos del Obispo que eran severos y escrutadores; sin embargo, no miraba a la Priora mientras hablaba.

El asombro se advertía más que nunca en su rostro, pero procuraba dominarse para conservar su calma exterior.

Tales ideas, señor Obispo, de ser expuestas y adoptadas con entera libertad, cambiarían por completo el sistema monástico.

—Ya lo sé—replicó el Obispo—y no quisiera expresarle más que a vos y a alguna otra persona con quien también hablo sin ambages ni rodeos. Pero a medida que me hago viejo, más claro veo que todos los sistemas son obra del hombre y, por lo consiguiente, equivocados la mayor parte de las veces, injuriosos y perniciosos. Pero la Naturaleza es divina. Los que viven en contacto íntimo con ella gobiernan sus vidas de acuerdo con las reglas naturales, no se alejan mucho del divino plan del Creador. Mas cuando el hombre se atreve a decirse: "debes hacer eso o no debes hacerlo", en seguida se produce la confusión. Se parte de una falsa premisa y el fin que se busca, aun en el mejor de los casos, se convierte en locura y fracaso.

El Obispo hizo una pausa. Los ojos de la mujer que estaba ante él habíanse oscurecido por la pena y por la aparición de un temor muy grande. Entonces habló para decir:

—Hay que tener en cuenta, señor Obispo, que decir estas cosas aquí es expresarle demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde—replicó Simón de Worcester. —"Demasiado tarde" es lo que siempre piensa el corazón cobarde. Si mientras seguimos andando por la tierra nos damos cuenta de haber cometido algún error, nunca es tarde para enmendarlo.

—¿Aí creéis, reverendo Padre? En tal caso, ¿qué me aconsejáis que haga... con respecto a Serafina?

Hablada cariñosamente, con el mayor cuidado y prudencia. Decidle mucho de lo que me habéis dicho a mí mismo y un poco, también, de lo que yo he expresado, aunque, como es natural, todo ello adaptado a una imaginación tan poco consistente como la suya. Vos y yo podemos un día sostener una polémica y, sin embargo, hallar conveniente el haberlo hecho. En cambio, debemos tener cuidado con lo que se dice a la pequeña Serafina, porque, tal vez, se escandalizaría. Decidle que me habéis consultado acerca de su deseo de volver al mundo y que yo, siendo poco severo y teniendo acerca del particular unas ideas más amplias que la mayoría de los prelados y estando, también, al corriente de lo que piensa Su Santidad, el Papa, acerca de los que abrazan la vida religiosa por otras razones que la verdadera vocación, he prometido arreglar el asunto de una dispensa. Pero añadid que no debe haber posibilidad de escándalo alguno relacionado con el convento. Desde que Lady Wulkeona, madre del Obispo Wulstan, de santa memoria, tomó el velo aquí, hace siglo y medio, esta casa ha sido siempre intachable. Tácitamente podéis permitirle que se marche y, una vez esté fuera, yo ya regularizaré su situación. Mas nada debe transpirar que pueda escandalizar a los demás miembros de la comunidad. Las circunstancias que el caballero me dió a conocer, siempre, desde luego, sin mencionar para nada el nombre de Serafina, es difícil que hayan ocurrido en otro caso. No es probable, por ejemplo, que nuestra digna Sub-Priora haya sido substraída por la tracción a los brazos de un amante desesperado, y ella, indudablemente, no compartiría vuestras ideas rigurosas acerca de las cualidades físicas y de las condiciones que debe tener un amante; tal vez no concediéndole siquiera la voz.

Ahora estoy enterado de que el caballero pasa todos los días la hora de Vísperas en la cripta de la Catedral, arrodillado ante el altar de San Oswaldo y al lado de unas parrillas en donde está tendido uno de sus hombres con la cabeza vendada y cubierto con una capa. El caballero tiene mi permiso para situar el enfermo ante las Sagradas reliquias por espacio de cinco días. Le pregunté qué resultados esperaba de tal conducta y me contestó: "Un gran alivio".

El Obispo hizo una pausa como si meditara acerca de aquellas palabras que repitió luego, complaciéndose en pronunciar cada una de sus sílabas.

—Un gran alivio—dijo sonriendo.—¿Quién sabe! Las santas reliquias pueden hacer mucho y tal vez sirvan para recomponer una cabeza rota, ¿Serían también capaces de curar un corazón herido? Lo ignoro. ¿Cuál sería de los dos el mayor milagro?

El Obispo miró a la Priora, cuyo rostro estaba vuelto.

—Muy bien, hija mía. En el estado actual de los asuntos, podéis informar a sor María Serafina de que en caso de que se extraviara entre las ciento cuarenta y dos columnas de la Catedral cuando pasa por la cripta después de Vísperas, encontraría a un caballero el cual sin duda alguna sabe perfectamente lo que le correspondería hacer luego. Si logra sacarla sin obstáculo de la Catedral y del muro exterior,

deberán encaminarse hacia Warwick, en donde un sacerdote les aguarda para casarlos. Pero sería conveniente que sor María Serafina tuviese alguna práctica en montar a caballo antes de aventurarse en tal jornada. Tal vez recuerde todavía los arreos de grana y el trote de su palafreñ, más es posible que haya olvidado, en cambio, su habilidad ecuestre. Debemos, por consiguiente, asegurarnos de que los planes del valeroso caballero para raptar a su dama no han de fracasar por falta de los auxilios que nosotros podamos darle.

El Obispo extendió la mano y tomó la birreta.

—¿Cuando tuvieron las monjas un día de asueto?—preguntó.

—No hace todavía un mes—replicó la Priora.—Recogieron el heno en el prado inmediato al río y ellas mismas lo transportaron, seducidas por la novedad de aquel trabajo.

El Obispo se puso la birreta y dijo:

—Dadles otro día de asueto, querida Priora, en celebración de mi visita y decidles que vos os he pedido que este día de asueto sea pasado mañana. Entonces le mandaré mi blanco palafreñ, convenientemente enjaezado. El hermano Felipe, que me atiende cuando monto y que gobierna a su antojo el palafreñ, lo conducirá de la brida. Las monjas pueden montar en él, por turno, en el prado inmediato al río, y hasta nuestra monja puede probar la fuerza de sus alas antes de que se fugue de Worcester hacia Warwick.

El Obispo se levantó, cruzó la celda y permaneció un rato arrodillado ante el crucifijo, orando con todo fervor.

Cuando se volvió hacia la puerta, la Priora le dijo:

—Os ruego que me deis vuestra bendición, Reverendo Padre, antes de marcharos.

Se arrodilló y el Obispo extendió la mano sobre su inclinada cabeza.

Ella esperaba oír de los labios del Prelado alguna fórmula latina y se sorprendió extraordinariamente al notar que de los labios del Obispo descendían a ella cariñosas palabras en inglés.

—Dios te bendiga, te guarde y te dé su gracia y su fuerza para que puedas elegir y realizar los trabajos más duros cuando El quiera favorecerte con ellos.

Después de eso, añadió:

—*Benedictio Domini sit vobiscum.*

Y haciendo la señal de la cruz sobre la cabeza inclinada de la Priora se alejó.

CAPITULO XX

Muérdao y Acebo

Simón, Obispo de Worcester, había ordenado a sir Hugo d'Argent que fuera a cenar con él al palacio.

Era el segundo día después de la conversación que el Obispo sostuvo con la Priora en el convento de Whylstone; la víspera del día de asueto concedido a las monjas en celebración de su visita.

Cenaron juntos el Obispo y el caballero, con majestuosa ceremonia, en el gran comedor de los banquetes.

Sabedor de la afición del Obispo hacia lo bello y conociendo también su costumbre de ser puntilloso y exigente en asuntos de atavío y de exquisito porte, gustos adquiridos sin duda en sus largas estancias en Francia y en Italia, el caballero se había revestido de su traje de corte más hermoso, de satén blanco, bordado de plata; collar de pedrería, cinturón y zapatos del más refinado gusto y, además, pendía de su costado una pequeña espada de exquisita factura. Una capa blanca, también ricamente bordada en plata, colgaba de sus hombros y unas calzas moldeaban sus bien formadas y vigorosas piernas. El brillo rojo sangriento de los magníficos rubies que llevaba en el pecho, en el cinturón de la espada y en los broches de sus zapatos, eran las únicas notas de color de su espléndido atavío.

La aguda mirada del Obispo notó con silencioso placer cuánto realizaba aquel hermoso traje el noble y moreno continente del caballero, su porte exquisito y las graciosas líneas de sus piernas que en traje ordinario más bien daban ideas de maciza fuerza.

El Obispo, por su parte, vestía de carmesí con adornos de oro, y así como la morena belleza del caballero se acentuaba gracias al color blanco y la plata de su traje, igualmente aquellas vestiduras italianas y espléndidas ponían de manifiesto la delicada blancura del fino rostro del Obispo y la suavidad plateada de su abundante cabello. Y así como el collar de rubies brillaba como ojos inyectados en sangre sobre el blanco satén del traje del caballero, también resplandecía sobre la palidez del rostro del prelado sus ojos animados por el fuego de eterna juventud, de alegría vital y de buen humor, que se revelaban en su astuto aunque bondadoso guiño.

Cenaron en una mesa redonda de pequeño tamaño, en el centro de la enorme estancia, que formaba un punto brillante, rodeada por las sombras, cada vez más densas, de molde que apenas podían los ojos distinguir los oscuros arriaderos de las paredes.

La luz parecía concentrarse en el caballero, blanco y con

reflejos de plata, y el color, en cambio, en la figura del Obispo, carmesí con toques de oro.

Entre las sombras, silenciosos y ligeros, con los pies calzados con sandalias, se movían los hermanos legos que servían la comida, vigilando todos los detalles y satisfaciendo en el acto las más pequeñas necesidades.

Por fin cargaron la mesa de frutas. Pusieron en ellas algunos frascos de vino fresco, y, finalmente, se retiraron, desvaneciéndose como oscuras sombras en la penumbra de la estancia.

En una distante puerta apareció el capellán del Obispo y éste, advirtiéndolo, dijo:

Benedicite.

—*Deus*—replicó el capellán haciendo profunda reverencia. Luego se quedó erguido y ofreciendo a la contemplación de los comensales su elevada y austera figura, las facciones duras, y sus ojos hundidos, casi ocultos por las cejas.

Miró con siniestra desaprobación a la distante mesa cargada de frutas y de botellas de vino, al Obispo y al caballero, sentados entonces uno muy cerca de otro; el Obispo, en su magnífico sillón, frente a la puerta, y el caballero, en una silla de alto respaldo, a la derecha del prelado y hacia la mitad de la mesa.

—*Muérdago* y *acebo*—murmuró el capellán al cerrar la puerta. —Así es, en verdad. *Muérdago* y *acebo*—repitió, mientras entraba en su celda. —El Reverendo Padre cena con el Mundo y consiente la Carne. Me parece que el diablo no debe de andar lejos.

Y, realmente, no estaba lejos, sino muy cerca, pues había mirado por encima del hombro del capellán mientras hacía su hipócrita reverencia ante la puerta.

Pero no gustó del blanco y puro del traje del caballero y temió también la clara luz de los ojos del prelado. Así, cuando el capellán cerró la puerta, el Diablo se quedó en la parte exterior y echó a andar junto al capellán a lo largo del corredor que conducía a su celda.

No hay mejor medio de lograr la compañía del Diablo que el manifestar la seguridad de que en aquel momento está ocupado con otro. En particular, si ese otro es, por casualidad, el hombre más santo que conozcamos y que, sencillamente, nos disgusta por un momento porque no ha tenido la ocurrencia de invitarnos a cenar con él.

El Diablo y el capellán se ofendieron mucho por ello.

El cariñoso *Benedicite* del Obispo, tendió sus blancas alas y se marchó como asustado palomo volando por encima de la cabeza del inclinado capellán hacia el frío corredor que había más allá.

Pero, precisamente, cuando se estaba cerrando la gran puerta, penetró de nuevo en la estancia, dió una vuelta por el comedor y fué a descansar en el tranquilo nido que ofrecía el bondadoso corazón que lo mandara.

No hay bendición alguna, vitalizada en un modo cordial, que cese de vivir. Si el que es objeto de ella no la merece, vuelve con rápidas alas hacia el que la profirió.

CAPITULO XXI

¡Y todo eso por Serafina!

La paz y tranquilidad reinaron de nuevo en el gran comedor una vez se hubo cerrado la puerta, y todo desasosiego y desconfianza parecían haber huido, de modo que en la gran estancia, como se advirtió en la sonrisa del Obispo al volver hacia el caballero.

—Por fin ha llegado la ocasión de que podamos hablar sinceramente, hijo mío, pues tenemos mucho de qué tratar.

El caballero miró a su alrededor en la espaciosa estancia y su mirada pareció indicar que más le habría gustado hablar en una habitación de reducidas dimensiones.

—¡De ningún modo!—exclamó el Obispo contestando a la mirada del caballero.—Cuando se quiere hablar confidencialmente, nada mejor que estar en el centro de una habitación muy grande. ¿No sabes que, según se dice, las paredes tienen oídos? En las habitaciones pequeñas escuchan, en realidad, las conversaciones, pero aquí, por muchos oídos que tengan, no pueden enterarse de nada, porque las paredes están muy distantes y ni siquiera por el agujero de la cerradura se vería nada de lo que ocurriese. Podemos hablar con toda sinceridad.

El Obispo indicó al caballero que se sirviera algunas frutas y le acercó la botella de vino. A su derecha, había un frasco veneciano y un cubilete de cristal de color rubí, adornado con hojas de parra y racimos de uva. El Obispo usaba únicamente aquel frasco del cual servía el licor al vaso que luego miraba al trasluz antes de beber, gozando con la maravilla del color y la hermosura del grabado. Muchas veces sus invitados se preguntaban cuál sería el vino especial que el Obispo guardaba para sí, y si se lo indicaban, les contestaba:

—Es vino de la misma clase que el que se usó en las bodas de Canaán, en Galilea, después de agotar otro de calidad inferior. Esto, amigos míos, es agua pura, muy refrescante y baratas. La bebo en un vaso que le da el color de jugo de uvas, en parte para que mis huéspedes no se sientan cohibidos al beber vino y, luego, porque me gusta esta ficción.

—Los dones circunstanciales, vida y naturaleza, varían, no tanto por sí mismos como por los recipientes humanos que los contienen. Si el corazón es un vaso de rubí, la más humilde forma de amor puro que lo llene asumirá el rico color y el fervor de un idilio. Si la mente posee por sí misma vividas tintas y brillantes colores, el pensamiento más insignificante de ella adquirirá brillo y rica tonalidad. Así, cuando las cosas y los hombres me parecen pesados o sin interés, me digo a mí mismo: "Simón, hoy no eres más que un pote de estaño".

Entonces el Obispo llenaba de nuevo su cubilete y lo miraba al trasluz.

—¡Si, el mejor vino—decía—has guardado hasta hoy el mejor vino! El agua de la tierra, extraída por fieles servidores, sumisos y obedientes a las órdenes de la bendita Madre de Nuestro Señor, transmutada por la palabra y el poder del Divino Hijo; escanciada para otros en servicio de amor; este es y ha sido siempre "el mejor vino".

El caballero llenó su cubilete y tomó algunas frutas. Luego, sin tocar a uno ni a las otras, dió media vuelta en su silla para mirar mejor el rostro del Obispo; cruzó sus rodillas apoyando su codo derecho sobre la mesa y la cabeza en la mano, cuyos dedos se introdujeron entre los mechones del cabello.

Así permaneció en silencio unos momentos. Los ojos del caballero observaban el rostro del Obispo y éste fijábase en el color de su cubilete rojo.

Por fin habló Hugo d'Argenteau.

—Muchas cosas me han ocurrido, Reverendo Padre, desde que tuve el honor de cenar con vos la última vez.

El Obispo dejó el cubilete sobre la mesa y replicó:

—Así lo suponía, hijo mío. Ahora dime lo que quieras, ni más ni menos, y te dare el consejo que pueda. Y cuando sobre algún punto no me digas más que lo que creas debo conocer, ya te dirigire alguna pregunta. ¿Has procurado ver a la mujer que amas y a la que perdiste y que tratas de recuperar ahora? Dime cómo, no cuando ni donde; dime si has hablado con ella. ¿Le has referido la traición que os separó? ¿Has tratado de convencerla para que recuerde que estaba prometida a ti y para que renuncie a los últimos votos pronunciados y que huya contigo?

El caballero miró fijó a los ojos agudos del Obispo, y al principio, no supo qué contestar. Aquella figura principesca, con su traje carmesí y la cruz de oro, representaba, muy visiblemente, el poder y la autoridad de la Iglesia, de modo que su propia intrusión en el convento y su tentativa de alejar de él a una monja, le parecieron, de repente, como un enorme sacrilegio.

Así pues, asombrado y conternado al mismo tiempo, miraba a los ojos del Obispo, que, al principio, eran tan sólo claros y escrutadores, de modo que el caballero no se sentía con fuerzas para hablar. Mas al observar que en ellos aparecía una mirada humana, tierna y comprensiva, el caballero sintió que desaparecía su miedo y que recobraba facultad de hablar.

—Así lo he hecho, señor—dijo.—Todo lo que decís lo he realizado. He estado en el cielo, Reverendo Padre, y también en el infierno.

—*Psch*, hijo mío—murmuró el Obispo.—Me parece que has estado en un lugar que no es el cielo ni el infierno, aunque, en algunas ocasiones, se puede aproximar al uno o al otro. No puedo comprender cómo llegaste allí; y cómo pudiste salir, sin originar un escándalo, es todavía más maravilloso para mí. Sin embargo, me parece conveniente no enterarme ahora de todo con mucho detalle. Únicamente quería estar seguro de que has encontrado a tu prometida y de que ella ha podido enterarse de tu proximidad; de que la has descubierto y de cuáles son tus deseos. Veo que has tenido éxito en tu empresa; porque, hace dos días, la Priora en persona me pidió una entrevista particular, con objeto de preguntarme si, en determinadas circunstancias, podría aprobar la vuelta de una monja al mundo y obtener la absolución de sus votos.

De pronto brillaron los rubies del caballero, como si un salto de su corazón los hubiera obligado a relucir todos al mismo tiempo. Pero, exceptuando estas chispas de luz, no se movió ni dió a entender su emoción.

El Obispo se fijó en el repentino brillo de los rubies. Levantó su cubilete veneciano hacia la luz, lo observó con detenimiento y continuó diciendo:

—La Priora, dama noble y sabia de quien ya te hablé el día en que, por primera vez, me preguntaste acerca del convento, ha tenido grandes preocupaciones acerca de una monja llamada sor María Serafina. Esta joven y amable dama ha sido objeto, recientemente, del intenso llamamiento del mundo, pues al oír un caballo empezó a recordar pasadas escenas de alegría. La Priora, sin embargo, sospechaba que hubiese oído la voz de su ex amante, y yo, conociendo el hecho de que un hombre resuelto e intrépido, impulsado por su amante corazón, estaba dispuesto a invadir el convento, pude, en compañía de la Priora, llegar a conclusiones y examinar el problema, que se concreta en este dilema: "O permitir la fuga de sor Serafina o impedirlo".

El caballero, que jugaba con algunas nueces, sostenía cuatro de ellas en la palma de la mano derecha. Y al cerrarla violentamente las rompió con poderosa presión. Luego, sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, el caballero abrió su vigoroso

sa mano y dejó caer sobre el mantel un montoncito de nueces rotas, cuya carne estaba mezclada con los pedacitos de las cáscaras.

El Obispo miró aquellas nueces rotas, y el disimulado guiño de sus ojos parecía expresar: "Y todo eso por Serafina".

—No conozco a ninguna dama de ese nombre—observó el caballero.

—Desde luego, ya comprendo que por este nombre no la conocerás. Las monjas no son conocidas en el convento por los mismos nombres que llevaron antes de abandonar el mundo. Por ejemplo, sé que la Priora, antes de profesar, se llamaba Mora, condesa de Norelle. Conozco este hecho porque hace algunos años la vi en la corte, cuando era dama de honor de la reina; era una muchacha muy joven y hermosa, pero aun entonces se hacía notar por su buen juicio, por su piedad y por la dulce dignidad de su conducta. Y ahora, algunas veces, cuando me recibe vistiendo el severo hábito de su Orden, no puedo evitar el recuerdo de su hermoso cabello, tan suave como la seda y que formaba una corona de oro para la linda cabeza, el terciopelo de su traje y el armiño con que lo adornaba, así como las joyas que lucía en el pecho. Sin embargo, me reconvengo yo mismo por recordar cosas a las que han renunciado esas santas mujeres y que, sin duda alguna, habrán olvidado casi.

El Obispo, con su mano izquierda, llamó con el batiblan de plata y casi en el mismo instante se abrió una puerta en el oscuro armaridero y penetraron en la sala dos figuras vestidas de negro.

—Encendido fuego en la chimenea—ordenó el Obispo. Y volviéndose hacia su invitado, le dijo:—El aire de la tarde es un poco frío. Por otra parte, me gusta mucho el aroma de la madera ardiendo. Es fuerte para el olfato y refrescante para el cerebro.

Los monjes se apresuraron a encender el fuego y lo avivaron dándole aire para convertirlo en llama. Cuando ya las llamas brillaban, se levantó el Obispo e hizo señas a los frailes para que llevaran los sillones junto al fuego. Así lo hicieron y después de saludar con profunda reverencia se retiraron.

El Obispo y el caballero, solos una vez más, se sentaron junto a la chimenea, y así iluminado el traje blanco con bordados de plata y brillando los rubies a la luz de las llamas, el Obispo concibió la fantástica idea de que el caballero pudiera ser algún espléndido arcángel que hubiese bajado para forzar las puertas del convento y llevarse una monja al cielo. En cuanto el caballero mirando como las llamas, al saltar, iluminaban el ropaje carmesí y el plateado cabello, observó también la indulgente sonrisa en el santo rostro y recobró el valor al adivinar la bondad y la humana simpatía que llenaban aquel corazón que latía debajo de la cruz de oro del pecho del prelado.

Inclinándose hacia adelante, el Obispo tomó la horquilla que servía para remover los troncos y manióbró de tal manera, que una columna de azulado humo que se desprendía de uno de ellos se difundió hacia afuera, en vez de elevarse por la chimenea.

Simón de Worcester se reclinó en su asiento y aspiró gozoso la columna de humo, diciendo:

—Esto es refrescante: calma y, a la vez, excita el cerebro. Y ahora, hijo mío, volvamos al asunto que te concierne. Primero permíteme que te pregunte, querido Hugo, y te presuntaré, como consejero y como amigo, si puedes decirme el nombre de la mujer con quien deseas casarte.

—De ningún modo, querido señor—replicó el caballero.—Esto no puedo hacerlo. Guardo su nombre como guardaría mi honor. Si ella consintiese en huir conmigo, ¡ojalá lo permitiera Nuestra Señora!, todavía tendría el deber de guardar su nombre; sin embargo, entonces todos los hombres podrían conocerlo y pronunciarlo con el debido respeto y reverencia. Pero si, ¡no lo quiera Nuestra Señora!, ella se aleja de mí, dentro de tres días, a partir de hoy, me marcharé solo, aunque sin pensar siquiera que en su nombre ni en su fama haya la menor tacha. Su nombre permanecerá para siempre en mi corazón, pero ninguna palabra mía lo dejará en la mente de otro hombre, relacionado con votos quebrantados y un amante olvidado.

El Obispo miró por unos momentos al caballero y, por fin, le dijo:

—Siendo así, hijo mío, y no habiendo otro nombre más apropiado, no tendré más remedio que llamarla por el que lleva en el convento y así te hablaré de sor Maria Serafina.

Hugo d'Argent frunció el ceño.

—No deseo oír nada relacionado con esta Serafina—dijo.

—Sin embargo, no tendrás más remedio que tener un poco de paciencia y oír hablar de Serafina por algunos momentos—dijo el Obispo con reposada voz.—Precisamente tengo aquí una carta de la misma Priora, en la cual te manda un mensaje...

"¡Ah, no me extraña que te coja de sorpresa, mi querido caballero, pero continúa sentado y no dejes que tu mano se dirija con tanta presteza a tu espada! No conseguirás aclarar el significado de la graciosa epístola de la Reverenda Madre atravesándola con la aguda punta de tu acero; ni tampoco alteraría el hecho de que te mande un importante consejo con respecto a sor Maria Serafina".

El Obispo encendió una vela de cera que estaba junto a él, sacó un pliego de su cinto, lo desplegó despacio y lo expuso a los rayos de la luz.

El caballero estaba sentado y guardaba silencio, mientras su rostro permanecía en la sombra. Las movidas llamas del hogar jugueteaban en la empuñadura de su espada y en los rubies que adornaban su pecho.

Mientras el pergamino hacia ligero ruido al desplegarse entre los dedos del Obispo, el caballero conservó su presencia de ánimo, pero rogaba al cielo que no tuviera necesidad de hablar ni de mirar los ojos del prelado, los cuales, ¡jalabados sean los Santos!, estaban entonces fijos en la página llena de menuda escritura.

La luz de la bujía iluminaba la blancura de cera del carísimo rostro y brillaba en la sortija del Obispo. El caballero, fijando sus ojos en la piedra, vio que era de color rojo vivo.

Por fin el Obispo empezó a hablar con calculada lentitud, con los ojos fijos en la carta aunque sin leer, método que, en muchas ocasiones, sirve para exasperar al oyente lleno de ansiedad, que ya se siente dispuesto a apoderarse del pergamino y a enterarse por sí mismo de su contenido, pero que, sin embargo, debe contentarse con recibirlo con la debida paciencia de labios ajenos.

—La Priora me relata, ante todo, una conversación que sostuvo, por consejo mío, con sor Maria Serafina y en la cual dijo a esta última mucho de lo que hablamos entre ella y yo cuando me consultó a cerca del aparente deseo de esa monja de escaparse del convento, renunciar a sus votos y volver al mundo y a su amado, que había venido para salvarla.

El Obispo hizo una pausa que aprovechó el caballero para agitarse nervioso en su asiento. Parecía que alrededor suyo se estaba estrechando una red y casi se veía obligado a huir a Warwick en compañía de aquella indeseable e indeseada monja, Maria Serafina.

El Obispo levantó sus ojos de la carta para mirar, pensativo, hacia el fuego.

—Tuvo lugar una escena desagradable—dijo—el día en que sor Serafina oyó por primera vez el llamamiento del mundo exterior. Según me dijo la Priora, fué realmente conmovedora. La pobre monja estaba en el suelo de su celda, abandonándose al llanto de su dolor. Imitaba con sus manos y pies el galope de un caballo, sin duda por estar fijo en su mente el recuerdo de alguna excursión equestre. Por fin levantó el rostro; los ojos estaban hinchados por las lágrimas y exclamó entre sollozos que su amado había venido a salvarla.

El caballero, desesperado ya por lo que se veía obligado a oír, apretó los dientes con rabia. Figúrase a sí mismo llegando a Warwick en compañía de aquella horrible monja, la cual, levantando el rostro hinchado, se ofrecería a él para que la besara.

Sin embargo, Mora sabía muy bien que no había venido en busca de Serafina. Desde luego, Mora podía negarse a él, más no debía imponerle a otra. Pero ¡ay! aquella grande y reverenda Priora de que hablaba el Obispo, en nada se parecía a la mujer que deseaba. Parecía imposible que fuese la misma que tres noches antes había unido sus labios con los de él, abrazándole, amante aun en el momento en que se negaba a ello.

Los ojos del Obispo estaban otra vez fijos en la carta.

—La Priora—dijo—con su habitual e instintivo sentido del auxilio que pueden ofrecer las circunstancias exteriores, y deseando con noble justicia dar a Serafina y a su amante todas las ventajas posibles, dispuso que la conversación se llevara a cabo en el jardín del convento, en un lugar apartado en el cual nadie pudiese oírlos, aunque alumbrado por el sol que pasa a través de las ramas de los árboles. Allí cantan los pájaros y extienden sus rápidas alas, y sobre el azul del cielo se persiguen las blancas nubes. En una palabra, hijo mío—añadió el Obispo mirando hacia el techo—en un lugar en que la Naturaleza entera cantara a plenos pulmones la libertad más absoluta.

Los ojos del caballero estaban sombríos y furiosos, y para evitar que su interlocutor se diera cuenta, se los cubría con una mano.

Nada le importaba de cuáles serían las circunstancias en que pudo celebrarse esta entrevista, ni tampoco que Serafina pudiera dejar el convento y huir con él hacia Warwick. Siempre le parecía una mujer desagradable, tanto en la celda o en el claustro, como bajo las blancas nubes que se persiguían a través del cielo azul.

El caballero parecía sentirse perseguido, a su vez, y por algo más temible que una nube blanca. La terrible Némesis le perseguía. Aquel reverendo Prelado, que le había parecido tan sabio, obraba como si estuviera falto de juicio. Sin embargo, Mora conocía la verdad. ¿Serían capaces sus bondadosas manos de asestarle tan bajo golpe?

El Obispo advirtió la rabia que expresaban los ojos del caballero y se apresuró a bajar los suyos para mirar la carta y ocultar su burlona mirada, pensando que aun los mejores y más valerosos caballeros, si como aquel habían penetrado súbitamente en un convento para hacer la corte a una monja, loorando escapar sin ser vistos, merecían de todos modos, algún castigo de la Iglesia.

(CONTINUARA)



"Esta es la única cuyo análisis químico mostró una pureza absoluta..."

A ello se debe que la **LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS** haya sido prescrita por los médicos y usada en los hogares, durante más de medio siglo, con la más ciega confianza.

Nada hay que la supere como correctivo de la excesiva acidez del estómago, ni nada hay que iguale su suavidad y eficacia como laxante. Por eso es el remedio clásico para

INDIGESTION • BILIOSIDAD

LLENURA DESPUES DE LAS COMIDAS • ERUCTOS

AGRIERAS • ARDOR EN LA BOCA DEL ESTOMAGO

ESTREÑIMIENTO

Incomparable para modificar la leche de vaca que se da a los niños y evitarles cólicos y vómitos.

La genuina Leche de Magnesia, originada y preparada por Phillips, **ha sido y será siempre líquida, porque está científicamente demostrado que es la única forma en que la magnesia puede administrarse sin peligro.** La magnesia en polvo, en tabletas o en pastillas, es difícilmente soluble y suele causar irritaciones, o acumularse en los intestinos.

Para no exponerse al peligro de una imitación, exija el empaque azul y cerciórese de que lleva el nombre PHILLIPS.





BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
- SECCION -
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

CINZANO

VERMOUTH
M.R.

